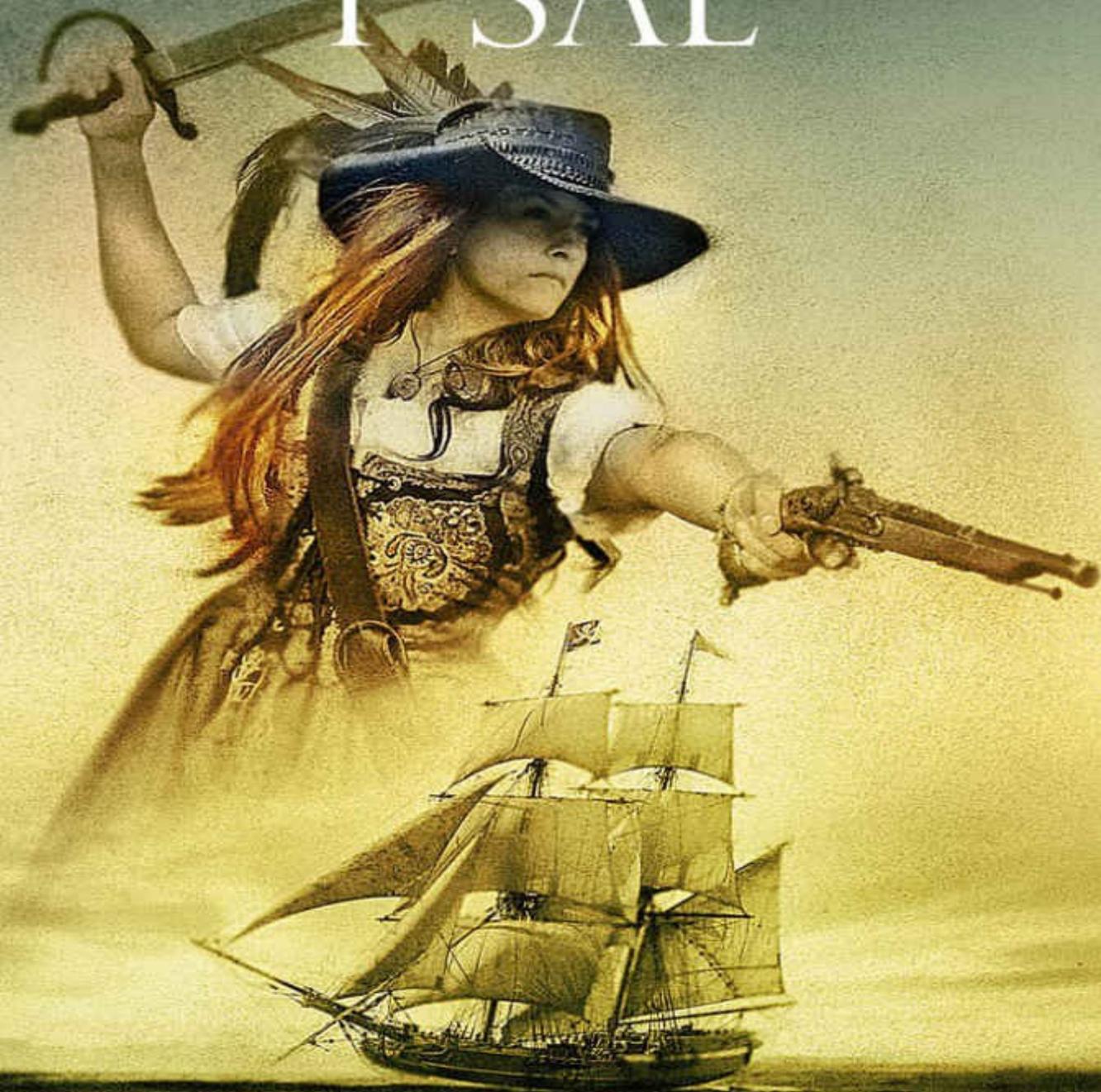


Clara S. Mendivil

DE VIENTO Y SAL



PREGUNTA

DE VIENTO
Y SAL

PREGUNTA

ediciones

Primera edición: noviembre 2019

© Clara S. Mendivil

© *de la ilustración de cubierta:* Óscar Sanmartín Vargas

© *de la presente edición:* Pregunta Ediciones, Zaragoza, 2019

preguntaediciones@gmail.com

preguntaediciones.blogspot.com

ISBN: 978-84-17532-27-7

Depósito legal: Z-2016-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Clara S. Mendívil

DE VIENTO
Y SAL

PREGUNTA

A mi madre, que me descubrió a Tolkien, Dumas y tantos otros que me han acompañado e inspirado todos estos años.

A mi padre, que me enseñó que con ganas, inteligencia y fuerza de voluntad puedes llegar a donde te propongas.

A mi abuelo, que me enseñó a escribir con pluma, y a mi abuela, que me enseñó que con amor, humor y optimismo puedes dejar huella en el corazón de quienes te rodean.

A Nando, que me enseña cosas todos los días.

CAPÍTULO UNO

Port Royal, Jamaica. 16 de noviembre de 1720

Anne mira por la ventana, preocupada. El juicio se ha celebrado por la tarde y Jack no ha salido bien parado. Apenas faltan unas horas para que cuelguen al que ha sido el amor de su vida y ruega para que le dejen visitarlo siquiera una vez más. Se acerca a la ventana, protegida por gruesos barrotes, y mira la tenue luz crepuscular. Acaricia distraída su barriga, que aún no muestra hinchazón. «Abogamos por nuestros vientres, señor», han declarado Mary y ella al juez.

Eso le da unos meses de margen antes de seguir a Jack a la horca. Aunque ¿quién sabe?, su padre es un hombre poderoso y, según le han dicho los guardias, ya se ha enterado de su detención. Hace años que no tiene noticias tuyas, de hecho nunca tuvieron mucho en común, pero confía en que la sangre le incline a hacer algo por ella. Y si no... Anne se encoge de hombros, desdeñosa. Si no, cuando el bebé nazca (es una niña, está segura), pedirá clemencia para poderla amamantar. Si hay suerte, eso serán otros cuantos meses de respiro. Y, si todo falla, en un año su cuerpo colgará de la horca que ve cómo están montando ahí fuera para Jack y el resto de sus hombres. Su vida habrá sido breve. Muy breve, pero en sus cortos veintidós años ha saboreado más libertad de la que la mayoría de la gente podrá disfrutar en toda su larga y pacífica vida.

Anne vuelve a mirar por la ventana, y recuerda...

CAPÍTULO DOS

Charleston, Carolina del Sur. Mayo 1713

—¡Baje de ahí ahora mismo, señorita!

La voz de la sirvienta cruza el aire matinal y penetra entre las ramas de los árboles de la vieja encina del jardín. Una cabeza pecosa rodeada de una mata de pelo rojo asoma con una mueca enfurruñada.

—¡Déjame en paz, Livia!

La cabeza se vuelve a meter entre las ramas. Livia suspira; la señorita es tan problemática como siempre. Ha escapado de casa en mitad de la lección y el profesor se ha quejado amargamente a su padre. Éste, enfadado, la ha mandado a buscarla, y es capaz de hacerla azotar si no vuelve con ella.

—Señorita, por favor. —Livia habla ahora en voz baja, tranquilizadora, como quien se dirige a un animal salvaje—. Baje de ahí con cuidado. Su padre sacará la vara si no vuelvo con usted enseguida.

—Sabes que no lo hará. Padre no es de esos.

Ni siquiera asoma la cabeza para decirlo. Livia suspira de nuevo y trata de seguir persuadiéndola cuando las ramas se agitan y una bandada de pájaros sale volando, indignados.

—¡Aquí estáis!

Se oye una exclamación emocionada, y poco después Anne aparece en lo alto del árbol con una sonrisa triunfal en la cara. Se agarra con una mano a la rama, inclinada hacia adelante, y saluda a Livia. La sirvienta da un respingo. En la otra mano, Anne agita alegremente un par de huevos que ha esquilado de un nido sin vigilancia. Los casca y deja que caigan en su boca.

—¡Joder, esto está increíble!

—¡Señorita, por favor!

Anne ríe a carcajadas. Le encanta escandalizar al servicio. En realidad, le encanta escandalizar a todo el mundo con su vocabulario y sus modales. Comienza a bajar saltando de rama en rama como un mono y, cuando quedan un par de metros para llegar al suelo, se deja caer hasta la suave hierba del jardín. Livia ahoga un grito mientras se tapa la boca con las manos. Anne se incorpora, quedando frente a la criada. A sus quince años, es bastante más alta que la mayoría del servicio. Casi todos la temen debido a su fuerte carácter, pero Livia no. Livia se preocupa por ella. Tiempo perdido.

—No voy a volver a esa cárcel, Livia —dice Anne muy segura de sí misma. Sus ojos grises lanzan destellos furiosos—. Ese cabrón disfruta humillándome en clase, y veo cómo me mira. Disfrutaría dándome unos buenos azotes, eso lo sé, pero no para educarme.

—¡Señorita, no puede decir algo así! ¡Es una acusación muy grave!

—Claro que puedo. Pero no lo estoy acusando. Sólo digo que no pienso volver a clase con ese cerdo. Y si mi padre me obliga, le cortaré los huevos y se los tiraré a los perros.

Livia se ha quedado blanca. Anne enseña los dientes y lleva la mano al cuchillo que todos saben que lleva escondido bajo la camisa. La sirvienta sabe que Anne es capaz de cumplir su amenaza. Pero también le preocupa que lo que dice sea verdad. No sabe si debe hablar con el señor o es mejor excusar a la muchacha y dejar que se marche, suponiendo que se lo ha inventado

para librarse del estudio. La preocupación es palpable en su cara. Anne relaja el gesto.

—No te preocupes, Livia. Sé cuidarme sola. Pero puedes decirle a padre palabra por palabra lo que te he dicho.

Se da la vuelta y echa a correr hacia la cancela de entrada. Livia piensa en seguirla, pero sabe que es inútil. La señorita corre como un cervatillo con esas piernas tan largas suyas. Hay que ver lo alta que está para la edad que tiene. Ya es una mujercita, por más que ella se empeñe en negarlo. Tal vez lo que ha dicho del tutor sea cierto. De ser así, ella misma capará a ese cerdo. Gira hacia la casa y comienza a andar hacia ella, pensando en cómo sacarle el tema al señor. Cruza el jardín bordeando las plantaciones, devolviendo el saludo a los jornaleros que agitan la mano al verla. El sol brilla con fuerza cuando llega a la vista de la mansión. Como intuyendo su llegada, el señor está en la puerta, con la fusta en la mano y un gesto de profundo enfado en la cara redonda. Se abanica con el sombrero, pero se lo vuelve a colocar en cuanto la ve acercarse. Livia recoge sus faldas y echa a correr hacia la puerta.

Anne aminora la marcha. Sabe que nadie la persigue, y es un poco pronto para llegar a los muelles. Hasta el mediodía no se animan. Si no vuelve a comer padre multiplicará su enfado, pero en el fondo le da igual. Se tumba un rato en la suave hierba de la linde del camino y mastica un tallo verde. Está medio dormida cuando oye pasos. Se incorpora y observa con interés al chico que se acerca. Le suena de haberlo visto en el pueblo. Cree que es el hijo del panadero. El leve tono caramelo de su piel muestra algún desliz familiar con alguna esclava, algo habitual en esa zona, ante lo que la mayoría prefiere hacer la vista gorda si no es muy evidente. Parece que el muchacho va en su misma dirección. Anne se incorpora y se acerca al chico, que se detiene con un gesto de sorpresa.

—No te había visto.

Anne sonrío. Si le tutea es que no la ha reconocido. Mejor, odia que la traten con condescendencia. Y después de trepar por los árboles a la caza de huevos, su vestido no tiene buena pinta, aparte de que su pelo parece resultado de una pelea con el viejo y gordo gato de la cocinera. Se quita un trozo de rama del cogote.

—Pues aquí estoy. ¿Vas hacia los muelles?

El chaval asiente, enarcando una ceja.

Caminan charlando de todo y nada, y poco a poco él se va a acercando más. No es que a Anne le desagrade, pero en esos momentos prefiere no pararse en un ribazo y llegar a los muelles más pronto que tarde, pues el tiempo ha ido pasando casi sin darse cuenta.

El chico se va envalentonando. Tal vez cree que ha dado con una buscona que va a ganarse el jornal a costa de los piratas y marineros que abarrotan los muelles. Tal vez piensa que, con su carita de niño y su camisa limpia va a conseguir algo gratis. Lo que desde luego no se le pasa por la cabeza es que la joven asilvestrada con la que va caminando sea la hija del terrateniente más rico de la zona, aunque la brillante melena roja y los encajes destrozados del ribete del vestido deberían haberle dado una pista. Pero es joven e impulsivo, y eso no lo ve. Se detiene de golpe en mitad del camino y Anne se para a esperarlo, extrañada.

—¿Qué te ocurre? ¡Vamos!

—¿Por qué no nos paramos a descansar? Podríamos sentarnos un rato en ese campo; llevo algo de pan y queso en la bolsa, y una bota de vino.

Anne ríe.

—No quiero pararme. Ya he descansado antes de encontrarte. ¡Venga, vamos!

El chico entrecierra los ojos y compone una expresión que supone seductora.

—No descansaremos si no quieres. Hay otras cosas que hacer tumbados...

Se acerca y toma a Anne del hombro. Ella enarca las cejas sorprendida, pero no demasiado preocupada.

—No voy a acostarme contigo.

—Oh, venga, no te hagas la estrecha. Lo pasaremos bien. —El chico se arrima. Es un poco más alto que Anne, lo que es mucho decir. La agarra de la cintura y ella le suelta el brazo. Comienza a estar molesta—. ¡Vamos! Sólo un ratito, y luego te acompaño hasta los muelles.

El muchacho se acerca todavía más, pasa las dos manos por detrás de Anne y le agarra el trasero, mientras agacha la cabeza y le mordisquea el hombro. Anne trata de forcejear, pero él aprieta más la presa y le lame el cuello, sin hacer caso de sus intentos de soltarse.

Entonces Anne se enfurece. Pasa las manos entre los cuerpos de los dos y le empuja fuerte del pecho, lo suficiente para separarlo un poco.

—¡He dicho que no!

Le lanza un rodillazo a la entepierna. El chico se dobla hacia adelante por el dolor, y su chillido se interrumpe bruscamente cuando la otra rodilla de Anne alcanza su nariz. Se oye un preocupante chasquido y la sangre comienza a correr por la cara, manchando su pechera y goteando al suelo. No intenta incorporarse, pero Anne está fuera de sí y le pega un fuerte puñetazo en el ojo que le abre la ceja. El joven cae al suelo y ella le da dos patadas en el estómago, hasta que no es más que un guiñapo gimoteante. Ella se agacha a su lado.

—Deberías aprender a tratar con las damas, o no llegarás a viejo.

Le escupe y se marcha. Apenas se le ha acelerado el corazón más allá del esfuerzo físico. Tal vez por la certeza de ser capaz de defenderse, o porque Anne es incapaz de valorar el riesgo, y la adrenalina corriendo por sus venas es más un aliciente para ella que un inconveniente. Chasquea la lengua, disgustada, mientras se limpia las manos en el vestido. Ha quedado hecho mierda, no quiere ni imaginar la bronca que le van a echar. Se encoge de hombros y continúa el rumbo hacia los muelles, dejando tras ella un bulto lloriqueante en el suelo. No le preocupa su suerte, sabe que no le ha hecho nada grave, aunque tal vez su carita no sea tan angelical una vez cure su nariz. También sabe que lo encontrarán pronto, pues ese sendero suele estar transitado por las tardes, y espera que no la haya reconocido o se verá en problemas en casa, a pesar de que sólo ha intentado defenderse.

Anne continúa su camino. Ve a lo lejos el puerto y su nariz ya ha detectado la mar. Aspira profundamente, dejando que el olor de la brisa marina llegue a sus pulmones. Una vez en los muelles, el limpio olor marino llega algo enturbiado por el olor del pescado, del ganado que sube y baja de los barcos, de la brea y hasta del sudor de los hombres. Anne saca una manzana de debajo de la falda y se sienta en lo alto de un enorme cajón de madera para ver el trajín. La mayoría de hombres que hay por ahí la conocen. Lleva años yendo casi a diario, desde que tiene edad suficiente para escaparse de la vigilancia de su padre y hacer el camino sola. Los hombres le tienen cariño, la han visto crecer. Muchos saben quién es, y quienes no lo saben son enseguida avisados por sus compañeros. Nunca la han amenazado ni la han hecho sentirse incómoda. Además, se ha ganado su respeto con sus respuestas ágiles y su descaro.

—¡Buenos días, Anne! —saluda un mozo de la taberna contigua—. Hoy llegas pronto.

—Me aburrían las clases —responde ella con una sonrisa torcida.

El mozo mira las manchas desvaídas de sangre en su vestido, pero no dice nada. Parece estar

bien y él sabe que no conviene preguntar de más o puede llevarse una patada en la espinilla.

—Si vienes en un rato a la puerta de atrás te doy un poco de aguardiente —le dice con un guiño. Ella se lo devuelve. Le gusta sentirse aceptada en ese ambiente.

Hay un revuelo. Anne se pone de pie en el cajón para poder ver mejor. Se acerca al puerto un pequeño balandro que maniobra ágil en el sitio que le marcan. Un hombre que parece el capitán baja de un salto a la tarima de madera, gritando instrucciones. Lleva un pantalón holgado y una camisa que en un tiempo tal vez fue blanca. Cruzan su pecho dos correas con munición, y en sus caderas, pistolas y cuchillos de distintos tamaños reflejan la luz del mediodía. Tiene el pelo largo y enredado por el salitre y el viento.

—Piratas —susurra emocionada.

El hombre se gira y la ve ahí, mirando. Levanta el ala de su viejo sombrero y hace una reverencia, sonriendo. Ella le saluda. Él desvía la atención, tiene cosas más importantes que hacer que coquetear con una niña desgarrada que no puede contener su emoción. Prefiere las mujeres más maduras, con buenas curvas y pechos suaves. Como la mulata que se acerca en ese momento y le echa los brazos al cuello. Él la besa y la manda a la taberna con una palmada en el trasero. Más tarde se ocupará de sus necesidades; los negocios son lo primero. Del barco comienza a bajar el resto de la tripulación. Sucios y con la ropa en malas condiciones, se nota que llevan meses navegando. Comienzan a descargar baúles y bolsas de cuero rígidas por la sal. Anne sabe que están repletos del botín conseguido. Los llevan a un almacén aparte, no al que los barcos normales llevan la mercancía. Los piratas ayudan a bajar a un compañero al que le falta una pierna. Se apoya en una muleta y hace evidentes gestos de dolor al caminar. El botín no se ha conseguido sin lucha, salta a la vista. Intentan que el cojo se sienta a descansar, pero él tiene muy claro lo que quiere. Grita tan alto que hasta Anne lo oye.

—¡Dejadme en paz! He perdido una pierna, pero lo demás me funciona a la perfección. Voy a beberme una botella entera de ron, y luego pienso gastarme mi parte en mujeres.

Anne espera que guarde algo de la paga para el médico, se nota que lo necesita.

En la cubierta del barco, otro hombre con un brazo en cabestrillo y una venda en la cabeza sigue dando instrucciones a su alrededor. El capitán le dice unas palabras y lo deja al mando mientras él acompaña a la mercancía al almacén. Dos hombres bien vestidos con bastón y mocasines de tacón aparecen poco después y entran al almacén tras él, tapándose la nariz con pañuelos de seda perfumados. Anne ríe por lo bajo. Más les vale gastarse el dinero que llevan en la mercancía, o apuesta lo que sea a que su dinero desaparecerá de todas maneras al girar la esquina. No tienen pinta de luchadores aguerridos.

El tiempo pasa, se está haciendo tarde, tiene hambre y sabe que la cocinera había preparado asado para comer. Baja de un salto del cajón y pasa por la taberna para beberse el aguardiente que le ha prometido el mozo. El camarero está contento y le sirve ron. Piratas recién desembarcados significa buena caja. Las putas del puerto han comenzado a congregarse también en la taberna con sus mejores galas, dispuestas a hacer negocio. A Anne le gusta ese ambiente. Se siente mucho más libre allí que en casa, con todo el mundo esperando que haga lo que debería hacer y no lo que le apetece. Suspira por hacerse a la mar como esos hombres y vivir su vida según sus propias reglas. Mira a su alrededor. Aunque tampoco parece que a algunas de esas mujeres les vaya mucho mejor en ese entorno. Pero ellas son débiles, piensa Anne. No saben manejar sus armas, y las que sí saben se retiran muy pronto con una gran fortuna, ponen un negocio honrado y viven como quieren el resto de sus vidas. Hasta eso le parece preferible al futuro que le espera si no cambian mucho las cosas.

Sonríe al camarero, le da un beso en la mejilla y se despide con la mano de las fulanas, que le lanzan besos y le dicen adiós.

CAPÍTULO TRES

—¡Pero qué demonios te pasa!

Su padre está encolerizado. Han pasado un par de días desde su escapada a los muelles y se llevó una buena bronca al volver. Y eso que Livia le preparó rápidamente otro vestido para que su padre no viera lo que había ocurrido con el anterior. Hasta Anne sabe que después de una pelea así, conviene no alterar mucho los ánimos en un par de días, así que se ha portado bien. Padre aceptó cambiar el tutor y ahora tiene a una vieja institutriz inglesa amargada y reseca. La ha conocido esta mañana y no ha podido caerle peor, pero al menos no tiene las manos largas.

—¿Qué he hecho ahora? —pregunta, desconcertada.

—¿Que qué has hecho? ¿Que qué has hecho? —Padre está tan enfadado que, al gritar, pizcas de saliva salen disparadas de su boca—. ¡El hijo del panadero lleva dos días en el hospital por tu culpa!

—¡Ah! ¿Eso?

Anne suspira. Sabía que tarde o temprano la iban a pillar.

—¿Cómo que *eso*?

—Papá, déjame que te explique...

—Vaya, qué detalle —dice su padre, con ironía—. Explícame, por supuesto, si eres tan amable. ¿Por qué le pegas semejante paliza a un chico como para mandarle al hospital? Su nariz está destrozada, y no ha perdido el ojo de milagro. Eso sin hablar de que le rompiste dos costillas.

A Anne no le da ninguna pena ese cabrón, pero sabe que debe poner cara de arrepentida o no la dejarán ni explicarse.

—Lo siento, papá. No quería hacerle tanto daño, pero intentó aprovecharse de mí.

Su padre se queda quieto en el sitio, mirándola fijamente. No sabe si creerla, pero la preocupación pugna por asomar a sus ojos, luchando con la ira.

—Te lo juro, papá. Iba a los muelles...

—No me gusta que vayas allí —dice, con voz un poco más tranquila.

—Los marineros nunca me han hecho nada, son muy amables conmigo. Pero eso no viene al caso ahora —interrumpe cuando ve que va a iniciar otra discusión con su padre—. El tema es que iba hacia los muelles y él también, así que fuimos juntos. Creo que no me reconoció. Intentó aprovecharse de mí. Quise apartarlo, pero se puso violento. Ya me conoces, papá —dice Anne abriendo las manos y encogiendo los hombros—. Me enfurecí.

El padre se sienta en una silla, con la cabeza apoyada en la mano. Anne es una salvaje, pero no una mentirosa. Se mesa los escasos cabellos grises que le quedan y levanta la vista.

—Te creo, hija. ¿Estás bien? ¿Llegó a hacerte algo?

—Estoy bien, papá. No me hizo nada, te lo prometo.

—¿Y tenías que casi matarlo? ¿No valía con, no sé, empujarlo y salir corriendo?

—Pues no me lo planteé. No estaba la cosa como para andar pensando.

Su padre asiente, pensativo. Ha tenido que pagarle mucho dinero a la familia de ese chico para calmar los ánimos, aparte de correr con todos los gastos médicos. Podrían denunciarle por intento de violación, pero sería su palabra contra la de su hija. Y aunque la posición de William en la región es fuerte, todos conocen el carácter de Anne. A saber qué hacía sola en ese camino. El daño a su reputación podía ser peor que el beneficio. Mejor callarse y dejar que esa familia se

lleve su dinero, aunque se encargará de hacer saber a sus padres el tipo de hijo que tienen.

—Siéntate, Anne.

Ella obedece. Quiere a su padre, aunque no estén de acuerdo en la mayoría de las cosas. Y sabe que ahora está agobiado. Entiende que se ha pasado, aunque no puede arrepentirse de haberle dado una lección a ese violador. No puede. Sabe que este episodio le va a costar mucho dinero a su padre, y lo siente, pero también sabe que si intentan que lo juzguen por intento de violación a quien van a juzgar es a ella. Se sienta.

—Echo de menos a tu madre —dice él, triste.

William no ha superado la muerte de su mujer. Mary murió hace tres años de fiebres y, desde entonces, él no ha levantado cabeza. Y la hija que debería haber sido un consuelo no es sino una fuente de problemas.

—Yo también —reconoce Anne en un momento de debilidad.

—No debí haberla traído aquí.

La madre de Anne había sido la criada de la familia en Irlanda, pero como suele ser habitual en estos casos, señor y sirvienta acabaron encamándose. Y entonces Mary se quedó embarazada. Tampoco esto hubiera sido nada extraño si William le hubiera dado un buen dinero y ella se hubiera marchado a buscarse la vida en otra parte, pero ocurrió que se habían enamorado y se negó a dejarla marchar. Su mujer montó en cólera y, cuando nació la criatura, no aguantó más. Se lo contó a todo el mundo, intentando humillar y avergonzar a su adúltero esposo. Lo que consiguió fue que él no aguantara la vergüenza, cogiera a la criada y a su hija recién nacida y pusiera rumbo al nuevo mundo tratando de escapar de las habladurías.

Como buen hombre de negocios, no tardó en hacer de nuevo fortuna, primero en leyes, después con tierras. Y esta es ahora su situación, con una plantación enorme en pleno funcionamiento, negocios prósperos en los alrededores, viudo y con una hija que le supera.

—Tampoco pudiste hacer mucho más de lo que hiciste, papá. Y mamá podía haber muerto también en Irlanda. Además, aquí hace mejor tiempo.

William suspira. Él sí echa de menos Irlanda. Anne no, por supuesto; ha crecido aquí en Charleston y no recuerda nada de County Cork. Pero él no aguanta estos calores tan pegajosos ni la beatería y la hipocresía de la gente de su entorno. Ni cómo le miran con envidia porque ha sabido hacerse a sí mismo. Sueña con volver a su vieja y verde Irlanda y envejecer y morir allí, aunque sabe que ese camino le está vedado. Además, tampoco le gusta que Anne esté tan cerca de todos esos marinos y piratas, esa vida tan salvaje y tan al margen de la ley a sólo a unas pocas millas de la hacienda.

—Voy a tener qué hacer algo contigo, Anne —dice, apesadumbrado.

—¿Qué quieres decir? —Anne frunce el ceño. Eso no ha sonado como una amenaza vana, sino como una decisión irrefutable.

—Tienes ya quince años y ya eres una mujer. No puedo tenerte aquí, viviendo con toda esta libertad, sin saber si en algún momento me darás un disgusto aún mayor de los que ya me das. No puedo contigo, hija, no sé cómo educarte.

—Ya estoy educada, padre. No hables de casarme aún.

Anne está asustada. Sabe qué se propone su padre y sabe que va en serio, lo puede leer en sus ojos. Y no quiere verse casada tan pronto, aún no. Tiene mucho que vivir todavía.

—Bueno, ya veremos. —William cede, pero no se le ve convencido.

Se levanta, va hacia Anne y le pone una mano en el hombro.

—Pórtate bien, y ya veré qué hago.

Anne asiente, impotente, y mira cómo su padre sale de la habitación con los hombros hundidos.

CAPÍTULO CUATRO

Charleston, Carolina del Sur. Septiembre de 1714

Anne está sentada en su cajón favorito en los muelles. Los últimos meses han sido tranquilos. Ella ha cumplido su promesa de portarse bien, no se ha metido en problemas ni ha sido excesivamente rebelde y, a cambio, su padre ha cumplido su parte. No ha vuelto a sacar el tema del matrimonio. Anne sabe que eso no puede durar, pero está dispuesta a disfrutar cada momento de libertad que le queda. Así que ha seguido acudiendo a los muelles. No falta a su cita, casi cada día, después de sus lecciones (a las que acude con *Misstres* Lisa, la amargada institutriz que se encarga de educarla). Todos la conocen, aunque ahora la miran con otros ojos. Ha pasado casi un año y su cuerpo se ha desarrollado más de lo que a ella le hubiera gustado. Los pechos le han crecido y no resultan tan cómodos para andar trepando y corriendo por los campos. Sus formas se han redondeado, aunque sigue siendo atlética como antes.

En los últimos tiempos, Anne ha visto más y más barcos piratas llegar al puerto. Llegan, descargan sus tesoros, hacen negocios en el pequeño almacén secundario escondido en el muelle, se gastan su parte del botín en apuestas, prostitutas y alcohol (no necesariamente en ese orden) y se vuelven a hacer a la mar en busca de nuevas aventuras. Anne los envidia. Los envidia con cada fibra de su ser. Con cada aliento y con cada pestañeo sueña con convertirse en hombre y unirse a una de esas tripulaciones.

Suspira y baja de un salto del cajón del muelle. El olor a pescado no le molesta; le agrada el sabor salado que el aire de esta zona deja en su garganta, la humedad pegajosa que le enreda el cabello. Le gusta ver a los hombres embrear los cascos, a los ancianos marineros que ya no pueden hacerse a la mar pero que se mantienen cerca de ella cosiendo velas y redes en los malecones, pasear por la lonja e incluso espiar, cuando puede, las transacciones más o menos ilegales de los piratas y los comerciantes de la zona. Anne cree que su padre está perdiendo grandes oportunidades de negocio al no hacer tratos con ellos, pero en eso el viejo tiene las ideas claras.

Anne pasea por el puerto, saludando a los habituales, mirando de forma descarada a los recién llegados que la observan con gesto hambriento hasta que su expresión les hace bajar los ojos, avergonzados. Uno le pregunta el precio y ella le saca el dedo medio de la mano, sin dejar de sonreír.

Hay un barco nuevo en el puerto. El capitán está en el almacén y ha dejado al contraestre en cubierta, controlando el terreno. Salvo unos pocos que se quedan a bordo, los hombres han bajado a tierra, y Anne se queda mirando las anchas espaldas de uno de aquellos marineros que acaba de descender por la escala de cuerda. El pelo negro se le enreda a la altura de la nuca, y sacude la cabeza como un perro para espantar la humedad. El pantalón parece de algún tipo de cuero blando y se pega a sus piernas de una forma muy reveladora. Él se gira y la descubre mirándole. Sonríe, hace una reverencia y, tras una pequeña vacilación, acude a su encuentro. Anne duda si salir corriendo. Tal vez se ha metido donde no debía, pero le gusta el riesgo, y le ha gustado ese marinero, así que se queda quieta, esperando su llegada como si el corazón no le fuera a mil por hora.

—Buenas tardes, señorita —se presenta el pirata. Anne acerca su mano, ceremoniosa, y él

hace ademán de besarla—. No es habitual ver damas en este ambiente.

Ella se echa a reír, retirando la mano.

—¿Y habéis deducido que soy una dama por...?

—Es evidente —contesta él con naturalidad—. No me mirabas valorando el importe de mi botín, sino con auténtica curiosidad. Y los ancianos te saludan. Por no hablar del hecho de que ese vestido es más caro que el que cualquier fulana podrá comprarse en toda su carrera.

—Vale, me has descubierto. Me llamo Anne.

—Encantado, Anne. Yo soy James Bonny.

James sonrío y la dentadura, blanca y entera, brilla y contrasta con su tez morena y curtida por el sol. Los ojos, sin embargo, son de un azul claro, muy claro, tanto que casi dan miedo. Pasean por el muelle, entran a la taberna y ahí James descubre que su dama es una vieja conocida del personal. Pide un ron y lo bebe sin pestañear. Parece muy joven para estar tan curtida y a James le intriga cada vez más.

Anne sabe que es momento de volver a casa, o acabará escondida en algún rincón retozando con James. Y no le apetece o, al menos, no tanto como volver a verle al día siguiente. Así que decide jugar sus cartas.

—Debo irme ya.

James compone una mueca de disgusto en su preciosa cara.

—¿Tan pronto? Apenas es media tarde, tenemos mucho tiempo por delante.

—Debería regresar a casa antes de que se haga de noche y mi padre envíe cuadrillas armadas a buscarme. Además, tendrás prisa por gastar tu paga.

James no dice nada y la acompaña hasta la salida de los muelles, donde empieza el camino que lleva a la hacienda. No pregunta dónde vive, y ella no se lo dice.

—¿Acudirás mañana? —pregunta el joven, sonriendo.

—¿Qué habría aquí que pudiera atraerme mañana? —Ella le sigue el juego. Él se lleva la mano al corazón, como si hubiera recibido un disparo.

—Herís mi pobre corazón —se burla. Pero en seguida se queda serio y la mira a los ojos—. Me gustaría verte mañana, Anne sin apellido. Prometo no gastarme todo el dinero e invitarte a otro ron. ¿Vendrás?

James se ha acercado mucho y Anne cree que el corazón se le va a salir del pecho. Pero como siempre, disimula. Le da un beso en la mejilla al joven pirata y sonrío, enigmática.

—Quién sabe. Estate atento.

Se gira y se marcha caminando muy erguida, sin acelerar el paso. Cuando está segura de que él no puede verla, echa a correr. Luego se para. Vuelve a correr, se para de nuevo e incluso da saltitos. Está muy impresionada por ese chico. Cuando llega a casa no presta atención a lo que le dice Livia, y mantiene una conversación insustancial con su padre a la hora de la cena. Apenas puede dormir y, cuando lo consigue, unos ojos azules como el cielo claro de la mañana le persiguen en sueños.

Aguantar las lecciones a primera hora es una tortura. *Mistress* Lisa se da cuenta de que su pupila no presta atención, pero su alma rígida y fría no le da cuartel. Tras horas de Geografía, Política, Matemáticas, Filosofía e Historia la deja libre al fin, y después de la comida Anne casi se levanta corriendo de la mesa para subir a su habitación.

Se cambia de ropa y se pone pantalones. No le apetece llevar vestido y, además, le gusta ver la cara de la gente cuando la ven vestida de hombre. Y ella se ve guapa con la camisa entreabierta y el corpiño realzando la cintura.

Cuando llega al muelle, James le está esperando en su rincón favorito. Ella sonríe.

— C mo sabías que iba a venir?

—No lo sabía —responde él—. Pero tenía la esperanza. Llevo un rato aquí, aguardando.  Sueles vestir así a menudo?

Pregunta, mirándola con ojos brillantes. Ella sonríe y se encoge de hombros. Dan una vuelta, paseando. Anne saluda como siempre a los habituales, que le devuelven el saludo, pero no miran con tan buenos ojos a James. Anne supone que est n celosos de que un forastero joven y guapo se lleve sus atenciones.

— Os quedar eis mucho tiempo? —pregunta un rato más tarde, frente a un vaso de ron.

—Unas semanas. Dan tormentas y el capitán no quiere partir hasta que no nos aseguren buen tiempo.

— Y dónde vives habitualmente?

Anne quiere saber más cosas de él. James se encoge de hombros, haciendo un gesto vago con la mano.

—Aquí y all . Donde me apetece. Tal vez me quede aquí una temporada —sugiere mirando a Anne a los ojos por encima del borde de su vaso.

— Eres pirata?

Anne suelta la pregunta a bocajarro. La diplomacia nunca ha sido su fuerte y, además, ella estaría encantada de que lo fuera. James sonríe, echa los hombros hacia atrás e hincha un poco el pecho.

—A veces. No siempre. Quiero decir, me enrolo donde hagan falta hombres, no me importa mucho cu al sea el trabajo.

Anne asiente y le envidia en secreto. La conversación fluye natural; está deslumbrada por el joven pirata y no ve que se pavonea, que trata de impresionarla. O tal vez lo ve, pero no le importa. Tampoco se fija en la mirada un tanto calculadora con que él la observa de vez en cuando. James se disculpa para ir a orinar y en ese momento el camarero se acerca a la mesa a rellenar los vasos.

—Anne, no quiero ser indiscreto —empieza a hablar el chico, nervioso. Carraspea. Sabe que no le va a gustar lo que oiga y no le gustaría ser el blanco de su ira—. Pero ayer James estuvo haciendo preguntas sobre ti. Quería saber quién eras y dónde viv as.

Anne sonríe, despreocupada. Pues claro que haría preguntas, ella no le dijo quién era y sabe que le gust o tanto como él le gust o a ella.

—James no tiene demasiada buena fama por aquí, Anne.

—Explícate.

—Bueno —el chico vuelve a carraspear—. Dicen que no es buen compañero. Nadie quiere ser su pareja en un abordaje, no es de fiar.

El camarero se calla cuando James aparece al fondo del local, se da la vuelta y se marcha con la botella. El gesto del joven pirata cambia cuando ve al camarero hablar con Anne, pero en seguida recupera su expresión alegre.

— Qu  hacías hablando con ese pat n?

—Ese pat n es mi amigo —responde Anne, juntando las cejas.

—Disc lpame, lo siento —rectifica James llevando la mano a su corazón—. Me he puesto celoso. —Cruza una mano por delante de su cara, como si los celos se los llevara el viento—. No sabía que fuerais amigos.

—Lo somos. Más o menos. No soy lo que la gente espera de mí.

—Puedes jurarlo —replica él con una sonrisa que parece sincera.

Anne está fascinada, nunca había conocido un hombre que la atrajera tanto. Es guapo, es amable ¡y es un pirata! El cielo ha oído sus plegarias. Pero no le gusta lo que el camarero ha sugerido y quiere aclararlo. ¿James un cobarde? Anne no puede creerlo.

—Dicen que has tenido problemas con tu tripulación —pregunta sin rodeos. No le va eso de no preguntar lo que desea saber. El rostro de James se ensombrece.

—Sí, he tenido problemas. No soy exactamente un pirata, al menos no todavía. Suelen contratarme en expediciones comerciales, pero de vez en cuando me gusta participar en algún saqueo. Es divertido, y me permite vivir mi vida sin dar explicaciones. Además, se gana dinero, si todo sale bien. La primera vez que me enrolé hubo un enfrentamiento con un barco más grande que el nuestro, un bergantín inglés. Hubo que luchar y mi compañero era un loco suicida que corría hacia la muerte una y otra vez. De verdad, ¡estaba loco! Nos libramos por los pelos dos o tres veces, pero entonces decidió meterse él solo en la bodega, sabiendo que ahí había escondidos unos cuantos hombres, sin esperar a nadie más. Lo siento, pero no quiero morir tan joven, sobre todo si no es por algo que de verdad merezca la pena. Y ese barco llevaba salazones, Anne. ¡Salazones! No sé por qué diablos se resistieron así, aún no lo entiendo. Total, que me negué a acompañarle, él fue solo y, por supuesto, lo mataron.

Se encogió de hombros, indiferente. Anne se queda satisfecha, lo que dice es comprensible. Una cosa es el valor y otra la imprudencia, y todos saben que los piratas acaban no viendo el peligro real de las situaciones.

—¿Y qué ha pasado con esta tripulación?

—Qué va a pasar —responde él con amargura—. Alguien fue con el cuento y todos empezaron a cuchichear a mis espaldas. Pero no me rechazarán, están faltos de hombres. Pueden decir lo que quieran, no me importa.

Anne hubiera retado a duelo a cualquiera que se hubiera atrevido a poner en duda su valor o su lealtad, pero no todos son iguales, le pasará ese pequeño fallo al por lo demás perfecto James.

La tarde transcurre con rapidez. James le cuenta sus viajes por el mundo y Anne no habla mucho, sólo escucha emocionada. Cuando es hora de regresar, James le vuelve a acompañar hasta el final del muelle, y antes de separarse se acerca. Es cuidadoso, pero cuando ve que ella no retrocede, inclina la cabeza y le da un beso en los labios. Anne responde al beso, separa los labios y pasa su brazo por detrás de la cabeza de James para acercarlo aún más a ella. Se aprietan el uno contra el otro, se besan con voracidad, se apoyan en un muro en su pasión, y el momento sólo acaba cuando Anne empuja ligeramente el pecho de James, que para enseguida. Se miran jadeantes. Anne tiene el pelo más alborotado que de costumbre, y su barbilla enrojecida por la barba incipiente de James. El joven tiene los ojos claros nublados por el deseo. Anne se escabulle por debajo del brazo de James, echa a caminar y gira la cabeza, deteniéndose.

—Mañana vendré a la misma hora —dice, antes de seguir su camino.

CAPÍTULO CINCO

Anne despierta cuando el reflejo del sol otoñal entra por su ventana. Se oye el trino de los pájaros y, de fondo, el murmullo de los cantos de los trabajadores de la plantación. Se despereza entre sus sábanas de blanco algodón, y se cubre el rostro con un almohadón para ahogar un grito emocionado al recordar la tarde anterior. No es tonta, no es el primer hombre que la besa, ni el primer chico con el que experimenta entre flores de algodón, o en un rincón de los muelles. Pero precisamente por eso, porque no es tonta, tampoco ha llegado nunca mucho más allá. Sabe perfectamente lo que puede pasar si no tiene cuidado, y no quiere acabar con un bombo y un montón de problemas por alguien que tampoco merece mucho la pena. Pero James... con James es distinto. Con James tiene ganas de ir más allá.

Se viste y baja a las cocinas, roba un bollo de pan y se escapa al jardín, a disfrutar de unos pocos rayos de sol antes de que *mistress* Lisa ponga fin a su alegría con una dosis de tortura mañanera.

—Vaya, qué bien la veo hoy, señorita.

Anne se gira sobresaltada. La sirvienta está cortando patatas sentada en la puerta de la cocina y no se había fijado en ella. No recuerda ni su nombre. Lleva apenas un par de días con ellos y, por lo que sabe, ya ha intentado meterse en la cama de su padre para medrar, aunque no sabe si él ha aceptado la oferta. No le gusta la expresión con la que la está observando.

—Pues no me mires —contesta, desabrida.

La criada no deja de sonreír con expresión desagradable.

—Es imposible dejar de mirarla. Tiene *to* el aspecto de alguien que ha *estao* encamada con un hombre toda la noche. Seguro que a su padre no le hará ninguna gracia saberlo. No, no, seguro que no.

—¿Pero qué coño dices?

Anne se levanta de un salto, nota cómo empieza a faltarle el aire y una niebla roja invade su visión. Qué demonios insinúa esa fulana, de qué habla.

—Bueno, ayer no fue *mu* discreta, señorita. Medio muelle la vio morrearse con ese pirata. Más que morrearse. Seguro que esta noche ha tenido visita.

Esa chica no sabe lo que hace. Lleva poco tiempo en la casa, ha oído historias sobre el carácter de la señorita, pero a buen seguro no cree que vayan más allá de rabetas de niña mimada. Tal vez crea que mostrando sus cartas conseguirá algún beneficio. Tal vez piensa en un chantaje, algo que le permita ahorrar un buen dinero y dejar de servir en casas de mierda el resto de su vida. Tal vez... Anne se acerca a ella, que deja de pelar patatas y entra despacio en la cocina, sin quitar la vista de la joven, y pone la gran mesa de madera entre ellas.

—Señorita, no hace falta enfadarse. Yo sólo digo que hay que ser un poco más discreta si no quiere que alguien se entere de *tos* sus movimientos.

—Tú no tienes instinto de supervivencia, ¿verdad? —contesta Anne, que con movimientos suaves y fluidos trata de rodear la mesa para llegar hasta la sirvienta. Pero ésta no se deja engañar —. Te crees que puedes chantajearme. ¿En serio? ¡Joder, qué tonta eres! Como le cuentas a alguien lo que has visto, tus días de criada se habrán acabado. Ni en esta, ni en ninguna otra casa. No te aceptarán ni de puta en el puerto. Tendrás que follarte a marineros tan viejos y sucios que ni las otras chicas los quieren.

La joven mantiene la sonrisa de quien tiene la sartén por el mango, pero en sus ojos comienza a reflejarse la duda. Tal vez ha subestimado a la señorita, y las historias que cuentan de ella sean ciertas. ¿Será verdad que el año pasado mandó al hospital a un mozo que intentó propasarse? Mira un segundo por encima de su hombro, suficiente para que Anne avance y casi le dé alcance. Pero ha localizado las escaleras. Se mueve en su dirección, bordeando la mesa.

—Señorita, no hace falta ponerse *asín*. Yo sólo quiero protegerla, que *naide* más lo sepa. Sería fatal para su reputación y después, ¿qué? ¿Quién querría casarse con usted? —Levanta las manos en son de paz, sin dejar de acercarse a la puerta—. De verdad que quiero ser su amiga.

Anne suelta una carcajada seca y sin humor.

—¿De verdad? Qué tierno. Pero primero tendría que aprenderme tu nombre, y tengo mala memoria. Mejor si lo dejamos así, ¿vale? Yo tu señora, tú mi puñetera criada. ¿Me dices ya qué quieres por esa información?

La sirvienta sabe ya, sin ningún género de dudas, que ha errado en su decisión. Ahora ve claramente que se ha metido con la persona equivocada. Pero no puede evitar que la codicia la impulse, un último intento de sacar tajada a la situación.

—Sólo quiero ser su amiga, ya se lo he dicho. Diez monedas, diez monedas de nada y nunca *naide* sabrá que se dedica a beber ron e ir con hombres cuando *naide* la ve. Lo juro.

Anne sonrío, beatífica, y la chica parece un poco aliviada. Tal vez se relaje un poco, convencida de que Anne ve que esa es la mejor solución. Ella recibirá una pequeña fortuna, Anne no tendrá mayores problemas para conseguir las monedas, y todos serán felices. Ella tendrá que buscarse otra casa para no convivir con esa pequeña fiera, pero está segura de que el señor le escribirá una buena carta de recomendación después de su visita de esta noche.

Casi le pilla por sorpresa el movimiento de Anne. Su cara se congestiona, eleva el labio superior, enseña los dientes, arruga la nariz y frunce el ceño con furia. Echa a correr para alcanzar a la criada, pero esta no es completamente tonta y no ha bajado la guardia del todo. Está bien situada, corre hacia la puerta seguida de Anne, que debe esquivar la enorme mesa para llegar allí.

—¡Te mataré, zorra!

Grita furiosa mientras trata de darle alcance. La sirvienta corre con las faldas remangadas, alcanza las escaleras y comienza a subir por ellas como alma que lleva el diablo. Sabe que arriba están arreglando las habitaciones, y esa loca no se atreverá a hacerle nada delante de las demás. Apenas ha subido tres o cuatro escalones cuando cae al suelo con un grito. Anne le ha dado alcance y la coge por el tobillo, provocando que caiga. En un revuelo de faldas, se lanza sobre ella, pero la criada patatea como una histérica. Le pega una patada en la cara que la lanza hacia atrás, momento que la muchacha aprovecha para levantarse de un salto y seguir subiendo las escaleras a la carrera.

Anne tarda un poco en recomponerse; la patada le ha alcanzado en la mejilla y nota cómo se le empieza a hinchar. Se lleva la mano a la cara y mira los dedos. Al menos no le ha abierto una herida, no hay sangre.

—¡Hija de puta!

Corre escaleras arriba. Parece que va a conseguir escaparse, pero Anne es fuerte y ágil, y lleva años viviendo como una salvaje. Incluso entrena con armas a espaldas de su padre, guiada por algunos de los criados, a quienes les hace gracia su carácter. Es buena tiradora, pero todavía es mejor con el cuchillo. Lleva una mano a donde suele guardarlo, en un bolsillito junto a la cintura, pero justo hoy, embelesada como estaba por James, ha olvidado cogerlo. Anne alcanza a la criada pocos escalones antes de que ésta consiga salvarse. Alarga el brazo, la engancha del moño y tira

con toda su rabia y su ira. La sirvienta tropieza, trata de agarrarse a Anne, pero la joven se aparta. Ella agita las manos en el aire, con cara de espanto, pero no alcanza a asirse a nada y cae rodando por las escaleras. Choca contra las paredes en su caída, gira, rueda en un revuelo de faldas y delantales, y acaba abajo del todo, desmadejada, con el cuello en una posición extraña.

Anne se queda mirando el guñapo al pie de las escaleras, muy quieta y con los ojos muy abiertos, y todo empieza a moverse más despacio. Como en una nube lejana, oye a las criadas que salen de las habitaciones, escucha sus gritos y sus pasos mientras bajan a la carrera las escaleras. Nota el aire que desplazan cuando pasan corriendo a su lado, y ella se sienta en un escalón, desconcertada. Livia se para y la mira, coge su barbilla y observa el pómulo inflamado, que va tomando un color oscuro, y el ojo entrecerrado. No dice nada, luego hablará con ella, antes de que su padre tome cartas en el asunto. A no ser que... Las criadas chillan. La joven está muerta. No hay nada que Livia pueda hacer. Niega con la cabeza y se aleja en busca del señor.

CAPÍTULO SEIS

Anne se encuentra en el despacho de su padre. Él la ha metido allí en cuanto se ha enterado de lo sucedido, quitándola de en medio mientras trata de arreglar este nuevo desaguisado, y cuando entra en la estancia se le ve cansado. Muy cansado, y muy enfadado.

—¿Qué excusa tienes ahora, Anne?

Anne siente lo que ha pasado; ella no quería matar a nadie, pero no ha hecho nada más que defenderse. Tal vez se ha dejado llevar por la ira, sabe que en ocasiones le ocurre y debería evitarlo, no quería matar a la muchacha, sólo darle un escarmiento.

Pero sabe que eso no puede decírselo a su padre. Y también sabe que nadie ha visto lo ocurrido, así que miente.

—No hay ninguna excusa, padre. Subíamos hacia el piso de arriba juntas, yo iba delante y ella ha resbalado. He intentado agarrarla, juro que lo he intentado. Pero no ha habido manera, se ha caído hacia atrás y me ha dado con el pie al caer. —Una lágrima cae por su mejilla desde la esquina del ojo, y a esa le siguen muchas más, tal vez por la impresión. Al fin y al cabo, sólo tiene dieciséis años y acaba de matar a una persona—. Yo quería sujetarla, padre. Lo he intentado, te lo prometo.

William duda. Sabe del carácter de Anne, y la historia de la caída fortuita no termina de encajarle. Aunque su hija le acaba de proporcionar una buena coartada para el servicio y los vecinos, y eso los salvará del escándalo.

—No te creo, Anne. Esa será la historia que contemos, pero yo no te creo. Ya no te aguanto más, no sé qué hacer contigo. Te buscaré un marido y después de eso, será a él a quién tengas que rendirle cuentas.

—¡Padre, no! ¡No lo hagas, te lo ruego! —Las lágrimas siguen cayendo, ahora con más fuerza—. Me portaré bien. ¡Te lo prometo! Yo no he hecho nada, he intentado salvarla.

—Basta, Anne. Esta vez no te servirán las súplicas. Al fin y al cabo, ya tienes dieciséis años. Es hora de que pases a ser problema de otro.

Su padre se levanta y se marcha. Ella sale tras él, con la cara hinchada y congestionada por el golpe y por el disgusto. El servicio lo ve, asumen que está triste por su compañera y eso les predispone a creer la historia que William cuenta. Nadie sospecha que Anne llora porque su libertad va a ser arrebatada con tan sólo dieciséis años, justo ahora que ha conocido a un chico que le gusta. ¡James! Tiene que contárselo a James. Sale de la casa y echa a correr hacia los muelles.

Anne llega jadeante, entra como una exhalación a la taberna, donde el mozo le dice que la última vez que ha visto a James ha sido la noche anterior, borracho como una cuba. Anne corre por la plataforma al borde del agua, busca el bergantín en el que llegó James. Lo ve meando por la borda, de espaldas a ella.

—¡James! —grita con la voz entrecortada. Él se da la vuelta atándose los cordones del pantalón. Levanta las cejas con sorpresa. Tiene ojeras y va sin afeitarse, y el pelo revuelto revela una noche agitada. Pero Anne lo ve igual de guapo que siempre.

James baja por la escala y da un beso a Anne. Su aliento huele a ron y aguardiente, y el aroma

del tabaco lo envuelve por completo. Entrecierra los ojos ante la fuerte luz de la mañana.

—Perdona —comenta llevándose una mano a los ojos—. Ayer estuve en la taberna hasta tarde, y no se me dieron muy bien las apuestas.

—Tengo algo importante que contarte, James —urge Anne, intentando que se centre. Él se da cuenta de que algo grave preocupa a la muchacha, la coge del brazo y caminan a un lugar un poco más privado, donde sus compañeros, asomados a la borda tomando el aire, no puedan escucharlos.

Anne le cuenta lo que ha ocurrido. Si a James le sorprende que su chica haya matado a alguien, lo disimula muy bien. Pero frunce el ceño al escuchar la discusión con su padre.

—¿Y crees que habla en serio?

—¡Pues claro que habla en serio! —chilla Anne, cada vez más nerviosa—. Nunca lo había visto tan seguro de algo. Ni siquiera me ha gritado, simplemente se ha rendido. No tardaré más de una semana en estar casada, y atada para siempre a este lugar de mierda.

James hace una mueca. Le gusta mucho Anne, le jode que se case con otro. Y también, por qué no admitirlo, le jode que sus tierras y su herencia se escape de entre sus dedos y vaya a parar a quién sabe qué otro hombre. Una idea aparece como un faro entre las nubes de la resaca que dejan su cerebro a la deriva y su lengua pastosa. Una idea lo bastante buena como para que su mente recupere la estabilidad y vea con pasmosa claridad lo que debe hacer. Anne está a punto de llorar.

James clava una rodilla en tierra y coge la mano de Anne. Ella le mira, sin comprender, hasta que la respuesta se abre paso en su cabeza y abre mucho los ojos, sin poderlo creer.

—Apenas hace dos días que te conozco, Anne —comienza James, un tanto nervioso—. No es mucho tiempo si lo comparamos con otras parejas, pero es más del que tendrás para conocer a tu futuro marido si las cosas siguen así. En cualquier caso, es tiempo suficiente para saber que me he enamorado de ti. No puedo ofrecerte riqueza, ni tierras, ni siquiera un sustento estable. Pero mi corazón es tuyo, si quieres aceptarlo. —La mira a los ojos y sus labios dibujan una sonrisa deslumbrante—. ¿Quieres casarte conmigo?

Las rodillas de Anne comienzan a temblar. James la ha fascinado. Nunca había conocido a un hombre tan misterioso, tan peligroso; un auténtico pirata. Y dice que la quiere. A ella, con sus dieciséis años, su talante difícil y su incapacidad para controlar su ira. Ella también cree estar enamorada de James. Dos días no son mucho tiempo, pero en estas horas se ha sentido más cómoda con él que con nadie que haya conocido antes. Eso sin contar el cosquilleo del estómago cuando lo ve, y las ganas que le entran de arrancarle la camisa y buscar un lugar apartado cada vez que sonrío de esa forma torcida y encantadora, mirándola a los ojos. Anne sabe que no es más que cambiar un problema por otro. Casada estará igual, pero seguro que James no trata de controlarla y mantenerla metida en casa pariendo hijos y preparando recepciones. Anne apenas duda unos segundos.

—¡Sí, quiero!

Y se lanza en brazos de James, que la rodea y cae hacia atrás. Ruedan por el suelo lleno de algas y se besan. Los marineros aplauden. Tal vez no aprecien demasiado a ese chico al que le gusta tirar la piedra y esconder la mano, pero en el fondo, aun con su aspecto rudo y sus sables, sus cuchillos y sus parches, sus dientes de oro y el poco valor que le dan a la vida humana, incluida la propia, son unos románticos y les gusta ver cómo triunfa el amor.

Anne y James rien, sin soltarse. James se incorpora.

—Habrás que buscar un cura.

—¿Aquí? ¿Ahora? —A Anne le parece bien, aunque tal vez un poco precipitado. Tal vez

deberían ir primero a casa y hablar con su padre.

—Pues claro, cariño. Si no aparecemos en tu casa casados, ¿qué crees que ocurrirá? ¿Crees que tu padre aceptará las razones del corazón y nos dará su bendición?

Anne sabe que eso nunca va a ocurrir. James tiene razón. Mejor aparecer allí ya casados, tal vez incluso con el matrimonio consumado, para que William no tenga más remedio que aceptarlo y seguir adelante. En el puerto siempre hay un cura disponible; los hombres suelen buscar la absolución de su alma antes de partir, o el perdón de sus pecados al volver. También necesitarán testigos, pero eso no es problema. El muelle se va despertando cerca del mediodía, y marineros con las legañas puestas y fulanas en enaguas comienzan a circular.

El cura acepta encantado. Sabe quién es Anne, y sabe que su padre montará en cólera, pero no es algo que le importe. Los ricos y sus asuntos siempre le han molestado, desde que llegó de África en un barco esclavista fletado por mercaderes adinerados como William Cormac, fue liberado por los piratas y se ordenó sacerdote. Está encantado de arrebatarse a esa preciosa salvaje a la sociedad puritana de Charleston.

Y así, entre redes, algas y restos de pescado, con dos piratas y una puta como testigos, Anne y James se juran amor eterno. Tras la ceremonia, Anne no quiere volver a casa. Sabe que su padre estallará y, además, quiere hacerle sufrir un poco. James coge los escasos ahorros que le quedan tras la partida de anoche y alquila una habitación por un par de horas. Allí consuman el matrimonio, y Anne queda satisfecha. No ha sido tal como imaginaba, pero seguro que mejora con el tiempo. Aún no es de noche, pero a pesar de sus pocas ganas, la chica sabe que debe volver a la Hacienda si no quiere empeorar la situación. Así que le dice a James que recoja sus cosas para poder marcharse. Pero James no tiene nada que recoger. El petate ha cambiado de manos, ahora lo tiene un marino de otro barco que zarpó por la mañana temprano, y todo lo que posee es la ropa que lleva puesta y el cuchillo que cuelga del cinto.

De ese modo, ligero de equipaje, se encamina a su nueva vida. Llegan a la Hacienda cayendo ya la noche. William está histérico, casi reuniendo a los hombres para ir a buscarla. Livia la ve llegar y acude a su encuentro, pero se para en seco cuando ve al chico a su lado. Él agarra su cintura con ademán posesivo, y la criada sabe lo que eso significa. Ese joven no actuaría con tanta arrogancia y seguridad si no tuviera claro que no hay marcha atrás. Anne sonríe a la criada, un poco nerviosa, y pide ver a su padre. Se encamina al despacho que tanto ha visitado últimamente.

—Fuera. —Es lo primero que dice su padre cuando asoma al despacho y ve a los dos jóvenes sentados en sendas butacas.

—No, papá, él se queda —le reta Anne.

William pregunta quién es ese chico, y sabe que la respuesta no le va a gustar.

—Es mi marido, papá. Se llama James Bonny.

James se levanta y se acerca a su suegro, con la mano tendida. William mira la mano que ese filibustero le tiende y se gira, desdeñoso.

—¿No has encontrado forma mejor de humillarme que traerme a un pirata sarnoso a casa, hija mía?

—Tú querías que me casara y pasara a ser problema de otro hombre, papá. Y eso es lo que he hecho. James te ha quitado un problema de encima, deberías agradecersele.

William se enfurece. Sabe lo que acaba de ocurrir. Lo ve en las mejillas coloreadas de Anne, en la pose altanera y engreída del chico.

—¡Eres una inconsciente! Acabas de tirar por tierra el buen nombre que te pudiera quedar.

—No me importa el buen nombre, padre, no soy como tú —escupe ella. James interviene.

—No debería preocuparse, William. Soy un chico honrado, puedo trabajar en lo que me mande.

—¡Tú no vas a trabajar una mierda, ni aquí ni en ningún sitio! —La furia es palpable en las palabras de William. Se vuelve hacia su hija.

—Así que te has tirado al primer cazafortunas que has encontrado y lo has traído a casa. ¿Os habéis casado de verdad?

—¡Por supuesto! —Se indigna Anne—. El cura del puerto ha oficiado la ceremonia, y hemos tenido testigos.

William resopla. Ya imagina la clase de testigos que habrá podido tener su hija.

—Mañana hablaremos —dice amenazante, levantando el dedo índice—. Pero si este aprovechado cree que se va a hacer con mi fortuna sólo por engañar a mi hija y casarse con ella, está muy equivocado.

—No pretendo conseguir fortuna, señor —asegura James, con cara de sinceridad—. Amo a Anne, y estoy dispuesto a cuidar de ella.

William gruñe, levanta la mano y se contiene en el último momento. James se relaja al ver que no suelta el golpe, pero su mano se ha desplazado de forma imperceptible hacia el cuchillo que pende del cinto. Anne es consciente del movimiento, pero su padre, afortunadamente, no se ha enterado.

Con un grito de frustración, abandona el despacho. Anne y James se miran.

—¿Y qué hacemos ahora? —dice James, rompiendo el silencio.

—Esperar. Se le pasará —asegura Anne—. Cuando vea que no hay nada que pueda hacer para que cambie de opinión, te aceptará. Supongo que te dará una ocupación en la hacienda, aunque no esperes dirigirlo todo desde el principio.

—Eso no me importa.

Anne asiente. Le cree, aunque sabe que su herencia es un aliciente jugoso que añadir al amor. No sabe qué hacer ahora. Sale del despacho, le pide a Livia que le prepare una habitación a James. Le parece una provocación excesiva compartir cama bajo su techo antes de que les haya dado, si no su bendición, sí su permiso. Pero James insiste. Anne es su esposa y quiere dormir con ella. Livia no deja lugar a dudas. El chico no compartirá cama con la señorita hasta que el señor no haya dado su expreso consentimiento. James protesta, Anne interviene y zanja la cuestión.

—Ya vale, James. No añadas más leña al fuego. No nos va a pasar nada por dormir separados esta noche.

A la mañana siguiente, Anne, conciliadora, trata de hablar con su padre, quien la escucha sentado a la mesa del despacho, con las manos juntas y el ceño tan fruncido que sus cejas se tocan.

—Papá. Te ruego que lo entiendas. —Ella argumenta calmada, tranquila, sin levantar la voz. Se ha preparado toda la noche para esto—. James es un buen hombre, no ha tenido una vida fácil y por eso a veces ha cometido errores, pero quiere una vida honrada y sencilla. Lo sé.

—¿Lo sabes porque te lo ha dicho? —La ironía es palpable en la voz de William, pero también se mantiene calmado. Sabe que enfurecerse y gritar no sirve de nada con Anne. Sólo conseguirá que ella monte en cólera también y entonces pueden tener un enfrentamiento muy desagradable. Todavía tiene esperanzas de hacerle entrar en razón—. No es una razón muy convincente.

—Lo sé porque le conozco.

—¿Hace cuánto tiempo que lo conoces?

Anne se queda callada. Es consciente de lo absurdo de su afirmación.

—Anne, hija mía —continúa el padre, todavía con voz suave—. Eres muy joven, y te has dejado engatusar. Pero créeme, a ese chico no le interesas tú. Su único interés es tu herencia.

—¡Eso no es cierto! —Anne levanta el tono y su padre hace un gesto tranquilizador con las manos.

—Calma, Anne. Sé lo que digo. Supongo que ya sabías que no iba a aceptar tu decisión a la primera, pero soy un hombre sensato. Sé perfectamente lo difícil que hubiera sido buscarte un marido a mi gusto con tu genio y tu carácter, así que estaba dispuesto a hacer concesiones. Esta mañana temprano he enviado algunos hombres al puerto a investigar sobre James, y han vuelto hace apenas media hora.

—¿Y?

—Lo conociste hace tres días, Anne. Su barco, un barco pirata, por cierto, llegó a puerto hace tres días. No dudo que le gustases, no hay más que verte. —William señala con la mano lo obvio. Su cuerpo, su cara y hasta su melena llaman poderosamente la atención—. Pero eso no es suficiente. Sé que tuviste la inteligencia de no decirle quién eras, pero en cuanto te marchaste la primera noche, estuvo haciendo preguntas. Para cuando volviste, sabía perfectamente de dónde venías y cuáles son mis posesiones.

—Papá, es normal que preguntara por mí. Y entiendo que le guste la idea de heredar todo esto, pero te aseguro que soy yo quien le interesa.

Su padre sacude la cabeza, apesadumbrado.

—No, Anne. No es por ti, lo siento. Cuando ayer fuiste a contarle que te quería casar, ¿cuánto tardó en proponerte matrimonio? Es un buscavidas, hija. Uno muy listo, uno con una cara agradable y encantadoras maneras, pero un buscavidas.

Anne se planta frente a su padre, frustrada y furiosa por no hacerle comprender.

—¡Te repito que eso no es cierto! Además, ¿acaso tú me hubieras dejado conocer mejor a tu elegido? ¿O sólo me hubieras informado de su nombre, me hubieras puesto un vestido de novia y me hubieras acompañado hasta el altar bien agarrada del brazo para asegurarte de que no me escapaba?

William se levanta. Su paciencia está a punto de agotarse. Quiere a su hija, pero es un dolor de cabeza constante, y no puede más. Pensaba que al casarla pasaría a ser problema de otro, pero no era esto lo que quería. Ahora tiene dos problemas en casa, a falta de uno, y la cabezota de su hija no entra en razón. Sale de detrás del escritorio, levanta la voz y endurece el tono.

—Esto no es una negociación, Anne. No vas a convencerme. Ese pirata no es bienvenido en esta casa. Tu matrimonio no es válido.

—¡Sí que lo es!

—Yo no lo acepto. No, no lo es.

—Consumamos la unión, papá. —Anne siente una perversa satisfacción al decir eso, al ver como su padre se queda lívido, aunque no le pille por sorpresa. No espera la bofetada con que le cruza la cara. Es tan repentina e hiriente que ni siquiera es capaz de reaccionar. Se queda mirando a su padre con los ojos abiertos y la mano en la mejilla, incrédula.

—Me da igual. Quiero que antes del mediodía ese hombre haya abandonado esta casa. Si él no se va, os iréis los dos.

—James no se va a ir, papá. Es mi marido, y su sitio está a mi lado.

—En ese caso, os echaré a los dos.

Y por el tono de voz, Anne sabe que no es una amenaza vana. Su padre es un hombre pacífico,

no le gusta tomar decisiones conflictivas —Anne no entiende cómo ha llegado a hacer tanto dinero con ese talante—; pero cuando toma una, sabe que suele ser inamovible.

—¡Papá, no hablarás en serio! ¿Cómo vas a echarme de mi casa?

Su padre se acerca a ella. En su rostro no se ve furia, sino tristeza y decepción. Sentimientos mucho más peligrosos y definitivos.

—Si ese chico te quiere de verdad, si tú le quieres a él, entonces asumiréis los riesgos de la convivencia. Pero no en esta casa. No es tu casa, Anne. Es la mía, y lo será hasta que yo muera. Y como tengo potestad sobre mi casa y mis propiedades, te digo que, si a mediodía ese pirata no ha abandonado esta casa, tú dejarás de ser mi heredera.

Anne da un paso atrás, sorprendida.

—¿Estás loco? No vas a dejarme sin mi herencia. ¡Es mía!

—Todo esto lo he ganado yo, no tú. Me has traído problemas desde el mismo instante de tu nacimiento, Anne. Ya es demasiado. Se acabó. Tienes que tomar una decisión.

Anne siente que la ira aflora de nuevo, y su visión toma un tono rojizo. Comienza a chillar frente a la cara de su padre, furiosa. Coge un tintero y lo estampa contra la pared, dejando un reguero en las paredes y un charco de tinta oscura en el suelo. Da golpes en el pecho de su padre y, cuando este la empuja, le lanza a la cabeza un pisapapeles enorme. Si le hubiera dado, podría haberle matado. William da una voz y entran en el despacho dos negros inmensos que sujetan a Anne por los brazos y se la llevan, sin dejar de gritar y patalear. William se acerca a su hija antes de que crucen la puerta, pero ella le escupe en la cara. Él acaricia su mejilla, con algo parecido a la ternura en la mirada.

—Anne, cariño, a pesar de todo, siempre te he querido. Te sigo queriendo. Elige bien, deja a ese chico, y volverás a ser mi hija. Por favor.

Anne cierra la boca, testaruda, y él se da la vuelta sacudiendo la cabeza, pesaroso. Levanta su silla volcada del suelo, se sienta, se sirve un vaso de *whisky* escocés y agacha la cabeza, derrotado.

CAPÍTULO SIETE

Anne y James están en el dormitorio de Anne, donde ella se recompone después del ataque de ira que ha sufrido. Están hablando. James se ha visto muy frustrado al saber que no va a ser rico y respetable. De hecho, se ha enfadado como un mono, y la retahíla de palabras malsonantes que han salido por su boca han sorprendido incluso a la propia Anne y su lengua de marinero.

—¿Entonces es cierto? —pregunta Anne, decepcionada—. ¿Eso es todo lo que querías de mí?

James se recompone y se arrodilla frente a Anne, sentada a los pies de su cama. Coge sus manos.

—Pues claro que no. ¡Qué tontería! Es a ti a quién quiero. Pero no voy a negar que me seducía la idea de acabar como señor de una plantación. —Se ríe imaginando la situación y se encoge de hombros, resignado—. En fin, está visto que no voy a ser rico, al menos por ahora. Tal vez el viejo cambie de opinión más adelante, si ve que nos ganamos la vida sin su ayuda, o puede que consiga dinero de otra forma. Lo importante ahora es qué quieres hacer tú.

James disimula bien su decepción. O tal vez, con su carácter tan de superviviente, tan de vivir momento a momento, sabe que esa puerta está cerrada y sólo está planeado el siguiente paso, valorando si puede volver a abrirse, o al menos encontrar una alternativa.

—¿Qué quieres decir?

—La decisión es tuya. —James vuelve a encogerse de hombros—. Te quedas aquí para casarte con el hombre que tu padre elija para ti, o vienes conmigo y vivimos una vida de aventuras.

Anne se levanta de la cama. No se lo ha planteado, pero se da cuenta de que, en ese momento, en ese preciso instante, es donde va a decidir cómo va a transcurrir el resto de su vida. Renunciar a una vida acomodada, sin peligros y sin carencias de ninguna clase, o quedarse y aceptar su jaula de oro. Si se queda, asume su papel. Sus ansias de libertad y sus esperanzas de una vida llena de aventuras habrán muerto para siempre, aniquiladas por ella misma. Sus ataques de furia, provocados por la frustración, el descontento y la sensación de ahogo, seguirán aumentando hasta que tal vez su marido no la aguante más y la interne en algún centro. Si se va... Sus ojos se entornan, soñadores. Nunca ha vivido con frugalidad, no sabe lo que es eso. Pero sabe, sin ningún género de dudas, que podrá pasar sin toda esta abundancia; nunca ha necesitado grandes lujos. Si se va, habrá llegado el momento de vivir como siempre ha deseado.

Se acerca a James, le rodea el cuello con sus brazos y besa sus labios con pasión. Al separarse, le mira a los ojos con firmeza.

—Vámonos de aquí.

—¿A dónde iremos? —pregunta Anne. James hace un gesto indiferente. No es la vida de casado que esperaba ayer, pero le vale. Al fin y al cabo, Anne está a su lado, y presente que la vida con ella puede ser muy divertida.

—Podemos ir donde queramos —dice—. Conozco gente en Nueva Providencia. Seguro que allí no me costará encontrar trabajo en Nassau.

Nueva Providencia... Le encantaría vivir en Bahamas. Es un auténtico oasis para la piratería. Allí Anne se verá sumergida de lleno en el ambiente en el que siempre ha suspirado por vivir. No será fácil, lo sabe, pero ella no es una mujer que ansíe una vida fácil. Será feliz allí.

No sabe qué llevarse, nunca se lo ha planteado. Ni siquiera sabe si se despedirá de su padre; no han terminado muy bien. James no tiene nada que portar, se va tal y como llegó, pero Anne le prepara un hatillo con cosas de valor que cree que podrán serles útiles: mantas, un par de bolsas de monedas y un cuchillo repujado. Anne añade también unas cacerolas y unas botellas de ron y *whisky*.

Ella se prepara otro: algo de ropa, un par de vestidos sencillos, pantalones, camisas... Lleva también pistolas, cuchillos y todas las monedas que ha podido encontrar y que no han acabado en el petate de James. Tras dudar por un momento, coge algunas joyas que eran de su madre. En realidad, coge todas las joyas que encuentra. Todo lo que pueda resultarle de valor acaba en su bolsa. Anne sustrae todas estas cosas del cuarto de su padre cuando sabe que no la va a ver. Baja a la cocina y coge pan, queso, carne seca y galletas para el camino. Otro par de mantas para las noches frescas y ya tiene su ajuar listo.

Está anocheciendo. Su padre no la ha echado a patadas al mediodía como había prometido, pero es consciente de que el documento que sella su exclusión de la herencia está firmado. Ha visto entrar al abogado. Ahora William está encerrado en su despacho, y Anne sabe que es porque no quiere verla marchar. No saldrá de allí hasta que ellos se hayan ido.

La joven pasa por delante de la puerta cerrada del despacho. Está a punto de llamar, de ceder a la sensiblería y despedirse de su padre. Se acerca a la puerta cerrada, apoya la mejilla en ella y levanta el puño. Pero pronto vuelve la indignación y se llena de orgullo. Guarda la mano en el bolsillo, levanta la barbilla y se marcha de lo que ha sido su hogar sin despedirse de nadie.

Van caminando por el sendero que lleva a los muelles, y las plantaciones de su padre bordean el camino. James fuma y le pasa el cigarro a Anne. Nunca ha fumado, pero lo prueba, y el humo rasca su garganta como el vino joven sin aguar. Mira con rabia a su alrededor.

—Todo esto hubiera sido mío algún día —señala. James hace un gesto de resignación. Para qué darle vueltas a algo que ya no va a suceder—. Seguro que ahora el viejo se lo deja a la Iglesia. ¡Maldito sea!

—Tal vez recapacite —sugiere James, sin mucha convicción—. Dale tiempo, tal vez si le damos nietos... —Sonríe, travieso, y se acerca a Anne. Ella le devuelve la sonrisa.

—Tal vez. Vayamos a la posada; no creo que salga ningún barco antes de mañana, y tengo ganas de dormir con mi marido.

—¿Estarás bien? —pregunta él, acariciando su mejilla.

—Sí. —Anne suspira y echa los hombros hacia atrás—. Soy tu mujer, ahora me llamo Anne Bonny. Esta vida se acabó para mí.

Con un gesto de desprecio, lanza el cigarro al campo más cercano. Ambos se alejan de la mano, sin ser conscientes de que la suave brisa de principios de otoño aviva la brasa, y un resplandor rojizo comienza a reflejar en la tierra seca. Conforme ellos se alejan, las llamas comienzan a lamer la plantación.

CAPÍTULO OCHO

Port Royal, Jamaica. 17 de noviembre de 1720.

El carcelero entra con un plato de comida y la deja en el suelo. También lleva un sobre con un sello lacrado y se lo tiende sin decir palabra. Anne lo abre y encuentra dentro una carta de su padre. Hace años que no se ven, que no hablan. No se separaron en buenos términos y, aunque ella había valorado el escribirle para pedirle ayuda, el orgullo se lo ha terminado impidiendo. Se sorprende por la carta, y un aluvión de recuerdos y cierta nostalgia la invaden. No porque eche de menos aquella vida; escapó de ella tan pronto como pudo y no se arrepiente de nada. Pero sí echa de menos aquellos años de la niñez, antes de crecer lo suficiente como para descubrir qué significa ser una dama y decidir que no lo quería para ella. Echa de menos esos tiempos en que su madre aún vivía y los tres eran felices en Charleston, cuando no había descubierto que había otras formas de vivir con menos ataduras y más libertad. Despliega la carta y lee.

Querida Anne: Recibo con estupor y preocupación las noticias de tu detención. No puedo decir que me sorprenda, dadas las condiciones de tu marcha y tu fuerte carácter, pero en el fondo, nunca creí que pudieras dar un paso más allá de tu matrimonio con ese fantoche de Bonny y hacerte a la mar con un amante como Jack Rackham. Supongo que debí esperar algo así. Estaba claro que James no te iba a durar mucho. Prometí que me olvidaría de ti cuando me abandonaste para irte con ese pirata de medio pelo, cuando dejaste atrás a tu padre y tu vida y te llevaste por el camino las joyas que tanto me recordaban a tu madre. Y de paso prendiste fuego a la hacienda. Estuve muy enfadado mucho tiempo, pero, al final, la sangre puede más que todo. No puedo olvidar que eres mi hija, la única familia que me queda, y no me gustaría enterarme de que te han colgado como a un vulgar pirata en el patio de una prisión cualquiera. Y por si eso no fuera suficiente, me dicen que estás embarazada. Espero que lo utilices en el juicio para evitar la ejecución que a buen seguro os espera a todos en caso contrario. Pero mi nieto no tiene la culpa de los pecados de su madre y me gustaría criarlo aquí, en Charleston, para convertirlo en mi heredero. Los años ya pesan y debo ir pensando en mi sucesión, y en qué será de mi patrimonio cuando muera. Así que, querida hija, porque eres querida a pesar de todo, voy a proponerte un trato. Hablaré, suplicaré, sobornaré y pagaré a quien haga falta para sacarte de allí, si tú accedes a dejar a tu hijo a mi custodia y a ingresar en un convento tan pronto hayas dado a luz. Así, tu alma se salvará, tu hijo no conocerá la miseria ni el hambre y yo tendré un heredero a quien cuidar y enseñar. Piénsalo.

*Te quiere,
Tu padre.*

Anne no puede creerlo. El viejo aparece ahora, después de años, para exigirle que se entierre tras los muros de un convento para el resto de su vida. Se enfurece. Se levanta, aporrea la puerta y exige al guardia papel y pluma para contestar la misiva. Cuando éste se los proporciona, se apoya como puede en el camastro y escribe.

Hola, Padre: Qué sorpresa recibir tu carta, estaba segura de que te habías olvidado de mí.

El juicio ya se ha realizado y el resultado ha sido el esperado; horca para todos. Yo he conseguido un aplazamiento por mi estado. No obstante, debo decir que los términos del acuerdo que me propones son inadmisibles; jamás, entiendo esto, jamás, me verás recluida entre las paredes de un convento. Eso no sería suficiente para salvar mi alma y a mí me mataría lentamente. Prefiero parir esta niña en la cárcel y morir luego en la horca, así seguiría al otro mundo a Jack y compartiría mi destino con él. Y tú tendrías tu heredera, pues podrías reclamarla como pariente en el mismo momento de mi muerte. No me opondré.

Debo decirte también que yo no prendí fuego a tus plantaciones. Bueno, en realidad sí lo hice, pero fue un accidente totalmente involuntario del que me enteré cuando ya estaba instalada en Nueva Providencia. Respecto a las joyas, qué puedo decir. Tienes razón; algo debía llevarme para asegurar mi sustento, ya que me dejaste sin una moneda. Y con James estabas en lo cierto, por supuesto: es un mequetrefe que sólo quería tu dinero, pero lo que importa es lo que yo quería de él. Y lo único que deseaba es que alguien me sacara de allí y me diera la clase de aventuras que yo quería vivir. Así que, a su manera, cumplió su cometido. No he sido una buena mujer, padre, eso ya lo sabes, aunque apostarí a que no he hecho ni la mitad de cosas que seguro que se me adjudican ahora. Lo que sí puedo decir es que he vivido conforme a mis principios, y eso no va a cambiar ahora que la muerte llama a mi puerta. Lo siento, pero no. Espero que lo entiendas, padre. Me hubiera gustado verte una vez más antes de morir.

*Con afecto,
Anne.*

¿Con afecto? ¿Eso le ha escrito a su padre? Debe de estar haciéndose vieja, o serán que la prisión, la muerte y el embarazo la están trastornando. Ríe entre dientes, mete la carta en un sobre y llama de nuevo al carcelero para que se lo haga llegar al director. No la sella, no le importa que lean el contenido y, además, sabe que no la dejarían cerrarla; esa carta debe pasar primero por el control, antes de salir de la prisión y tomar el camino a Charleston.

CAPÍTULO NUEVE

Nassau, Nueva Providencia, Las Bahamas. Octubre de 1714

La travesía se ha dado bien. La mar no estaba muy movida y Anne no se ha mareado. Están adecentando el pequeño apartamento que va a ser a partir de ahora su hogar. No son más que dos habitaciones, una pequeña que hace las veces de dormitorio, y otra un poco mayor que es cocina, salón y centro de reuniones. Tampoco necesitan más. Llevan en Nueva Providencia una semana y, aunque todavía les queda algo de dinero y casi todas las joyas, hay que ponerse a buscar trabajo. James ha aceptado embarcarse en una expedición de un barco pirata. Apenas pasará fuera un mes, pero no tiene muchas ganas de abandonar a Anne justo ahora. Y Anne tampoco está muy contenta; no le parece justo que él salga a divertirse mientras ella se queda en casa. ¡Divertirse! James a veces piensa que su mujer está loca. Él no disfruta especialmente de las travesías, de la comida monótona, de las eventuales refriegas en las que tiembla pensando que puede morir o quedar tullido. No disfruta de los momentos de calma chicha, en los que se pregunta si el viento volverá a aparecer o se quedarán ahí flotando hasta que todos mueran de hambre y sed. Tampoco disfruta de la falta de higiene, ni del sonido de los cañones enemigos al disparar, ni de la falta de confianza que tienen en él los hombres. No aprecia a esa gente pendenciera, ruda y malcarada que no da ningún valor a la vida humana, sobre todo a la de James. Se hace el duro cuando se le llena la boca hablando de vivir en libertad y de no tener dueño, pero todo es una pose. ¡Divertirse, dice! Hace dos noches que no duerme pensando en embarcar, pero Anne se ha negado a seguir empeñando joyas y le ha puesto entre la espada y la pared. Y cualquiera le lleva la contraria a su mujer.

Anne está un poco decepcionada. Su marido ha resultado no ser el pirata aguerrido y valiente que ella imaginó. Intenta parecer impaciente y emocionado, pero se nota que preferiría labrar la tierra antes que enrolarse en el barco que zarpa mañana. Aunque tampoco piensa quejarse: le ha supuesto la oportunidad de escapar de una vida que aborrecía y ahora está aquí, viviendo en la capital pirata más importante del mundo. El ambiente en las calles y tabernas es vibrante y motivador y, además, el clima es templado y agradable y las playas son largas extensiones de arena blanca bordeadas de palmeras, donde Anne va a menudo a pescar o a pasear y pensar. Ha salido ganando.

Una vez James se ha marchado, ella tarda poco en buscarse entretenimiento. Ha ido a despedirlo al puerto y se ha dado cuenta de que lo va a echar de menos. Él, por su parte, la ha abrazado como si no fuera a volverla a ver, pero Anne duda de si ha sido por miedo a perderla o por miedo, simplemente.

Esa misma tarde acude a la taberna. Hay varias en Nassau, por supuesto, llenas como están de hombres que buscan perder el dinero recién ganado, pero su favorita es una que se abre en la calle principal, a pocos pasos de los muelles, donde las putas se mezclan con los piratas más populares de la época. Ella ha visto allí a algunas de las caras que salían en los periódicos de Charleston cuando ha ido con James, y se siente emocionada de ser parte de aquello. Al principio la miran de forma extraña al verla sola; las chicas piensan que les quiere quitar clientela, y también algunos de los hombres creen que quiere aprovechar la ausencia de su marido para ganarse un dinero

extra. Pero Anne no está pensando en eso. Pide un ron y se lo bebe de un trago. Pide otro y solicita entrar en una partida que se lleva a cabo en una esquina, poniendo una de las joyas como garantía. Si algo le gusta de este sitio es que a nadie le preocupa si eres hombre o mujer, blanco, negro o mulato, o si te van los hombres o las mujeres. Aquí vales lo que tus actos dicen que vales, y los actos de Anne hablan por ella.

Antes de la media noche, todos los habituales la llaman ya por su nombre y las chicas cruzan los dedos con fuerza cuando ella juega, esperando que gane. Nunca se le dio bien hacer amigos, pero tal vez fuera porque en su mojigata parroquia sus modales toscos y su lengua de marinero no habían sido bien vistos. Sin embargo, aquí es justo eso lo que la hace integrarse. Acaba perdiendo todo lo que ha llegado a acumular durante la tarde, excepto la sonrisa, y el tabernero la invita a un trago como consuelo. Cuando se va a marchar, un recién llegado que no la ha visto antes le toca el trasero y le pregunta el precio. En un par de movimientos, ella le tiene desarmado, encogido en el suelo en posición fetal y con un cuchillo en el cuello, que no retira hasta que él pide clemencia a gritos. Anne se marcha a casa, entre los aplausos y las risas del personal, y esa noche se siente más feliz que nunca.

Los días pasan y, aunque va casi a diario a la taberna, donde se ha ganado la amistad y el respeto de la mayoría de habituales, no tiene mucho más que hacer. Le ha pedido a un pirata joven y amable que le enseñe a utilizar la espada. Si bien en la hacienda algunos de los criados le enseñaron a luchar con las manos y a manejar el cuchillo, y su padre consintió en enseñarle a disparar, ahora quiere saber usar el sable y mejorar con el cuchillo. No siempre sale bien parada y a veces acaba con un ojo hinchado, un moratón inoportuno o el orgullo pisoteado, pero cada vez mejora más. También pesca y nada, e incluso ha empezado a coserse un vestido, pero no prestó mucha atención a las clases y tampoco su padre puso mucho interés en que aprendiera. Total, ¿quién iba a pensar que tendría que coserse algo ella misma? Así que ahora lo que tiene es una tela informe que acabará en la modista para convertirse en algo parecido a una falda. Aunque como más cómoda se siente es con pantalones, y aprovecha que allí nadie la mira para ir como le apetece.

Anne se aburre, y todos los días desea que sea media tarde para acercarse a la taberna cuando ésta empieza a cobrar vida. Apostando, hablando, jugando, bebiendo y escuchando historias pasan las horas, hasta que se marcha a su casa de madrugada, a veces dando un paseo por la playa absorta en la lejanía. ¿Dónde estará James? ¿Se encontrará bien? Lo echa de menos. Tal vez sea un poco cobarde, y no sea el hombre que esperó, pero es su marido y aún cree que le quiere. Además, el dinero y las joyas, lentamente, pero sin pausa, van desapareciendo, y Anne espera que James regrese con la bolsa llena.

James vuelve un mes más tarde. Llega una mañana y encuentra a Anne guisando patatas en el caldero. Se abrazan, se besan casi sin hablar y no salen de casa hasta dos días después.

—Entonces, ¿no vas a volverte a enrolar con Vane? —pregunta Anne, vestida sólo con una camisa de James, mientras comen algo de guiso para recuperar fuerzas.

—Ni de coña. Vane está loco y sus hombres también. —James sacude la cabeza—. Atacan sin medir las dificultades. ¡Casi tratamos de abordar un galeón español! Pero al final el número de cañones que llevaba nos hizo dar la vuelta.

Intenta sonar aguerrido, pero Anne, que hubiera dado lo que fuera por haber estado allí, huele el miedo en su voz. Un leve destello de desprecio asoma en su tono.

—¿Y qué piensas hacer ahora? No has ganado tanto como esperaba.

Lo cierto es que la bolsa de James ha resultado decepcionante. No les va a dar para vivir mucho tiempo. James sonrío y se pone detrás de Anne. Masajea su cuello con las manos.

—Tengo una proposición.

Anne, se gira, expectante.

—¿En serio? ¿Quién quiere contratarte?

James sonrío, misterioso. Vuelve a sentarse a la mesa, pone los pies sobre ella y coge una manzana, que comienza a pelar con su puñal.

—¡James! —insiste Anne.

—Está bien, te lo diré —ríe su marido—. El gobernador me ha ofrecido un puesto.

—¿El gobernador? —Anne se siente confusa. ¿Qué quiere el gobernador de su marido?

—Sí, necesita confidentes. Es un buen trabajo, Anne. Está muy bien pagado y soy el hombre adecuado. Al fin y al cabo, conozco a muchos piratas.

Anne está horrorizada.

—Espera. ¿Me estás diciendo que vas a traicionar a tus amigos, a tus hermanos, por cuatro monedas?

—No son cuatro, Anne. Y tampoco van a ser mis amigos. No tiene sentido que delate a la gente que conozco; no duraría vivo dos días. No, me van a mandar a zonas más lejanas, me infiltraré en tripulaciones piratas y en grupos de bucaneros y ¡pum!

—James, dime que no has aceptado.

—¡Por supuesto que he aceptado! Es genial, ¿no lo ves? Si están satisfechos conmigo, en un tiempo puede que me concedan desde Inglaterra la patente de corso. Entonces podría saquear todo lo que quisiera, sin que la sombra de la horca estuviera siempre pendiente sobre mi cabeza.

—No puedo creerlo, James —Anne se levanta y retrocede—. Me das asco.

James no entiende nada.

—¿Pero qué coño te pasa? Creí que te gustaría que tuviera un buen trabajo, que ganara dinero para vivir mejor. En poco tiempo es posible que hasta podamos comprar una casa.

Anne está furiosa, no da crédito. La venda que tenía en los ojos ha caído. Por fin ve que su marido es un ser traicionero y egoísta que sólo piensa en su propio beneficio.

—¡Pero esos hombres son tus hermanos!

—¡Deja de decir eso, hostia! —grita James, también fuera de sí—. ¿Por qué te preocupan tanto? ¿Qué has estado haciendo con ellos en el tiempo que yo no he estado aquí?

Anne se ríe, seca, y escupe en el suelo.

—Nada en absoluto. Nada excepto hacer amigos. ¿Me dejas sola nada más llegar a Nassau y pretendes que me quede en casa encerrada sin salir? Eres idiota, joder. Esos hombres son buena gente, me han tratado siempre con respeto, y tú quieres traicionar a la Cofradía. Te matarán si se enteran y, lo que es peor, no confiarán en mí.

—¡Bueno, basta ya! —James levanta la voz y da un golpe en la mesa—. Esto es lo que hay. Me marcho en tres días, y no volveré hasta dentro de un par de meses. Luego me han prometido un mes de parón, y de nuevo me haré a la mar. Espero que te comportes en mi ausencia.

James se marcha dando un portazo y Anne chilla, frustrada y furiosa. Pero no puede hacer nada. Nada excepto intentar que los hombres de por aquí ignoren la despreciable ocupación de su marido y, si se enteran, que no la relacionen con él.

Cuando James se marcha, ella vuelve a la taberna, pero esta vez su actitud es distinta. Tras dos

tragos, echa el ojo a un joven marinero que tendrá su misma edad. Acaba de desembarcar, parece que ha sido su primera expedición y se sienta rodeado de sus compañeros, que le dan palmadas en la espalda y brindan con él. Lo mira con insistencia hasta que él se da cuenta. Él y el resto de sus compañeros, que saludan a Anne llevándose la mano a la gorra y jalean al chico, que sonríe, se bebe el contenido de su vaso de un trago y avanza hacia ella.

A las dos horas (o tal vez sean tres, el tiempo pasa muy rápido en la cama) Anne se viste y baja de nuevo a la taberna. La discreción es la norma, nadie hace ningún comentario al respecto. Recuerdan que pueden acabar con los huevos metidos en la boca si dicen algo que ofenda a la joven pelirroja. Ella se marcha, con un saludo seco al aire.

Y así son sus noches a partir de ese momento. No le debe fidelidad a quien no es capaz de ser leal, así que, si alguien le gusta, ella va a por él. Las putas no le dicen nada; Nassau es un lugar donde la demanda es muy superior a la oferta y no le quita trabajo a nadie.

CAPÍTULO DIEZ

Port Royal, Jamaica, 17 de noviembre de 1720.

El ventanuco de la puerta de su celda se abre y un ojo observa con atención. Anne está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y no muestra intención de levantarse. ¿Para qué? Ya no hace falta guardar las formas. Se cierra la abertura y la puerta se abre. Jonathan Barnet en persona aparece en el quicio de la puerta. Detrás, dos guardias esperan con los brazos cruzados. Hace un gesto y le alcanzan una silla. Entra en la celda y la puerta se cierra tras él, pero Anne no es tonta; sabe que, a una mínima señal por su parte, entrarán como una exhalación en el cubículo. Atacarle no serviría de nada. Además, Anne descubre que tampoco tiene ganas de hacerlo. No es odio lo que siente; ni siquiera rencor. La más fría de las indiferencias inunda su corazón. No le culpa de su situación, no es tan infantil; sabe que la responsabilidad de haber acabado así es únicamente suya. Ellos decidieron llevar esa vida a sabiendas del riesgo que entrañaba. Pocos piratas se retiran a disfrutar de una vejez apacible; fue bonito soñar con eso, pero poco realista.

Barnet la mira, sin expresión en la cara.

—Hola, Anne.

La voz de Barnet no tiene apenas inflexión, aunque Anne cree distinguir un breve destello de calidez al fondo. Ella le mira, pero no contesta. Él se sienta en la silla y se queda mirándola en silencio. Al poco, Anne no puede más.

—¿Te gusta lo que ves, Barnet?

Él la mira brevemente a los ojos. Luego recorre su cuerpo, demasiado delgado por el cautiverio. Se encoge de hombros.

—No especialmente. Estabas mejor antes.

—No he sido yo quien ha elegido este paradisíaco retiro entre cuatro paredes a la espera de que me cuelguen.

—Lo lamento, Anne —dice él, y parece sincero—. Te juro que he intercedido por ti ante el gobernador y el director. Intento que te traten bien, a pesar de las circunstancias.

—¿Por qué, Jonathan? ¿Por qué lo intentas, cuando toda tu vida en los últimos años ha girado en torno a la idea de capturarme?

Jonathan cierra los ojos brevemente, y su cara muestra un gesto de dolor, que desaparece tan rápido como ha venido.

—Porque no ha ido como esperaba. Creí que, al detenerte, me sentiría en paz. Pero no ha sido así. —Se calla, como si no supiera cómo continuar—. No voy a decir que me arrepienta, Anne. Es mi labor, es mi trabajo mantener los mares limpios de piratas, y lo hago lo mejor que puedo. Tampoco voy a decir que lamento la muerte de Jack, pues no es así. El mundo estará mejor sin él. Pero tú...

Anne hace una mueca al oír el nombre de su amante. «No te atrevas a pronunciar su nombre», tiene ganas de decir, pero sabe que es mejor callar. Barnet sigue hablando.

—Siento de veras que estés en esta situación. Y siento que estés embarazada de un pirata, Anne, y que ese niño vaya a crecer sin padres. Todo podría haber sido de otro modo.

Anne se levanta y se apoya en la pared. Sonríe.

—¿Si este niño hubiera sido tuyo, por ejemplo?

—Tal vez —concede Jonathan—. Pero así son las cosas. Aunque hay algo que puede ayudarte.

—No me interesa —dice ella, adelantándose.

—No me refiero a tu padre, ya sabemos que has rechazado su proposición. No deberías haberlo hecho, por supuesto, pero ¿quién podía esperar otra cosa de ti? No, me refiero a algo que nosotros queremos y que tú sabes dónde está.

Anne abre los ojos, comprendiendo. ¡Claro! El tesoro de Jack, el botín del *Revenge*. Se han corrido rumores sobre su valor y su enorme riqueza, y a todo el mundo el gustaría hacerse con él.

—¿Y crees que te voy a decir dónde está?

—Deberías, si sabes lo que te conviene.

Anne suelta una risa desabrida.

—No creo que me convenga hacer tratos contigo. Dime, ¿qué me ofreces?

—Te libraré de la horca, Anne. Y a Read también.

—¿A Jack no? —pregunta ella sabiendo la respuesta. Jonathan niega con la cabeza.

—No, a él no. Pero vosotras podréis criar a vuestros hijos, y con el tiempo, quién sabe, tal vez salgáis en libertad.

Anne ríe de nuevo, de forma más estruendosa.

—¿Tantas riquezas, a cambio de una vida de encierro? Qué poco me conoces si crees que voy a aceptar ese trato.

—Sé dónde está el tesoro, Anne —dice Barnet—. Os vi salir de El Racimo. Simplemente quiero ahorrarme tiempo.

—No soy tonta, Jonathan. Si pudieras localizar el botín, no estarías aquí hablando conmigo. El Racimo es grande, y es traicionero. Tardarías años en localizar el punto donde lo escondimos, eso si alguna vez lo encuentras.

Jonathan se levanta y se acerca a Anne. Acaricia su mejilla con ternura y ella por un momento cierra los ojos, agradecida de recibir un contacto agradable. Pero los abre de nuevo, y es la Anne de siempre. Barnet retira la mano, antes de que pueda leer el anhelo en sus ojos.

—Todo podría haber sido tan distinto... Aún puede serlo, si actúas con inteligencia.

Anne se incorpora, quedando pegada a él. Ahora es ella la que coge la cara de Barnet entre sus manos.

—¿Cómo, Jonathan? Si te digo dónde encontrar el botín, ¿me sacarás de aquí? ¿Nos iremos lejos? ¿Podremos comenzar una nueva vida, los dos juntos?

Vuelve a estar ahí, en sus ojos. O tal vez no se marchó nunca. El anhelo, el doloroso deseo de poseer lo que se ama, mientras ves cómo se escurre entre los dedos como la arena de la playa. Anne se aprieta más contra él, se acerca a su boca y susurra.

—¿Eso me darás, Jonathan? ¿Una nueva vida, un nuevo nombre?

Barnet traga saliva y asiente. Sus manos agarran la cintura de Anne.

—Sí. Eso te daré. Huiremos con el tesoro, los dos, y empezaremos de nuevo lejos de aquí.

Las manos de Anne bajan entre sus cuerpos y palpan el miembro de Jonathan, que responde a su contacto como a una orden directa. Comienza a frotarlo, arriba y abajo, y él gime. Busca sus labios como si fueran una fuente y él un náufrago a punto de morir de sed, en una isla desierta rodeada de agua salada. Sus bocas se unen y él se abandona, pero entonces Anne le muerde con saña y retira la cara. Barnet se echa hacia atrás con un grito, desconcertado; se toca el labio con una mano y ve la sangre que fluye. Suelta una maldición y le cruza la cara a Anne de un bofetón. Ésta sonrío, con los dientes manchados de la sangre de él.

—No me interesa —dice.

Anne ve cómo la furia y el desconcierto son pronto sustituidos por una máscara fría y neutra, que no deja entrever nada por debajo.

—Bien —dice—. Entonces la justicia seguirá su curso. Adiós, Anne.

La puerta de la celda al cerrarse suena como un grito de triunfo.

CAPÍTULO ONCE

Nassau, Nueva Providencia, Bahamas. Septiembre de 1717

Han pasado dos años. James volvió y de nuevo se volvió a marchar. Regresó otra vez, se hizo a la mar de nuevo y volvió a casa dos meses atrás, muy contento porque gracias a su intervención habían capturado dos barcos piratas de los más peligrosos. Y hace un mes, tras pocas semanas en casa, se volvió a marchar para un largo período de tiempo, un año al menos. Tiene que ir hasta Inglaterra. No sabe por qué, pero uno de los piratas capturados gracias a él va a ser juzgado en Londres, y se requiere la presencia de James como testigo. Su relación no es un camino de rosas, sobre todo porque Anne le echa en cara siempre que puede su vergonzosa ocupación y lo desprecia, no precisamente en silencio. Así que a Anne no le preocupa estar todo este tiempo sola, incluso lo prefiere.

Es septiembre y está anocheciendo. Anne vuelve a la taberna. Hoy se ha arreglado un poco más e incluso lleva un vestido, cosa rara en ella. Los parroquianos la saludan al entrar y le silban, apreciando su buen aspecto. Anne tiene ahora diecinueve años y sabe que llama la atención. Su cuerpo fuerte y atlético está algo suavizado por las curvas que han terminado ya de asentarse en su cuerpo, y el brillo de sus ojos grises y de su pelo rojo no ha perdido un ápice de su fuerza. Y sabe que, con el corpiño, muchos de esos hombres no podrán quitar la vista de sus pechos. Pero le gusta; es lo que va buscando esta noche. Los piratas la llaman por el mote que le han puesto, Bonn, diminutivo del que ahora es su apellido. Ya hay confianza, y Anne sigue asombrada de que la extraña moralidad que reina en esta isla le permita tener el respeto de esos hombres a pesar de su promiscuidad y las peleas en que de vez en cuando se ve envuelta. Además, es una pequeña heroína desde que se corrió la voz, al poco de su llegada, de que había abandonado una vida acomodada para perseguir la libertad. Se enteró de que la Hacienda ardió en parte la noche que se marchó. Anne recuerda el cigarro que tiró a los campos y lamenta el accidente, pero en boca de estos hombres eso se ha convertido en un acto de rebeldía contra el sistema llevado a cabo con toda la intención. Anne es feliz, y no cambiaría su vida por nada excepto tal vez... Sí, tal vez lo dejaría todo por hacerse a la mar y vivir la vida de un pirata. Totalmente libre, sin ataduras de ninguna clase, sólo ella y el mar. Sólo el viento y la sal. Ha dejado de leer las novelas de piratas que leía con quince años. Ahora vive entre ellos, folla con ellos, y escucha de primera mano sus historias. No necesita libros románticos que le cuenten lo que ya conoce.

Anne se sienta y hace un gesto a la camarera. La chica, puta ocasional si algún cliente le gusta, acude con una jarra del ron que sabe su favorito y se la deja en la mesa. Anne observa el ambiente. Hay quien se sienta a charlar un rato con ella, pero no se quedan mucho. Ella no muestra demasiado interés, y no deja de observar a su alrededor, sin saber bien qué busca.

Entonces lo ve.

Está sentado un par de mesas más atrás, casi en la sombra, serio y solitario. Bebe en silencio, pero la mira fijamente. Anne resbala la vista sobre él y cuando la vuelve a posar en su cara, él sigue mirándola. Es una mirada oscura e intensa, en una cara hermosa y curtida, con una mandíbula fuerte y la sombra de una barba que hace varios días que no ve la cuchilla. Viste con elegancia y lleva al cinto un sable, un cuchillo y dos pistolas. No le suena haberle visto antes. Cuando la camarera se acerca a rellenarle la jarra, pregunta por él.

—Es nuevo —contesta la chica con una sonrisa traviesa—. Llegó anoche del continente, y hasta ahora ha rechazado por lo menos a diez chicas. ¡Y eso que algunas se lo hacían gratis!

Anne sonrío, interesada. Levanta la copa en un brindis silencioso con el misterioso desconocido y luego sigue mirando al infinito. Pasa casi media hora hasta que observa movimiento por el rabillo del ojo y aquel hombre se sienta a su lado. Ella le mira de reojo.

—¿Puedo sentarme?

Al menos es educado. Ella se encoge de hombros.

—Está libre.

—Y tú también, por lo que veo.

Anne se ríe ante su descaro. Le gusta ese hombre. Él se ríe también y una pequeña maraña de finas arrugas rodean sus ojos. Tiene una cicatriz que le cruza la ceja, pero más que estropear su cara, sólo realza su masculinidad. Conversan como viejos conocidos. Es más culto de lo que podría esperarse en ese entorno, y Anne agradece en silencio las lecciones que con tanto ahínco se empeñaba en inculcarle su padre.

—Me llamo Jonathan Barnet.

—Yo soy Anne Bonny —responde ella, tendiéndole la mano. Para su sorpresa, él la besa en lugar de estrecharla.

—¿Y qué haces aquí, Jonathan? No pegas mucho en este ambiente.

—Tampoco tú, a decir verdad. —Anne sonrío, pero no contesta y Jonathan continúa hablando—. He llegado hace poco de Inglaterra con una patente de corso, y estoy buscando hombres y un barco.

Anne vuelve a sonreír, impresionada. Un corsario, nada menos. Jonathan se ganará bien la vida y además se le ve que ya trae el dinero de casa. Su chaleco está bordado con hilos de oro y la casaca de terciopelo rojo grita abundancia a los cuatro vientos. Tiene que estar muy seguro de sí mismo y de su manejo de las armas que lleva en el cinto para pasearse por Nueva Providencia con ese aspecto.

—¡Corsario! Todo un aristócrata del mar —se burla Anne.

Los corsarios tienen una relación complicada con los piratas. Muchos piratas han comenzado como corsarios, desde el sanguinario Vane hasta el famosísimo Barbanegra. Lo malo de los corsarios es que, si no acaban como piratas (siempre hay algún malentendido, alguna presa jugosa que no quieren dejar escapar pese a ser protegida de la corona a la que sirven), terminan dedicándose a cazarlos. En muchas ocasiones, los cazan mientras la patente de corso sigue en vigor. Así que todos mirarán con suspicacia a Jonathan hasta que puedan intuir hacia qué bando escorará con el tiempo. Pero mientras tanto... mientras tanto, Anne quiere divertirse con él.

La puerta de la habitación se abre de un portazo y dos figuras entran besándose con ansia y con los brazos entrelazados. Anne trata de pegarse a Jonathan todo lo posible y él mete las manos entre su cabello como alguien cuyo barco se ha ido a pique agarrándose a una tabla de madera en alta mar. Chocan con la mesa y con una silla que Jonathan aparta de una patada. Anne cae sobre la cama con el corpiño desabrochado. Él se recrea en las vistas que ofrece mientras se quita la casaca con urgencia, y se lanza sobre ella con los ojos nublados por el deseo.

Cuando Anne abre los ojos, la luz de la mañana se filtra por la ventana.

—¡Mierda!

Se incorpora pegando un grito. Se ha quedado dormida. Ella nunca se queda a dormir con

nadie, pero aquí está, con la cabeza apoyada en el ancho pecho de ese corsario. Se frota la cara y mira a su alrededor. Por supuesto, Jonathan no puede estar en una pensión de mala muerte, no. Él ha tenido que buscar alojamiento en el único hotel decente que hay en muchas millas a la redonda. Se gira a mirarle y lo encuentra despierto, sonriendo levemente. Entrecierra los ojos y acaricia su brazo desnudo.

—¿Lista para otro asalto?

Es casi mediodía y Anne se levanta de la cama. Ya es hora de que vuelva a su casa.

—¿Te marchas?

Anne asiente. Se lo ha pasado muy bien, pero no se siente del todo cómoda con la mirada que aprecia en los ojos de Jonathan. Él se incorpora también, va al armario de su derecha y saca una bolsa de monedas. Se queda mirando a Anne mientras sopesa la bolsa.

—¿Me estás preguntando cuánto cobro? —Anne se echa a reír a carcajadas ante la sonrisa insolente de aquel hombre. Él se encoge de hombros.

—¿Y qué querías que pensara?

—Cariño, a mí no se me puede comprar. —No está ofendida, sabe lo que puede parecer a ojos de quien no la conoce—. Lo que hago, lo hago porque me apetece.

Él se acerca y le coloca un mechón de cabello rojo y alborotado tras la oreja. Sonríe de nuevo.

—¿Y crees que te apetece de nuevo?

—Quién sabe. ¿Cuándo partes?

—No tengo ninguna prisa.

Anne sigue vistiéndose.

—Entonces es probable que nos encontremos por ahí.

Anne se dirige a la puerta, pero Jonathan coge su mano, con un pequeño tirón hace que se gire y quede frente a él. Besa su mano, y después su boca.

—Déjame verte otra vez, por favor.

Anne le devuelve el beso, y aún tarda unas horas en salir de la habitación.

Ha pasado más de un mes y Anne y Jonathan siguen viéndose. Él la trata como una princesa, la agasaja y le compra regalos, y ella se deja querer, encantada, aunque intenta que su relación no trasvase los límites de lo sexual. Jonathan le gusta y en la cama la hace sentir como nadie antes, pero no quiere complicaciones. Además, ella está casada y él lo sabe; se lo dijo al día siguiente. Anne cree que a él le gustaría algo más y trata de no darle esperanzas. Pero cuando apenas han pasado dos semanas más, Jonathan le dice que ya lo tiene todo preparado y quiere partir hacia Charleston en breve. Están en la cama, acaban de hacer el amor y Anne siente un suave sopor, pero se pone alerta cuando escucha su tono de voz.

—Te echaré de menos, Anne —dice él, melancólico.

—Bueno, que yo sepa ninguno de los dos va a morir —trata de quitarle importancia—. Y cuando vuelvas por aquí es probable que siga en el mismo lugar de mierda que siempre, así que...

—No sé cuándo volveré, Anne. Es posible que me instale en Charleston y aparezca sólo de cuándo en cuándo.

—De vez en cuando es suficiente para mí.

—Pero no para mí. —Jonathan se incorpora en la cama y se sienta frente a ella—. No es suficiente para mí, Anne. Te quiero.

Anne se remueve incómoda en la cama.

—Creía que estaba claro qué era esto, Jonathan. Estoy casada.

—¿Y qué más da? Tu marido es un ser inexistente que te deja aquí sola durante meses; no le interesas lo más mínimo. —Levanta el tono de voz—. Ven conmigo.

—¿Qué?

—Ven conmigo a Charleston. —Jonathan coge sus manos—. Te instalaré allí y podremos pasar tiempo juntos cuando esté en tierra firme.

Anne ríe, divertida. Se levanta de la cama y comienza a vestirse.

—No voy a ir contigo, Jonathan. Lo siento, de verdad. Pero no pienso volver a Charleston, yo... —Su rostro se ensombrece momentáneamente—. Ya estuve allí y no pienso volver. Este es mi sitio. Si atracas aquí de vez en cuando, supongo que podemos vernos, pero no me pidas más. —Se acerca y le da un beso suave que le sabe a despedida—. Me ha gustado mucho conocerte, pero esto es lo que hay. —Camina hacia la puerta y se gira hacia él antes de salir—. Esto es lo que soy.

Y se marcha, dejando a Jonathan cabizbajo y serio en la cama, sabiendo que es el fin de lo que quiera que sea lo que había entre ambos.

CAPÍTULO DOCE

Nassau, Nueva Providencia, Bahamas. Octubre de 1717

No sabe cómo ni por qué, pero a Anne la han invitado a una fiesta en casa del gobernador. Tal vez es debido a que su marido goza de la confianza de ese hombre, o tal vez le ha pedido que la vigile durante su ausencia. No sabe cuál es el motivo, y tampoco le importa; ha decidido ir y disfrutar de la comida y la bebida gratis, y de alternar un rato con la gente respetable de la isla. Todo lo respetable que puede ser alguien en una isla cuyos ingresos principales provienen de la piratería.

Anne se ha comprado un vestido bonito. A veces, sólo a veces, le gusta jugar a la joven de buena familia. Le divierte. Pasa por la taberna a echar un trago antes de marchar y los silbidos son ensordecedores. Anne enseña su dedo corazón extendido al personal, mientras saca la lengua.

—¡Esa es nuestra chica! —grita un pirata borracho.

—¿Dónde vas tan elegante? ¡Pero si pareces una dama! —pregunta una puta sentada en las piernas de un cliente, con el pecho al aire.

—Hoy alterno con gente elegante. —Anne hace una reverencia afectada—. Les daré recuerdos de vuestra parte, escoria.

Sale del tugurio entre las carcajadas de la gente y se encamina a la mansión del gobernador. Nunca ha estado en esa preciosa construcción colonial, con su fachada blanca, las columnas a la entrada y las grandes balconadas. Le recuerda mucho a la casa de su padre.

Lleva ya unas horas allí y Anne sigue sin saber por qué la han invitado. El gobernador la ha saludado en persona, pero después se ha ido y no le ha vuelto a prestar atención. Se siente observada; su fama la precede. Todos conocen a la chica rebelde de buena cuna que se marchó de Charleston para casarse con un pirata. También saben que no se le puede mirar mal ni decir una mala palabra o tal vez acaben con un ojo morado o con un diente de menos. Así que aquellos que se atreven a acercarse lo hacen con amplias sonrisas en el rostro, tratando de disimular la curiosidad que les provoca. Y los que no, cuchichean entre ellos mirándola con disimulo.

Hay un hombre que la mira mucho más de lo habitual. Tendrá unos cuarenta años y, aunque no es muy agraciado, tiene buena planta. Se ve a la legua que tiene dinero de sobra, y la fulana emperifollada que le acompaña con un vestido excesivamente vulgar y pintada como una puerta es sin duda su amante. Cuando el hombre se siente observado, susurra algo al oído de la joven morena, que pone mala cara, mira a Anne con el ceño fruncido y se va a otra sala. El hombre, por su parte, se acerca con dos copas de vino en la mano y le tiende uno cuando está a su lado.

—¿Así que sois la famosa Anne Bonny?

—No sabía que mi fama llegase a las altas esferas —contesta ella, seca. Él se echa a reír.

—Yo me entero de todo lo que sucede en todas las esferas, querida. —Le tiende la mano—. Soy Chikdley Bayard.

Anne silba para sus adentro: ha oído hablar de ese hombre. Es uno de los tipos más ricos del Caribe. Y la fulana con cara de pocos amigos es sin duda María la Española, su amante oficial. Anne vuelve a mirarle con renovado interés. Chikdley sonrío con suficiencia; sabe que Anne le ha reconocido. Pasa la noche detrás de ella, cortejándola, y Anne se deja querer. Dan un paseo por los jardines y él apenas intenta acercarse a ella. La está seduciendo como si fuera una dama,

aunque ambos saben que está muy lejos de serlo. Su amante los sigue con la mirada y su cara presagia una tormenta monumental. Otra mujer probablemente se hubiera sentido intimidada, pero Anne no. No ella.

Chikdley se detiene detrás de un seto y saca una pequeña funda del bolsillo interior de su casaca. Se lo ofrece a Anne, que descubre en su interior un precioso collar de oro y zafiros.

—No se me ocurre belleza mayor para lucir esta pieza —dice el hombre, galante. Anne sonrío, acepta el regalo y se da la vuelta para que se lo abroche.

Entonces un grito desgarrado rompe la noche.

—¡Apártate de mi hombre, puta!

La silueta de María se recorta en la puerta acristalada del salón que da a los jardines. Baja la escalinata y se dirige hacia ellos, tambaleándose levemente. Chikdley da un paso atrás, un tanto acobardado. Anne, sin embargo, no se mueve. Cuando María llega a su altura, Anne ve que blande un cuchillo imponente en la mano derecha. Se mueve ágil a pesar de la borrachera y no aparta la mirada inyectada en sangre de Anne. ¿Pero qué demonios ha bebido en ese par de horas?

—¡Putas! —repite, como si no supiera otra palabra. Anne nota cómo se va calentando, y una familiar calidez recorre sus huesos.

—¿Cómo me has llamado?

Chikdley se acerca a María, pero no lo suficiente como para quedar al alcance de su cuchillo. Tiene un carácter endemoniado y teme por Anne. Espera que la fama sobre la agresividad de la pelirroja sea cierta y sepa defenderse.

—María, cariño, tranquila —trata de calmar a la fiera.

—¡Y una mierda tranquila! Dejarme abandonada por esa furcia, no tienes vergüenza. —Escupe a los pies de su amante. Él trata de acercarse un poco más, pero María se gira y le apunta con el cuchillo. Niega con la cabeza—. Ni se te ocurra. Ni se te ocurra acercarte, cerdo cabrón. — Chikdley retrocede lentamente, mostrando las palmas de las manos. No vuelve a intentar nada, el muy cobarde. María vuelve a mirar a Anne—. ¡Tú! No tienes respeto por nada ni por nadie, ¿verdad?

—Por ti desde luego que no —responde Anne con una risa peligrosa—. No sé qué coño viste en ella —se dirige a su acompañante—, pero debió de ser hace mucho tiempo. Ahora parece una vieja bruja.

—¡Te reto! —chilla María, fuera de sí—. ¡Te reto a un duelo, hija de puta!

—Chikdley, querido, tienes muy mal ojo para elegir amantes. Espero que no le hayas cogido demasiado cariño. —Anne sonrío enseñando los dientes y escupe frente a María—. Acepto el duelo, zorra.

María titubea, tal vez se está dando cuenta de que no ha sido tan buena idea retar a esa mujer. No ha estado prestando mucha atención durante la fiesta, por lo que no sabe que ella es Anne Bonny y que se rumorea que ya ha matado antes. Pero aun así, le da igual. Está cegada por la ira y sólo quiere eliminar a esa furcia que claramente está tratando de robarle a su Chikdley. Él es suyo, él y todos sus regalos. Ese collar era para ella. ¡Para ella! No puede consentir que la humillen de esa manera.

Su hombre las mira un par de pasos por detrás. Sabe que tendrá problemas con él cuando acabe con la pelirroja, pero ya lo arreglará en su momento. No es la primera rival que se quita de en medio. Su atención regresa a Anne y casi ni se da cuenta de que la mayoría de invitados a la fiesta están saliendo al jardín, colocándose en un amplio círculo a su alrededor, lo bastante lejos como para no correr peligro, lo bastante cerca como para no perder detalle de lo que pase.

—¿Qué ocurre? —pregunta un despistado al fondo.

—¡Pelea de gatas! —responde otro entre risas.

—Parece que la española y la irlandesa se van a matar por un hombre —susurra una mujer emperifollada, ocultando la boca tras su abanico de plumas.

Anne observa a la mujer morena. Aunque ebria, sus movimientos son fluidos y elegantes. No le quita ojo de encima y sujeta el cuchillo con seguridad. Hace un amago de lanzarse sobre ella, pero Anne se hace a un lado y busca el cuchillo que siempre lleva encima, sujeto en el bolsillo de la falda. Le hubiera gustado sentirse un poco menos constreñida por el corpiño para pelear. Siente el familiar peso del arma en su mano, la frialdad del filo y la calidez del mango de madera. La adrenalina recorre sus venas y ella le da la bienvenida como a un amante largo tiempo añorado. Sonríe de forma salvaje y se mueve en círculos, manteniendo a la española al frente. Anne tiene la cabeza fría, mientras que María está loca de rabia y celos, y bastante borracha. Sólo tiene que esperar a que cometa un error.

Chikdley se pone en medio de ambas en un arranque de valentía.

—¡Por favor, parad! No quiero que ninguna de las dos os hagáis daño por mi culpa. ¡Parad, os lo ruego!

—¡Quítate de en medio, Chikdley! —le grita María. Anne contesta sin girar la cabeza para mirarle.

—Esto no tiene nada que ver contigo, presuntuoso. Ella me ha retado. No está bien rechazar un duelo.

—Está bien —cede él. No puede evitar sentirse orgulloso de ser el causante de la pelea—. Pero pongamos algunas normas.

—¡A muerte! —gritan las dos mujeres al unísono.

Blanden los cuchillos y Chikdley da un salto para salir del círculo. Un murmullo horrorizado recorre la multitud. ¿Dónde están los hombres del gobernador? De ellos depende parar esa sinrazón. Pero tal vez se hallen en los muelles tratando de pescar piratas, o tal vez no tengan prisa en acudir. Tal vez, y sólo tal vez, están ebrios por la fiesta como sus superiores y no atinan a encontrar sus armas. Tampoco les hubiera dado tiempo. María se lanza de nuevo, pero esta vez Anne espera antes de retirarse. Le da un codazo en la cara con el brazo izquierdo y con el derecho le hace un profundo corte en el hombro con el cuchillo. La española se tambalea, toca la sangre que brota de su nariz con los dedos. La mira y entonces su mirada se convierte en la de un animal salvaje. Con un grito inhumano se vuelve a lanzar sobre ella con el cuchillo en alto. Anne sólo tiene que dar un pequeño paso a la izquierda y adelantar su arma. María sola se ensarta en él como si fuera de mantequilla, pasando justo entre dos ballenas del corsé. Frena en seco y cae de rodillas. Tose y de su boca se escurre la sangre, oscura y densa, proveniente del pulmón. Las mujeres gritan. Los hombres guardan silencio, impresionados. Chikdley chillaba y corre al encuentro de María, a la que sujeta en brazos. Anne observa que de su rostro no sale ni una lágrima, pero aprecia que no la deje morir sola. Arranca su cuchillo del costado de María y la sangre comienza a extenderse por el corpiño. Se gira, pero la multitud da un paso atrás, asustada. Limpia el cuchillo en la propia falda de la mujer agonizante, que ya no se entera. Sólo agarra el brazo de Chikdley, con los ojos asustados de quien sabe que no tiene salvación, y tose hasta que los espasmos ahogados que emite cesan y Chikdley deja el cuerpo en el suelo. Se pone en pie y mira con cierto disgusto la sangre que mancha su ropa. Es en este momento cuando el gobernador y sus hombres hacen acto de presencia.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunta, sin duda buscando a quién arrestar. Pero el mercader se

adelanta y habla con voz calmada.

—Siento haber montado este espectáculo en su casa, gobernador. Ya conocéis a María, sabéis de su genio vivo y de sus celos monstruosos. Sólo estaba dando un paseo con esta señorita, y entonces ella se ha abalanzado sobre nosotros. Anne sólo nos ha defendido de una muerte segura.

El gobernador mira a su alrededor, pero sólo ve un montón de cabezas que asienten. Sabe que no ha sido así, conoce la fama de la una y la otra. No obstante, la pérdida de una fulana tampoco es asunto grave, y Anne puede hacer con su vida lo que quiera siempre que su marido no proteste. Y como no está en Bahamas, no puede protestar. Se encoge de hombros.

—Está bien. Una lástima. Retirad el cuerpo —ordena a sus hombres—. La fiesta ha terminado —dice en voz alta.

A pesar de ello la gente aún tarda en marcharse. Se disgrega en pequeños grupos dispersos por el jardín, comentando lo que acaba de suceder. Nadie se dirige a los protagonistas supervivientes, y a ellos no parece importarles.

Anne recoge el cuchillo, una vez limpio, y se dispone a marcharse. Chikdley se acerca.

—Lamento que esto haya acabado así.

—Yo no —contesta ella, seca—. Me ha atacado. Quien me ataca no suele salir bien parado.

—Lo entiendo. Aun así, lo lamento.

—Sí, bueno. —Ella se encoge de hombros—. Te has quedado sin amante.

—Ya hacía meses que María me tenía aburrido. A decir verdad —ríe—, no la había dejado antes porque me daba miedo.

Anne lo mira con fijeza. No se le ve afectado en absoluto. De repente, estalla en carcajadas, que suenan extrañamente discordantes con la tensa atmósfera que cubre los jardines.

—Me alegra haberte hecho un favor. Y ahora, si me disculpas...

—¿Puedo invitarte a una copa? —pregunta él.

Y así es como Anne se convierte en amante de uno de los hombres más ricos de todas las islas del Caribe.

CAPÍTULO TRECE

Jamaica, enero de 1718

Anne se ha marchado con Chikdley a Jamaica. Lleva ya unos meses con él y no se puede quejar de la vida que le da. Es divertido y muy interesante, y con él Anne siempre se entretiene. Además, la colma de regalos, que ella atesora para el momento en que uno de los dos se cansa del otro y deba volver a su pequeña residencia de Nassau. Hace unas semanas, su amante propuso que le acompañara a Jamaica y ella aceptó, en vista de que su marido no parecía tener prisa por regresar. Lo único que le pide Chikdley es que controle su mal genio y que vista como una mujer cuando la lleve a fiestas. El resto del tiempo puede ir como le apetezca. Incluso Anne podría asegurar que a él le excita verla vestida como un hombre, con pistola y cuchillo al cinto.

No sabe qué negocios tiene que hacer él en Jamaica y tampoco le interesa mucho. Vive en una preciosa mansión rodeada de criados: parecido a cuando era niña, pero con total libertad. Le gusta. Cuando él anda reunido, ella acude a los bares y tabernas, bebe y apuesta como siempre. Más, ahora que no le falta el dinero. También sale a cabalgar, disfrutando de la isla, verde y salvaje como ninguna. Luego vuelve a casa y espera a que su hombre regrese, cenan juntos y follan antes de dormir.

Una tarde, después de comer y descansar un rato, sale a dar un paseo. La playa está preciosa con la luz del atardecer. Se acerca al muelle y observa el atraque de un barco. Es un galeón, o al menos lo parece. Demasiado pesado para la piratería. Con curiosidad, se acerca. Los hombres están descargando mercancía y el capitán da instrucciones desde cubierta. Se acerca más y descubre a Jonathan, con su casaca roja y un bonito sombrero con una pluma, repartiendo órdenes a gritos. Pega un grito desde abajo:

—¡Ah del barco!

Jonathan se asoma, atraído por la voz femenina, y sus ojos se dilatan por la sorpresa al reconocer a Anne.

—¿Anne? ¿Eres tú?

—No, soy mi fantasma —contesta ella, divertida.

—¡Dios mío, Anne! Sube por favor.

Los hombres se apartan, respetuosos, para dejarla subir. En puerto no da mala suerte tener mujeres a bordo, así que nadie la mira mal. Jonathan le da un abrazo y Anne le corresponde. Se alegra sinceramente de verle.

—¿Anne! ¿Pero qué haces aquí? Lo último que esperaba era encontrarte en Jamaica. ¡Estás estupenda! —comenta mirándola de arriba a abajo. Anne gira sobre sí misma para que pueda admirarla.

—Estoy acompañada, Jonathan. —El rostro del hombre se ensombrece.

—¿Por tu marido?

—No —niega ella, sin dar más explicaciones.

Jonathan no parece muy convencido, pero no pide más detalles. La invita a tomar algo en su camarote y Anne acepta. A pesar de lo que pueda parecer, sin contar con la nave de pasajeros que la llevó a Las Bahamas y la que ahora la ha traído a Jamaica, nunca ha subido a un barco. Excepto una vez que James la subió a la fragata donde iba, una noche, para poder hacer el amor apoyados

en la borda, mirando al mar. Fue precioso. Su mente vuelve a Jonathan. Le observa fijamente. Su cara está más curtida por el sol, el cabello más claro, y su apostura y su lenguaje corporal proclaman a gritos que es el capitán y que su autoridad es ley en alta mar.

Le enseña el barco antes de pasar a su camarote. Es más grande de lo que ella imaginaba, y la cubierta está llena de cabos y herramientas. También puede ver la artillería, sujeta con ganchos para evitar accidentes. Hay mucho ajeteo.

—¿Habéis tenido buena expedición?

—Ya lo creo —se jacta Jonathan—. Un barco español cargadito de tesoros se cruzó con nosotros hace un par de semanas, y aquí está el resultado. El gobernador se llevará una buena propina, y la corona otra, pero, aun así, nos quedará un buen pellizco a mis hombres y a mí.

Sonríe ampliamente, emocionado. Ha debido ser una muy buena captura. Anne incluso tiene acceso a la bodega donde duermen los hombres en hamacas colgadas sobre los fardos y las cajas. Pasan por delante de la santabárbara, donde se guardan la munición y la pólvora. Le encantaría verla, pero esa zona es tabú y Jonathan no hace ademán de abrir la puerta. Cuando llegan a su camarote, Anne se queda con la boca abierta.

—¡Vaya, capitán! Esto es un palacio.

Es enorme. Se encuentra en la popa a nivel de la cubierta y por ello tiene abundancia de luz natural, que entra a través de las vidrieras situadas a la espalda de una enorme mesa de despacho repleta de papeles, libros y útiles de navegación. La cama se encuentra en una esquina, casi olvidada, como si apenas se usase. Jonathan saca una botella de un armario y sirve dos vasos de cristal tallado.

—Es auténtico vino de Jerez. Me he quedado unas cuantas botellas del botín para mi uso personal. ¿Te gustaría catarlo?

—¡Desde luego! —contesta Anne.

El vino es suave y dulce, y acaban bebiendo más de una copa.

—¿Te quedarás mucho? —pregunta Anne. Jonathan se encoge de hombros.

—No lo sé. El rey Jorge ha enviado un nuevo gobernador a Bahamas. —Anne presta atención, eso le interesa. Al fin y al cabo, James trabaja para el gobernador—. Llega con un edicto de perdón para los piratas que quieran retirarse y llevar una vida tranquila, que también tiene efecto en Jamaica.

—¿Ah, sí? No me parece una mala idea para sacarlos del mar.

—Tal vez salga bien. —Jonathan se encoge de hombros—. Pero tengo serias dudas. Los piratas no renuncian a su vida tan fácilmente. Woodes lo va a tener difícil.

—¿Quién?

—Woodes Rogers. El nuevo gobernador. Lo conocí en Inglaterra, hace unos años. Ha sido un corsario famoso hasta que se retiró el año pasado. ¿Nunca has oído hablar de él?

Anne niega con la cabeza. No le suena, aunque según Jonathan, es un gran marino que ha dado la vuelta al mundo y escrito un libro sobre sus aventuras. En Inglaterra se le considera casi un héroe nacional, por lo visto, y se nota que Jonathan le admira.

El vino de Jerez sigue corriendo. Una cosa lleva a la otra, y terminan celebrando el reencuentro en la cama, que resulta ser más cómoda de lo que parecía a simple vista. Cuando terminan, Jonathan la abraza.

—Te he echado de menos —susurra a su oído.

—Yo también me he acordado de ti —admite Anne.

—Quédate conmigo —suplica él—. Quédate al menos hasta que me vuelva a marchar.

—No puedo, Jonathan, lo lamento. —Anne se incorpora y comienza a vestirse. Le da la sensación de que pasa más tiempo huyendo de sus proposiciones que disfrutando de su compañía —. Ya te he dicho que no estoy sola.

—Pero no me has dicho con quién estás. ¿Con quién estás, Anne?

Ella se inclina y deposita un suave beso en sus labios. Se levanta para marcharse, sin dar explicaciones.

—Adiós, Jonathan. Espero verte por ahí.

Y se va, dejándolo nuevamente cabizbajo en la cama. Cuando Anne llega a casa pide ayuda para vestirse correctamente y se toma las hierbas que lleva siempre consigo. Gracias a ellas, no se queda encinta. Una cosa es tener aventuras a espaldas de su marido (o en su ausencia) y otra cosa sería esperarle con un bebé ajeno a su regreso. Eso podría ponerle en grandes apuros, así que trata de evitarlo. Entre eso y los lavados a los que se somete regularmente, no ha tenido ningún susto hasta ahora. Chikdley llega justo entonces y la lleva a cenar por ahí, después de regalarle unos pendientes con brillantes que harían chillar de emoción a cualquier mujer. Anne aprecia la belleza y los lleva con orgullo, pero sabe que van a durar poco en sus orejas, no pegan con su estilo.

Caminando del brazo de su amante por el paseo por donde la gente respetable mira y se deja mirar, se cruza con Jonathan. Él no dice nada, no se acerca, gracias a los cielos, pero se queda mirándolos con el ceño fruncido y los puños apretados. Anne ve claramente la tormenta que se está formando en sus ojos, pero no puede hacer nada por el momento. Espera que sepa comportarse.

Han pasado un par de días y Chikdley debe pasar la noche fuera atendiendo unos asuntos. Anne aprovecha para salir sola, algo que a su amante no le importa, siempre y cuando no monte escándalos ni haga nada que pueda emborronar su reputación. Anne pasea y elige una taberna a la que entrar. Toma un trago y se marcha a otra. Esta le gusta más. Tiene un aire elegante, casi respetable, si no fuera por las fulanas que se pasean en ropa interior ofreciéndose a los marineros. Está razonablemente limpio e incluso huele bien, a tabaco y perfume. Los hombres que en lugar de fumar mascan el tabaco tienen escupideras a su disposición, así que el suelo no está repleto de charcos de dudoso aspecto como en otros lugares. No se ven más mujeres solas, pero va vestida con ropas masculinas y no llama tanto la atención, salvo por la salvaje melena pelirroja que caracolea alrededor de su cabeza. Pide un *whisky* irlandés y bebe en silencio, observando la fauna del lugar.

—¿Chikdley Bayard? En serio, de todos los hombres del mundo, ¿has preferido a Chikdley Bayard?

—Hola, Jonathan —dice Anne, sonriendo para sus adentros.

Jonathan no se ha afeitado desde el día que lo vio en el muelle, y tiene aspecto de haber pasado esos dos días bebiendo en esa misma taberna. Su ropa está arrugada y tiene la camisa medio desabrochada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Anne, preocupada.

—Estoy a mil jodidas millas de estar bien —contesta él, sentándose.

—¿Qué te ocurre?

—¿Cómo has podido dejarme por ese ser tan despreciable? —escupe Jonathan con odio. Anne respira hondo. Odia las escenitas de celos.

—Vamos a ver, Jonathan. En primer lugar, te recuerdo que estoy casada. Lo que significa que tú y yo nunca tuvimos nada que se pudiera llamar una relación. Durante el tiempo en el que estuviste

en Nassau follamos, y después cada uno siguió su camino. Así que no te he dejado, porque no te he tenido. En segundo lugar, ya te dije que no quería nada serio. Y tú me propusiste abandonarlo todo y marcharme a un sitio al que no quería volver, contigo. ¿Recuerdas? No me diste muchas opciones. Y, en tercer lugar, cuando te vi hace dos días, ¿no te dio la sensación de que me alegraba de verte? Me gustas, Jonathan, pero no puedo darte más. No me eches en cara que te abandono, porque sabías desde el principio cómo iba a ser esto. Con Chikdley estoy aquí por un tiempo y luego volveré a Nassau. Y seguiré con mi vida, como hacía antes de conocerle a él, o de conocerte a ti. No pertenezco a nadie, Jonathan, no soy de nadie. No tengo ni tendré dueño. Jamás, ni siquiera mi marido. Y no dejaré que ahora venga un hombre al que apenas conozco más allá de unos cuantos polvos pero que se cree con algún derecho sobre mí a decirme lo que tengo que hacer o dejar de hacer con mi vida.

Anne apenas ha respirado. Se ha quedado a gusto, pero Jonathan no lo entiende. Sigue pensando que le abandonó para cambiarlo por un comerciante forrado de monedas de oro y, para él, eso tiene un nombre.

—En mi tierra, a las que hacen lo que tú has hecho se las llama putas.

Anne aprieta los labios. Se está enfadando, pero siente pena por él y no le apetece montar una escena. Si eso llega a oídos de Chikdley podría cabrearse.

—Cuando me fui contigo no pareció importarte tanto. En serio, Jonathan, ¿no tienes nada mejor que hacer con tu vida que venir a molestarme cuando estoy bebiendo tranquilamente? No sé, ¿no tienes ningún barco que atrapar, ningún filibustero que perseguir?

Anne sabe que eso es un golpe bajo. Se ha estado informando, y sabe que el corsario no sólo depende de la captura de barcos españoles, sino que también debe perseguir piratas que atacan barcos ingleses para llevarlos ante la justicia y ahorcarlos. Ahora, tras saber del Edicto de Perdón, tiene claro que va a ser el perro del gobernador para perseguir a los insurgentes.

—Esa escoria está mejor muerta o encerrada. —No parece avergonzarse.

—Esa escoria es la que forma tu tripulación, Jonathan. Te recuerdo que los reclutaste en las tabernas de Nassau. Piratas de esos que tanto asco te dan. ¡Qué hipócrita eres, qué raseros tan diferentes utilizas según tu necesidad!

Anne levanta el tono. Jonathan se inclina hacia adelante con los ojos inyectados en sangre. Descarga el puño sobre la mesa haciendo que quienes están a su alrededor se callen y escuchen.

—¡Y una mierda! Cuando se ofrece un perdón y un trabajo digno, los inteligentes aceptan. Sólo los perros sarnosos, los saqueadores del mar, aquellos que no creen en nada ni en nadie se niegan y siguen navegando con su propio pabellón. ¡Merecen la muerte! Y tú... —dice señalándola con el dedo—. Tú también la mereces, por estar de su lado.

—¡Esa escoria, como tú la llamas, son mi gente! —Anne se incorpora, furiosa. Ya no le valen las palabras—. Son quienes me apoyaron al llegar a Nueva Providencia, son quienes me enorgullezco de llamar mis amigos.

—¿Amigos? Te has tirado a más de la mitad de los piratas de Nassau —escupe Jonathan, celoso.

—Puede ser. Me tiro a quien me apetece, como habrás podido comprobar. No has sido tan especial, Jonathan. ¿Cómo crees que me ha sentado saber que tu trabajo consiste en prender a mis amigos? ¿Cómo crees que podría seguir follando contigo cuando puedes llevarlos a la horca en cualquier momento? No vengas a darme lecciones de moral, no te lo permito.

Jonathan levanta la mirada hacia ella. El rencor, la furia que arde en ellos hace que Anne casi dé un paso atrás. Pero se contiene. No, ella no retrocede.

—¡Putá pirata! —escupe el corsario en su cara.

—¡Cerdo traidor! —Anne le lanza el *whisky* del vaso a la cara y se va, sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO CATORCE

Port Royal, Jamaica, 17 de noviembre de 1720

El guardia abre la puerta de la celda. Anne levanta la mirada, confusa. La ejecución se llevará a cabo en un rato y Anne ha suplicado (sí, ha suplicado) que le dejen despedirse de Jack. El director no ha dicho nada, pero Anne cree que no es un mal tipo. Así que cuando la puerta se abre con un chirrido, Anne no sabe si viene a llevarla al patio para presenciar la ejecución, o a conducirla ante Jack. Al ver que enfilan los pasillos en dirección contraria al patio, está a punto de llorar de alivio. Tiene las manos atadas; no se fían de ella, y hacen bien. Cuando la puerta se abre, Jack está sentado en su camastro, con las manos atadas frente a él y la cabeza gacha. Alza la mirada, la ve y la luz vuelve a sus ojos. Él se levanta y el guardia se aparta para que Anne pueda penetrar en la sombría celda.

—Tenéis diez minutos —dice, lacónico, antes de retirarse y cerrar la puerta tras él.

Anne siente que no puede más.

—Jack. —El nudo que tiene en la garganta quiebra su voz y las lágrimas amenazan con rebosar. Jack la mira a los ojos muy serio, y niega con la cabeza.

—No, Anne. No, por favor —susurra—. No me hagas esto. No me partas el corazón.

Anne traga saliva y manda el nudo hacia el estómago. Ordena a las lágrimas a volver detrás de los ojos, y obliga a la boca a mostrar una sonrisa ladeada.

—Lamento verte así, Jack —dice—. Pero si hubieras luchado como un hombre, no te colgarían ahora como a un perro.

Jack la mira y sonrío, aunque la sonrisa no llega a sus ojos.

—Esa es mi chica. —Se acerca a ella y sus manos atadas se unen. Deposita un suave beso en sus labios—. Cuida de él —dice, señalando su barriga—. O de ella. Haz lo que puedas por salir de aquí, y dale una buena vida.

—Lo haré.

Se abrazan, con toda la fuerza que sus ataduras les permiten, y entonces el carcelero entra a la celda.

—Cambio de planes, el tiempo se ha acabado. Es la hora.

Anne ahoga un gemido contra el cuello de Jack. Él le acaricia suavemente la espalda antes de separarse. Sonríe y su cara parece relajada.

—Tranquila, no pasa nada. Sólo será un momento.

Anne asiente, tratando de ser fuerte por él. Jack se acerca al guardia, que le coge de las manos y lo dirige hacia afuera. Otro guardia espera para custodiar a Anne.

—Recuerda lo que me has prometido. Adiós, amor mío —dice Jack sin mirarla, antes de echar a andar por el pasillo, camino a la suave luz crepuscular.

CAPÍTULO QUINCE

Kingston, Jamaica, 25 de enero de 1718

Anne no ha vuelto a saber de Jonathan. Hace una semana que partió de nuevo, unos días después de su enfrentamiento, y ha sabido que va persiguiendo a Barbanegra por Carolina del Norte con todo su empeño. Tuerce el gesto. Podría haber sido algo bonito; era una persona interesante. Anne siente que las cosas hayan terminado así, pero no va a tener otro traidor en su cama. No puede evitar que su marido se dedique a lo que hace, aunque se encarga de castigarlo por ello cuando está en casa. Al menos, no son sus amigos quienes acaban presos por su culpa, pues trabaja lejos de Nassau. Pero Jonathan... Jonathan capturó la semana pasada un pequeño balandro que andaba buscándose la vida con una tripulación casi de aficionados. Estaban al mando de Barry Edgel, al que trajo a Kingston para ser ajusticiado y al que colgaron dos días atrás en la plaza como escarmiento. Su cuerpo embreado todavía está colgado en una de las puertas de la ciudad, momificándose, actuando como advertencia para quienes llegan allí con la idea de dedicarse al pillaje. Anne conocía a Edgel. Y no, no se había acostado con él. Pero era un buen hombre, honrado para ser un pirata. No mataba sin una poderosa razón para hacerlo y su tripulación lo quería. Casi todos los que no murieron en la captura han sido colgados ya.

Chikdley entra en la habitación para comprobar si ya está lista. Esta noche tienen una fiesta en casa del gobernador y Anne sólo ha consentido en ir porque sabe que Jonathan ya ha zarpado y no podrá encontrárselo allí. Se ha puesto un vestido espectacular. Apenas puede moverse con el corsé tan apretado y tantas capas de tela, pero el reflejo que le devuelve el espejo es impresionante. Lleva los pendientes de diamantes y el collar de zafiros. Su amante le indica que se quite los pendientes, con una cajita en la mano. Anne sonríe, sabe que eso significa que hay un regalo ahí dentro. Tal como espera, unos pendientes de zafiros descansan recostados en el oscuro terciopelo del interior de la cajita. Calcula que eso son al menos dos meses de alquiler y comida.

Cuando llegan a la fiesta, todo el mundo la mira con curiosidad. Esto no es Nueva Providencia. Aquí la gente ha oído rumores sobre la nueva amante de Chikdley, pero sólo son rumores y la mayoría dan por hecho que esa elegante joven no puede ser tan agresiva y pendenciera como se dice. Aunque fuera verdad que mató a María la Española, quién sabe qué ocurrió en realidad. Además, Chikdley está muy bien considerado en Jamaica y nadie se atrevería a ofenderlo tratando mal a su amante. Así que Anne sólo se enfrenta a miradas penetrantes y susurros malintencionados, pero cara a cara todo son sonrisas y parabienes. En algunas de esas sonrisas se destila veneno, sobre todo en las de aquellas jóvenes que aspiran a cazar a Chikdley con un anillo. Anne no se siente cómoda; se le da mejor responder a ataques frontales que enzarzarse en duelos verbales con gente que la supera en ese terreno. El gobernador es un hombre amable: mantienen una agradable conversación hasta que su hermana se acerca, le coge por el brazo y se lo lleva aduciendo que lo reclaman en otra parte. Todo lo hace con una sonrisa, pero Anne lee el desprecio en ese gesto. Responde con otra sonrisa que deja ver los dientes en una mueca que es una amenaza, y nota como Chikdley presiona suavemente en su brazo con la mano.

—Tranquila, fierecilla —susurra.

Pasan las horas y el ron, el *whisky* y el jerez corren como ríos entre los invitados. La fachada de decoro va cayendo poco a poco y Anne cada vez se siente más agobiada ahí dentro. Quiere

salir, quitarse ese puto corsé que apenas la deja respirar y meterse en una taberna a beber con gente auténtica. No termina de gustarle Jamaica; es todo mucho más formal y clasista que en Nueva Providencia, aunque no pueden decir que sus orígenes sean mucho más nobles, ni que todos los presentes en la fiesta no se enriquezcan con actividades ilícitas.

Un joven se acerca a hablar con ella. Es amable y cortés, pero Anne adivina las intenciones ocultas tras su sonrisa. Sabe que le gustaría perderse con ella tras una de las puertas de servicio, y está valorando hasta qué punto guarda Chikdley su pequeño tesoro. Anne trata de escabullirse sin faltar al respeto a nadie, pero empieza a estar muy harta. Entonces ve por el rabillo del ojo la figura de la hermana del gobernador, que se acerca haciendo aspavientos.

—¿De qué vas?

—¿Me dices a mí? —Anne se sorprende.

—¡Pues claro que te digo a ti! ¡Aléjate de mi prometido!

Anne levanta las manos en son de paz y se ríe.

—Yo no me he acercado a él, querida. Si no te gusta lo que ves, tal vez deberías controlarlo un poco más.

—Eso hago. —La mujer mira con furia al joven, que da unos pasos atrás.

—Lo siento, cariño, sólo sentía curiosidad —se defiende él.

—¿Curiosidad? —Ahora Anne sí se siente ofendida—. ¿Curiosidad dices? ¿Acaso soy un mono de feria? Tu hombre estaba tratando de seducirme, a tus espaldas y a las espaldas de Chikdley. Deberías elegir un poco mejor a tu pareja si te gusta que sólo te folle a ti.

Ella se queda con la boca abierta ante semejante grosería. Anne se da la vuelta para marcharse, abriéndose paso entre los asistentes al intercambio. ¿Pero qué coño le pasa a todo el mundo? ¿Acaso no saben meterse en sus propios asuntos? Camino a la puerta, pasa al lado de una silla reventada. Seguro que alguno de estos gordos sebosos ha intentado posar su culo en la pobre silla. Anne ríe para sus adentro, espera que se haya metido una buena costalada. Casi ha alcanzado la puerta cuando oye revuelo a su espalda y nota un empujón en el hombro. Se da la vuelta y descubre a la puñetera hermana del gobernador mirándola con la barbilla alta y los ojos echando chispas.

—Hablaré con mi hermano. Me niego a dejar que las putas alternen en su salón con mujeres honradas.

—¿Qué me has llamado, niñata? —pregunta Anne con voz suave y peligrosa. Su visión está tomando de nuevo un tono rojizo. Sabe que eso no es buena señal, pero no le quedan ganas de controlarse.

—Te he llamado puta. ¡Putas! Eso es lo que eres, una vulgar puta que ensucia mi casa con su sola presencia. Una puta que no merece estar entre gente decente como nosotros. Una puta que...

La joven cae al suelo chillando. Anne ha cogido una de las patas desvencijadas de la silla rota y se la ha estampado a esa gritona en toda la boca. Ella se sujeta la cara con las manos; la sangre escurre entre los dedos. Lloro de dolor y de miedo cuando ve la sangre. Intenta hablar, pero nota algo en la boca, y cuando los dientes empiezan a caer uno tras otro, sus gimoteos se convierten en un llanto histérico. Anne suspira. Sabe que se ha metido en un buen lío. Se escabulle como puede y vuelve a casa, donde espera a su amante con expresión arrepentida.

Chikdley acude a casa unas horas más tarde. Está muy enfadado, y cuando entra en la habitación empieza a chillar como un demente.

—¿Pero qué coño he hecho yo para arrimarme siempre a locas de remate!

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Anne, sin dejarse impresionar.

—El gobernador quería encerrarte y juzgarte, Anne. ¡Encerrarte! Hubieras acabado apaleada, o muerta, a saber.

—¿Y has conseguido salvarme? —Anne se levanta y se acerca a su amante, contoneándose—. ¡Mi héroe!

Chikdley da un paso atrás y se niega a tocarla. Anne frunce el ceño.

—¡No me vengas con esas, Anne! ¿En qué demonios estabas pensando?

—Bueno, ella me faltó al respeto, no una, sino varias veces. Y acabó llamándome puta a gritos. No es algo por lo que yo esté dispuesta a pasar, ni siquiera por ti. —La cara de Anne se ensombrece. Esto no presagia nada bueno.

—¡No se trata de mí, mentecata! —Chikdley debe de estar muy asustado o muy enfadado si la insulta así, sabiendo cómo reacciona Anne a las ofensas—. ¡Era la hermana del gobernador! —Se pasa la mano por la cara, abrumado—. La hermana del gobernador, joder. No sabes lo que has hecho, Anne. Mi negocio se ha ido a la basura.

—Vamos, Chikdley —trata de animar Anne—, eres el mejor negociante de todo el Caribe, seguro que consigues arreglarlo.

—Tal vez —concede él—, pero no será contigo aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo he encontrado una forma de conseguir que el gobernador acceda a no detenerte, y que al mismo tiempo se plantee continuar nuestros negocios. Mañana partes hacia Nueva Providencia.

Anne calla. Sabe que no hay nada que pueda decir. Para Chikdley, los negocios son lo primero y, además, admite que se ha pasado un poco. Se ha librado por los pelos, pero sabe que Chikdley no puede permitirse una fuente de problemas como ella al lado. Se encoge de hombros.

—Iré a preparar mi equipaje.

Él hace una pequeña mueca.

—¿No vas a decir nada más?

—¿Qué quieres que diga? ¿Quieres que lllore? ¿Que suplique? Eso no va conmigo. Te agradezco que me hayas librado del castigo, y entiendo que necesites alejarte de mí. Ha sido bonito —baja el tono y se acerca a Chikdley, que ahora no rehúye el contacto—, pero sé que esto es el fin.

Él la coge de los hombros, acaricia sus brazos mirándola a los ojos.

—Ha sido bonito, sí. Nunca te olvidaré.

—Lo sé —dice ella, con una sonrisa deslumbrante, antes de salir de la sala.

La sonrisa flaquea cuando ya no está a la vista de su ex amante. Le gustaba ese hombre. No estaba loca por él, pero le gustaba. Y le gustaba la vida que le daba. Jamaica no ha resultado ser lo que ella esperaba: primero lo de Jonathan y después esto. Casi se alegra de volver. Además, ya lleva fuera unas semanas y echa de menos a la gente de allí, aunque antes se dejaría arrancar la piel a tiras que reconocerlo.

Chikdley pasa la noche fuera de casa. A la mañana siguiente, un sirviente acompaña a Anne al puerto y lleva su equipaje, pero Chikdley no aparece a despedirse. Anne monta en el barco y se apoya en la borda mirando al mar, dando la espalda a la isla.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Nassau, Nueva Providencia, Bahamas. Marzo 1718

James ha regresado. Ha estado fuera un año y vuelve más hombre de lo que se fue. Más delgado, sí, porque en la larga travesía desde el viejo mundo no abunda la comida, pero también más musculoso, más moreno y más mayor. A Anne le gusta el nuevo James. Se saludan como si se hubieran echado de menos y hacen el amor como recién casados. Hay que ver lo que el tiempo y la distancia puede hacer por una relación. Luego retoman la vida normal, comprando cosas necesarias con el dinero que James ha traído, bastante abundante en esta ocasión. Respecto a lo que Anne consiguió de Chikdley, James no sabe nada. Ella lo tiene todo a buen recaudo, por si las moscas.

Una noche van a la taberna. Cogen una mesa en un rincón y piden una jarra de vino especiado. No hablan apenas; ya han pasado unos días desde que James volvió y vuelve a ser evidente que no tienen ya nada en común. Pero beben, y observan a su alrededor. Anne sabe que la mayoría sospecha de las actividades que lleva a cabo su marido, también saben el desprecio que ella le profesa y no extienden a ella su desconfianza. Aun así, poca gente se acerca a su mesa a hablar o saludar.

De pronto, se oye en la calle un gran revuelo. La puerta se abre de golpe asustando a los presentes y un gigante entra en el salón seguido de varios hombres que ríen y dan voces a gritos. James abre mucho los ojos cuando lo ve y se encoge imperceptiblemente en el asiento. Anne mira a la figura, que aparece envuelta en sombras, recortada contra la luz que penetra de la calle.

—Barbanegra —susurra emocionada.

Allí, delante de ella, tiene nada menos que a Edward Teach, el famoso Barbanegra, el terror de los mares. Trabaja en la zona de Carolina, en teoría al amparo de un perdón ya firmado, pero suele recalar en Bahamas para abastecerse y no poner en un compromiso al gobernador de Carolina del Norte, con quien tiene un ventajoso acuerdo comercial. Anne sabe que es mejor no cruzarse con él y con su tripulación, pues son hombres pendencieros, agresivos y poco pacientes, pero no puede evitar sentirse fascinada por su persona. No como James, que, si pudiera, empequeñecería hasta desaparecer en su silla.

Barbanegra es un hombre inmenso; ha tenido que agacharse para no darse con el marco de la puerta al entrar y ahora mira a su alrededor ceñudo, con los incisivos ojos rastreando todo el local. Lleva la barba, tan negra y frondosa como para proporcionarle su nombre, peinada con trenzas, abalorios y rizos, y las cejas tan enmarañadas y pobladas que a Anne le sorprende que pueda ver. Su levita es de algún tipo de tela de color pardo, y lleva cruzadas en el pecho dos bandoleras con seis pistolas, cargadas, amortilladas y listas para usar. Anne ha oído las historias sobre cómo se pertrecha para los ataques, pero no esperaba que fuese siempre tan armado. Sables, puñales y más pistolas cuelgan de su cinto, y la joven sólo puede imaginar el miedo terrible que tiene que infundir en sus presas cuando las aborde, con la cara envuelta en humo procedente de las largas cerillas que, dicen, se mete bajo el sombrero y enciende antes de atacar. No le extraña que le crean un demonio salido de las profundidades del infierno y se rindan entre súplicas de piedad.

Sus hombres se aproximan a una mesa en el centro del salón, y los que la ocupaban, aguerridos y agresivos como el que más, se levantan sin decir ni una palabra y buscan otro sitio, dejando ese

libre para Teach. Entonces Anne ve que con él está también Charles Vane, que se sienta y pone los pies en alto sobre la mesa. «Vaya cuadrilla», piensa.

Los hombres vociferan y piden bebida a gritos. La camarera corre hacia ellos con dos jarras en cada mano, y justo cuando las ha dejado encima de la mesa, uno de los piratas la coge de la mano y trata de sentarla en sus rodillas. Ella sonríe y procura salir del paso diciendo que debe ir en busca de vasos, pero él no la deja marchar. Forcejea un poco, pero entonces la rodean más hombres y ve que no tiene escapatoria. Le dan la vuelta, la apoyan contra la mesa y levantan sus faldas. El primero en follársela es el que la ha cogido de la mano. Detrás van otros dos. Ella se agarra a la mesa sin decir nada, con cara inexpresiva. Anne se siente ligeramente asqueada por la escena, y no es la única; una prostituta, respaldada por otras tres, se acerca a Teach y le pide que frene ese espectáculo.

—Tenemos derecho a ganarnos el pan y tus hombres están escaqueándose de pagar —le dice, respetuosa pero firme.

Barbanegra gira la mirada y ve la cola que se ha formado tras la camarera. Hace un gesto.

—Dejadla en paz, las chicas tienen razón. Si queréis follar, pagad como todos.

La camarera se incorpora, se baja las faldas, coge las monedas que Teach ha tirado sobre la mesa como compensación y vuelve tras de la barra sin decir ni una palabra.

Anne se levanta: el vino se ha acabado y quiere otra jarra. James intenta detenerla, pero en vista de que él no se atreve a moverse, sigue su camino. Cuando llega a la barra, la camarera está en un rincón, dando la espalda a la gente. Se gira al oírla, se seca una lágrima con la mano y se acerca, con una sonrisa vacilante:

—Hola, Anne.

—¿Por qué no te has resistido? —pregunta ella. La chica se encoge de hombros.

—¿Para qué? Nadie le dice que no a Barbanegra o a sus hombres. No es la primera vez que pasa esto; al menos me han dado algunas monedas.

Anne vuelve a la mesa cruzando el salón con la jarra en la mano. Barbanegra levanta la vista y la ve. Se lleva la mano al sombrero en un saludo y ella responde con una inclinación de cabeza. Uno de los piratas que le acompañan se levanta y va hacia ella. La agarra de la mano al pasar, pero ella se gira y le estampa la jarra de vino en la cabeza. El tipo cae desplomado al suelo. Sus compañeros se levantan de inmediato, e incluso Teach se incorpora.

—Tus hombres deberían preguntar antes de tocar —le espeta Anne.

Las carcajadas de Vane disipan un poco la tensión en el ambiente.

—Joven Boon, qué alegría verte tan hermosa y cariñosa como siempre.

—Charles —Anne le dedica una reverencia burlona.

A él lo conoce. Lo ha visto a menudo, aunque no ha tenido relación con él ni con su tripulación. Vane sabe quién es ella, sabe que no es como los demás. La respeta, y se lo hace saber a Teach.

—Yo no me metería con ella, Edward. Y eso va también por vosotros, escoria —dice, sin perder la sonrisa.

—Dejadla en paz. —Teach será un salvaje, pero no es tonto. Vane conoce la zona y a sus gentes, él no. Si dice que es mejor no molestarla, por algo será. Pero ella, en lugar de echar a correr agradecida de haberse librado, sigue allí de pie, mirándole insolente.

—Me debes una jarra de vino.

Barbanegra gruñe. Se acerca a ella lentamente y se queda mirándola cara a cara, muy cerca. Es alta, pero le llega apenas por el hombro. Sin embargo, no parece tenerle ningún miedo.

—¿Te atreves a exigirme a mí que te pague la jarra que tú misma has tirado?

—Tu hombre ha roto mi jarra con su cabeza. —Anne se encoge de hombros, desdeñosa—. Es lo justo.

El pirata está asombrado. Qué carácter. Le gusta esa mujer.

—¿Estás con alguien?

Anne asiente y hace un gesto con la cabeza hacia la mesa.

—Con mi marido.

James, que está oyendo todo el intercambio como todo el mundo, hunde la cabeza entre los hombros intentando desaparecer.

—¿Tu marido es un cobarde que no tiene cojones ni de defender a su mujer? No te merece.

—Eso ya lo sé —ríe Anne—. Pero soy capaz de defenderme sola. Si me disculpas...

Anne se da la vuelta para marcharse. Le tiemblan las piernas, pero no está dispuesta a admitirlo. Teach la agarra del brazo tratando de detenerla.

—¡Quieta, leona! —le dice. Y entonces se encuentra con el puñal de Anne bajo la barbilla y sus ojos ardientes mirándole desde abajo con un destello de humor en la mirada. La suelta y levanta las manos lentamente. Le guiña un ojo, impresionado, y ella se marcha al fin.

Cuando llega a la mesa, James le grita en susurros.

—¡Estás loca, mujer! ¡Vámonos de aquí!

—¿Cómo crees que quedaríamos si ahora nos vamos, huyendo como conejos asustados? Compórtate como un hombre —le dice con desprecio.

James gruñe, pero se queda y no se marchan hasta que no han terminado con la jarra que Barbanegra les hace llegar a su mesa.

El Edicto de Perdón del que habló Jonathan parece estar dando sus frutos. Muchos han aceptado el perdón del rey Jorge y han dejado atrás sus actividades piratas. Otros han cogido sus barcos y huido de Nueva Providencia. Charles Vane ha sido uno de ellos. Montó en cólera al enterarse de que gran cantidad de compañeros comenzaban a pasarse al otro bando o se lo estaban planteando. Pero él no. Su última captura fue un barco inglés colmado de riquezas y no estaba dispuesto a renunciar a ellas. Así que reunió una tripulación, cogió su *Dragon*, juró venganza contra el gobernador y todos aquellos cobardes arrepentidos y se hizo a la mar. Duró poco, no obstante, y el mes pasado los capturaron. Nadie sabe por qué, pero prometieron portarse bien y los soltaron. Algo inaudito. Tal vez creyeron que así entrarían en razón y respetarían el Edicto. Total, que durante dos semanas hubo piratas frustrados y nerviosos recorriendo la isla, acabando con las existencias de alcohol y generando problemas. James casi no salió de casa en ese tiempo, asustado por las posibles represalias, y Anne hubo de quedarse con él. Eso no podía durar, y como todos imaginaban hace unos días volvieron al *Dragon* y levaron anclas. Anne no había oído suspirar de alivio tan fuerte a James nunca.

El caso es que todo ha vuelto a ser como era. Pasan los días y Anne empieza a ponerse nerviosa, pues con James aquí no puede hacer todo lo que le apetece. Una noche en que ella no ha salido, él vuelve a casa muy borracho. Ella le mira frunciendo el ceño.

—¿No sabes controlarte para no acabar dando pena?

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa de que esté así!

James se tambalea y Anne tiene que sujetarlo. Él se le queda mirando a la cara, cerca, muy cerca. Sus narices casi se tocan y Anne percibe en el aliento de él cada vaso de alcohol que se ha tomado.

—¿Yo tengo la culpa? Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—¡Eres una zorra! —grita James apuntándole con el dedo. La lengua se le traba—. Una zorra. Me han contado todo lo que has andado haciendo cuando yo no estaba aquí. Todos los hombres a los que te has tirado.

—¡Oh, vamos, James! —responde Anne, como si no le diera importancia—. ¿Pensabas que te iba a guardar la ausencia durante meses? Como si tú no te hubieras acostado con todo lo que se te haya puesto por delante.

—¡Yo soy yo! —Habla de forma inconexa y entrecierra los ojos, incapaz de enfocar la mirada. Anne no duda que acabará vomitando en mitad del salón y le tocará limpiarlo a ella. Qué fastidio.

—Claro que sí, cariño. Y yo soy yo.

—¡No te burles de mí! Yo te he querido, Anne, incluso cuando tu padre me echó de su casa y me dejó sin un penique. ¿Y así me lo pagas?

—¿Tú me has querido? —Anne ríe, con una risa seca y fría—. Tú no me has querido nunca. Tú querías mi herencia y te conformaste con una esposa, lo cual nunca viene mal. No finjas que somos lo que nunca hemos sido. Yo creí quererte, pero lo cierto es que te utilicé para escapar de una vida que me asfixiaba. Y ya ves, aquí estamos los dos. En un matrimonio vacío, viéndonos una vez al año, y sin sentirlo demasiado. ¿Qué más te da lo que haga cuando tú no estás?

—Me importa. —James se vuelve a acercar, enseñando los dientes—. Me importa porque eres mi esposa y no voy a tolerar convertirme en el hazmerreír de la isla entera.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —le reta Anne. Él la coge del cuello y acerca su cara a la de ella.

—No pienso consentir que lo vuelvas a hacer. ¿Me oyes? Ni una sola vez más. Como vuelva a llegar a mis oídos que mi mujer se ha follado a otro hombre que no sea yo...

Anne se lo quita de encima de un empujón, aunque admite que le gusta este nuevo James, autoritario y agresivo.

—No me amenazas, James. No lo hagas, no vuelvas a hacerlo ni una sola vez más.

Pero en lugar de alejarse de él, se acerca, y James ve en sus ojos que, por lo menos ahora, no piensa en otro hombre. La lujuria ocupa el espacio del enfado y, apenas unos minutos más tarde, están follando sobre la mesa del salón, sin quitarse la ropa ni pasar siquiera al dormitorio. Los días siguientes todo aparenta estar mejor. Casi parece que vuelven a ser un matrimonio normal, si no fuera porque él se ha vuelto un celoso compulsivo y porque ella no puede perdonarle que se gane la vida como confidente del gobernador, a quien ve como un enemigo.

Entonces llega abril, y con él un Vane enfadado y vengativo, al mando de una flotilla y con un nuevo barco como buque insignia, el *Ranger*. Aprovechando la ausencia del gobernador, de ruta por las otras islas de Bahamas llevando el Edicto a todos los rincones, Vane toma la isla y ocupa el fuerte, que se convierte en su residencia. Deponen la bandera británica de su mástil y en su lugar alzan la bandera negra con la calavera, como símbolo de su repulsa al poder inglés. Anne se divierte con este toma y daca, pero James no opina lo mismo. Llega a casa pálido y tembloroso, con la frente perlada de sudor, y le insta a hacer el equipaje para una temporada. De nada sirven las protestas de Anne; James teme acabar colgado de una soga por chivato. Va a marcharse y se niega a que su mujer se quede allí sin él. Así que acaban en Andros, una isla muy cercana, pero lo suficientemente lejos como para no llamar la atención. Allí, James y ella no hacen más que discutir.

Pasan un par de meses; aún no ha terminado agosto, y las cosas cambian. Woodes Rogers regresa a Nueva Providencia con dos buques de guerra, dispuesto a recuperar la isla. Todo se

sabe en Andros, pues el trayecto entre las dos islas lo recorren continuamente pescadores y mercaderes. Vane los recibe a cañonazos, pero no puede mantener la ciudad y debe marcharse, aprovechando la confusión y el desorden. Él y sus hombres huyen en un pequeño balandro de apenas seis cañones, la bandera negra se depone y la británica vuelve a ondear orgullosa en lo alto del mástil del fuerte. Todo vuelve a la normalidad, y con ella, también Anne y James regresan.

Están juntos por poco tiempo. Él debe marcharse de nuevo. No sabe cuánto va a estar fuera esta vez, quizá medio año, pero es una incógnita. Se separan sin pena: Anne, en el fondo, estaba deseando quedarse sola. Esa misma tarde, apenas la silueta del barco desaparece en la lejanía, Anne asoma a la taberna de siempre.

—¡Bienvenida, muñeca! —saluda un pirata—. ¿Ya te has librado del chivato de tu marido?

—Sí, ya soy libre de nuevo —le sigue la corriente ella.

—Ese hombre no te merece —afirma un borracho que está gastándose su botín ahí desde hace tres días. Cuando desaparece todo el dinero, debe volverse a enrollar y así una vez, y otra, y otra. Lleva diez años en el mar, lo que es mucho, mucho más de lo que pueden decir la mayoría, y ha sobrevivido milagrosamente hasta ahora.

Anne sabe que no la merece, no tiene ninguna duda. Se encoge de hombros y se sienta a beber. De nuevo es libre, al menos durante unos meses.

CAPÍTULO DIECISIETE

Nassau, Nueva Providencia, Bahamas. Octubre 1718

Anne lleva sola desde junio, y no ha tenido apenas amantes en esa última temporada. No sabe qué le pasa, pero lo de Chikdley la ha dejado tocada. No porque le quisiera, ¡demonios, no!, pero se ha aburrido de la mayoría de los hombres. Ha oído que Jonathan ha dejado de lado su faceta de corsario para dedicarse más que nunca a la captura de los piratas rebeldes que rechazan el Edicto de Perdón. No sabe cuánto de culpa tiene ella en ese odio repentino y atroz que ahora tiene por los filibusteros, y tampoco puede preguntarle, pues no ha vuelto a pisar Nueva Providencia desde hace meses. No lo ve desde que se separaron de forma tan desagradable en Jamaica. Anne se aburre, por primera vez en mucho tiempo. Levantarse tarde, haraganear y llegar a la taberna, apenas empieza a caer el sol, para beber y apostar hasta que de nuevo se hace de día ya no la llena como antes. Así que anoche no salió y esa mañana se ha levantado relativamente temprano. Ha salido a pasear llevando consigo, como siempre, la pistola y el cuchillo, y ha caminado por las calles de Nassau en dirección a la playa. Es sorprendente la cantidad de gente que hay comprando y vendiendo cosas a esas horas tan tempranas; hacía semanas que no madrugaba tanto. Ahora se encuentra en la playa, bajo un sol que todavía es agradable y no parece querer fundirla sobre la arena: el sombrero de ala ancha le protege los ojos del sol. Mastica una paja mientras disfruta del agradable calor que corre por sus venas, del ruido del mar y de las imágenes de la vida cotidiana que se desarrollan ante sus ojos. Los pescadores faenan, los niños corren y saltan en el agua con pequeñas redes, con las que contribuyen a la economía familiar, y una preciosa fragata va acercándose poco a poco a la playa.

Atraca no muy lejos, donde todavía el agua es profunda y aún no supone un peligro para el fondo del barco. Sus tres palos están desnudos, las velas replegadas, y la proa brilla al sol como si fuera de bronce. Hace un gesto con la mano y llega a leer el nombre del barco. *Ranger*. Anne se pone en tensión; es el barco de Charles Vane, y todo el mundo sabe que Vane no es un tipo con quien te puedas topar si él no quiere toparse contigo. La última vez que sus caminos se cruzaron salió bien parada, pero puede que precisamente hoy se le olvide que la respeta. Además, se ha enterado de muchas cosas sobre él desde entonces. Aunque es escandaloso y borrachín como todos los piratas, tiene un punto sádico que no acaba de gustarle. Maltrata a las chicas si no le complacen a la primera y sus hombres, insatisfechos, cuentan historias de torturas innecesarias en los abordajes. James habla pestes de él, en base al único viaje que hizo en su tripulación.

El barco ha fletado un bote y por la escala bajan hombres que se acomodan en ella. Reman hacia la orilla, directamente hacia Anne. Ella valora alejarse de allí, pero su temperamento rebelde vuelve a llevarle la contraria y se queda, sintiendo el tranquilizador peso del cuchillo a un lado y la pistola al otro. Se hace la despistada, pero por el rabillo del ojo mira a los hombres que se acercan. Ninguno de ellos parece Vane. De pie en el bote va un joven de cabello castaño y rizos que caen sobre su frente. Mira en su dirección y sonrío para sus adentros. Va vestido con llamativas prendas de calicó: pantalones color mostaza, chaleco verde y casaca roja. Una mezcla un tanto extravagante para Anne, pero a él le sienta bien. Realza su tez morena. Cuando la barca atraca, es el primero en saltar a tierra, como corresponde al capitán. Anne frunce el ceño. ¿Dónde está Vane? Los demás hombres van bajando del bote, pero el primero se acerca a ella sin dudar.

Se para a sus pies y hace una profunda reverencia, quitándose el sombrero de plumas que lleva.

—Buenos días, joven dama.

Anne tiene ganas de reír. Qué educado. Ahora, de cerca, ve unos preciosos ojos verdes que resaltan en la piel morena, y una boca de labios gruesos que dibuja una sonrisa, enmarcada por la fina perilla que la rodea.

—Buenos días, buen caballero.

El hombre ríe con ganas. Ha captado la sutil ironía en el saludo de Anne. Se sienta pesadamente a su lado y mira a la lejanía.

—Es bonito que, tras meses en el mar, lo primero que vean mis ojos sea un rostro tan bello como el vuestro.

—¿De verdad? ¿En serio vais a tratarme como a una dama? Esto sí que es una novedad.

Él se gira, la mira y tiende su mano derecha, mostrando otra vez su bonita sonrisa.

—Todas las mujeres son damas hasta que se demuestre lo contrario. Mi nombre es Jack. Jack Rackham.

—¿Jack Rackham? He oído hablar de vos. Os llaman el Calicó —dice señalando sus característicos ropajes—, y os unisteis a la tripulación de Vane tras rechazar el Edicto de Perdón.

Él asiente.

—¿Y vos sois?

—Anne. Anne Bonny. —Estrecha su mano—. Y me sentiría más cómoda si no me tratarais con tanto formalismo.

—Está bien, Anne. Ya conozco tu nombre; puedo tutearte. ¿Quién eres que vas así vestida y no muestras miedo ante la tripulación de Charles Vane?

—Alguien que sabe cuidar de sí misma —contesta ella—. Pero me corroe la duda. ¿Dónde está Vane? No lo veo en la barca y no imagino que se haya quedado a bordo salvo que esté terriblemente enfermo.

Jack se levanta de un salto y tiende la mano a Anne para ayudarla.

—Prometo contarte la historia si me llevas al sitio con mejor ron de Nassau. No sé por qué me da en la nariz que sabrás encontrarlo.

Anne acepta la ayuda y se levanta.

—¿No te da miedo que te reconozcan?

—No creo que los hombres del gobernador estén esperándome. No tengo miedo. Además, voy buscándole a él precisamente.

Camina hacia la taberna favorita de Anne en silencio, y en ese tiempo, ella no deja de echar miradas de reojo a ese hombre. Le gusta. Le gusta mucho. Hace tiempo que no nota esa calidez en el estómago cuando habla con un hombre, y se descubre deseando saber más de él. Al llegar buscan una mesa discreta, en las sombras, y Jack agita una bolsa de monedas en dirección a la camarera, que se acerca corriendo y sirve una botella. Va a dejar los vasos de madera, pero Jack la coge de la muñeca.

—Vasos de cristal —susurra. Y ella se marcha corriendo y vuelve con dos vasos de cristal. Anne silba con suavidad.

—Vaya, vaya. No me equivoqué al decir que eras un caballero.

La camarera sonrío de medio lado, le guiña un ojo a Anne cuando el hombre no la ve y vuelve a su sitio, asegurándose de que nadie la moleste.

—Muy bien, Jack Rackham. ¿Me vas a explicar ya por qué te comportas como si fueras el capitán del *Ranger*?

—Porque lo soy —responde él—. Depusimos a Vane hace un par de meses.

—Por lo que tenía oído, no es un gran capitán.

—¡No es un capitán en absoluto! —responde Jack, echándose hacia adelante. Bebe de un trago su copa y la rellena. Espera a que Anne también termine la suya para servirle más—. Charles Vane es una vergüenza para los piratas. Se pasa el código por los cojones y hace siempre lo que le apetece. Yo no digo que haya que irse de fiesta con los prisioneros, joder, pero lo suyo es un poco excesivo. El caso es que, en abril, antes de tomar Nassau, apresamos un barco que se veía a la legua que iba casi vacío. Pues bien, Vane colgó boca abajo al capitán y estuvieron haciendo prácticas de tiro con él para que les revelara el escondite del tesoro. —Anne hace una mueca de horror—. Un sinsentido. Imagínate su carácter. Aunque tiene cosas buenas... La vida con él nunca es aburrida. Tuvimos una buena racha y capturamos varias presas, entre ellas el *Ranger*, que con sus veinte cañones y su pabellón francés era una presa irresistible.—Jack hace un gesto refiriéndose a su barco—. Lo tomó como buque insignia y seguimos la ruta.

—Y entonces tomasteis Nassau.

Jack aplaude, contento como un niño.

—¡Exacto! Fue muy divertido. Apenas encontramos resistencia con Rogers por ahí saltando de isla en isla. ¿Viste la bandera negra ondeando en el fuerte? ¡Fue grandioso!

—No llegué a verla.

—¿Dónde estabas tú? Si apenas ha pasado medio año...

—Mi marido temía las represalias de los piratas y me obligó a irme con él a Andros.

Anne sabe que ha metido la pata en cuanto nombra a James.

—¿Tu marido? Dime que no estás casada, por favor —suplica Jack, a quien le ha cambiado la cara.

—Como si no lo estuviera —contesta ella, reacia a dar más explicaciones—. Continúa tu historia, es mucho más divertida que la mía.

—Bueno —dice Jack, más tranquilo cuando ve la poca importancia que le da Anne a su matrimonio—, el caso es que Rogers volvió y consiguió echarnos, el muy cabrón. Casi no escapamos. Pero nos fuimos y nadie nos persiguió, aunque ese perro suyo, Barnet, dicen que lo intentó con todas sus fuerzas. Entonces a Vane se le metió entre ceja y ceja asediar Charleston como Barbanegra hizo unos meses antes que él.

Anne escupe parte del ron que tiene en la boca.

—¿Cómo dices?! ¿Barbanegra asedió Charleston?

—¿Pero aquí no llegan las noticias? Esto ocurrió en mayo. Bloqueó el puerto y apuntó los cañones del *Queen Anne's Revenge* hacia la población. ¡Consiguió sacarles mil quinientas libras!

Anne se carcajea.

—Seguro que mi padre tuvo que abrir la bolsa al final, el viejo cabrón.

Jack la mira de reojo. En pocas palabras ha averiguado que nació en Charleston, que su padre tiene dinero y que no se separaron en buenos términos. Esa mujer es todo un misterio que él está decidido a desvelar. ¿Cómo acabó allí, rodeada de piratas? Por ahora lo dejará pasar, pero volverá sobre el tema. Da otro trago y continúa hablando.

—Total, que Vane decidió emularlo. Pero Vane no es Teach, y estaba tan insoportable que dos de los barcos le abandonaron.

—¿Por qué te quedaste tú?

—¿Yo? Yo quería ser capitán, y quería el *Ranger*. Sabía que llegaría mi momento. Hace apenas un mes estuvimos en Ocracoke con Teach.

—¿Con Barbanegra? ¡Qué emocionante! —se interesa Anne.

—Sí, estuvo bien. Nos encontramos en Carolina del Norte, y Teach y él estuvieron bebiendo y planeando la reconquista de Nassau durante una semana. Los demás también disfrutamos, claro. Pero todos sabíamos que eso no iba a llegar a nada, a pesar de que Vane disponía de una flotilla y había capturado ya el *Ranger* para él y de que Barbanegra comanda una armada entera. Estaba muy crecido después de su sitio a Charleston. El caso es que nos marchamos cada uno por un lado, nosotros rumbo a Nueva York, porque Vane se encaprichó. Pasaron los días y el descontento crecía entre los hombres.

—¿Por qué? —Anne está totalmente inmersa en el relato. Este Rackham es un magnífico narrador. Anne cada vez está más deslumbrada por su carisma, y por esos verdes ojos que la miran con interés y un toque de burla, como si no se tomara la vida demasiado en serio.

—Pues porque Vane nunca reparte el botín como corresponde. Sus partes son siempre más grandes y las de los demás demasiado pequeñas. Incluso corren rumores de que ha dejado morir a mutilados para no tenerles que pagar la indemnización y quedarse con su parte.

—¡Eso es horrible! Si no se sigue el código, ¿qué queda?

—¡Exacto! —aplaude Jack—. Pues no queda nada. Ni siquiera respeto, aunque tal vez sí un poquito de temor.

—No me extraña que quisierais libraros de él.

Jack asiente. Termina su vaso y vuelve a servirse. Parece muy entero todavía. Eso también le gusta a Anne; no soporta a los hombres que no aguantan el alcohol.

—Hace cosa de tres de semanas vimos un barco con muy buena pinta. Tenía pabellón francés y no era muy rápido. Una presa fácil. Nos fuimos acercando y una vez en su estela descubrimos que era una fragata de guerra. ¡Como si eso nos hubiera parado alguna vez! Pero Vane decidió que no quería atacarla; creía que era muy arriesgado. No se dignó a alzar el pabellón negro, el muy cobarde. Así que decidimos votar la capitania, y salí elegido.

Jack hincha el pecho, orgulloso.

—¿Y qué ha sido de Vane?

—No lo sé —Jack hace un gesto al aire con la mano—. Lo dejamos en una chalupa con algunos de sus fieles. Imagino que habrá conseguido llegar a cualquiera de las islas que hubiera cerca. No tengo la más mínima duda de que volveremos a saber de él.

—Y vosotros, entonces, ¿pusisteis rumbo a Nueva Providencia en cuanto os hicisteis con el barco?

—¡Claro que no! —se ríe Rackham—. Volvimos a piratear, y alcanzamos a un barco inglés cargadito de oro. El *Kingston* —dice soñador—. Qué pena no haberlo podido conservar. La marina inglesa le tenía mucho aprecio a ese barco, o al menos a su contenido, y nos persiguió por todo el Caribe. Al final arribamos a una isla cubierta de árboles y tuvimos que dejar el *Kingston* varado en la arena con todas sus riquezas. Nos ocultamos en la selva y vimos cómo se lo llevaban. —Jack frunce el ceño, disgustado. Luego sonrío y le guiña el ojo a Anne—. Aunque claro, alguna bolsa de oro se perdió por el camino. El caso es que el *Ranger* estaba por ahí dando vueltas con mi contramaestre al mando y no era capaz de encontrarnos, ya que nos separamos cuando huíamos del buque inglés. Tuvimos que robar otro barco para salir de allí.

—¿Y dónde está?

—El *Revenge* nos espera no lejos de aquí. Quería entrar a Nassau con el *Ranger*. Es un mensaje.

Anne sigue todas las explicaciones con los ojos muy abiertos, tratando de no perderse ni un

detalle.

—¿Para quién?

—Para Rogers. Venimos a solicitar su perdón.

Eso sí que no se lo esperaba Anne.

—Vaya. Después de todo lo que me has contado, es lo último que imaginaba.

—Sí, bueno —Jack le quita importancia—. Ahora están muy centrados en cazar a los rebeldes que no se acojan al Edicto y es peligroso navegar. No quiero acabar colgando al final de una soga por impaciente. ¿Puedo contarte un secreto?

Jack sonrío y le mira con los ojos entornados. Anne sonrío, embelesada.

—Claro. Mis labios están sellados.

Jack alarga la mano y recorre los labios de Anne con el dedo. Sus pupilas se dilatan y suelta imperceptiblemente el aliento por su boca entreabierta.

—Espero que se abran para mí en algún momento —dice en un susurro.

Anne se pone colorada como una cría y cree que el corazón le va a explotar en el pecho. No recuerda la última vez que alguien consiguió dejarla sin palabras. Jack retira la mano a disgusto, como si le costara esfuerzo, y continúa la historia.

—Somos unos mentirosillos. —Ríe divertido y Anne le devuelve la sonrisa, aún sofocada—. El *Revenge* me espera en una ensenada de una isla cercana. Cuando las cosas se calmen, y no creo que tarden más de unas semanas, mis hombres y yo volveremos a hacernos a la mar. No soy hombre de tierra, no me pueden comprar con un pequeño terreno para cultivar. Una vez se prueba la libertad que da la mar, no es tan fácil renunciar a ella.

Anne se recupera lo suficiente como para volver a parecer la joven segura y descarada que es habitualmente, y levanta el vaso para brindar con él.

—¡Por una larga y fructífera carrera!

Chocan los vasos y beben, mirándose a los ojos. Entonces él se inclina hacia adelante y pregunta.

—Y tú, ¿a qué te dedicas, Anne? ¿Me vas a contar por qué una joven tan hermosa no tiene a su marido al lado con una pistola, velando por su reputación?

Anne se sincera con él como nunca había hecho con nadie. Le cuenta su infancia, su matrimonio, su huida a Nueva Providencia. Le cuenta que no soporta a su marido y que es un chivato. Le cuenta sus ansias de libertad y de llevar una vida sin ataduras ni yugos de ninguna clase. Él escucha, no la juzga. El sol cae y siguen hablando. No han comido siquiera, aunque las botellas se han ido sucediendo. Cuando Jack se da cuenta de eso, se levanta de golpe, se sujeta a la mesa para estabilizarse y le tiende la mano.

—¡Vayamos a comer algo, Anne!

Ella se incorpora también. Se queda quieta esperando que el mundo deje de dar vueltas a su alrededor.

—Pero aquí sirven comida —dice con la voz un poco turbia.

—Esto no es suficiente para ti. Quiero llevarte a la mejor taberna de Nassau, donde van los señores ricos que quieren impresionar a sus amantes. Te mereces lo mejor.

—¿Eso quieres que parezca, que soy tu amante?

—Sí —dice él bajando el tono y acercándose a su oreja—, eso me gustaría.

Anne siente un escalofrío que la recorre entera y coge su brazo, repentinamente muda. Jack se da cuenta y sonrío para sus adentros. Esa mujer le vuelve loco. Nunca había encontrado alguien con quien notara tal conexión. Siente que son almas gemelas. ¡Y cómo bebe! Es capaz de seguirle

el ritmo mejor que cualquiera de sus hombres. Llevan todo el día bebiendo y apenas se tambalea un poco.

Jack la lleva al restaurante. Comen, beben y charlan sin parar. La gente los mira de reojo; son personas elegantes y ellos van vestidos de forma extravagante, él de múltiples colores y ella... bueno, ella viste de hombre. Casi no la dejan entrar y Jack ha tenido que sacar sutilmente la pistola para que hicieran la vista gorda. Luego van a pasear por la playa, como un par de enamorados, y se sientan en la arena a mirar la luna. Jack le cuenta historias de sus aventuras, Anne le descubre anécdotas de su vida como niña rica y, finalmente, con la medianoche ya pasada, él la acompaña a casa. En la puerta se quedan parados, mirándose el uno al otro, repentinamente tímidos. Él se acerca, toma su cara entre las manos y le da un beso suave, muy suave. Ella se acerca también, buscando su contacto. El beso se hace más profundo, más intenso, y Anne echa sus brazos al cuello. Se apoyan contra la pared, ansiosos, buscando más contacto, más intensidad. Las manos de él están por todas partes, y ella le toca por encima del pantalón. Jadean, excitados, y Anne se gira para abrir la puerta y poder continuar en la casa.

—¡Jack! ¡Capitán!

Los gritos recorren la noche por encima del bullicio, y los amantes se separan con evidente esfuerzo el uno del otro, justo antes de que el joven que grita llegue hasta ellos, corriendo.

—¡Capitán! —jadea buscando aire, totalmente agotado.

—¿Qué demonios ocurre? —Jack está furioso con la interrupción. Sus pupilas dilatadas, la respiración agitada y el bulto en el pantalón muestran bien a las claras que preferiría estar haciendo otra cosa. Anne, por su parte, se apoya en la puerta mirando con curiosidad al recién llegado.

—Capitán, perdón por la intromisión. Llevo buscándole mucho rato. El gobernador se ha enterado de su petición y le ha mandado llamar.

—¿Y eso no podía esperar?

El mensajero niega con la cabeza, aún con la respiración entrecortada.

—No, se ha puesto como un loco. Quiere verlo ahora mismo.

—Pero es más de medianoche. ¿Qué coño hace despierto? —pregunta Anne.

—No duerme mucho, o eso dicen.

—Bien —suspira Jack, resignado. Sabe que no es buena idea hacer esperar a quien debe otorgar su perdón. Coge la mano de Anne y la besa, caballeroso—. Te buscaré mañana.

—Me dejaré ver —contesta ella, disimulando su disgusto.

Los hombres se giran para marcharse.

—Esperad. ¿Cómo nos has encontrado? —pregunta Anne al grumete.

—Me he recorrido medio Nassau, señora. Al final, una fulana allá atrás —dice señalando hacia la playa— me ha dicho que seguramente estaríais aquí.

Anne asiente; supone que ha sido Sarah, la puta del piso de abajo. Se acerca a Jack, que está recuperando la compostura. Aproxima la nariz a su oreja, mordisquea el lóbulo y pega un suave lametón en su cuello. Un suave gruñido sube por la garganta del pirata.

—No olvides buscarme mañana —susurra en su oído. Jack cierra los ojos, traga saliva y se va antes de que sea incapaz de marcharse y ofenda al gobernador.

Anne sube a su casa y quita la ropa, frustrada. No sabe qué tiene ese capitán, pero ha invadido su mente de tal manera que no puede pensar en otra cosa. El día ha transcurrido sin darse cuenta y le hubiera encantado que se quedara a pasar la noche. Ella no tiene por costumbre traer hombres a casa. Nunca lo había hecho antes y le molesta que la furcia haya deducido que venían hacia aquí

sólo con verlos pasar. Pero en realidad, le da igual. Le encantaría que no se hubiera tenido que marchar... Anne suspira, y se mete en la cama tal y como está, desnuda.

Poco después abre los ojos, sobresaltada. No sabe las horas que han transcurrido, tres, tal vez cuatro. Por la ventana, la luz nocturna ha cambiado ligeramente de intensidad, como si quisiera anunciar la próxima llegada del día. Hay jaleo en la calle, bajo su ventana, y su mano se dirige automáticamente hacia el cuchillo que siempre deja en la mesita al lado de la cama.

—¡Anne! ¡Mi dama! ¡Anne!

Anne frunce el ceño, reconociendo la voz. Se asoma a la ventana y ve a Jack en la calle, con una botella en la mano, llamándola a gritos.

—¡Anne! —grita en cuanto la ve aparecer. Se calla súbitamente cuando aprecia los pechos desnudos de Anne asomando por la ventana, y abre ligeramente la boca—. Hermosa mía, ábreme la puerta. No puedo dormir.

Anne no puede creerlo. El corazón da saltos en su pecho y apenas le sale la voz.

—Está abierto. Sólo empuja la puerta.

Jack sube corriendo las escaleras y ella apenas tiene tiempo de colocarse una bata por encima antes de que él aporree su puerta.

—Ya voy —ríe ella, abriendo.

Él entra como una exhalación y mira a su alrededor. Se tambalea ligeramente, parece que no ha dejado de beber desde que ella se acostó. Él la mira, se acerca y, ante su sorpresa, se arrodilla frente a ella.

—Hermosa Anne —le dice con lengua de trapo—. No puedo dejar de pensar en ti. No puedo. —Sacude la cabeza, con impotencia—. Me has hechizado.

Anne se acerca con una gran sonrisa en la cara y trata de ocultar su emoción.

—Y tú lo que has hecho es emborracharte hasta no poder más, ¿verdad? ¿No me vas a contar qué tal ha ido con el gobernador?

Jack se levanta, trastabilla y se apoya en la pared. Da un nuevo trago a la botella.

—Tienes ante ti a un hombre libre. —Hace una reverencia afectada—. El gobernador nos ha perdonado a todos. Pero mañana te lo contaré con más detalle. Te he traído algo para celebrarlo. Un regalo. —Se acerca a ella, con los ojos fijos en el escote de la bata. Su mano deshace el nudo de un solo movimiento, hábilmente, y recorre con ojos hambrientos el cuerpo joven y fuerte de Anne. Ella contiene la respiración, expectante, pero él se fuerza a retirar la mirada. Saca del bolsillo una perla del tamaño de un puño engarzada en una cadena.

—¡Es precioso! —Anne nunca ha visto nada igual. Ni Chikdley le regaló jamás nada parecido.

—Es menos de lo que mereces —contesta Jack. Se lo pone, rozando la suave piel del cuello al hacerlo, y todo el vello de su cuerpo se pone de punta en respuesta. Cuando se gira para que Jack admire cómo le queda, él se lanza sobre sus labios, besándola con desenfreno.

Cuando llegan a la cama, Jack se duerme justo después de quitarse la ropa. Anne no puede creérselo. Lo zarandea ligeramente. Pero luego piensa que ha pasado por mucho ese día. Si Rogers no hubiera decidido perdonarle, ahora estaría preso esperando a ser ahorcado. Le deja dormir. Lo acomoda y echa una manta por encima. Ella se acurruca a su lado tal y como está, desnuda y con la perla al cuello.

A la mañana siguiente, se despierta cuando Jack comienza a moverse en la cama. Abre los ojos verdes, soñolientos, y, cuando la mira, se abren de golpe.

—¡Oh, joder! —exclama incorporándose—. Dime que no lo hicimos anoche. Tuvo que ser

patético, tal y como iba. ¡Ni siquiera lo recuerdo! ¡Dime que no lo hicimos!

Anne ríe a carcajadas, sin poderlo evitar.

—¡Por favor, Anne, no me hagas sufrir! Joder, dime que no lo hicimos. No soportaría que ese fuese el primer recuerdo que tuvieras de mí.

Anne ríe con tanta fuerza que las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. No puede hablar, sólo sacude la cabeza negando. Jack suspira y se recuesta. Luego vuelve a mirarla.

—Espera. ¿Me estás diciendo que estuve con una mujer como tú al lado —dice señalando el cuerpo desnudo de Anne— y no hice nada? Esto es peor de lo que pensaba. Me he convertido en un eunuco.

Jack se agarra la cabeza con las manos, y Anne trata de hablar, secándose las lágrimas.

—Te quedaste dormido, Jack. Es normal después del día tan intenso que tuviste. No creo que te hayas convertido en un eunuco.

Jack levanta la sábana, mira debajo de ella y levanta la mirada, sonriendo.

—No, no lo he hecho. Y ahora ven aquí, preciosa.

Tira de su brazo y hace que ella caiga sobre él. Dejan de reír. Anne se encuentra en el paraíso en brazos de ese hombre, y no piensa dejarlo escapar. Se sienta a horcajadas en sus caderas y su boca desciende sobre la de él, con el cabello rojo cayendo como una cortina a su alrededor.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Nassau, Nueva Providencia, Las Bahamas. Noviembre de 1718

Durante las semanas siguientes, Jack se traslada al apartamento de Anne, y conviven allí como si fueran marido y mujer. Y Anne así lo siente. Sabe que ha sido muy repentino y, desde luego para nada esperado, pero así son las cosas. Jack se desvive por ella y le hace regalos caros que ella no necesita, pero que a él le hacen ilusión. Son almas gemelas; su visión de la vida, sus esperanzas, sus expectativas son iguales. Ambos buscan, ante todo, la libertad, por delante de todo y de todos, y están dispuestos a morir por conservarla.

—La libertad compartida es aún mejor que la libertad en soledad —comenta un día él, mientras observan el mar nocturno a la luz de la luna, sentados en la playa. Ella apoya la cabeza en su hombro. Tal vez algún día pueda saborear la libertad plena que da la mar.

—Siempre he soñado con navegar. Con sentir la brisa en mi rostro mientras las velas desplegadas me llevan a donde yo quiero, sin más dueño que mi propia voluntad.

Él le da un beso en la coronilla.

—Nunca se sabe qué nos deparará el futuro, mi amor.

Anne se tensa. Nunca la ha llamado así antes; no sabe qué significa.

—¿Qué te ocurre?

Ella sacude la cabeza, restándole importancia. Qué más da, tampoco ella se había sentido nunca así.

—¿Es por lo que acabo de decir?

Qué bien la conoce en tan poco tiempo.

—No, no pasa nada. Es sólo que...

—¿Te molesta que te llame amor?

—No —niega ella—. No me molesta. Es que nunca nadie me había llamado así.

—¡Venga! —ríe él—. Eso no me lo creo.

—Bueno, nadie a quien yo tuviera ganas de llamar igual.

Ya está. Ya lo ha dicho. Anne nunca se ha mostrado tan vulnerable ante nadie en su vida. Jack toma su cara entre las manos y la besa en los labios. Un beso tierno y suave que le caldea el corazón.

—Me siento muy honrado de saber eso, Anne. Tampoco yo había sentido con ninguna mujer lo que siento contigo. Yo... yo te quiero, Anne.

—Yo también te quiero, Jack.

Y así, con estas simples palabras, la vida de los dos cambia. Él la rodea con su brazo y ella se reclina de nuevo en su hombro. Jack rompe el silencio.

—Y ahora viene cuando te advierto que como le digas alguna vez a alguien lo blando que me pongo contigo, te mataré.

Anne se ríe. Ese es su hombre, como ella. No son de dejarse llevar por sensiblerías. Su mano baja hasta el pantalón de Jack.

—¿Blando? Yo no diría eso.

Y no vuelven a hablar del tema. Una barca de contrabando que poco después llega a la orilla tiene que esquivar la sombra de una pareja haciendo el amor sobre la arena.

Han pasado otras dos semanas, tres tal vez. Están en la taberna de costumbre, bebiendo. La gente se acerca a saludar, bien a uno, bien a la otra, pero como ninguno es invitado a compartir su mesa, todos se marchan. Jack y su tripulación están deseando partir. Hornigold y los otros perros de Rogers ya no se toman su trabajo tan en serio, y los cazapiratas del gobernador de Jamaica como Bonnet andan ocupados en otras aguas. Sus hombres desean volver a sentir el vaivén de un barco bajo sus pies, en lugar de tierra firme. Además, el dinero empieza a escasear. Pero él no quiere, no puede dejar a Anne.

—¡Vaya hembra te has buscado, Calicó! —grita un pirata borracho desde la barra. Anne no le da importancia, pero Jack levanta la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir, amigo?

El hombre se encoge de hombros.

—He estado en Cuba estas semanas, no me había enterado. —El borracho levanta la jarra en dirección a Anne—. No has tenido mal ojo, amigo. Pero ten cuidado, puede morder. Dicen que no es precisamente amable.

Anne frunce el ceño, un poco ofendida.

—¡Estoy aquí, gilipollas! ¿Tienes algún problema con mi carácter? ¡Dímelo a la cara!

Jack se levanta como una exhalación y se acerca al hombre. Todo el bar está callado, siguiendo el intercambio.

—No hables con esa falta de respeto de mi mujer, *amigo*.

—Pero ella no puede ser tu mujer, está casada. —El hombre se encabezona—. Me pregunto qué dirá su marido de esta aventurilla...

No puede seguir hablando. El puño de Jack estampa contra su cara y le rompe la nariz.

—¡He dicho que no hables así de mi mujer! O mejor, no hables de ella, a secas. ¡Ni la mires!

—¡Joder, Calicó! —grita el borracho—. ¡Qué bruto, me has roto la nariz, cabrón!

Jack le agarra del cuello.

—Pídele perdón.

—Pero ¿qué dices? No he dicho ninguna mentira. ¡No pienso pedirle perdón a esa zorra!

Jack estampa la botella en su cabeza.

—Pídele perdón —repite sin levantar la voz. El hombre ve que aquello va en serio. Intenta forcejear, pero Jack mantiene el agarre en su cuello y aprieta un poco más.

—Perdón —dice el borracho en un susurro.

—¡Más fuerte! —grita Jack.

—¡Perdón! —casi chilla él.

Anne se acerca.

—Deberías aprender algo más de respeto, capullo. —Lanza el pie y le pega una patada al desgraciado en los huevos. Jack lo suelta y él cae al suelo, agarrándose la entrepierna y lloriqueando—. Disculpas aceptadas.

Ambos vuelven a la mesa y siguen bebiendo como si no hubiera pasado nada. Nadie habla. Un amigo del hombre le ayuda a caminar y lo saca a la calle.

—¿Qué me estabas contando? —Anne vuelve a hablar como si no hubiera pasado nada. Los murmullos de conversaciones propias vuelven a sonar por la taberna. Jack mira embelesado a la mujer. Qué carácter, qué fuerza tiene. Está totalmente enamorado y, al mismo tiempo, cree que necesitaría más hombres como ella en su tripulación.

—Hay algo que tengo que decirte... No me gusta a mí, y no te gustará a ti. —Anne frunce el

ceño, insegura—. Mis hombres quieren hacerse a la mar otra vez. Todo está más tranquilo. Si no accedo, me temo que el *Revenge* cambiará de manos una vez más y me dejarán en tierra sin mi capitán.

—Y tú, ¿quieres hacerlo?

Jack duda, pero decide ser sincero.

—Sí —asiente—. Muero por volver a levar anclas. Quiero sentir de nuevo la emoción del abordaje, disfrutar de estar vivo cuando puedes dejar de estarlo en cualquier momento.

—Te entiendo —murmura Anne, triste.

—Aunque también siento que me muero al pensar en dejarte aquí. Nunca me había pasado esto; siempre había corrido como un loco a la mar y ahora dudo como un crío al pensar que no te tendré a mi lado.

—Yo también lo siento. —Anne se encoge de hombros y trata de hacerse la dura—. Me había acostumbrado a tenerte aquí, pero es lo que hay. Eres un pirata y lo serás siempre. No se puede cambiar lo que uno es. Pero me das envidia...

Los ojos de Anne se vuelven soñadores imaginando una vida a bordo. Los de Jack se abren levemente cuando una idea llega a su mente sin previo aviso. Una idea loca, absurda y peligrosa. Pero una vez ha aparecido, no puede dejar de pensar en ella.

—Tal vez habría una manera... —Anne fija la vista en él y entrecierra los ojos, confusa. No hay ninguna manera—. Si sólo quisieras seguirme...

—Pero ¡cómo te voy a seguir, Jack?! Esa idea es muy peligrosa. Pueden matarnos a ambos en caso de descubrirnos.

—¡Eso ya lo sé! Pero no tienen por qué hacerlo. Ya vistes como un hombre la mayor parte del tiempo, sabes moverte con estas ropas. Y estoy seguro de que en la lucha serías un buen compañero.

—Puedo recogerme el pelo... —Anne tiene tantas ganas de que pueda hacerse realidad, que ya lo visualiza.

—Sólo tendrías que disimular un poco esas preciosas tetas tuyas. —Jack las mira pensando en la lástima que sería cubrirlas.

Se quedan en silencio, bebiendo y pensando. La mente de Anne es un torbellino, está tan emocionada que no puede pensar con claridad. Aunque, a decir verdad, ¿cuándo ha pensado mucho ella las cosas?

—¡A la mierda! —exclama—. Me voy contigo.

Jack se levanta de un salto, tirando la silla, se acerca y le planta un beso salvaje en los labios. Su chica va a ser el mejor pirata que el mundo haya visto. A excepción de él mismo, claro.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Una semana después, todos embarcan en el *Revenge* de nuevo. El contraataque se ha escabullido con otros dos hombres en una chalupa y ha ido a recogerlo a la ensenada donde estaba oculto. El segundo oficial y el carpintero lo han estado manteniendo en buenas condiciones, así que las velas están reparadas, no hay vías de agua y el fondo está limpio de algas y moluscos. Se acerca todo lo que puede a la orilla y hacen turnos en la barca para ir subiendo a bordo. Todos se conocen. Todos menos el joven que el capitán lleva a bordo y a quien presenta como Adam Boon. En defensa de la inteligencia de los hombres, hay que decir que Anne se ha aplicado ungüentos en el pelo para oscurecerlo, pues su melena roja es demasiado llamativa. Lo lleva retirado de la cara e incluso ha utilizado un poco de carbón para dibujar la sombra de un bigote sobre el labio superior. Su voz es naturalmente grave y se ha vendado el pecho para que la camisa no se abulte de forma sospechosa en la parte superior. No todos sabían de la relación de su capitán con esa mujer, pero los que sí están al tanto fruncen el ceño, mosqueados. No obstante, nadie dice nada. La superstición de llevar mujeres a bordo tiene más que ver con las disputas que pueda haber por ellas y por su inutilidad durante el combate, que por un auténtico convencimiento de que portan la mala suerte. Y si el joven Adam es Anne, bueno, no habrá discusión posible, es la mujer del capitán, y todos han oído historias sobre su afición a la lucha. Nunca vienen mal un par de brazos fuertes que sumen en los abordajes. El tiempo dirá si denuncian a su capitán o si se callan.

Así que, visto que nadie dice nada, pueden aceptar a Anne como miembro de su tripulación. Pero para ello debe jurar el código, pues es el único miembro de la tripulación que todavía no lo ha hecho. Al poco de zarpar, y sobre el puente del barco, se reúnen todos los hombres. Anne se encuentra de pie frente al capitán y a Jack lo flanquean el contraataque, un irlandés flaco y nervudo que responde al nombre de Tommy Yates, y el segundo oficial, un esclavo fugado de una plantación, grande y fuerte, llamado Nadif el Negro. El resto están todos de pie tras ellos, con la cabeza descubierta y actitud de profundo respeto. Jack saca el código y lo lee en voz alta y fuerte. Una a una, todas las normas que van a regir su convivencia van siendo reveladas. Cómo repartir el botín, cuándo fumar, cuándo beber o cómo jugar a los dados o las cartas. Qué indemnizaciones corresponden en caso de resultar herido en un combate. Cómo dirimir disputas entre la tripulación y qué castigos esperan si se contravienen cualquiera de esas órdenes. Anne las escucha con reverencia y respeto; es la primera vez que las oye, aunque ya conocía muchas de ellas, y siente que está adquiriendo un compromiso de por vida al jurar acatar el código pirata por encima de sus intereses personales. Cada barco tiene su propio código particular y, aquí, Jack no dice nada de la prohibición de mujeres ni del castigo por subir a una mujer disfrazada de hombre al barco. Sin embargo, Anne sabe que, si algún miembro de la tripulación los descubre y denuncia, puede llevar su acusación ante la justicia de Tortuga por encima de las leyes particulares del *Revenge*, y entonces será la Cofradía de los Hermanos de la Costa quienes decidan qué hacer con ellos.

Cuando Jack termina la lectura, todos quedan en silencio. El capitán termina de desenrollar el pergamino, lo apoya en la mesa y hace una seña a Anne para que se acerque. Extiende las manos: en una lleva una biblia y en la otra un vaso de ron. Anne pone sus manos sobre ambos objetos y, con voz estrangulada por la emoción, jura solemnemente seguir el código y acatar las leyes que rigen la vida en el barco y en el camino de la piratería. Después firma al pie del documento, junto a la rúbrica de los que a partir de ese momento son sus hermanos. Muchos usan una x si no saben

ni escribir su nombre, pero lo que importa aquí es la comprensión y el acatamiento de las normas. Cuando termina, bebe el vaso de ron, que comparte con Jack y los oficiales. Se reparte más bebida entre el resto de los hombres, que brindan, aplauden y palmean la espalda de Anne, dándole la bienvenida a la familia.

Y así, durante unos días, Anne se acostumbra a la vida a bordo bajo la sombra de Jack, que es su mentor. Sus compañeros la llaman por su apellido y hacen la vista gorda ante ciertos detalles —que siempre se esconda para mear por la borda, que se deslice por las noches en el camarote del capitán—. Trabaja como uno más y se ha adaptado tan bien a la vida a bordo que parecía que hubiera nacido en un barco. Siempre ha sido fuerte y ágil por constitución y ahora eso se ve potenciado por el trabajo físico en el barco. Le encanta trepar a lo alto del mástil para anudar y desanudar las velas. Allí está una mañana cuando ve a lo lejos la silueta de un barco.

—¡Barco a la vista! —grita.

Baja ágil como un mono y salta a la cubierta.

—¡Capitán! Tenemos un barco a unas treinta millas.

—¿Has visto algún detalle?

—Apenas nada —reconoce Anne—. Estaba demasiado lejos. Me ha parecido una fragata, pero no he distinguido el pabellón.

Jack agarra el catalejo y se acerca a la borda. Afinando, puede ver que lleva bandera inglesa. Ríe entre dientes

—Un compatriota, amigos. Es una fragata, en efecto. ¿Quién tiene ganas de llenar la bolsa?

El griterío entre la tripulación le muestra lo deseosos que están todos de un poco de acción. Jack grita órdenes, marca el rumbo al timonel y ordena cargar los cañones. Calcula que tardarán al menos medio día en darles alcance. Su balandro es más veloz que la otra embarcación, pero la diferencia no es tan grande como para alcanzarla rápidamente.

—¡Yates! —grita llamando al contra maestre—. Saca las banderas. Iza la inglesa, y ten la Jolly Roger preparada.

El hombre hace lo que le ordenan. Iza la azul, blanca y roja y acaricia la insignia pirata.

Comienza la persecución. Anne está nerviosa. Jack se acerca.

—¿Asustada?

—En absoluto —niega ella— Estoy deseando alcanzarlos.

—Recuerda que si se rinden no habrá opción a pelear —le menciona Jack, que la conoce bien. Y aunque la rendición sin resistencia siempre es la mejor opción, lleva tiempo alejado de la acción y no le vendría mal un poco de lucha. Parece que ella piensa igual.

—Lo sé. Espero que sean unos inconscientes —sonríe de manera salvaje.

Pasan las horas y el *Revenge* va dando alcance al barco inglés. Ven el destello de un prismático en la superficie. Han detectado su pabellón y no aumentan la velocidad, lo que significa que los toman por aliados y no se sienten amenazados. Ya se han colocado en la estela de la fragata, y una hora más tarde se acercan lo suficiente como para que desde el otro barco puedan ver el nombre. Entonces Jack ordena lanzar una andanada de cañonazos, que no tienen ninguna posibilidad de alcanzarlos, pero asustan. Manda bajar el estandarte inglés e izar su pabellón; la bandera negra ondea, mostrando una calavera y dos sables cruzados bajo ella. Las cosas cambian entonces. El barco inglés comienza a coger velocidad y a sus oídos llegan un par de gritos que se desplazan por el aire con urgencia.

—¡Piratas!

En media hora a lo sumo, estarán en condiciones de saltar al abordaje. Los hombres comienzan a prepararse. Si todo sale bien, Anne cobrará una parte y media del botín por haber avistado la presa. No puede estar más orgulloso de ella. Jack se coloca de pie en la popa, para dirigir el ataque. Están tan cerca ya que pueden ver las carreras asustadas en la cubierta del barco enemigo. Sus hombres están armados y repartidos por la cubierta, escondidos; no conviene que desde el otro barco sepan de cuántos efectivos dispone. Los mosqueteros están en la proa, parapetados tras la borda. La fragata parece que trata de maniobrar, tal vez para dejar el barco pirata al alcance de sus cañones, pero el timonel es el mejor que se puede encontrar y se las arregla para no salir de su estela. Cada vez tienen la proa más pegada a la popa del inglés, de manera que no puede disparar sus cañones sobre los filibusteros. En la popa únicamente tienen dos cañones, y además sus mosqueteros tienen buena puntería. Ya han abatido a dos o tres marineros que se acercaban a ellos, y no parece que por el momento ningún otro tenga ganas de intentarlo.

Están a punto de alcanzarlo cuando oye la mecha en la popa del barco inglés.

CAPÍTULO VEINTE

—¡Cañones! —grita. Cuando hacen fuego, la bola pasa rozando la proa y salta astillas por todo su alrededor. Nada grave; han calculado mal. Jack grita, sabiendo que le van a oír.

—¡Toda resistencia será castigada! ¡Deponed las armas y no os ocurrirá nada!

Sus hombres empiezan a gritar todo lo que harán a la tripulación. Imágenes de vientres abiertos, miembros cercenados y horribles torturas empiezan a cruzar el aire en dirección a la presa. Los ingleses siguen disparando hacia el *Revenge*. Uno de sus hombres es alcanzado en el hombro y cae al suelo con una maldición.

—¡Joder, protegeos! —grita Jack.

Otro marinero enemigo se acerca a los cañones ingleses, pero un certero disparo acaba con él. Jack mira; ha sido Anne quien ha abatido al artillero. No parece tener nada de miedo y grita y canta como todos los demás. Cuando todo termine, le va a echar el polvo de su vida sobre las monedas del botín. Jack valora izar la bandera roja, la bandera que proclama que no se harán preguntas ni habrá cuartel, pero no le apetece montar una carnicería. De no ser estrictamente necesario, prefiere una rendición. Además, le da la sensación de que la resistencia inglesa es poca, cuatro o cinco exaltados. Tal vez el resto de la tripulación decida rendirse. Saca la bocina y grita, para que su voz llegue al último rincón del barco enemigo:

—¡Ah del barco! Soy el capitán Jack Rackham y no toleraré resistencia alguna. ¡Todos los que prefieran rendirse y conservar la vida, que se metan en la bodega! Los que opten por luchar, sabed que no habrá cuartel.

Sin cuartel. La frase que más temen oír los barcos cuando son abordados. El jaleo en cubierta le indica que la mayoría ha soltado las armas y echado a correr. Apenas se ven dos o tres cabezas corriendo de un lado a otro. Al final, todo queda en silencio y una bandera blanca asoma por la proa. Los piratas prorrumpen en gritos de victoria.

El *Revenge* casi choca ya con la popa del inglés. Lanzan los ganchos de abordaje y con ellos las escalas. Los primeros piratas que llegan a la cubierta la encuentran desierta, con la bandera blanca atada al timón. Se dirigen a la bodega temiendo una trampa, pero encuentran a toda la tripulación sentada en el suelo con la mirada gacha. Anne llega a bordo con la segunda oleada de piratas, y Jack con la tercera. Para entonces, todos los tripulantes están agrupados en torno al palo mayor, custodiados por sus hombres. Uno de ellos aparece de la puerta de fondo sujetando por el cuello a un joven que forcejea. Trataba de ocultarse, pero nada escapa a la vista de Keldan Un Solo Ojo.

—Este truhán estaba escondido tras un tonel de pólvora, preparando una mecha.

—¿Ah, sí? —Jack se frota las manos; al fin un poco de diversión—. ¿Y qué puede hacer que alguien se juegue el tipo de forma tan estúpida?

El chico baja la cabeza y calla. Sabe que no va a salir vivo de allí y prefiere no soltar prenda. Pero entre sus compañeros surge una voz:

—¡Es el hijo del armador!

Jack levanta la cabeza como un perro de presa.

—¿Quién ha hablado?

—He sido yo.

Un hombre levanta la mano y se incorpora a una señal del capitán.

—¿El hijo del armador, dices?

—Sí —afirma él, haciendo caso omiso de la mirada asesina que le dirige el chaval, y de la reprobación que se lee en los ojos de sus compañeros—. Su padre lo metió en el barco para vigilarnos.

Jack asiente y le indica que se vuelva a sentar.

—¿Quién es el capitán aquí?

Un hombre de unos cincuenta años, con el rostro surcado de arrugas de quien se ha pasado la vida navegando, se levanta y se queda en pie, orgulloso y con la mirada al frente.

—Soy yo.

Jack le hace una seña. El capitán sale de entre sus hombres y se acerca a él. Quedan frente a frente, midiéndose.

—¿Que transporta el barco?

—Especias de Oriente, vino de Francia y poca cosa más de valor.

Jack da su confirmación con un gruñido. Las especias son un bien de gran valor, pese a lo que diga el capitán. Si son traídas desde Oriente, pueden valer una fortuna. Pero eso no explica por qué el chico quería volar el barco.

—Algo más llevaréis, algo que haya hecho a ese pipiolo jugarse el tipo para volar el barco por los aires con vosotros dentro.

El capitán inglés aprieta los labios, obstinado.

—¡Oh, vamos! —insiste Jack—. Lo vamos a averiguar enseguida, ¿por qué no colaborar con nosotros en algo tan simple?

—Está bien —suspira el capitán, resignado.

—¡No! ¿Pero qué haces? ¡Cierra el pico! —grita el hijo del armador. Keldan le asesta un golpe en la nuca que le calla en seco.

—Llevamos documentos —continúa el capitán, mirando hacia cualquier otro lado que no sea el cuerpo desplomado del chico—. No sé exactamente de qué tipo; nadie nos ha proporcionado esa información. Pero deben ser importantes, si los protegen así.

—¿A dónde os dirigíais?

—A Jamaica.

Jack asiente. Imagina que serán títulos de tierras, o cartas de perdón. Luego lo comprobará.

—¿Por qué ha habido resistencia? Sabéis que las represalias no son agradables.

—Yo no quería resistirme —dice el capitán, y suena sincero—. Llevo navegando toda mi vida, y si sigo vivo es porque siempre he sabido cuándo merecía la pena pelear y cuándo rendirse era la mejor opción.

—¿Y entonces? —Rackham abre los brazos con expresión interrogante.

—El chaval convenció a algunos para luchar.

—Pero tú no —confirma Jack.

—No, yo era partidario de capitular —asegura el capitán.

Jack se separa un poco del hombre. Parece sensato y buena gente, pero es el capitán y debe responsabilizarse de lo que hace su tripulación. Saca una pistola y apunta a su frente. Él cierra los ojos y sus labios se mueven levemente. Está rezando, pero no recula ni se encoge ni pide perdón. El disparo le vuela la tapa de los sesos, que alcanzan a algunos de los piratas que custodian a los prisioneros. Hay lloriqueos y quejidos entre ellos.

—Vuestro capitán parecía un buen hombre —dice Jack, alzando la voz—. No tenía culpa alguna, pero su responsabilidad era manteneros bajo su mando. Habéis desobedecido poniéndoos

de parte de ese cabrón de ahí —señala al joven que sigue inconsciente en cubierta—, y el resultado ha sido la muerte de un inocente que merecía acabar sus días de una manera mejor. Ahora bien —Jack sonríe enseñando los dientes superiores, en una mueca atroz—: Si he sido capaz de matar a un inocente que me caía bien. ¿Qué no haré con vosotros, perros sarnosos? Decidme quienes han participado en la resistencia. Decídmelo y aquellos que no hayáis tenido nada que ver salvaréis la vida.

Los marineros se agitan e inquietan, y murmuran entre ellos, aunque ningún nombre sale de sus labios. Un pirata se acerca por detrás a uno de los prisioneros, le levanta la barbilla y corta su cuello con el cuchillo. El marinero cae hacia atrás, con la sangre manando a borbotones por su cuello.

—¡Hablad! —chilla ahora Jack.

—¡Están muertos! —grita alguien entre el grupo—. Los matasteis a disparos antes de abordarnos.

—Ah, amigo —dice Jack acercándose al que ha hablado—. Pero alguien quedará con vida. Imagino que tú serás uno de ellos. ¿Es así? —lo agarra del pelo y le hace levantarse— ¡¿Es así?!

—Sí, es uno de ellos —contesta otro tripulante, con la cabeza gacha.

—Vaya, por fin encontramos a alguien con instinto de supervivencia —aprecia Jack—. Dime, hijo, ¿quiénes son los revoltosos?

—¡Traidor! —le grita con el terror pintado en la cara el hombre que Jack sigue manteniendo cogido del pelo. El otro joven se encoge de hombros.

—Lo siento, Keith. Yo no quería luchar, y no estoy dispuesto a morir porque a vosotros os embargara un valor absurdo y suicida. —Se dirige al capitán pirata—. Quedan dos más. Esos dos. —Señala a un joven rubio, casi imberbe, y a un marinero viejo ya con un parche en el ojo. Ambos suspiran, resignados. Se levantan y adelantan, poniéndose a disposición de los piratas. Saben que así es la ley del mar; son conscientes de que la resistencia conlleva un castigo.

—Bien —dice Jack. Sus hombres quieren diversión. Están aburridos después de tantos días en tierra, y estos tontos le acaban de proporcionar la excusa perfecta—. Cuando se despierte la princesa —señala al caído—, comenzaremos el castigo.

Jack deja a los rebeldes a cargo de tres hombres. Va a inspeccionar el barco con el contramaestre mientras Anne espera en cubierta, ansiosa por ver algo de acción. Cuando el capitán vuelve, se frota las manos, satisfecho.

—¡Caballeros! —anuncia—. Tengo el placer de comunicarles que nuestra presa va cargada hasta los topes de barriles de finas especias de la India. Su venta nos reportará grandes beneficios. —Los piratas aplauden—. Hay alcohol en cantidad y de muy buena calidad. Venderemos parte, pero repartiremos algunas botellas por cabeza, si es que vuestros paladares son capaces de saborear esas mierdas. —Los aplausos arrecian—. Y por último... —Agita en su mano una serie de papeles—. Aquí tenemos nada menos que cincuenta concesiones de tierras a ciudadanos ingleses a lo largo de las islas de Jamaica, Bahamas y Caimán. ¡Cincuenta! ¿Os imagináis cuánto podremos sacar de vendérselo de nuevo a sus legítimos dueños? —Ríe entre dientes, y sus hombres prorrumpen en carcajadas—. ¡Me encanta! Si alguien no quiere pagar, lo venderemos al mejor postor. Son cartas legales firmadas por su majestad.

Los piratas aplauden y patalean a rabiar. Es un gran botín para un riesgo tan pequeño como el que han corrido. Están muy satisfechos, y su aprecio por su capitán aumenta varios niveles.

Jack se acerca al hijo del armador, que comienza a dar señales de vida. Lo abofetea suavemente.

—¡Eh, amigo! —le llama—. ¡Eh! ¡Despierta!

El chico abre los ojos, confuso. Pero pronto recuerda dónde está y en qué situación, y trata de incorporarse de golpe.

—Chissss, tranquilo —le calma Jack—. Dime, hijo, ¿cuál es tu nombre?

—Len —murmura él, sujetándose la cabeza con las manos.

—Len, ¿sabes lo que has hecho?

Len mira hacia los lados, ve a los piratas celebrando la victoria, a la tripulación sentada rodeada de hombres, y a sus compañeros rebeldes en un grupo aparte. Las lágrimas acuden a sus ojos. Asiente, resignado a morir. Sólo espera que no duela mucho.

—Oh, no llores —le calma Jack, sonriendo con calidez—. Entiendo lo que has hecho. De verdad que lo entiendo. Pero tú entenderás también que no puedo dejarte vivir. Eres muy joven y me das cierta pena. Si viera malicia en ti, te abriría la tripa, ataría tus intestinos al palo mayor y te haría correr alrededor de él hasta que todas tus tripas estuvieran fuera de tu cuerpo. —El chico palidece y parece que va a volver a desmayarse—. Pero no haré eso, descuida.

Jack se incorpora y grita a sus hombres.

—¡Al agua!

Todos vociferan y aplauden, encantados. El capitán se gira de nuevo hacia el chico.

—¿Sabes nadar, Len?

Él niega tristemente.

—Mejor. Así será todo más rápido.

Los piratas montan una tabla y la atan a la borda. Luego cogen a Len, le atan las manos a la espalda y le obligan a caminar sobre la tabla. Len intenta parecer seguro, pero antes de llegar al final titubea, se para e intenta volver a bordo. No es más que un niño que ha tomado la decisión equivocada. Lo único que encuentra al girarse son cuchillos y sables apuntándole, cortándole la retirada. Como no es capaz de saltar por sí mismo como un hombre, los piratas comienzan a sacudir la tabla para que caiga. Uno de sus hombres pretende echar por la borda el cadáver ensangrentado del capitán; su idea es atraer a los tiburones para divertirse con Len. Pero Jack niega con la cabeza. Le parece innecesario.

—Len, escúchame, hijo —le dice al joven, que se ha meado encima de puro miedo—. Escúchame. Si no saltas ya, mis hombres atraerán a los tiburones, y entonces todo será mucho peor. Nada puede cambiar tu destino, pero puedes hacer que sea más fácil.

Len asiente y cierra los ojos con fuerza. Sorbe los mocos, que se mezclan en su cara con las lágrimas, se gira y da un paso frontal que le hace caer al agua con un grito. Los piratas se asoman a la borda, jaleando, hasta que el chico se cansa de tragar agua y patalea tratando de mantenerse a flote y se hunde, con los ojos muy abiertos, hacia las profundidades del océano.

Jack chasca la lengua, disgustado por el sadismo que muestran algunos de sus hombres. Desvía la vista hacia Anne, que si bien no está asomada ni parece disfrutar con la muerte del chico, tampoco parece impresionada por todo lo que ha visto hasta ahora. Su sangre fría es admirable.

—Está bien —se dirige de nuevo a su tripulación—. Ahora vamos a ocuparnos del resto. — Hace que los tres se pongan de pie, y los observa detenidamente. Considera que puede dar un buen espectáculo sin ser especialmente cruel—. Tú —dice señalando al que agarró de los pelos en un principio—. Tú te batirás en duelo conmigo. Comenzaremos por la pistola y seguiremos como se pueda. A muerte. Si ganas, prometo que te dejarán libre. Tú —señala al del parche en el ojo—. No creo que puedas apuntar bien con un ojo. Te enfrentarás a Robert con los puños.

Robert se adelanta y el hombre traga saliva. Es una montaña llena de monstruosos músculos

ante la que sabe que no tiene nada que hacer.

—Y tú —dice por último, señalando al jovencito—, te batirás con nuestra nueva incorporación. Adam —llama Jack—, primero pistola, después como gustéis. Si Adam está lo suficientemente herido para no poder continuar, te libero. Si no, mueres.

—¡A muerte! —grita Anne. No quiere tratos de favor y está deseando luchar. Jack se la queda mirando, preocupado y orgulloso a partes iguales. Pero sabe que ella tiene razón, no puede haber favoritismos.

—Está bien, a muerte.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Decide comenzar él. Le dan un cuchillo y una pistola cargada a su oponente. No se le pasa por la cabeza disparar antes de tiempo, sabe que acabaría descuartizado o algo peor. Hacen hueco en la cubierta y marcan la línea de partida. Se colocan espalda con espalda, con la pistola al frente, y los hombres comienzan a apostar. Nadie le da la victoria al marinero, pero apuestan cuánto tiempo le va a durar con vida al capitán. Aunque las apuestas con dinero están prohibidas a bordo, se juegan las botellas de alcohol del botín, o cambios de turno en los servicios de limpieza.

A un grito del contramaestre, comienzan a dar pasos largos cada uno en una dirección. Cuando cuentan diez, se giran y ambos disparan a la vez. Los dos fallan y por suerte las balas no impactan en nadie más. Desenvainan las espadas y se acercan de nuevo. Jack lleva un cuchillo largo, su contrincante un sable. Jack contará con más capacidad de maniobra, pero el otro lo tendrá más fácil para alcanzarle. Dan pasos adelante, retroceden y amagan. Ninguno se lanza sobre el contrario, hasta que Jack es consciente de que debe hacer algo o esto se eternizará. Aun sabiendo el riesgo que supone entrar en la zona de alcance de su sable, se lanza hacia adelante. El otro se mueve y Jack esquivo por los pelos su arma, que se enreda en el faldón de su casaca. Jack gira sobre sí mismo y consigue hacerle un corte profundo en el brazo. En la otra mano sostiene un pequeño puñal que trata de clavarle en el costado. Pero su enemigo no es un pipiolo recién salido del puerto y tampoco es un ignorante de las armas. Aunque no tiene más que el sable, le lanza una patada que le alcanza en plena rodilla. Jack recula, soltando un grito, y se mantiene a la defensiva. El otro cree ver ventaja y se lanza hacia él, haciendo una finta con el sable de abajo arriba. Pero Jack ha exagerado su cojera para provocar esa reacción y esquivo el sable en su punto más bajo. El marinero no puede detener el movimiento y ve impotente como Jack se mete casi bajo su cuerpo y clava el pequeño puñal justo bajo su axila. Suelta su arma con un grito de dolor, y con la otra mano consigue darle un empujón a Jack que lo separa un poco de su cuerpo. Ahora se ve desarmado frente al pirata, pero no piensa rendirse. Por supuesto que no. Cuando Jack se acerca de nuevo para asestar el golpe definitivo, consigue esquivarlo y darle un puñetazo bajo la barbilla. Jack responde con un codazo en la nariz, pero el otro, aun sangrando y con los ojos llenos de lágrimas, se mantiene firme en la pelea. En un arranque de locura se lanza hacia el capitán como un rayo, esquivo el cuchillo que busca su cuerpo e impacta contra Jack. Ambos caen a cubierta y los gritos y jaleos de los piratas aumenta de intensidad.

—¡Acaba con él, capitán!

Oye gritar a Anne. Está bajo el marino, y necesita salir de ahí si quiere ganar esa pelea. Jack recibe otro puñetazo en la mejilla, pero mueve la rodilla de forma que impacta contra los huevos del otro, y aprovecha la laxitud de su cuerpo para girar y ponerse encima. Se lanza sobre él con todo su cuerpo, aprisionándole.

Coloca el brazo izquierdo en su garganta, presionando contra la nuez, ahogándole poco a poco, y consigue clavar su cuchillo en el costado del hombre antes de que sus pataleos consigan liberarlo de nuevo. Hurga con el cuchillo en la herida, desgarrando tejidos, y se queda así hasta que el hombre deja de tener espasmos y escupir sangre. Entonces se levanta y se toca el pómulo hinchado. No tiene más daños que un poco de inflamación y su ropa teñida de rojo. El otro ha salido peor parado.

Ordena que retiren el cadáver y lo amontonen con los demás cadáveres para que no estén

esparcidos por cubierta. Recupera un poco el aliento y levanta los brazos, triunfante ante sus hombres. Todos le vitorean y le dan palmadas en la espalda. Jack ve la lujuria en los ojos de Anne y le gustaría corresponder allí mismo, pero no es el momento ni el lugar.

Se retira para dejar paso a Robert el gigante. Robert, a pesar de ser oriundo de Bristol como el mismo Jack, cultiva una imagen más parecida a la de los turcos, que le hace triunfar entre las mujeres y aterrorizar sus enemigos. Viste pantalones bombachos y botas, y su pecho está al aire mostrando sus enormes músculos y un espeso vello negro. Lleva brazaletes de cuero, perilla apuntada y la cabeza rapada. Siempre maquilla sus ojos con un denso *khol* negro, y dos cuchillos curvos penden de su cinto. Robert empezó su carrera en el Mediterráneo antes de emigrar al Caribe, y de allí se trajo gran aparte de sus armas y sus costumbres. Cruza los brazos ante el pecho, haciendo resaltar sus tremendos bíceps, y sonríe a su víctima. El marinero tuerto escupe en cubierta y se pone en posición de combate, con las piernas separadas ligeramente flexionadas y los brazos adelantados y en tensión. Sabe que apenas tiene posibilidades contra esa mole, pero no morirá sin luchar. Robert desenvaina sus cuchillos y se los cede a un compañero. Sin armas es más divertido.

Robert no espera, no calcula. Quiere probar la sangre ya y va a por ella. Se lanza hacia su contrincante, que esquiva su terrible abrazo y se escapa por un lateral, no sin antes darle un certero puñetazo en el hígado. Cualquiera otro hubiera caído de rodillas al suelo, resoplando, pero esa mole ni siquiera acusa el golpe. Se gira con el puño en alto y consigue impactar contra la oreja del otro, que trastabilla hacia atrás y cae de culo. Robert coge al marino por la pechera y lo levanta como si no pesara nada. Lo lanza al otro extremo del círculo, contra el mástil. Un crujido macabro resuena en cubierta y el pobre hombre grita de dolor. Robert se acerca, sin prisa. Se arrodilla al lado del desgraciado y coge toda la parte posterior de su cabeza con su enorme mano. Comienza a darle golpes contra la cubierta hasta que le paran sus compañeros. Sólo tiene en la mano una masa sanguinolenta que alguna vez pareció una cara. No le ha durado ni dos minutos. Se levanta, se sacude los restos de tejido humano y fluidos del pantalón y vuelve a su sitio, mirando fastidiado cómo la sangre estropea el precioso color morado de sus bombachos. El tuerto va con los otros al montón de cadáveres.

Sólo queda el jovencito. Anne se prepara. Se quita la chaqueta, comprueba que la pistola está cargada, coloca dos cuchillos en su cinto y entra en el círculo. Jack se acerca y susurra a su oído:

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que bien —responde Anne, exultante—. Gracias por esta oportunidad, capitán.

El chico, a pesar de su juventud y de su aspecto frágil, entra decidido. No tiene miedo. Si tiene que morir, Dios le acogerá en su seno. Pero no ve a su contrincante muy fuerte, tal vez tenga alguna posibilidad. Quién sabe. Le dan una pistola y un cuchillo largo. Colocados frente a frente, se miran a los ojos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Anne. Le gusta saber los nombres de sus contrincantes.

—Johnny —responde el muchacho.

—Muy bien, Johnny, buena suerte.

Se ponen espalda contra espalda y a una señal del contramaestre comienzan a andar. Cuando dan los diez pasos, Anne se gira veloz como un rayo y dispara. Su bala se incrusta en el hombro del chico. Pero él también ha sido rápido. Anne nota una quemazón intensa en el brazo y una mancha de sangre se extiende por la manga. Un rápido vistazo le indica que ha sido superficial. La bala ha seguido su camino y por el rabillo del ojo ve a un compañero que se dobla en dos, con un grito ahogado. Lástima; la bala ha encontrado un cuerpo donde alojarse. Johnny le lanza la pistola,

pero ella la esquivo, acercándose. No suelta su arma. Está remachada y aún puede servir para asestar un buen golpe. La pasa a la mano izquierda y sujeta el cuchillo con la derecha. Dan vueltas en círculos sin perder de vista al adversario. Anne hace algún amago y el chico se mantiene en guardia. Va a ser más difícil de lo que pensaba.

—¡Vamos, Boon, acaba con él! —grita un pirata. Anne sabe que esto se está alargando, y no es esa la imagen que quiere dar. Además, si tarda mucho alguien acabará pegándole un tiro en la cabeza a Johnny y no quiere perder su oportunidad. Se lanza hacia él con un grito. El muchacho planta bien los pies en el suelo, preparado para recibirla, pero Anne le lanza la pistola a la cabeza, justo antes de llegar hasta él. El chico tiene que esquivarla y eso le desequilibra. Ella no frena, llega cuerpo a cuerpo y lanza una cuchillada que se entierra en su costado. Pero antes de poder sacar su cuchillo, un tremendo ardor le dice que también ella ha sido alcanzada. Ambos retroceden, tambaleándose. Johnny está pálido y le tiemblan las piernas, pero sigue manteniendo el cuchillo firme, manchado de sangre. Anne se sujeta bajo el pecho, mira su mano teñida de rojo y lanza un grito de rabia y frustración. Saca el otro cuchillo y se lanza como un animal hacia el chico. Él la frena, trata de parar sus embestidas, pero no tiene fuerza suficiente para contraatacar. Johnny para una cuchillada lanzada contra su cabeza. Forcejean uno con el otro, y Anne termina por asestarle un fuerte cabezazo en la nariz que le hace trastabillar. Caer de culo, sentado en cubierta, y no tiene fuerzas para volverse a levantar.

—¡Arriba! —grita Anne, enfurecida.

—¡Vamos, levántate! —animan los piratas, que quieren que continúe la diversión.

Ella se aparta, le da un respiro, y por el raballo del ojo ve que Jack contiene la respiración, disgustado. Sin duda él preferiría que acabara con esto ya, pero sabe que el espectáculo es el motivo por el que ha organizado todo y es lo que le piensa dar, a él y a sus hombres.

Johnny se levanta, pero apenas puede sostener ya el cuchillo. La herida del costado es grave y la pérdida de sangre lo debilita. Cada vez se ve más pálido, y Anne cree que se desmayará en cualquier momento. No está dispuesta a dejar que eso pase y avanza, esta vez con más confianza. Baja la guardia, deja que él vea algún hueco y se atreva a atacar. Johnny sabe que no tiene opciones, pero ve cómo Anne baja un poco la mano del arma, mientras con la otra se aprieta bajo el pecho. Le ha dado; puede que ella también esté débil. Se permite un segundo de esperanza. Se lanza hacia adelante buscando el hueco dejado por Anne, pero ella lo ha visto venir. Levanta la mano en el último momento y su cuchillo penetra sin resistencia en el estómago del chico. Lo envuelve con el otro brazo, apretándolo hacia ella en un abrazo mortal, haciendo que el cuchillo entre hasta el puño en las tripas del pobre chico, que se desploma en el suelo entre estertores. Muere en seguida.

Los aplausos y vítores rodean a Anne. Palmean su espalda, jalean al nuevo y se congratulan de tenerlo en la tripulación. Anne sonríe, pero le sobreviene un mareo. Gracias a los cielos, Jack estaba justo al lado y puede apoyarse con disimulo en él. Pero su amante observa el sudor que perla su frente y la sangre que se extiende, despacio, pero sin pausa, por su manga y el frontal de la blusa. Masculla una maldición por lo bajo y aprieta su brazo, dándole ánimos.

—¡Escuchad! —grita Jack a su tripulación—. El espectáculo ha terminado. ¡Vosotros! —dice dirigiéndose a un grupo de sus hombres—. Encerrad a esta gente en la cocina. Vacíad la bodega y el camarote del capitán y pasadlo todo al *Revenge*. Te dejo al cargo, Tommy —mira al contramaestre—. Cuando todo esté a bordo, soltadlos y que se marchen. ¡Os dejo vivir! —señala a los prisioneros, que lo miran con horror en los ojos—. Os dejo vivir para que podáis contar qué ocurre cuando alguien se opone a Jack Rackham. No tolero resistencia. Esta vez seré magnánimo

porque me creo que la mayoría no queráis luchar, pero no habrá una próxima vez, o no acabará bien para vosotros. ¡Andando! ¡A las cocinas!

Los hombres se levantan apresuradamente y se dirigen a donde los mandan. No hablan, ni siquiera se atreven a levantar la vista, no vaya a ser que cambien de opinión. Los cadáveres se quedan donde están. Jack dejará que se los lleven para poder darles un funeral adecuado. Es consciente de la importancia de infundir temor, pero también de que es igual de importante que la gente sepa que si colaboran, serán bien tratados y salvarán la vida. Al fin y al cabo, si no se sabe de su misericordia ¿quién querrá rendirse pacíficamente? Mira a Anne, que aguanta estoicamente en pie, con los dientes apretados y la mandíbula tensa. Eso debe de dolerle. Es hora de que la vea el cirujano.

—Boon, volvemos al *Revenge*.

Con ellos va, inconsciente, el hombre que ha sido alcanzado por la bala que disparó Johnny, llevado por dos compañeros en una especie de camilla improvisada. No hay más heridos, excepto el que fue alcanzado antes del abordaje, que ya estará siendo atendido por el médico de a bordo. El cirujano está esperando con el instrumental preparado. Lo han avisado a gritos y sabe que tiene dos pacientes. El primero que ha atendido está descansando ya, con una herida sin mayor trascendencia, en las hamacas. Se encarga primero del inconsciente; las heridas de bala son puñeteras. La bala se ha alojado en el estómago y no tiene un buen pronóstico. Jack chasca la lengua. ¡Qué mala pata! El médico limpia la herida, extrae la bala ayudado por el capitán y venda al pirata, que no se ha movido en toda la operación. Menea la cabeza.

—Si sobrevive hasta mañana, puede ser que se recupere. Veamos ahora al joven Boon. No has tardado mucho en estrenarte, hijo.

Jack hace un gesto para que se detenga. Manda a los otros fuera y se gira hacia el médico, que le mira atentamente con una ceja levantada. Tiene cerca de cincuenta años y lleva dos décadas sobreviviendo en el mar; hay pocas cosas que puedan sorprenderle.

—Thomas, hay algo que deberíamos hablar antes...

Anne los mira. No había caído en que tendrá que quitarse la camisa. ¡Joder! Cómo no pensaron en eso antes.

—Boon necesita atención inmediata, está perdiendo sangre —dice el doctor con un gruñido, rasgando la manga de la camisa de Anne. Ya está destrozada; no había forma de salvarla. Examina la herida.

—¡Doctor! —exclama Jack, con voz imperiosa.

—Ya, ya, hijo, ya lo sé —dice el médico mientras echa *whisky* en la herida y la frota con una gasa. Anne hace un gesto de dolor, pero no abre la boca.

—¡Thomas, joder! —Jack levanta la voz, molesto. El médico suspira y aparta un momento la mirada de la herida que está vendando.

—Ya sé lo que me voy a encontrar cuando abra esa camisa, capitán.

Anne y Jack se quedan mirando al hombre, boquiabiertos.

—¿Qué has dicho?

—Digo que sé lo que me voy a encontrar. —Termina de vendar el brazo y se incorpora, haciendo una señal a Anne para que abra su camisa—. ¡Oh, vamos, capitán! ¿De verdad creías que estabais siendo tan disimulados? Esto es un barco, la intimidad no existe.

—¿Cuántos más lo saben? —pregunta Anne, entornando los ojos.

—No tengo ni idea, no me gustan los chismorreos. Pero dudo que haya sido el único en darme cuenta de que siempre se esconde para mear. Eso sin contar que por las noches se escabulle en tu

camarote, capitán, y eso no corresponde con tus gustos actuales. ¡La camisa, Boon, por favor!

Anne mira a Jack, que hace un gesto de asentimiento. Se desabrocha lo que queda de camisa y aparece su pecho vendado, aplastado para disimular el volumen. La cuchillada ha rozado el costado bajo la venda. El médico la corta lo necesario para poder trabajar. Tampoco esta herida reviste gravedad, aunque tendrá que coser. Le alcanza la botella de ron. Tras varios tragos, limpia la herida y cose. Anne aprieta los dientes y gruñe. Cuando termina, vuelve a vendarle y los manda fuera.

—Doctor... —comienza Anne, pero el médico la interrumpe con un gesto.

—No diré nada. Marchaos ya, anda.

Y así termina la conversación. No pide explicaciones, no amenaza con descubrirlos. Si alguien más lo sabe, no dice nada. Para ellos, Anne es un miembro más de la tripulación, un joven llamado Adam que ha demostrado con creces su valor y su valía. Cuando vuelven a cubierta, Jack mira al horizonte y frunce el ceño. Saca el catalejo de su cinto y otea la lejanía.

—¿Qué ocurre? —pregunta Anne, preocupada.

—Nada, de momento —contesta Jack con el ceño fruncido—. Veo a lo lejos un barco. No distingo el pabellón.

Media hora después, ya casi han terminado de trasvasar toda la mercancía al *Revenge*. El capitán vuelve a mirar por el antejo y masculla una maldición.

—¡Deprisa! ¡Tirad la munición de los cañones por la borda y volved al barco! ¡Tenemos que irnos ya!

—Jack ¿me vas a decir qué sucede?

—El barco se está acercando. Lleva pabellón inglés y no me fio un pelo. Barnett no estaba localizado, tal vez sea él.

A Anne le da un vuelco el corazón. Mira ansiosa a lo lejos. El barco ya es visible a simple vista y parece acercarse. También lo ha visto el contramaestre. Terminan de vaciar el barco capturado y saltan a la cubierta del *Revenge*, soltando los ganchos. Despliegan las velas y se alejan con el viento de su lado.

CAPÍTULO VENTIDÓS

Port Royal, Jamaica, 17 de noviembre de 1720

A Anne y Mary las conducen al patio, a presenciar la ejecución. Anne no sabe si es un castigo o una oportunidad. Ven su futuro de aquí a unos meses, van a ver morir a sus compañeros, a sus amigos y a los hombres de su vida, pero también tienen la posibilidad de acompañarlos en sus últimos momentos. Ambas se abrazan al encontrarse.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Anne.

—Mejor que ellos —responde Mary, haciendo el amago de una sonrisa. Pero tiene los ojos rojos, y se ve claramente que ha estado llorando.

—¿Te han dejado despedirte?

Mary asiente y posa su mano sobre la tripa, que ya empieza a abultarse.

Ambas miran al patíbulo. Todos sus compañeros supervivientes están puestos en fila, cada uno frente a una horca. Un hombre llama la atención de Anne. Es Charles Vane. Lo juzgaron el año anterior, y todavía no había sido ajusticiado, no sabe por qué motivo. Pero su suerte se ha acabado y ahí está, en fila con Jack y los otros, muchos de los cuales estuvieron bajo sus órdenes tiempo atrás. Vane la ve, sonrío y le guiña un ojo. Está muy delgado y sus ropas son apenas harapos sin color. La barba recorre su rostro, pálido y demacrado. Tanto tiempo encerrado, sin ver el sol ni navegar, han debido ser peor que la muerte para él. Casi parece que tiene ganas de acabar con todo esto de una vez. La mirada de Anne pasa por los rostros de todos aquellos hombres. Patrick, apenas un niño, aprieta los ojos y los labios con fuerza, intentando mantenerse sereno. La mayoría están tranquilos. Murmuran entre dientes, rezando, suplicando piedad por sus almas. Noah mira fijamente a Mary y de sus ojos brotan lágrimas, aunque el rostro está relajado y no muestra miedo. Jack mira a Anne y sonrío, tratando de transmitirle fuerzas. No es fácil enfrentarse a la muerte de un ser amado. Es más difícil que enfrentarse a la propia muerte, cuando no se tiene la vida en gran estima. Anne da unos pasos adelante, para que todos puedan verla bien. Mary está a su lado, agarrándole la mano. Levanta la barbilla y se yergue.

—Ha sido un honor compartir este tiempo con vosotros, compañeros. Mantendremos vivo vuestro recuerdo durante todo el tiempo que nos quede en este mundo.

Jack agradece el gesto con un movimiento de la cabeza. Sus compañeros sonrío, despidiéndose de ellas. Luego, dos verdugos pasan por detrás de cada uno de ellos, colocándoles la soga al cuello y haciéndoles subir a un taburete. Jack y Vane están en el centro: son los últimos. Barnet está como testigo de la ejecución, al lado del gobernador, pero sus ojos no se apartan de Anne y en su rostro impasible no se puede adivinar alegría por su triunfo, aunque tampoco arrepentimiento. El sol se pone tras el muro de la prisión y el patio queda inundado por las sombras. Un sacerdote reza una plegaria de perdón. Tras ello, el gobernador hace una señal y los verdugos comienzan a volcar los taburetes de una patada, dejando a aquellos hombres colgando del aire. Anne trata de no fijarse en sus rostros, no ver las convulsas patadas que dan al aire ni el momento en que se dejan de mover. Una vez más, dejan a Jack para el final. El gobernador levanta una mano, deteniendo al verdugo.

—¿Unas últimas palabras? —pregunta a Jack. Él ríe, orgulloso.

—Me meo en vosotros y en vuestras leyes de mierda. ¡Cabrones!

Jack mira a Anne y pronuncia una frase en silencio. «Te amo», se lee en sus labios. Anne le dedica una triste sonrisa. Entonces el verdugo le da una patada a su taburete y Jack queda suspendido en el aire, pataleando y convulsionando. Su rostro se va poniendo rojo primero y azul después. Los ojos comienzan salirse de las órbitas. A Anne le gustaría retirar la vista, no quiere que ese recuerdo le acompañe toda su vida, pero Jack la mira y ella no puede dejar de apoyarle. No sabe cuánto tiempo pasa así, pero le da la sensación de que Jack tarda una eternidad en quedarse quieto. Entonces, sólo entonces, se permite llorar y abrazarse a Mary, que hace ya rato que se ha girado con la cara entre las manos, buscando el consuelo del hombro de Anne.

Barnet se acerca a las dos mujeres y posa su mano en el brazo de Anne, que lo retira con un movimiento brusco y le dedica una mueca, enseñando los dientes. Hace amago de atacarlo, pero el guardia que no ha dejado de estar detrás de ella en ningún momento la sujeta por los hombros.

—No deberías ver lo que sigue. Es mejor que te lleven de nuevo a tu celda.

—Como si pudiera elegir —murmura amargamente Anne.

Al menos, no tendrá que guardar el recuerdo del cuerpo de Jack embreado: lo colgarán en algún sitio público para que la gente lo vea y se mofe de él, y para que sirva de escarmiento a los que pretendan dedicarse a la piratería. Las dos mujeres se giran y siguen a los guardias al interior del edificio.

CAPÍTULO VENTITRÉS

El Revenge, algún lugar del Caribe. Enero de 1719

Pasan las semanas. La temporada está siendo buena, el botín se va acumulando. En poco tiempo tendrán que ir a puerto para vender la mercancía y repartirse lo ganado. Un día, Anne se levanta mareada. Sale de la cama de Jack y se apresura a llegar a cubierta, donde vomita, doblada sobre la borda, hasta que su estómago queda vacío. Se limpia la boca y se sienta entre dos cabos, tratando de recuperarse. Entonces, una idea se abre paso en su mente. ¿Cuándo fue la última vez que sangró?

—¡Joder!

Su grito se escucha por toda la cubierta: quienes están ya en sus tareas la miran curiosos.

—Joder, joder, joder... —repite más bajo, cuando recuerda que no se toma las hierbas desde hace al menos cuatro semanas, cuando se acabaron las que llevó a bordo. Se examina discretamente. El pecho cada día le molesta más cuando se va a vendar por las mañanas. Y juraría que lo tiene muy grande, cada día debe apretar más las vendas. Además, definitivamente, tendría que haber sangrado hace casi un mes ya. Se levanta de un salto y corre al camarote de nuevo.

—¡Jack, despierta!

Tira de las sábanas dejando al aire el cuerpo desnudo de Jack, que abre los ojos, confuso, y echa mano de la pistola de la mesilla.

—¿Qué ocurre? ¿Nos atacan?

—¡Qué cojones nos van a atacar, Jack! ¡Peor!

Jack se sienta en la cama, perdido.

—Pues dime qué ocurre, mujer.

—Estoy embarazada, Jack. ¡Preñada! ¿Qué coño vamos a hacer ahora, eh? ¿Qué vamos a hacer?

Anne levanta la mirada, a punto de venirse abajo, y ve que una sonrisa se extiende por la cara de Jack.

—¿Estás segura?

—Razonablemente segura —contesta Anne—. Llevo un retraso importante y éstas —dice señalándose el pecho— están cada día más grandes.

—Algo había notado ya —sonríe Jack, arrimándose a ella.

—¿No estás molesto?

—¿Y por qué habría de estarlo? —Sonríe ampliamente, encantado—. Tengo ya treinta y seis años y nunca he tenido mujer ni hijos. No es tarde para empezar.

—Pero, pero... —Anne no sabe qué decir. Ahora que lo piensa, siente una pequeña emoción en la boca del estómago, y sus manos cubren el vientre, protectoras—. Pero todo esto, esta vida que hemos montado...

—Tampoco es para tanto —Jack le quita importancia—, podemos seguir con ella cuando des a luz. Podemos quedarnos en tierra un par de meses, lo justo para que nazca el crío y te recuperes un poco. Tengo familia con quien se puede quedar.

—¿Y qué diremos a los hombres?

—Eso déjalo de mi cuenta. Ninguno se atreverá siquiera a sugerir que estás engordando un

poco. —Ríe para sus adentros—. Y ahora, mi preciosa pirata, ven aquí, celebrémoslo.

Anne no lo puede evitar. Se siente bien. Sabe que es un gran riesgo, y el susto desde luego ha sido enorme, pero Jack no parece preocupado, y si él no lo está... ¿por qué habría de estarlo ella?

Port Royal, Jamaica, 18 de enero de 1721

La mujer entra en la celda y parpadea para acostumbrarse a la poca luz. Anne la mira, sentada en su camastro. No tiene ganas de moverse, ni de comer, ni de hablar. Si no fuera por la pequeña vida que se mueve inquieta en su vientre, se tumbaría y se dejarla morir; ya ha vivido todo lo que tenía que vivir. Sabe a qué viene esa mujer; en el juicio aceptaron su palabra de que estaban embarazadas, pero si una comadrona no lo certifica, acabarán colgadas en menos que canta un gallo. Tres meses de margen es tiempo más que suficiente para que cualquier embarazo se note, y ella ya está de unos cinco meses.

—Hola, niña —dice la mujer, con tono suave. Es regordeta y rondará los cincuenta años. Sus ojos vivaces se entrecierran de disgusto cuando la miran. Pero no es por ella, lo lee claramente en su expresión; es por el estado en que se encuentra. Sucia, desgreñada, demacrada. Hace meses que los capturaron y no ha comido mucho desde entonces. Ha perdido mucho peso y las curvas y los músculos que marcaban su figura han desaparecido, excepto en la barriga, donde una pequeña prominencia atrae la vista de la comadrona. Anne se levanta y se comienza a quitar la ropa.

—¿Qué haces? —pregunta la mujer.

—A eso has venido, ¿no? —responde Anne con indiferencia—. No quiero hacerte perder el tiempo.

La comadrona asiente sin decir palabra y comienza a examinarla. No tarda mucho; es evidente su preñez.

—Debes alimentarte, estás dañando a tu hijo —dice, lacónica. Anne asiente y trata de morderse la lengua, pero no lo puede evitar.

—¿Has visto ya a Mary?

La mujer asiente con un pequeño gruñido.

—¿Cómo está?

Ella levanta la vista, se incorpora y le hace una señal a Anne para que se vista. Cuando ha terminado, se sienta en el camastro.

—No puedo decir que esté bien. El embarazo se desarrolla con normalidad, pero ella está aún más delgada que tú. Es pequeñita y temo que su cuerpo no pueda llevarlo bien en este ambiente —dice señalando a su alrededor—. He hablado con el director: le he dicho que es importante que se alimente bien y pueda caminar al aire libre. No es por ella, es por el bebé. Él no tiene la culpa de los pecados de sus padres.

Anne asiente, tranquilizada. Sabía que esa mujer era buena. Se levanta y se sacude el polvo de las faldas, antes de dirigirse a la puerta.

—Diré lo mismo de ti —comenta sin volver la cabeza—. Trataré de que os dejen salir juntas.

—Gracias —susurra Anne, pero ella ya se ha ido.

CAPÍTULO VENTICUATRO

El Revenge, algún lugar del mar Caribe. 25 de febrero de 1719

Anne abre los ojos, confusa. Está en el camarote del capitán. Nadie ha dicho ni una palabra desde que dejó de hacerlo a escondidas para directamente ni pasar por su hamaca. No se siente bien. Por el ojo de buey se filtra la fría y débil luz de la luna. Hay luna creciente y apenas ilumina. Llevan navegando un mes desde que se enteraron de que está embarazada y, salvo algunos vómitos matutinos, lo está llevando bien. Jack le da parte de su ración de comida a diario sin que nadie le vea. No puede hacerlo abiertamente o los demás sospecharían que algo ocurre. Y no cree que estén todavía preparados para llevar a bordo no ya a una mujer, sino una mujer embarazada. No querrían combatir con ella en los abordajes. Se volverían excesivamente protectores y a saber en qué podría terminar todo.

Anne se sujeta la tripa, apenas un pelín abultada. Algo no marcha bien, lo nota. En ese momento, un espasmo de dolor recorre su cuerpo como un rayo ardiente y se dobla sobre sí misma, jadeando. El grito contenido despierta a Jack, que se incorpora preocupado.

—¿Qué te ocurre?

Anne no puede hablar, otro espasmo la recorre y gime de nuevo, mordiéndose los labios para no gritar. Retira la colcha; una mancha de sangre creciente se extiende entre sus piernas y mancha las sábanas. Jack da un salto y se pone los pantalones.

—¡Aguanta, cariño, voy a por Thomas! —le grita, y sale corriendo descalzo y sin camisa.

Apenas ha transcurrido otro espasmo cuando el cirujano entra en el camarote sujetándose las gafas, espabilado como si no lo hubieran despertado a patadas en mitad de la noche. Él sabe que Anne está embarazada, por supuesto. Fue quien confirmó su estado. Y por lo que ahora ve, tiene serias dudas de que el embarazo llegue a buen término. Se sienta en la cama, examina a Anne ante la atenta mirada de su pareja, le toma la temperatura y niega con la cabeza, tristemente.

—¿Qué ocurre, doctor? —La voz de Anne sale llena de dolor y angustia. Jack apenas puede hablar.

—Has perdido al niño, Anne. —El médico siente ser portador de tan malas noticias. Aunque es parte de su trabajo, no es algo que suela decirse a menudo en los barcos piratas—. Tu cuerpo ha rechazado al bebé y lo estás expulsando. No creo que tengas más problemas. Habrá que vigilarte, pero si no te sube la fiebre no hay peligro alguno.

—¿Está seguro, doctor? —insiste Jack, impotente—. Lo siento por el niño, pero no es lo más importante. Ella, ¿ella se va a poner bien?

—Sí —asiente el médico—. Pero debe descansar. Nada de tareas duras, ni trepar a los palos, ni mucho menos participar en abordajes. Debe quedarse en cama unos días y descansar lo máximo posible. También debe alimentarse bien.

Anne no ha dicho nada. Se queda mirando al infinito sin decir nada, oyendo a los hombres hablar, hasta que el médico se marcha y Jack vuelve con ella. Entonces, por primera y última vez en su intensa relación, Rackham ve a Anne llorar. Las lágrimas brotan de sus ojos como un río y ella no puede hacer nada para pararlas, a pesar de que lo intenta con todas sus fuerzas. Se quita las lágrimas de la cara con movimientos bruscos, enfadada consigo misma, y nota como un Jack totalmente desubicado trata de consolarla sin saber muy bien cómo.

Han pasado dos semanas y, aunque Anne ya se ha levantado y físicamente está repuesta, se ha alejado de Jack. Ha vuelto a dormir en la hamaca y apenas abre la boca en todo el día. Jack la deja hacer. Sabe que cada uno lleva el dolor como puede. Lo que ninguno de los dos esperaba es que esto la afectara así. No parecía muy emocionada con la idea de ser madre, pero al perderlo, es como si con él se hubieran ido todas sus energías. Ha vuelto a hacer los trabajos que le corresponden, pero en la captura de la última presa que tomaron declinó participar, rechazando así su parte del botín. Los compañeros, sabiendo que no se encuentra bien, han respetado su opinión. Pero esto no se puede repetir, Jack lo sabe, y Anne también. Llevan el barco cargado hasta los topes, así que decide poner rumbo a Kingston, Jamaica, para vender toda su mercancía y tal vez pasar un par de meses en tierra firme. Además, ese puñetero barco que divisó hace semanas ha vuelto a aparecer en su campo de visión. De momento no se acerca, no tanto como para que él pueda pensar que les está dando caza, pero Jack lo ha reconocido. Es la fragata de Jonathan Barnet, el cazador del gobernador jamaicano. Jack pensaba que Hornigold sería más problemático, pero a él no lo ha visto ni de lejos. No le gusta tener rondando a un corsario cazapiratas, así que decide que Kingston es la mejor opción, suponiendo que Barnet estará dando vueltas por el mar Caribe en busca de presas. Pero cuando desembarcan y Jack vuelve de vigilar su transporte a los almacenes clandestinos, Anne no está. La busca, pregunta a sus hombres, pero todos se encogen de hombros. Por fin, un viejo marinero que remienda redes sentado en el puerto le indica que un joven pelirrojo acaba de embarcar en una balandra mercante que se dirige a Nueva Providencia. Jack ve el barco que se aleja, pero no puede hacer nada. No va a correr y suplicar delante de sus hombres. Suspira, abatido.

Port Royal, Jamaica. 1 de marzo de 1721

Anne y Mary pasean por el patio, como casi todos los días. Anne mira a su compañera con preocupación; Mary lleva ya varios días tosiendo y cada vez va a peor. El clima es cálido, pero la humedad pegajosa de las celdas y sus condiciones insalubres no son lo mejor para la salud. Además, el embarazo no le está sentando bien. Tiene ya treinta y un años y es un poco mayor para ser primeriza. La comadrona no le da muchos datos acerca de su estado, pero sabe que no es la situación ideal.

—Vale ya, Anne —dice Mary, entre toses—. Deja de mirarme así, estoy bien.

—Te has tenido que sentar dos veces antes de dar una vuelta completa al patio —apunta Anne, lacónica. Mary sonrío.

—Es cierto, pero no es más que cansancio, esta puta barriga cada día pesa más. No estoy acostumbrada a sentirme tan poco ágil.

Anne asiente y siguen caminando cogidas del brazo. Cuando tiene que volverse a sentar, ambas se acomodan en el suelo como pueden, aunque levantarse es cada vez más complicado. No hablan; no lo necesitan. Se cogen de la mano y Anne apoya la cabeza en el hombro de Mary. Ahora sólo se tienen la una a la otra: Anne debe conseguir sacarlas de allí a las dos antes de que les llegue el momento de dar a luz. Si no queda otro remedio, negociará con el tesoro, o suplicará a su padre. Mary, su hijo y la pequeña que crece en su vientre se lo merecen. Jack tenía razón; ya no es ella

sola. Debe velar por su familia.

Nassau, Nueva Providencia. 15 de marzo de 1719

Anne desembarca, con su petate al hombro. No sabe qué impulso la ha llevado a tomar ese barco que estaba partiendo en el preciso momento en que ellos arribaban a puerto. Ha dejado a su tripulación sin una sola palabra, y Jack... Anne lo siente, pero necesitaba alejarse, necesitaba dar la espalda a Jack y al barco, al menos por una temporada. Se siente vacía, muerta por dentro. Nunca, nunca se había sentido así, y no le gusta. Tal vez la rutina la haga despertar de nuevo. Sabe que Jack arreglará las cosas con la tripulación. No sabe si ha ganado lo suficiente como para poder abandonar su puesto, pero él lo solucionará. En el puerto y por las calles, todos la miran. Hace tres meses que se fue, pero los rumores corren rápido y se dice que acabó entre la tripulación de Calicó Jack, a pesar de las prohibiciones. Ahora la observan, preguntándose por qué habrá vuelto. O tal vez se preguntan otra cosa... Sarah, la fulana que vive bajo su casa, está haciendo guardia en la esquina de la calle y se acerca cuando la ve aparecer.

—Anne, me alegro de verte de una pieza.

—Hola, Sarah.

—Debes saber algo. —La cara de Sarah muestra preocupación—. James volvió hace un mes. Se volvió loco cuando vio que te habías marchado.

Anne suspira, cansada. No le apetece tener una escenita, pero quiere subir a su casa y descansar.

—Gracias, Sarah. Ya veré qué hago con él.

Anne sube las escaleras despacio. Abre la puerta y deja caer el petate en medio del salón. James asoma desde la puerta del dormitorio.

—Hola, James —sonríe Anne.

—¿Qué coño haces tú aquí? —contesta él, enfadado.

—He vuelto.

La bienvenida no es agradable. Tras él, sale del dormitorio otra mujer, una pelandusca de pelo naranja teñido y un culo como la popa de un barco, que se mueve por la casa como si fuera su dueña.

—¿Esta es tu mujercita? —pregunta, mirando a Anne desdeñosa.

—Cuidado —le responde ésta sin levantar la voz—. No me importa que te tires a mi marido, pero fáltame al respeto y estás muerta, zorra.

La mujer se calla. Hace tiempo que vive en Nassau y no es tonta. Ha oído quién es Anne y de lo que es capaz. Ve claramente los cuchillos y la pistola en su cintura, y la locura en los ojos. Se coloca detrás de James y él dice sin mirarla:

—Vete. Tengo que hablar con mi esposa.

Cuando la mujer se marcha, ambos se sientan a la mesa. James sirve dos vasos de ron. Está muy cabreado, se ve a la legua, pero sorprendentemente, logra controlarse.

—¿Ya te has cansado de actuar como una puta, Anne?

—Necesitaba alejarme de todo una temporada. No sabía que habías vuelto.

—Pues aquí estoy. —James abre los brazos en una reverencia burlona y sonríe con furia—. En

mi casa. En la casa que encontré vacía cuando volví esperando una calurosa bienvenida. ¿Con quién estabas, Anne? ¿Te habías ido con Calicó Jack? No me mires así, claro que lo sabía, ya se ocupó medio Nassau de informarme. ¿En serio te uniste a un puto pirata?

—Ese puto pirata es más hombre de lo que tú serás jamás, esposo mío.

James se incorpora, furioso. Levanta incluso la mano, pero ve el poco disimulado movimiento de la mano de Anne acercándose al cuchillo y se calma. Ella es capaz de apuñalarlo sin ningún miramiento, y no quiere darle el gusto de quedar viuda tan joven. Con un grito de frustración, coge la silla y la lanza contra la pared, destrozándola. Anne levanta una ceja, impertérrita. James toma otro asiento y vuelve a sentarse, resoplando.

—¿Y por qué has vuelto entonces? ¿Ya se ha cansado de ti?

Anne niega con la cabeza.

—De verdad que no me apetece discutir, James. He vuelto a casa. Ahora necesito descansar un rato, luego hablaremos más si lo crees preciso.

Se acaba de un trago el vaso y va hacia la habitación. Las sábanas están sucias y revueltas, pero a Anne no le importa eso ahora mismo.

—¿Y vas a volver, así, como si nada? ¿Pretendes que volvamos a compartir cama?

—Pues no, a decir verdad, no —comenta Anne—. No me gustaría volver a compartir la cama contigo. Espero que el suelo te resulte cómodo.

—¿De qué vas, Anne? ¡Es mi casa! Tú te fuiste; si decides volver, quédate tú en el suelo.

Anne ríe, seca.

—Todo lo que hay aquí se compró con mi dinero, James. No me vengas con hostias.

No dice ni una palabra más. Se mete en el cuarto, cierra la puerta y se tumba. Cierra los ojos y apenas alcanza a oír el tremendo portazo que da James al irse mientras grita improperios. Duerme como un lirón. Para cuando se despierta, ya es de día. Teniendo en cuenta que se acostó a media tarde, ha dormido más horas seguidas que en toda su vida. James no está cuando se levanta. Se sirve un vaso de ron y reflexiona. Cuando se da cuenta de que sus pensamientos no llevan a nada, suspira.

CAPÍTULO VENTICINCO

Diez días después, los ánimos se han calmado entre Anne y James. Aunque no se puede decir que vuelvan a ser un matrimonio bien avenido, al menos toleran la presencia del otro en la misma habitación. James sabe que jamás volverá a confiar en la mujer que considera una zorra embustera, aunque no está dispuesto a abandonar su hogar o renunciar a ella, y Anne ha descubierto que era mucho más feliz en el mar, a bordo de un barco y con Jack como compañero. Pero poco puede hacer ahora que lo ha abandonado.

Cuando esa noche van juntos a la taberna, más por la fuerza de la costumbre que por deseo de compartir su tiempo, su corazón se para al ver a Jack entrando por la puerta, buscándola con la mirada. Se levanta y va a su encuentro, con miedo a su reacción. Pero él la abraza y la besa delante de todo el mundo, y ella cree que va a morir de felicidad. James se levanta de un salto y acude a su encuentro.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo?

Ambos se separan y Jack mira a James sonriendo. Tiende su mano, burlón.

—Tú debes ser el marido ausente. Jack Rackham, un placer.

James sabe perfectamente quién es. Su fama le precede. No le gustaría enfrentarse a él, porque sabe que es muy probable que acabe muerto, pero no puede dejar que su honor se ponga en entredicho de forma tan descarada.

—Sé quién eres —escupe—. Y sí, soy su esposo. ¿Con qué derecho te crees que puedes venir aquí a arrebatarme a mi mujer?

—Bueno, eso es ella quien tiene que decidirlo, amigo, no yo. Si no la satisfaces...

James echa mano del cuchillo.

—Escucha, te propongo un trato —dice Jack, conciliador—. Te pagaré. —Anne le mira, incrédula. ¿Qué ha dicho?—. Te pagaré por ella. Dime un precio que consideres justo y podremos negociarlo. Y así, tú la dejas marchar sin poner problemas.

—Bueno, tendrás que preguntarme si quiero ir contigo —dice Anne, un poco enfadada. Al fin y al cabo, lo abandonó para volver a Nueva Providencia. ¿Quién se cree que es para pensar que puede disponer así de ella?

—Tienes razón —admite Jack. Se dirige a James—. Tiene razón. Te pagaré para que ella pueda elegir con quien estar sin miedo a las represalias.

—¡Y una mierda! —grita James.

—¿Tal vez prefieras entonces un duelo? —pregunta Jack, buscando con su mano el cuchillo largo. James sabe que eso es un suicidio. Busca un escape.

—¡Tendréis noticias mías! —dice, y sale del local todo lo rápido que sus piernas le permiten sin correr.

Anne y Jack se sientan en la misma mesa que antes ocupaban marido y mujer.

—¿Por qué, Anne? ¿Por qué me abandonaste? —Jack pregunta con voz suave y sin rastros de enfado o frustración. Sólo la curiosidad le mueve.

—Necesitaba alejarme de todo. De ti, del barco... Necesitaba pensar.

—¿Y qué tal se te ha dado?

—Fatal —contesta ella riendo—. Me he dado cuenta de que dejarte así fue un error.

—¿Dejarme así, o dejarme, a secas? —Jack sonrío. La entiende.

—Dejarte, a secas. Los días más increíbles de mi vida han transcurrido a tu lado.
Anne tiende la mano por encima de la mesa, y él se la coge.

Anne se entera de que, cuando se marchó, se descubrió que era una mujer. La tripulación se enfadó bastante. Aunque es cierto que muchos lo sospechaban, había quien no concebía que se hubiera metido una mujer a bordo vestida de varón. Según el código de la Hermandad, eso podía castigarse con la muerte. Hubo un encendido debate. Jack tenía muchos partidarios, pero no los suficientes. Como atención a su buena capitanía y a su carisma personal, decidieron dejarle volver a Nueva Providencia, sin barco y sin tripulación. El *Revenge* pasó a ser del contramaestre Yates, el nuevo capitán, y Jack volvió a Nassau.

Jack y Anne retoman su relación. No van a casa de ella por un mínimo respeto a James, pero poco les importa que él los vea en las tabernas o en las calles. Entonces, un día cualquiera, un mensajero la cita en el palacio del gobernador. Tiene que ir sola, así que se presenta allí cuando le dicen, con cierta aprensión.

El guardia la escolta hasta una sala forrada de mármol con butacas y muebles por todas partes y una grandiosa mesa llena de papeles. Anne sabe que está sola porque tratan de impresionarla, pero no piensa darles ese gusto. Se acerca a los grandes ventanales, desde donde se divisa el fuerte y una gran parte del precioso y azul mar que hay detrás. La puerta se abre.

Anne se gira y se queda congelada al ver aparecer al gobernador, Woodes Roger, acompañado de Jonathan Barnet. ¿Qué hace con el gobernador? ¿Sospecha éste que se acostaba con él? Mantiene la expresión neutra; no quiere hacerles ver lo sorprendida que está. Rogers se sienta en la mesa y Jonathan se queda de pie tras él. Nadie dice nada. Anne decide que no va a ser la primera en hablar. Al cabo de unos minutos, el gobernador carraspea y rompe el tenso silencio. Se le nota incómodo. Jonathan la mira con intensidad, con deseo y algo parecido al odio.

—Anne Bonny, me ha llegado una denuncia de tu marido por conducta inmoral.

—¿Inmoral? Permítame que me ría, gobernador. Inmoral es lo que hace él.

—¿Te refieres a trabajar para mí proporcionando inestimable información en la lucha contra la piratería?

Cuidado. Anne se da cuenta de que pisa terreno peligroso. Si dice algo que Roger considere defensa de la piratería, puede acabar en prisión.

—No, me refiero a dejar sola durante meses a su mujer para que se busque la vida.

El gobernador se levanta y da unos pasos hacia el otro lado de la mesa.

—Anne, James te ha denunciado por adúltera. Es una acusación muy seria.

—¿Quién coño denuncia a su mujer por adúltera hoy día? Él no ha sido el más fiel de los maridos.

—No soy quien hace las leyes y lo sabes. James me proporciona un buen servicio y me gusta tener contentos a mis empleados. Quiero que a partir de ahora te comportes como una mujer ejemplar.

—¿Y qué hace él ahí? —escupe Anne con ira, cambiando de tema, señalando con la barbilla a Barnet.

—¿Os conocéis? —El gobernador enarca una ceja y se gira para mirar a Jonathan. La mirada que ve en sus ojos es respuesta suficiente—. Dios, Anne, ¿hay alguien a quien no te hayas tirado?

—A usted, gobernador —Anne sonrío insolente. Jonathan abre la boca.

—Lo que haya ocurrido en el pasado es problema mío, señor. No tenga duda de que mi misión no se verá entorpecida por ello.

—¿Y cuál es tu misión, Jonathan?

Anne sabe que está tomando las riendas de la conversación. Roger también lo sabe. Levanta la voz.

—¡Ya basta, Anne! Una cosa son aventurillas ocasionales. Eso cualquier marino sabe pasarlo por alto. Pero fugarte con un pirata... ¡Con Jack Rackham nada menos! Eso no puede consentirse. Jack está perseguido, Anne. Más pronto que tarde acabará pendiendo al final de una soga y no me gustaría que tú lo acompañases.

—¿Y eres tú quien lo va a cazar, Jonathan? ¿Para eso estás aquí, para meterme miedo? — pregunta Anne.

—Puede. —Se encoge de hombros—. Arrestar piratas es parte de mi cometido, pero no soy el único que lo busca. La época de oro de la piratería ha acabado, Anne. Ya no consentiremos que campen a sus anchas imponiendo su ley por estos territorios. Esta es mi misión y la misión de otros hombres buenos. Con Barbanegra y Vane fuera de combate, ese final cada vez está más cerca.

Anne calla. Se enteró del final de Barbanegra. Ese hombre enorme y aterrador acabó en Nueva York con diez disparos y unas cuantas puñaladas en el cuerpo. Hicieron falta varios hombres para acabar con él. Y se cuenta que, tras decapitarlo, lanzaron su cuerpo por la borda y aún dio varias vueltas a su barco como si no quisiera abandonarlo. Anne y los chicos han brindado y se han emborrachado en su honor varias veces en las últimas semanas. Charles Vane también ha sido hecho prisionero, aunque no sabe por qué motivo, su juicio no parece tener prisa por realizarse.

—Surgirán otros nuevos —dice.

—Tal vez —contesta el gobernador—. Pero estaremos preparados. La Jolly Roger no volverá a ondear en nuestros territorios. Mi alianza con el gobernador de Jamaica va a ser ciertamente beneficiosa para ambos. Pero ese no es el tema, Anne. Ni siquiera lo es que Calicó Jack traicionase mi confianza viniendo aquí a rogar mi perdón para luego hacerse a la mar tres semanas después con la mujer de uno de mis hombres. Tampoco es el tema que ese mismo pirata esté ahora mismo bebiendo y corriéndose juergas por las tabernas de mi ciudad como si fuera intocable, sólo porque no puedo demostrar que se haya lanzado de nuevo a la piratería, a pesar de saberlo con certeza. El tema, Anne, es que no puedo ignorar esta denuncia. Ni siquiera puedes plantearte la discreción, no. Tú tienes que hacerlo todo a la vista de todo el mundo, sin importarte lo más mínimo la reputación o el honor de tu marido. Así pues, Anne, te digo que, como cualquier otra persona te vea con Rackham o cualquier otro hombre y venga a contármelo, te prenderé y te azotaré públicamente como a una adúltera.

—¿No hablará en serio?!

—Por supuesto que sí, Anne. Estás avisada. Gracias por venir.

Y con estas simples palabras, la echa. Al pasar por delante de Barnet, lo mira con odio. Una disimulada sonrisa baila en la comisura de su boca.

—¿Esto te divierte, Barnet? ¿Te gustaría darme los azotes tú mismo?

—Me divierte, Boon. Me gustaría azotarte, sí, y me gustaría prender a tu amante y colgarlo donde tú puedas verlo. Yo que tú me andarías con ojo. No creas que puedes seducirme de nuevo; para mí ahora no eres más que basura que tengo que barrer para ver crecer un Caribe nuevo y limpio.

—Suenas como un fanático.

Jonathan no contesta. No dice nada, sólo mantiene esa sonrisa cruel en el rictus y la mira con algo que, ya no hay lugar a dudas, es odio. Anne siente que las cosas hayan acabado así, pero no

es culpa suya que la gente no entienda los términos de una relación. Suspira, menea la cabeza y se marcha. James es un cerdo cabrón que merecería que le cortase los huevos y se los hiciera comer. Eso es lo más ruin y lo más rastrero que ha hecho en su ruin y rastrera vida. Ve a Jack acercarse. Le hace un rápido gesto con la cabeza señalando un pequeño porche y la espera allí.

—¿Qué ha ocurrido?

Anne escupe en el suelo, con el disgusto pintado en su cara.

—El capullo de mi marido me ha denunciado al gobernador. Si vuelven a verme contigo me encerrará y me azotará en público.

—¡Que cabrón! —Jack alarga una mano para acariciar la cara de Anne. Un guardia que pasa por ahí carraspea, mirándola, y ella se aparta.

—¡Sólo estamos hablando, joder! Sólo hablando, ¿vale? Dame un minuto.

El guardia se aparta. Jack asiente.

—¿No podemos vernos más?

Anne sacude la cabeza.

—No aquí. No me apetece que me den latigazos delante de toda Nueva Providencia. ¿Qué hacemos, Jack?

Él se queda pensativo durante unos minutos que parecen eternos. Cuando vuelve a abrir la boca, es para decir lo que Anne estaba deseando oír en su fuero más interno.

—Nos vamos. Vuelve a casa, Anne. Haz un petate, cárgate al cabrón de tu marido, haz lo que te parezca. Reuniré una tripulación.

—Será peligroso, Jack. Si te vuelven a pillar incumpliendo el código, pueden matarnos a ambos.

—El código prohíbe subir a bordo a una mujer disfrazada de varón. No dice nada de llevar a una mujer que no oculte su condición.

Anne enarca las cejas, escéptica.

—¿Crees que podrás reunir una tripulación que acepte esas condiciones?

—Desde luego. Tengo buen nombre. Los hombres quieren embarcarse conmigo. Y debo decir que tú también te has labrado una reputación, querida. Las historias de tus hazañas se cuentan en susurros por todo Nassau. Además, algunos de mis antiguos hombres están aquí, los que sospechaban de ti y no les importaba. Te han visto luchar. Para ellos eres tan pirata como el que más, se apuntarán sin dudar. Esa vez no tendrás que esconderte. Será la primera tripulación con una mujer sin encubrir a bordo.

—Pero no tenemos barco.

—Encontraré uno nuevo. Ven esta noche a nuestra playa, a medianoche.

—¿Podrás hacerlo todo en tan poco tiempo?

—Podré.

Jack sonríe, soñador, con la sonrisa de quien se siente seguro de estar haciendo algo que el mundo recordará. Siempre ha querido dejar huella, que la gente lo admire, y sabe que su historia se contará mucho tiempo después de su muerte. Anne trata de que no se note su emoción; el guardia observa con el ceño fruncido. Así que pone cara de pena y se despide con un gesto de la cabeza. Pero le ha guiñado el ojo a Jack; este sabe que acudirá esta noche al lugar de la cita.

CAPÍTULO VENTISÉIS

Port Royal, Jamaica. 28 de marzo de 1721

Anne está preocupada. Mary lleva dos días sin salir al patio, y apenas le dicen nada. Esa tarde, fingiendo dolores en el vientre, consigue que la comadrona la visite. A la buena mujer no le importa compartir lo que sabe, pero las noticias no son buenas. Mary está con fiebres. La mujer cree que el parto está muy cerca y le cuenta que están tratando de hidratarla y alimentarla para que se recupere; ponerse de parto en esas condiciones supone un riesgo enorme para ella y para el bebé. Anne no sabe qué hacer. Suplica que le dejen verla, pero la comadrona no tiene poder para ello. Le promete que hablará con el director.

Al día siguiente, un guardia la traslada a la celda en la que reposa Mary, tumbada en su camastro. Tiene los ojos cerrados, pero sonríe al oír la voz de Anne, preguntando cómo se encuentra.

—He estado mejor —le dice. Busca su mano y le da un débil apretón—. Tengo que recuperarme, aunque sólo sea por el pequeñajo. —Señala su barriga abultada—. Pero si no lo hago...

—No digas tonterías —corta Anne. No quiere ni pensar en el tema. Mary levanta la mano y la calla.

—Si no lo hago, prométeme que cuidarás de él. Críalo como si fuera tuyo. Además, con dos bebés a tu cargo, el juez puede sentirse clemente y dejarte en libertad.

Anne niega, desesperada.

—No pienses en eso. Sólo son unas fiebres, Mary. Daremos a luz a nuestros hijos, y tengo planes para que podamos criarlos en libertad, juntas.

—Eso sería bonito. ¿Cómo piensas conseguirlo?

—Mi padre es un hombre poderoso y muy, muy rico. Aunque no nos hablamos desde que abandoné mi hogar hace años, me ha escrito para decirme que está dispuesto a ayudarme. Él puede conseguir que salgamos de aquí, pero tienes que recuperarte, Mary.

Ella asiente y con un gesto pide agua. Anne la ayuda a beber, hasta que un ataque de tos la atraganta y le impide seguir. El médico entra en el cubículo y ordena a Anne que salga para poder tratar a la enferma. Anne protesta, se yergue y se encara al médico; quiere quedarse, pero la sombra del enorme guardia a su espalda la hace renunciar. Da un beso a Mary en la mejilla, acaricia su pelo y vuelve a su celda.

Nueva Providencia, Las Bahamas, 5 de abril de 1719

Anne está en casa. James se ha ido. Estará retozando con la puta anaranjada en cualquier rincón y no querrá enfrentarse a su ira ahora mismo. Anne recoge lo imprescindible. Sabe que esta huida es definitiva. Sabe que no volverá jamás. No va a matar a James, no piensa hacerle daño. Es

un cobarde y un desgraciado, pero no le desea ningún mal. Al fin y al cabo, ha sido gracias a él que puede tomar esta decisión. Va a quemar todos los puentes al irse.

Por supuesto, se lleva todo lo de valor que puede encontrar. No quiere hacer daño a James, pero no es idiota. Todas las monedas, todo lo que encuentra por ahí que puede tener algún valor va al petate. Pistolas, cuchillos... le deja sin más armas que las que pueda llevar encima. Se quita la alianza y la deja bien visible sobre la mesa. Recoge la ropa que puede necesitar. Roba un sombrero de ala ancha del armario. Se llevará un recuerdo por estos años, además de su apellido. Se plantea prender fuego al edificio, pero luego se ríe de sí misma. Con una vez es suficiente y, además, es un edificio de pisos; dejará sin casa también a Sarah la puta. Sale por la puerta y cierra de un portazo. A llegar a la calle, inspira bien hondo. Sus pulmones se llenan del olor a mar, a orines, a excrementos de caballo y a las comidas que se cocinan en los puestos callejeros. Esperará en la playa, no quiere arriesgarse a que James vuelva antes de la hora convenida.

Poco antes de la medianoche se acerca caminando con parsimonia a la orilla. Una barca aguarda. Jack la está esperando junto con dos hombres.

—Este es Jarrod, Anne. Será mi segundo oficial. A Nadif ya lo conoces, ahora será el contramaestre.

Anne se alegra de ver al antiguo segundo oficial del *Revenge*, ahora ascendido.

—Hola, Nadif.

—Hola, Anne. Ya no más Adam, por lo que veo.

—No, ya no. Pero puedes seguir llamándome Boon.

Jack la pone al día mientras se dirigen el barco fondeado en donde el agua ya cubre. Todos los antiguos miembros de la tripulación de Jack que le apoyaron estaban en Nassau y se han unido. También unos cuantos de los que se quedaron en Jamaica y apoyaron su destitución. Han comprendido que el hecho de que Adam haya pasado a ser Anne no la hace menos valiente, ni menos pirata, así que han vuelto en busca de Jack.

—No eres menos hombre por ser mujer —le dice Nadif como explicación. Anne ríe hasta que se le saltan las lágrimas, pero entiende lo que quiere decir y se lo agradece.

Cuando sube por la escala y pisa la cubierta del barco, se siente en casa.

—¿Cómo lo llamaremos? —pregunta. Jack se encoge de hombros.

—El barco anterior cambió de nombre cuando cambió de manos. Así que volvemos a navegar en el *Revenge*.

Anne va a dejar el petate en la bodega, junto a las otras hamacas, pero Jack la frena suavemente cogiéndola del brazo.

—Creo que a nadie le importará que te instales en mi camarote.

La tripulación niega con la cabeza, así que Anne se encoge de hombros y se instala en el camarote del capitán como si fuera su mujer.

Pasan los días, las semanas, y la vida a bordo es tan sencilla y tan satisfactoria como la recordaba. No hay problemas entre la tripulación. Todos saben quién es Anne, aunque algunos prefieren llamarla por el apodo, Boon, porque les resulta menos incómodo que dirigirse a ella por un nombre femenino. Si alguien tenía dudas acerca de su valor, tras el primer abordaje estas se disipan. La temporada les es propicia. El viento está de su parte; los barcos se rinden sin oponer apenas resistencia y pronto Anne descubre que vuelve a estar embarazada. Esta vez todo sigue su curso, y participa en las capturas como uno más hasta que su barriga le impide ya saltar de una embarcación a la otra, lo que la mantiene de mal humor. Hacen pequeñas escalas para

aprovisionarse, vender la mercancía y descansar, pero Anne se niega a dejar el barco de forma prolongada y quedarse en tierra lejos de Jack y de los suyos. Casi diez meses más tarde de volverse a embarcar, da a luz un precioso varón asistida por Thomas, el cirujano, y dos ayudantes. Jack sale a presentar al pequeño William a toda la tripulación, y todos esos hombres rudos, violentos y crueles se deshacen en carantoñas y monerías con el recién nacido. Pero un barco pirata no es lugar para un bebé. Tras una discusión, el *Revenge* pone rumbo a Cuba. Jack tiene amigos allí que pueden cuidarlo, alimentarlo y protegerlo como si fuera hijo suyo. Así pues, el 6 de enero de 1720 desembarcan en Cuba. Dejando el barco al cuidado de Nadif, Anne y Jack bajan a tierra firme y Anne descubre una tierra vibrante y viva, llena de color, baile y alegría. Es el día de Reyes, que allí se celebra por influencia de los españoles, y todas las tiendas callejeras están llenas de regalos, chucherías y representaciones de esos viejos a lomos de un camello, que pegan tanto en una isla tropical como Anne y su cuchillo en una iglesia. Ve a una muchedumbre de esclavos que bailan sin grilletes ni cadenas, como poseídos por el espíritu de la libertad. Jack le explica que ese es el único día del año en que los amos dejan libres a los esclavos para que celebren el día con sus danzas y rituales. Anne los mira con curiosidad. Bailan como si nadie los observase, totalmente entregados, en un antiguo rito africano mezclado con las tradiciones isleñas que ya han hecho suyas. Las mujeres elevan las cabezas al cielo y gritan haciendo vibrar sus lenguas y los hombres patean el suelo y dan palmas con sus oscuras pieles brillantes de sudor. Anne no entiende el idioma, así que todos los que se acercan a hacerle carantoñas a su hijo hablan con Jack. Ella sólo mira ceñuda y sujeta al crío.

—No sabía que supieras hablar español.

—Bueno, soy cubano, ¿qué quieres?

—¿Pero tú no eras de Bristol?

—Nací allí, Anne. Pero uno no es de donde nace, sino de donde paca, según dicen, y yo me crié aquí. Es buen sitio para crecer, William—le dice al pequeño—. Ya lo verás.

Pronto llegan a una casa pintada en azul y amarillo que reluce al sol de la mañana como una perla. No es una mansión ni mucho menos, pero es una casa amplia, y de ella salen una mujer negra gorda y sonriente y un hombre blanco, muy delgado e igualmente sonriente.

—¡Tomasa! ¡Luis! ¡Qué alegría veros! —dice Jack en español.

Ellos abren los brazos y gritan su nombre. Se abrazan efusivamente. Tomasa le frota la cabeza como si fuera un crío y luego se quedan mirando a Anne y al pequeño bulto que acarrea con una sonrisa.

—¿Y esta belleza quién es? —pregunta ella en un rudimentario inglés.

—Es Anne, mi mujer. Y él es el pequeño William, nuestro hijo.

—Así que al final has decidido sentar la cabeza, ¿eh, granuja? —Luis ríe a carcajadas y palmea la espalda de Jack, que se rasca la nuca, un poco incómodo, probablemente pensando en cómo continuar esa conversación.

—Veréis... El caso es que no he sentado la cabeza, no. Y Anne tampoco. Tenemos al *Revenge* esperándonos cerca de aquí.

Tomasa frunce el ceño, confusa.

—Un barco no es lugar para criar un bebé.

—Exacto —concede Jack—. Y es por eso que creo que deberíais quedároslo vosotros y criarlo aquí. No se me ocurre nadie mejor para educar a nuestro hijo.

—¿Nosotros? —Luis mira a Jack, luego a Anne, y por último al bebé. Tomasa se acerca, coge al pequeño de brazos de Anne, pidiéndole permiso con la mirada. El pequeñajo se ríe al ver esa

cara redonda como una luna y brillante por la transpiración. Intenta agarrarle la nariz. Tomasa sonríe. Sus ojos se llenan de amor y mira a Luis.

—Tal vez sea nuestro momento, Luis. Nunca hemos podido... Quizás ahora podamos por fin criar un hijo.

Luis duda, Anne lo ve en sus ojos. No entiende lo que est n hablando, pero debe ser un momento muy íntimo porque Jack tampoco traduce. Al final, el hombre asiente.

—Nos lo quedaremos —dice en inglés—. Lo criaremos como si fuera nuestro, pero sabr  quiénes sois vosotros. Pod is venir a visitarlo siempre que desembarqu is en la isla y, si alguna vez decid is volver a por él, estaremos preparados.

Jack sonríe, agradece y abraza a sus amigos. Anne siente un nudo extraño en el estómago. Se alegra de que William tenga con quien quedarse, pero le va a costar desprenderse de esa bola de mocos, lágrimas y mierda que se engancha a su teta como si no hubiera un mañana, pero que también la mira con ojos de amor absoluto y que cuando le sonríe caldea su corazón. No hay alternativa: no est  dispuesta a renunciar a su forma de vida. Ha tomado una decisión y se atenderá a ella y a sus prioridades. Así que traga saliva y entrega a su niño a esos desconocidos, confiando en que sean lo que Jack dice que son y cuiden y traten a su hijo con amor. Tal vez pronto puedan volver a verlo y contarle su historia. Tal vez puedan visitarlo cada cierto tiempo. Tal vez algún día, cuando hayan hecho dinero suficiente, puedan ser una familia. Tal vez...

Jack echa el brazo por encima de los hombros de Anne y se marchan de all . Ambos se giran una última vez: Tomasa y Luis est n en la puerta de casa, jugando con el pequeño en brazos. Levantan la mirada y sonríen, saludando con la mano. Ellos se marchan definitivamente.

CAPÍTULO VENTISIETE

Cuando el *Revenge* está a punto de abandonar la isla, Jack ordena desplegar las velas y alejarse a toda velocidad en otra dirección a la programada. Ha visto una silueta a lo lejos y reconoce el barco que los sigue.

—Es *Barnet* —dice, preocupado. Anne estalla.

—¡Puto *Barnet*! No nos dejará en paz: juró perseguirnos como a escoria hasta conseguir que colgásemos de una cuerda. ¿Nos habrá visto?

—No lo creo, nuestro balandro es más pequeño que su barco y se confunde entre los demás. Nos moveremos rápido en dirección contraria. Haremos campaña en la zona de las Antillas holandesas, no creo que se acerque hasta allí. ¿Por qué habría *Barnet* de odiarte tanto como para perseguirte por todo el mar Caribe?

—Quería de mí más de lo que estaba dispuesta a darle. No le sentó muy bien que no me quisiera ir con él a Charleston.

Jack ríe a carcajadas. Sólo su chica es capaz de trastornar tanto a un hombre como para que dedique su vida a darle caza. Es un inconveniente, pero la vida no es sino una sucesión de inconvenientes y hasta ahora los han esquivado con habilidad. Saber que *Barnet* ansiaba lo que él tiene ahora no hace sino divertirlo.

—¡A las Antillas! —grita a su tripulación. Estos responden con aplausos y gritos. Los barcos que llegan de los Países Bajos y aliados suelen estar repletos de dinero y mercancías valiosas para los colonos con los que luego hacer un buen negocio. No dan tanto dinero como los ingleses y españoles, pero tampoco dan tantos problemas. Aunque eso significa una campaña larga. Probablemente meses. Así que se aprovisionan brevemente en Haití y suben a bordo gallinas, barriles de manzanas secas, carne secada al sol y galletas en cantidades industriales. Los barriles de agua dulce ocupan más de media bodega. Aunque esa zona del Caribe está muy cerca de tierra firme y podrían aprovisionarse a menudo, no está en sus rutas habituales y prefieren estar preparados para lo que pueda suceder. Mejor no dejarse ver. Van dando pequeños golpes a barcos de la zona. No llevan nada de mucho valor, pero les sirve, de momento. Jack quiere un golpe grande, una presa succulenta que haga que sus hombres se alegren de estar bajo su mando. Y el cielo oye sus plegarias. Han pasado unas tres semanas desde que partieron de Cuba, y Anne, que con su agilidad de mono suele estar siempre encaramada al palo, soltando nudos, haciéndolos o simplemente oteando el horizonte, baja deslizándose por un cabo y corre al encuentro de Jack.

—¡Capitán! ¡He visto un buque enorme hacia el Este!

Jack, Anne y el contramaestre corren hacia la borda de estribor. Con el catalejo, la visión de Jack es muy buena. Distingue un galeón con pabellón holandés. Por la dirección y la distancia, viene desde el continente y se dirige a Antigua. Esos son los buenos: desde el continente llegan siempre cosas que merecen la pena para abastecer a las colonias de las islas. La gente pudiente quiere especias, tejidos y joyas traídos del viejo mundo: son más caros y muestran mejor el estatus que cualquier objeto que puedan conseguir aquí. Además, si traen algún pasajero bien posicionado, lo más seguro que es venga con arcones repletos de dinero, muebles de buena factura para instalarse en su mansión colonial e incluso las joyas de la familia. Jack se frota las manos. O tal vez sea un barco negrero. En ese caso Jack y su tripulación tendrán que decidir si liberar a los esclavos y olvidarse del botín, o llevarlos al mercado negro y venderlos allí para poder ganar

dinero. A Jack nunca le ha gustado vender esclavos, pero la decisión no depende de él. Todas esas resoluciones se toman por votación de toda la tripulación. Hans, un alemán que fue detenido por robo en Birmingham y mandado a las colonias a hacer trabajos forzados (de donde luego se escapó para dedicarse a la piratería), se pone al lado del capitán. Sabe que puede necesitar sus labores de intérprete.

—¡Nadif! —grita Jack— ¡Sube la bandera holandesa y mantén la negra preparada! ¡Chicos, nos vamos de caza!

El griterío es ensordecedor. Sus chicos disfrutan de un buen abordaje. Robar a pequeñas embarcaciones es fácil, pero a ellos les gusta notar la adrenalina que corre por sus venas. Así que ponen rumbo a la silueta, cada vez más visible, y se acercan rápidamente; con su menor peso y calado y el casco recién calafateado y limpio, el *Revenge* vuela sobre las olas. Siguen la táctica habitual. Es importante saber el momento en el que alzar la Jolly Roger. Si se hace demasiado pronto, puede darles tiempo a huir o a disparar los cañones y hacerles mucho, mucho daño. Si se hace demasiado tarde, puede que a la tripulación no le dé tiempo a reflexionar y en un impulso decidan prestar resistencia ante el miedo a lo que les pueda ocurrir de ser hechos prisioneros. El triunfo de un abordaje depende en gran medida de que el terror cale hasta los huesos en los hombres del otro barco. Que el sudor pegajoso les resbale por la espalda, que las mentes flaqueen, que imaginen mil y una torturas horribles a las que les someterán si no se rinden y colaboran.

Ya se encuentran en la estela del buque, que resulta ser un galeón. Jack cree que desde el otro barco desconfían. A pesar de que la bandera es la apropiada, colocarse en la estela del barco para ir más rápido no es habitual. Parece que el galeón quiere virar, para dejar el flanco repleto de cañones a la vista y poder defenderse de ser necesario. Están ya muy cerca, lo suficiente para poder ver desde la cubierta de un barco la cubierta del otro. Por eso, los hombres de Jack están ya en sus puestos, armados hasta los dientes, con las pistolas cargadas en las manos y escondidos para que no puedan verlos. Jack necesita acercarse un poco más para intentar el abordaje sin peligro.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntan en holandés desde el otro barco. El capitán da indicaciones a Hans, que coge la bocina y contesta también en holandés.

—¡Venimos de Aruba! —dice a voz en grito a través del aparato—. Tenemos una vía de agua y necesitamos un remolque de vuelta a la isla para poderla reparar.

Hay un silencio en el otro barco; deben estar deliberando. Luego vuelven a hablar.

—¡De acuerdo! Acercaos a la popa y os echaremos cabos para que podáis sujetaros.

Jack se frota las manos. Esto va a ser más fácil de lo esperado. Lanzan los cabos y sus hombres salen de detrás de la borda para cogerlos. Jack ve en sus caras de asombro la alarma. Pero ya no pueden hacer nada. La bandera negra se alza y Hans vuelve a hablar.

—¡Os habla el capitán Jack Rackham! ¡Rendid el barco sin oposición y no os pasará nada! ¡Resistíos y todos moriréis!

Los gritos y carreras en la cubierta del buque holandés son atronadores. Sin embargo, nadie se acerca a los cañones enemigos. Saben que los han pillado de lleno y que, hagan lo que hagan, probablemente acabarán cayendo en manos de los piratas. Prefieren evitar las represalias, así que alzan la bandera blanca. Cuando llegan a la cubierta, todos los tripulantes del buque están sentados alrededor del palo mayor, con la mirada baja y lo que parecen ser todas las armas colocadas en un ordenado montón a varios metros de ellos. Jack ríe entre dientes. Estos holandeses son tan disciplinados que atracarlos es un placer.

—¡Muy bien! —empieza a decir, mientras Hans va traduciendo sus palabras—. Sabéis quién soy, y habéis hecho bien en rendiros. No os haré ningún daño. Podréis seguir con vuestras vidas de perros, como perros son quienes aceptan ser regidos por las leyes de los ricos para su propia conveniencia, porque a esos gallinas les falta valor para defender de otra manera lo que han acumulado con sus bribonadas. ¡Yo los maldigo! Nos ponen en la picota, esos hijos de puta, y esta es la única diferencia: ellos roban a los pobres bajo el manto de la ley, ¿no es cierto? Y nosotros despojamos a los ricos bajo la sola protección de nuestro coraje. ¡Maldición! —Jack se está viniendo arriba y prepara uno de sus míticos discursos. A Anne le encanta verlo en acción. Los holandeses van levantando las cabezas. Algunos lo miran directamente o pasean la mirada entre los piratas, y abren los ojos con sorpresa cuando ven a Anne que, aunque vestida como un hombre, no hace nada por ocultar las curvas que se aprecian bajo la fina camisa que viste. Hans intenta traducir rápidamente las palabras del capitán, pero su carisma y su puesta en escena no son ni la mitad de impresionantes que las de Jack—. ¿No sería mejor para vosotros ser de nuestra partida en vez de lamer el culo de esos granujas sólo porque os dan un trabajo? ¡Sois cerdos amaestrados! Yo soy un príncipe libre y tengo poder para declarar la guerra al mundo entero, como puede hacer quien tiene mil velas y barcos y cien mil hombres en campaña. Mi simple inteligencia humana me lo dice. Pero con semejantes perros que mueven el rabo ante su señor no se puede argumentar. ¡Espantajos miedicas! Está bien —concede—. Por mi parte podéis ir a donde os plazca y seguir lamiéndoles el culo como antes. No me opondré. Pero, ¡joder! Me da rabia ver cómo la gente de mierda agradece sus propias cadenas. No va con mi modo de ser hacerle a nadie nada desagradable si no me contrarían. ¡Venga ya! ¡Largaos! ¡Evaporaos! Evitadnos el disgusto de seguir viendo vuestras feas caras por más tiempo. ¡Adiós, capitán! —se dirige a quien a todas luces es el que dirige el barco, y que ha tenido el buen juicio de sacar la bandera blanca con premura—. Tenéis un botecito a vuestra disposición. Todos aquellos que queráis, podéis montaros en él, sin represalias. Si alguien quiere unirse a nosotros será bienvenido. Los demás, hablad bien de nosotros y no volvamos a vernos.

Jack queda en silencio, disfrutando del efecto que su discurso ha tenido en los prisioneros. Sabe que es un buen orador y, aunque parte del efecto se ha mitigado por la traducción, le gusta ver cómo los hombres deciden dejar el camino que la vida les tenía marcado y unirse a la piratería. Dos, tres, cuatro hombres se levantan titubeantes y dan un paso adelante.

—¿Queréis uniros a nosotros, amigos?

—Sí —contesta uno de ellos en inglés.

—¡Yo también! —Un joven de delicadas facciones, nariz fina y ojos oscuros se levanta de un salto y se adelanta. Es muy delgado y de corta estatura, y se mueve con seguridad a pesar de su tamaño—. Yo quiero ser de los vuestros. No hay nada que desee más.

—¿Eres inglés, hijo? —pregunta Jack. Anne observa atentamente a ese joven, que le llama poderosamente la atención. También él la mira de reojo a ella, fascinado sin poderlo remediar. Vuelve la mirada al capitán y asiente.

—Sí, lo soy.

—¿Y cómo ha acabado un joven inglés como tú en un barco alemán como éste?

La mirada del joven se ensombrece ligeramente, pero pronto recupera la sonrisa.

—Serví en Flandes y luego me quedé por allí. Cuando el dinero se acabó, acepté el primer trabajo que me ofrecieron.

—¿Cuál es tu nombre, chico?

—Me llamo Mark. Mark Read, capitán.

—Bienvenido a la familia, Read.

CAPÍTULO VENTIOCHO

Y así, esos cinco hombres deciden dedicar sus días a la piratería, mientras que el resto montan hacinados en una barquichuela camino a Aruba para ser socorridos. Jack divide a su gente. El contramaestre, junto con Anne, Mark y algunos más, se quedan en el barco alemán para conducirlo a puerto y vender todo lo que contiene, mientras el *Revenge* los escolta. Anne y Mark se llevan bien enseguida; Anne ve algo en aquel joven que le recuerda a ella misma: sus ganas, su ansia de libertad, su valor, y Mark busca su compañía, hace preguntas sobre su pasado, se empapa de todo lo que significa ser un pirata y lo abraza con alegría. No parece arrepentido de haber elegido esa vida frente a una convencional y tranquila, aunque también ha estado en la guerra: quién sabe las cosas que ha visto.

Una vez en Aruba, fondean en una pequeña cala y llegan a tierra en una barca inofensiva. Nadie ha estado en esa isla antes y hay que meterse en el ambiente con calma. Hacen unas preguntas discretas, y tras una noche en la taberna descubren que sólo hay un par de personas que se dedican a esos negocios en las islas. Buscan al contrabandista y tras una dura negociación, el barco y toda su carga cambia de manos. A la mañana siguiente, cuando el comprador se asegura de que su compra se encuentra realmente a su disposición, los demás vuelven al *Revenge* y se hacen a la mar de nuevo.

Son mares tranquilos. La tripulación vota volver a la zona que más dominan, donde la continua travesía de naves inglesas y españolas les da la oportunidad de conseguir buenos botines. Es arriesgado, con Barnet pisándoles los talones: pero en la vida pirata, ¿qué no lo es? Así que ponen de nuevo rumbo a la zona del Caribe que sienten como su territorio de caza por derecho. Anne siente que una sospecha crece en su mente. Mira, observa y toma notas. Ve cosas en Mark que no son normales, y se reconoce en ellas. Un día, cuando el sol brilla en lo alto y los hombres andan descamisados por cubierta, Anne se acerca al joven, que se encuentra algo apartado, y le reta.

—¿No hace demasiado calor para ir tan vestido?

—No me gusta perder las formas.

—Claro —asiente Anne—. Supongo que el hecho de que debajo de esa camisa haya un vendaje para ocultar las tetas no tiene nada que ver, ¿no?

Mark se queda quieto como un conejillo paralizado por una luz. Abre la boca para contestar, pero la vuelve a cerrar. Anne ríe.

—¡Venga! He pasado por lo mismo que tú. ¿De verdad creías que no iba a acabar por darme cuenta?

Mark no sabe qué decir. Está colorado como un tomate y mira a su alrededor para asegurarse de que nadie escucha.

—Tranquila, ya he comprobado que estuviéramos solas antes de acercarme a hablar contigo. He dicho que iba a asearme y todos lo respetan, al menos una vez al mes. Excepto Jack, si tiene muchas ganas de echar un polvo, pero creo que de momento estamos a salvo.

Mark se sienta en un barril y se mira la punta de los pies.

—¿Cómo te has dado cuenta?

Las carcajadas arrecian.

—Mujer, cuando alguien mea siempre de espaldas a los demás algo raro hay. Lo que no sé es cómo no se han dado cuenta todavía ninguno de estos ignorantes. Eso sin contar que pareces una

muñequita; no quiero imaginar la cantidad de marinos que habrás tenido que rechazar.

—A unos cuantos, la verdad. —Mark parece que se empieza a relajar—. Llevo muchos años perfeccionando la técnica. —Mete la mano en el bolsillo y enseña a Anne una especie de cuña de mano que, la pirata se da cuenta, le permite mear de pie casi como un hombre.

—¡Vaya! Eso es impresionante. Ojalá hubiera tenido yo una de esas cuando me hice pasar por hombre en mi primera expedición.

Mark sonríe, agradeciendo los ánimos. Luego baja la mirada, tímido. O tímida.

—¿No me vas a decir tu nombre real? —pregunta Anne.

—Soy Mary. Mary Read.

—Y bien, Mary. ¿Me vas a contar tu historia?

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Tu secreto no me pertenece, Mary. Pero has visto que esta tripulación lleva ya una mujer a bordo. ¿Qué te hace pensar que no aceptaría a otra?

Mary se encoge de hombros.

—Llevo más de media vida fingiendo ser un hombre. Es algo que forma parte de mí. Me sale de forma natural. Casi me siento más cómoda que pareciendo una mujer.

—Bueno —Anne señala sus ropas—, yo no soy lo que se dice una mujer muy femenina —ríe—, pero al menos no tengo que ocultar mi naturaleza.

—Lo tendré en cuenta.

—Y ahora, tu historia.

Anne sonríe. Hace mucho tiempo que no le cuentan una buena historia y lo echa de menos. Mary respira hondo. Mira a lo lejos, recordando, y comienza a hablar.

—Nací en Inglaterra, nada extraño por aquí. Mi padre murió en el mar y mi madre tuvo un lío con un tipo del que salí yo. —Abre los brazos, aceptando su bastardía—. El caso es que tenía un hermano mayor enfermo, al cual mi abuela paterna mandaba dinero para la manutención, pero que murió al poco de nacer yo. Así que mi madre me vistió de chico cuando contaba con unos tres años para hacerme pasar por él y poder seguir reclamando dinero a su familia política. Me hice pasar por varón hasta que la vieja murió. Pero entonces murió mi madre también, y yo había comprobado que la vida es más fácil para un chico que para una chica, sobre todo si tienes que sobrevivir en las calles de Londres.

—Yo no recuerdo la Irlanda donde nací; pero por lo que me han contado, Londres es un infierno.

—Lo es, si no tienes dinero —asintió Mary—. El caso es que, con dieciséis años, o quince, no lo recuerdo, me enrolé en un barco, y luego lo abandoné para alistarme en el ejército. Estuve combatiendo en Flandes. Nunca me gustó demasiado la guerra, pero se me daban bien las armas. Era hábil en el combate cuerpo a cuerpo y también tenía buena puntería. Como Mark Read estuve años en la contienda, haciendo hermandad con mi compañía. Pero entonces... entonces me enamoré de un compañero. Se llamaba George y era tan valiente, tan guapo... Un día me atreví a hablar con él, a confesarle mi secreto, y él no sólo no se enfadó, sino que me correspondió. —Los ojos de Mary se entornan, soñadores, evocando un recuerdo tan feliz como lejano—. Dejamos el ejército y nos casamos. Nuestros antiguos compañeros de armas nos apoyaron y nos colmaron de regalos, tantos que nos dio para comprar una pequeña taberna y ponerla en marcha. Esa fue la temporada más feliz de mi vida. Trabajábamos mucho y nos ganábamos la vida de forma honrada. Nuestra taberna era el punto de encuentro de nuestros camaradas y yo podía seguir en contacto con una parte de mi vida que, en cierto modo, echaba de menos.

—¿Y qué ocurrió? —Anne está tan metida en la historia que no tiene ojos para nada más. Mary se encoge de hombros.

—Lo de siempre. Las mujeres como yo no han nacido para ser felices. La guerra terminó, la taberna se vació y George murió de fiebres. Así que volví a ser Mark de nuevo; actuar como un hombre siempre ha sido natural para mí. Vagabundee un tiempo y, cuando el dinero se acabó, busqué trabajo. Me aceptaron en el barco en que me capturasteis. Quería empezar una nueva vida en un nuevo mundo... ¡Y joder si lo he conseguido!

Anne siente pena por la vida tan dura que ha tenido Mary. A su lado, Anne se sabe una privilegiada.

—No le diré a nadie quién eres hasta que tú no te sientas lista. Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Qué coño pasa aquí?

Las dos mujeres pegan un respingo. Jack está justo detrás de ellas, con las piernas abiertas y los brazos rígidos a lo largo del cuerpo. Los puños apretados, el ceño fruncido y la mandíbula tensa muestran un enfado monumental.

—Estamos hablando, Jack.

—Parecíaís muy amiguitos.

Anne suspira. ¡Cómo odia los celos! Pero Jack no sabe que Mark es Mary en realidad.

—Vine aquí al aseo, Jack. Mark no me había oído. ¡El pobre casi se mea del susto al verme quitar la ropa! Así que me he vuelto a vestir y me ha contado su historia.

Jack sigue con el ceño fruncido.

—¡No me jodas, Jack! Esto es el colmo, ¿Te vas a poner celoso en tu propio barco?

Jack se da cuenta de lo absurdo que suena y suelta una carcajada. Confía en Anne, aunque no tanto en ese joven con cara de niño (a pesar de estar ya cerca de los treinta) que le resulta tan atractivo incluso a él. Sabe que ya ha tenido que quitarse de encima a algunos de los piratas. No es que a Jack le gusten las pollas, pero la vida en el mar es solitaria y los hombres necesitan desahogos. Aunque tal vez Mark haya puesto los ojos en Anne. Lo vigilará.

—¡Claro que no! ¿Cómo podría estar celoso, amor? ¡Nunca me has dado motivos!

Le da un posesivo beso en los labios, pero mira con los ojos entrecerrados a Mark. «Te estoy observando», dice esa mirada. Mary se la devuelve, sincera y sin maldad.

Port Royal, Jamaica. 1 de abril de 1721

Anne no ha salido al patio el día anterior, ni el anterior. La ansiedad por Mary la consume y no puede pensar en otra cosa. Sólo come porque siente por su hija (sigue convencida de que es una niña, aunque no haya forma de saberlo) una lealtad nueva y desconocida hasta ahora, y sabe que necesita estar fuerte para ella. Al tercer día, la comadrona la hace salir de la celda.

—Vamos —dice, cogiéndola suavemente del brazo—. Necesitas aire fresco, te acompañaré.

Anne pide volver a ver a Mary, pero la mujer niega con la cabeza.

—No es seguro. —Duda antes de seguir hablando, pero finalmente lo hace—. No debería decirte esto, pero las fiebres que sufre pueden ser contagiosas. El director no quiere ni oír hablar de que la visites: la posibilidad de que te contagies y lo sufra tu bebé le aterra. Sólo el médico y

uno de los guardias acceden a la celda de vez en cuando.

—¿Y cómo está? —La ansiedad de Anne crece por momentos, pero la mujer hace un gesto al aire con la mano.

—No me cuentan mucho, no sé decirte. Pero estoy preocupada por ella —admite—. A pesar de lo que sois, de lo que habéis hecho, me cae bien. No quiero que sufran, ni ella ni su bebé. No me dejan visitarla y eso no es buena señal. Aunque imagino que, si el bebé corriera peligro, el médico me permitiría entrar.

Anne frunce el ceño. No es mucha información, pero agradece saber algo, aunque no sean buenas noticias.

Esa noche, un grito rompe el silencio de los pasillos de la cárcel. Anne se levanta del camastro de un salto y corre a la puerta. Comienza a aporrearla y a gritar, hasta que uno de los guardias abre el ventanuco y asoma la cara.

—¿Qué? —dice taciturno. Anne ni siquiera sabe su nombre: los cambian periódicamente, probablemente para que no se sientan atraídos por ellas. Como si pudiera seducir a alguien en ese estado.

—¿Qué le ocurre a Mary?

—No puedo decir nada.

—Por favor, por favor —suplica Anne—, por favor, dime qué le ocurre.

El guardia aprieta los dientes, pero se lee la confusión en su rostro.

—Read se ha puesto de parto —dice al fin. Cierra el ventanuco y se marcha.

Anne se sienta en el camastro, cabizbaja. Se levanta y pasea por el cubículo como una leona enjaulada. No pega ojo en toda la noche. No oye más gritos; espera que eso sea buena señal. La luz cambia, las sombras retroceden hasta quedar limitadas a las paredes de su celda, y la claridad invade el patio. Nadie dice nada; nadie se acerca a darle explicaciones. Ni siquiera la comadrona, por la que ha empezado a sentir algo parecido al cariño. Un par de horas más tarde oye ruidos al otro lado, abren el ventanuco y pasan una bandeja con algo de comida y agua. Ella se lanza hacia adelante, suplicando noticias, pero el ventanuco vuelve a cerrarse sin que una palabra surja de los labios del carcelero.

Ya debe ser mediodía cuando vuelve a escuchar ruidos. Se levanta de un salto y se acerca a la puerta. La ventanilla se abre de nuevo y es la cara del director la que aparece al otro lado. Anne se queda quieta. Ni una palabra sale de sus labios; sabe que eso no es bueno. El director la mira con lástima.

—Read y el bebé han muerto —dice, lacónico—. Lo lamento, Bonny.

Anne no puede creerlo; su preciosa Mary no. Mary no, no puede morir. Su visión se nubla y el aire le falta. Jadea, se dobla por la mitad, sujetándose la tripa, y suelta un grito tan desgarrador, tan animal, que se oye desde la calle, y los viandantes que pasan cerca de la cárcel se paran, sobrecogidos, preguntándose qué habrá ocurrido para que alguien sufra así. Las rodillas le fallan y cae al suelo. Las lágrimas le nublan la visión y llora a gritos, incapaz de contenerse. Anne Bonny, la famosa pirata, ha sido vencida por fin.

CAPÍTULO VENTINUEVE

El Revenge, algún lugar del Caribe, marzo de 1720

Desde ese momento, Anne y Mary se hacen inseparables. Van juntas a todas partes y se cubren las espaldas en los abordajes. Jack no dice nada, no se atreve a volver a poner en entredicho a Anne. La primera vez ha reaccionado bien, aunque si vuelve a dudar de ella, puede acabar con la polla metida en la boca y no quiere perder uno de sus miembros más preciados. No le gusta. Anne suele tocar a ese joven. Son contactos inocentes, pero contactos, al fin y al cabo.

Jack está mirando ceñudo cómo su mujer y el nuevo charlan mientras limpian las pistolas y afilan las espadas y los cuchillos. Hace tiempo que no ve reír así a Anne. Se levanta y va a intervenir cuando un grito rompe el aire.

—¡Barco a la vista!

Hace ya semanas que no tienen suerte, Jack empieza a pensar en recalar en Santo Domingo o en Cuba para abastecerse y descansar. Además, le gustaría ver a William, y sabe que a Anne también. Al menos no han vuelto a ver la bandera de Barnet en lontananza. Y una presa siempre es mejor que una retirada. Observa la embarcación por el catalejo. Un brillo traidor le indica que ellos también están mirando. Hoy lleva el pabellón español, el más común en la zona. Otros días pone el inglés, pero hoy precisamente lleva el español, igual que la balandra que observa.

—No tendrá mucha carga, y no sé si será espacialmente valiosa, pero es mejor que seguir esperando un gran golpe mano sobre mano. Parece llevar poca tripulación a bordo y apenas cañones, no debería darnos problemas.

Así que se dirigen hacia ella, y como la otra nave también va en su dirección, en seguida están lo suficientemente cerca como para apreciar más detalles y oírse de un barco a otro con las bocinas. Jack no ve ningún detalle que le dé más información; el nombre del barco no le dice nada, pero hay algo en él que no le termina de gustar. La cubierta se ve demasiado vacía, y el capitán demasiado tranquilo. Cuando están muy cerca, ve que alzan una bandera negra. Casi le dan ganas de reírse. Son piratas. ¡Piratas! Puta mala suerte.

—¡Son de los nuestros! ¡Alza la Jolly, que vean quiénes somos!

Jack no reconoce el diseño de la bandera del otro barco.

—¿Alguien sabe quién es?

Todos niegan con la cabeza. Jarrod interviene.

—Será alguien nuevo, no lo conozco. Y al barco tampoco.

—Está bien —advierete Jack—. No os descuidéis. ¡No dejéis vuestros puestos! Indica a los arcabuceros y a los hombres que no se dejen ver. No me fío un pelo.

Jack saca la bocina.

—¡Al habla el barco del capitán Jack Rackham! Entre hermanos no nos atacamos. ¡Seguid vuestro camino y tengamos paz!

No hay respuesta desde el otro barco.

—¡Ah del barco! ¡Exigimos una respuesta!

De pronto oye el chispeo de las mechas de los cañones. Están muy cerca, casi demasiado, y Jack grita:

—¡Cuidado! ¡A cubierto todos!

Los cañones de la balandra son pocos y pequeños, aunque a esa distancia pueden hacerles mucho daño. Los arcabuceros comienzan a disparar, pero es tarde. Por suerte, han tenido que ser tan rápidos y discretos prendiendo los cañones que no han podido apuntar bien. Uno de ellos impacta en la borda de estribor, cercana a la popa, y levanta astillas y polvo por todas partes. Otra falla, habían apuntado tan cerca que cae al agua sin rozarles. Pero otra lleva balas encadenadas y han apuntado al palo. Esa les hace un buen destrozo. Velas, aparejos, todo cae a cubierta en un revuelo de madera y tela que pilla debajo a tres de sus hombres. Jack mira preocupado hacia arriba; no podrán escapar rápido. No hay otra opción más que luchar. Le grita órdenes a un polvorilla valiente y ágil que siempre anda intentando demostrar su valía.

—¡Patrick, baja la Jolly y alza la bandera roja! —Hay un momento de silencio. No es una decisión habitual. Pero pronto los gritos de su tripulación, encolerizados e indignados, con ganas de venganza, le dicen que ha tomado una buena decisión—. ¡Arcabuceros, no dejéis que recarguen! ¡Cañoneros, sujetad bien los palanquines, no quiero ver ni un cañón suelto! Cargad y disparad, ¡que se jodan esos cabrones!

Desde el otro barco disparan para evitar la carga, pero sus tiradores son mejores. Anne tiene una puntería envidiable y abate a los enemigos antes de que estos puedan apuntar. Junto a ella, Mark y otros cinco hombres disparan sin parar todas las pistolas que les pasan recién cargadas desde atrás. Pero Jack sabe que ese ritmo no puede mantenerse mucho tiempo. Sus cañones escupen. Les hacen daño, pero no el suficiente. Así que ordena al timonel acercarse todavía más. De pronto, oye un fuerte crujido y el palo de la balandra contraria cae con estrépito sobre la cubierta. Jack hace un gesto de triunfo. Cuando sus bordas casi chocan, los ganchos, de uno y otro lado, cruzan el aire. Jack se huele que la batalla va a ser encarnizada. Valora lanzar los grandes abrojos sobre la cubierta, pero desecha la idea. En una lucha en cubierta sus puntas afiladas pueden hacer tanto daño a los enemigos como a los suyos, pues la mayoría van descalzos. Levanta su sable en alto, sin importarle las balas que zumban a su alrededor. El ansia de sangre se ha apoderado de él.

—¡Al abordaje! —ruge—. ¡Sin cuartel!

Sus hombres se lanzan como salvajes. Trepan, se sujetan a los cabos y tratan de cruzar al otro barco. Lo mismo pasa al otro lado, y las dos tripulaciones deben tanto evitar que los enemigos lleguen a su cubierta como conseguir ser ellos quienes pasen al otro barco. Las pistolas ya no sirven cuando todos están mezclados. Los hombres se cruzan por encima del agua, sujetos a las escalas y los cabos. Los cuchillos, los machetes, las hachas silban y hienden el aire, y los gritos de los heridos se mezclan con los chillidos de furia de quienes atacan. Busca a Anne con la mirada y la ve alcanzando ya la borda del otro barco, blandiendo su cuchillo con la mano izquierda y lo que debe ser su última pistola cargada en la mano derecha. De un certero disparo abate a un tipo inmenso que iba hacia ella. Después, utiliza el arma como un proyectil y lo lanza a la cabeza de otro hombre. Desenvaina un pequeño sable y, gritando, salta sobre la cubierta. Justo detrás, la pequeña figura de Mark, mucho más delicada que la de Anne, protege sus espaldas a estocadas de los marinos que tratan de cortar el paso. Ya con los primeros piratas de ambos bandos en las cubiertas contrarias, la batalla se divide en dos y Jack, luchando en el lado del *Revenge* para evitar que tomen el barco, pierde de vista a Anne. Suelta una maldición y raja de arriba a abajo a un hombre lleno de cicatrices que se abalanzaba sobre él. Lo aparta de una patada y sigue peleando.

En el otro barco, la situación es similar. Anne pateo, horada, raja y hasta muerde a quien se le pone por delante. Es sin duda su batalla más dura. Nunca antes había tenido que luchar contra sus

propios hermanos, piratas traidores que quisieran apresarlos. Se mueve como un torbellino. En un descanso, aprovecha para limpiar la hoja del arma en su chaqueta. La sangre resbala por el filo, gotea y la hace incómoda de manejar. También es la primera vez que Jack alza la bandera roja. Este ataque no merece otra cosa. No harán prisioneros, no tendrán clemencia, no dejarán a nadie con vida, y tal vez sólo el capitán sobreviva el tiempo suficiente para contestar algunas preguntas antes de acabar sus días de forma lenta y dolorosa. A su lado, codo con codo, Mary lucha como una leona. Es una guerrera increíble. Su experiencia en batalla la hace mortal y Anne se alegra de que sea ella quien esté a su lado.

—¡Ven aquí, puta! ¡Voy a darte lo que mereces!

Es un tío moreno y alto. Ya habrá cumplido los cuarenta y tiene un parche en un ojo, pero se le ve nervudo, fibroso y ágil, y la mira con un odio cerval. Anne sonrío salvaje, con la cara manchada de sangre ajena y unas ganas locas de seguir matando.

—No llegarás a viejo, cabronazo.

Sacude sus armas con un golpe seco. La sangre gotea y forma un pequeño charco en el suelo. Se enfrentan uno contra uno. Las armas chocan y el ruido metálico enerva a Anne, que quiere notar ya como su sable se hunde en carne humana. Lucha como una arpía, como una furia, y el pirata ve con confusión cómo va ganando terreno. Anne pone un barril entre ambos. El hombre trata de salvarlo, pero ella da una patada, tumba el barril y casi se lleva por delante a su contrincante. No lo tira, pero lo desequilibra. Anne aprovecha esa ventaja y se lanza hacia adelante. Hunde el cuchillo en su costado, pero el sable resbala sobre la espada del otro. Anne da un grito de frustración. Su enemigo se encoge sobre sí mismo, maldiciendo. Trata de mantenerse erguido haciendo uso de toda su fuerza de voluntad. Una mano sujeta la herida, donde la sangre comienza a empapar la camisa formando una mancha cada vez más grande.

Anne sabe que es cuestión de tiempo, pero tiempo es justo lo que no tiene. Por el rabillo del ojo ve a Mary rodeada de cuatro hombres y, aunque los mantiene a raya, no sabe cuánto aguantará. Así que vuelve la atención hacia su contrincante y fuerza un nuevo ataque. Todavía le quedan energías para resistirse y alzar su arma, que roza el brazo de Anne sin hacerle más que un pequeño rasguño. Pero ella le da una patada en la entrepierna y, cuando él se dobla con un grito, Anne aprovecha para lanzar un tajo en diagonal, abriendo su vientre. Asunto concluido. Lo deja tirado en el suelo, tratando de mantener sus tripas dentro del estómago con las dos manos.

Corre hacia Mary, quien ya sólo tiene a tres hombres a su alrededor. Anne le quita fácilmente a uno de ellos de encima. Es un crío sin apenas experiencia y cae enseguida bajo su filo. Otra cosa es el hombre que viene ahora a por ella, dejando a Mary con sólo un enemigo. A éste se le nota la experiencia. Le falta una oreja y media nariz. Se tientan con la mirada antes de comenzar a luchar. El hombre es un buen luchador y pone a Anne en aprietos. Necesita de toda su concentración para esquivar sus ataques y frenar sus estocadas. Maneja el sable con gran soltura y el puñal que lleva en la mano izquierda es peligroso. Por su forma de luchar, y por la cantidad de cicatrices que deforman su rostro, Anne supone que antes de dedicarse a la piratería estuvo en la guerra. Ella es buena, pero él es mejor.

Anne echa un rápido vistazo a su alrededor para ver si hay algo que le pueda ser de ayuda, pero en ese mínimo lapso de tiempo el otro se le ha lanzado encima y se ve en apuros para evitar ser ensartada. Con sus dos armas cruzadas aguanta la embestida. Se quedan a pocas pulgadas uno del otro, haciendo fuerza. Si él logra superar el bloqueo de Anne, su puñal le atravesará la garganta. Anne lo sabe, y en un intento desesperado, lanza su cabeza contra la nariz del tipo. La punta del cuchillo le roza el cuello, pero un desagradable chasquido le indica que ha conseguido

romperle lo que le queda de nariz.

El tío se echa hacia atrás, sangrando como un gorrino, pero no suelta su bloqueo. Anne saca toda la fuerza de su interior para empujar, y consigue moverlo hacia atrás lo suficiente como para volver a ponerse en guardia. Su contrincante sonrío en una mueca salvaje, los dientes manchados por la sangre que se escurre desde la nariz hacia la boca y la barbilla, y gotea en la camisa que hace muchos, muchos años fue blanca. Sus ojos no muestran miedo, sino una locura homicida que hace temer a Anne por su propia vida. Pero alza de nuevo las armas y la lucha sigue. No se conforma con el sable y el cuchillo, sino que trata de patear al otro en la espinilla, en los huevos, donde pille. En una de las fintas, que esquiva pasando por debajo del brazo del hombre y girando por su espalda, le lanza un bocado que no llega a ninguna parte.

—¡Vaya con la gatita, si muerde! —dice el hombre, riéndose. Anne ruge y vuelve a lanzarse. Pero él es pirata viejo y no es tonto, y barre sus pies de una patada, haciéndola caer. Ella lanza también la pierna en la caída, desequilibrándole, y acaban rodando los dos por el suelo. Él es más fuerte. Aunque Anne es alta y musculosa, no es rival para un hombre de ese tamaño. Él la tiene aprisionada contra el suelo y le da un puñetazo en el ojo. Su cabeza rebota contra la cubierta y se queda un poco aturdida, lo que él aprovecha para agarrarle con las dos manos la garganta y apretar, con intención de ahogarla. Anne sujeta las manos del hombre con todo su empeño, tratando de separarlo, pero sus fuerzas comienzan a agotarse. El aire comienza a faltarle y sus manotazos no encuentran un objetivo. El sable no sirve de nada y el cuchillo saltó de su mano al caer. Empieza a ver ya destellos negros y boquea buscando oxígeno, desesperada. Entonces, el brillo de un arma aparece en su campo de visión, y la sangre, espesa y caliente, le salpica la cara cuando Mary raja el cuello a ese cabrón y se lo quita de encima. Anne se incorpora, aspirando aire como si acabara de nacer, sujetándose la garganta ardiente con una mano.

—¿Estás bien? —pregunta Mary, sin dejar de mirar alrededor, en guardia.

—Mejor que nunca. ¡Vamos a acabar con todos estos cabrones!

CAPÍTULO TREINTA

Aunque la batalla está muy igualada, sus hombres van ganando terreno. Son mejores en la pelea, en general tienen más experiencia y luchan por su vida. Una bandera roja implica matar o morir. Anne no ve qué sucede en el otro barco, pero en este, los caídos son en su mayoría de la tripulación contraria y los hombres de Jack van ganando. Eso le permite luchar con un poco menos de brío y recuperarse de lo que acaba de suceder. Le gustaría ver dónde está Jack y cómo se encuentra.

Pasa el tiempo y, a cada momento, la lucha se inclina más del lado de los suyos. Los gritos de los caídos pidiendo clemencia se acallan rápidamente de un tajo. Cuando ve que en ese barco todo está acabando, quiere volver al *Revenge* para saber cómo está su capitán. Vuelve a cruzar los cabos como una equilibrista, seguida de cerca por Mary, que lleva una fea herida en la pierna y otra en el estómago. Cuando llegan de un salto a la cubierta de su nave, un rápido vistazo le muestra que la situación es similar. La pelea aquí sigue en su punto álgido, y localiza a Jack luchando con el capitán de la otra embarcación. Anne sigue peleando, abatiendo enemigos, recibiendo alguna herida sin gravedad. Jack lucha como un caballero, elegante y flexible. Su estilo es impecable, aunque no desdeña utilizar trucos sucios cuando son necesarios. Otros hombres se abalanzan a por él, pero ya tiene bastante con el capitán, al que se ve un experto espadachín. Así que Anne y Mary se apresuran hacia ellos, quitándole de encima a los nuevos atacantes. Jack le lanza un beso cuando la ve aparecer, sin hacer ni un sólo comentario sobre su cara, que seguramente ha tenido días mejores. Nota cómo se está hinchando su ojo. Apenas puede ver por él, así que supone que debe estar totalmente deformada. Pero eso no importa ahora, sino acabar con esa panda de traidores que no respetan a los hermanos del mar. Mary ensarta a un jovencito con el cuchillo, y al desensartarlo lo lanza contra otro de sus compañeros. Cae al suelo en un nudo de brazos y piernas. Anne siente que sus propios brazos son de plomo y casi no puede levantarlos ya. Con un último esfuerzo, clava su puñal en el único ojo sano del abuelo que le estaba atacando. Este cae hacia atrás, aullando, y lo remata de un tajo. Se agacha con una rodilla en cubierta, apoyada en su sable, jadeando, tratando de recuperar el aliento para poder continuar, cuando oye a Mary cerca de ella.

—Tranquila, esto ya ha terminado.

Anne levanta la vista, dando gracias a los cielos. Quedan algunos en pie, batiéndose desesperados, pues saben que no habrá perdón para ellos. No tardarán en caer, rodeados por sus compañeros. Jack ha conseguido imponerse al otro capitán. Ha seccionado los tendones de su rodilla de un corte y opta por apresararlo en lugar de matarlo. Así puede interrogarlo antes de acabar con él.

Lo atan al mástil y Jack le da un bofetón, y después otro. Le parte el labio, y él saca la lengua para probar su propia sangre, pero no dice nada.

—¿Por qué nos habéis atacado?

Él guarda silencio, obstinado. Jack le da otro bofetón.

—¿Por qué nos habéis atacado?

Se encoge de hombros.

—¿Y por qué no?

—Somos piratas. No nos atacamos entre nosotros. Va contra el código.

—También va contra el código llevar mujeres a bordo y no veo que eso te importe.

—Error. —Jack sonríe—. Va contra el código llevar a bordo mujeres disfrazadas de varón. Anne es una pirata como nosotros, parte de una tripulación que libremente la ha aceptado. ¿Quién eres?

—¿Qué más te da?

Jack empieza a cansarse de que sus respuestas sean otras preguntas. Le da un puñetazo en la barriga.

—¡Dime quién coño eres! —ruge.

El hombre tose y coge aliento, antes de hablar.

—Me llamo James. Edward James.

—Muy bien, Edward. Ahora me vas a decir por qué nos habéis atacado, o tendrás problemas.

—Ya tengo problemas —ríe él con una risa seca y carente de alegría—. Voy a morir de todos modos. ¿Para qué darte lo que quieres?

—Porque si no me lo dices —explica Jack, acercándose hasta tocar la nariz de Edward con la suya propia— la muerte te va a parecer un destino feliz y muy, muy deseado.

—¡Joder, vale! —El capitán no se lo piensa mucho—. En realidad, da igual. Llevamos un tiempo por estas aguas y no hemos tenido demasiada suerte.

—No te conocía —admite Jack, pensativo.

—Claro que no. Ya te digo que no hemos conseguido grandes presas. Apenas nos da para vivir. Entonces el gobernador Woodes Rogers nos ofreció el perdón, tierras y una bolsa de monedas si le librábamos de vosotros.

—¡Cobarde! —escupe Jack—. No tiene el valor de venir a por nosotros él mismo y tiene que mandar esbirros.

—Qué más da. El caso es que a nosotros eso nos venía muy bien. Era la oportunidad de poder retirarnos por fin de esta puta ingrata que es la mar y vivir tranquilos tierra adentro. Sólo teníamos que localizaros, atraeros, capturaros y llevar tu cabeza y la de tu zorra a Rogers. Los demás le daban igual.

—Bueno, entonces tal vez haya que darle a Rogers lo que quiere, y mandarle una cabeza. O tal vez algo más.

Jack muestra los dientes. Hace que sujeten el brazo de Edward James estirado y cercena su mano de un certero movimiento. James chilla como un energúmeno. Luego manda que estiren el otro brazo y corta también esa mano. Edward se desmaya, pero le echan por encima un cubo de agua y vuelve en sí.

—Se ha acabado para ti, capitán Edward James. Debiste elegir mejor a tus enemigos.

Dando una vuelta sobre sí mismo lanza el sable hacia el cuello de James. El arma penetra y corta carne, venas, huesos y tendones hasta clavarse en la madera del palo. La cabeza se queda en su sitio por un instante; luego se tambalea y cae. Jack manda meter la cabeza y las manos en un saco. Ordena buscar entre la tripulación algún herido con posibilidades de sobrevivir. Encuentran a un joven rubio con una herida en el abdomen. El cirujano le observa.

—No creo que sobreviva. Esa herida probablemente lo matará, pero no lo hará de forma rápida. Puede estar agonizando durante días, una semana tal vez.

—Tiempo suficiente —afirma Jack.

Se mete en su camarote y unos minutos después vuelve a salir, con un pliego sellado en las manos. Va dirigido al gobernador Rogers. Mete el pliego protegido por una tela en el saco. Ordena montar al chaval en una barca, una vez vendada la herida. Lleva agua y galletas como para

una semana.

—Si juegas bien tus cartas, chico —le dice—, tal vez sobrevivas. No te prometo nada, pero es más de lo que tenías hace unos minutos. Llega hasta Nueva Providencia y entrega esto al gobernador. Cuéntale lo que has visto aquí.

Una vez ha partido hacen recuento de daños. El barco tiene arreglo, no merece la pena cambiar de embarcación, pero ha perdido a muchos de sus hombres. Entre ellos Nadif el contramaestre. También Jarrod, el segundo oficial, está herido de gravedad. Es posible que sobreviva, pero lo hará con un brazo menos. El carpintero, afortunadamente, está vivo y entero, y podrá dejar el *Revenge* como nuevo. Jack ordena juntar todos los cuerpos de la tripulación de James en el barco enemigo.

—¿Rematamos a los heridos? —pregunta el intendente.

—No, no perdáis tiempo con ellos.

Amontonan todos los cuerpos en el barco y le prenden fuego. Cuando están seguros de que el fuego se extiende y va devorar la nave y todo lo que contiene, sueltan los cabos y se alejan.

Es el momento de ocuparse de sus muertos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Durante la tarde, el cirujano no da abasto a curar heridas. Él no ha participado en la lucha y se mantuvo escondido por orden directa del capitán, así que está en plenas facultades para ejercer su oficio. Pierde a algunos hombres más. Jack maldice por lo bajo. Su tripulación ha disminuido mucho más de lo previsto. Ha sido una masacre y más de la mitad han muerto, van a morir o han quedado inutilizados para el combate. Y, agravando las cosas, ni siquiera hay un botín que pueda cubrir las indemnizaciones.

Cuando el sol se está poniendo, todos aquellos supervivientes que aún pueden caminar se reúnen en cubierta. Han envuelto a los compañeros muertos en sudarios y los han colocado en fila. A aquellos que tenían familia reconocida se les ha sustraído todo el oro que llevaban encima: dientes, pendientes, cadenas... Todo ha sido debidamente registrado y guardado y se lo harán llegar a las viudas o los hijos cuando haya oportunidad. Los que eran almas libres serán lanzados al mar con todas sus pertenencias. Hay tres marinos agachados juntos a sendos cuerpos. Lloran amargamente, cogen las manos de los muertos y se despiden de sus compañeros caídos como un hombre lamenta la pérdida de un alma gemela. Son los *matelotes*, quienes han adquirido un compromiso para siempre con un compañero, hasta el punto de dar su vida por defenderle. Es el caso del joven pelirrojo que llora en silencio sujetando la cabeza cubierta de Nadif. Heredará sus pertenencias, pero eso no le consuela. Besa los labios muertos sobre la tela y deja con delicadeza la cabeza en el suelo. Toda la tripulación respeta su dolor en silencio. Cuando se ponen en pie, reciben palmadas en la espalda por parte de sus compañeros, o apretones en los brazos que pretenden consolar.

Jack carraspea, emocionado, y desenvuelve la biblia del paño con que la preservan de la humedad. Lee unos pasajes. Todos rezan una plegaria por las almas de los fallecidos, con la mirada agachada y el corazón encogido. Después, cuando el disco solar casi está desapareciendo en el horizonte, lanzan uno a uno los cuerpos por la borda. Los hombres con los que han luchado, con los que han convivido todo este tiempo, se alejan flotando en la inmensidad del agua azul, hasta que poco a poco se van hundiendo en las profundidades. Entonces sacan las botellas de ron, de grog, de cerveza y aguardiente y brindan y beben, celebrando que están vivos. Así es la vida pirata. Todos lo saben y todos lo aceptan. Nadie sabe qué ocurrirá mañana, pero esa noche el alcohol corre libremente. Se lo han ganado.

A la mañana siguiente hay otro asunto que tratar. Se han quedado sin contramaestre ni segundo oficial y hay que ocupar esos puestos. Todos saben que Anne es la mano derecha del capitán, pero ella rechaza cualquier nombramiento. Así pues, George Fetherson, un inglés de ascendencia sueca enorme y rubio, será quien ocupe el puesto. Tiene experiencia y sabe leer y escribir, lo que les viene muy bien a la hora de llevar las cuentas de los botines y raciones o de gestionar el funcionamiento del barco. Richard Corner es nombrado segundo oficial: su cometido será mantener en buen estado todas las velas y aparejos, y organizar la limpieza de la cubierta. Es hombre de pocas palabras, pero se muestra concienzudo con las tareas.

Recalan en una pequeña bahía en la que llevar a cabo las reparaciones precisas con rapidez, y pronto vuelven a hacerse a la mar.

Mary no deja que el médico le cure el estómago. Ni siquiera ante la insistencia de Anne, que

está segura de que será comprensivo cuando descubra lo que oculta bajo la camisa. Anne hace lo que puede y trata de lavarle las heridas, pero al día siguiente, Mary arde de fiebre. Ella está a su lado, poniéndole paños fríos en la frente, cuando Jack hace su aparición.

—Anne, ya está bien. ¡Joder! Dime ahora mismo qué coño te traes entre manos con este puto pirata, o yo mismo lo cortaré en pedazos delante de tus ojos.

—Jack, de verdad, no es lo que parece.

Jack ríe a carcajadas sin alegría alguna.

—¿No es lo que parece? ¡Qué original! ¿Y qué parece, si puede saberse? ¿Que estás poniéndole los cuernos a tu hombre delante de sus propios ojos y de los ojos de toda su tripulación?

—Bueno, no sé si lo parece, pero sí sé que es lo que tú crees que parece.

Jack se queda sin habla. Ni Anne sería tan desvergonzada de tratar con esa ligereza el asunto si fuera verdad. Así que se calma y decide dejar que se explique.

—Muy bien. Entonces, ¿qué es esto?

—No puedo decirte nada si Mark no me da permiso. —Anne niega con la cabeza, mirando a Mary.

—¿Pero qué coño...? —Jack está cada vez más estupefacto. Anne está tan tranquila, salvo por la preocupación que nubla sus ojos cuando mira a ese chico.

—Mark, escucha —Anne le habla con suavidad, casi con dulzura, y le da suaves palmadas en la mejilla—. Mark, tengo que decirle a Jack quién eres.

—No... —musita Mary, casi inconsciente.

—Mark, por favor. Vas a morir y lo sabrá de todos modos, y me odiará por no habérselo dicho antes.

Jack sigue el intercambio con los ojos muy abiertos, sin meter baza, curioso como una comadre. Además, no entiende por qué no ha pasado por el camarote del médico. Si le sigue subiendo la fiebre, no durará más de un par de días. Entonces Mark abre los ojos y le mira, con la vista confusa. Luego mira a Anne y asiente brevemente. Anne se levanta, coge la mano de Jack y la acerca al pecho de Mark.

—¡La hostia! —exclama el capitán cuando nota un pecho femenino bajo la camisa, aunque tarda unos segundos en retirar la mano. Anne le da un empujón, sonriendo.

—No pierdes ni una oportunidad, ¿eh, Jack? Deja la mano tranquila, bribón.

—Admito que esto sí que no me lo esperaba.

Jack está confuso. Ni por un momento se le ha ocurrido que Mark fuera una mujer. Teniendo en cuenta que la primera vez que Anne embarcó se camufló igual, eso le hace sentirse como un idiota. Aunque ahora tienen sentido muchas cosas que antes había achacado a una cierta excentricidad por parte de Mark.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que nos pillaste hablando en popa.

—¿Y no me lo habías dicho? —se indigna Jack. Anne se encoge de hombros.

—No era mi secreto y tú lo sabes. La he tratado de convencer para que lo cuente, pero es su decisión.

—Bueno... —Jack reflexiona, dudoso—. No sé si a esto se le podría considerar una ruptura del código. Y me atrevería a asegurar que, después de cómo has luchado este tiempo, sobre todo ayer, nadie quiere perderte a bordo del *Revenge*. ¿Puedo saber cómo te llamas? —Por primera vez se dirige a ella, y no parece especialmente enfadado.

—Mary —contesta ella con un hilo de voz.

—Muy bien, Mary. Tú serás la que decida si contarle a la tripulación o no, pero de lo que sí estoy seguro es de que no voy a ser el único en saberlo. —Se levanta decidido y se gira.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Anne, alarmada.

—Voy a buscar a Thomas. —Jack se gira y señala con un dedo la figura febril de Mary—. No puede seguir así, es mi responsabilidad cuidar de mis hombres. Ahora vuelvo.

El cirujano no abre la boca cuando acude a curar a Mary. Consigue bajarle la fiebre con unas hierbas y le da puntos en la herida del muslo. No va a ser él quien descubra a la joven y, además, qué más le da quién sea mientras luche bien y no ponga a nadie en peligro. Pero, por lo pronto, Mary no quiere decírselo a nadie más y Anne lo entiende. Ella se encuentra protegida por su relación con el capitán. Eso no significa que no sea capaz de defenderse sola, pero el respeto que le tienen los hombres a Jack hace que no sea necesario rechazar a nadie, pues nadie se atreve a acercarse con esas intenciones. Y aunque toda la tripulación respeta la experiencia de Read como veterano de guerra y admira sus dotes para el combate, saber que es una mujer puede complicar las cosas. Si ya como Mark tiene que rechazar proposiciones casi a diario, como Mary las cosas pueden tomar un tinte dramático. Así que todo sigue igual que siempre, salvo por el hecho de que vuelven a estar en las cercanías de Cuba y Jamaica y eso aumenta el riesgo de que les intenten dar caza.

La relación entre Anne y Mary se estrecha más aún. Una tarde en que se quedan solas en cubierta, viendo el sol ponerse, la mano de Anne cubre la de Mary.

—No llegué a darte las gracias por salvarme la vida —dice, después de carraspear para aclarar la voz. Mary la mira de reojo, pero continúa observando el cielo crepuscular, teñido de rosas y rojos.

—No es necesario. Tú hubieras hecho lo mismo por mí — dice Mary al fin. Luego calla, abre la boca y la vuelve a cerrar. Anne espera, paciente, sin retirar la mano. Al final, se decide—. Además, mis motivos fueron más egoístas de lo que crees.

Mary entrelaza sus dedos con los de Anne, cautelosa, esperando una reacción. Pero Anne sólo aprieta un poco la mano y espera. Entonces Mary se gira y queda de espaldas a la borda. Luego se acerca a Anne poco a poco, como quien se acerca a un perro miedoso, hasta que es Anne la que acaba por tomar la iniciativa y se lanza a por los labios de Mary. Se besan con suavidad y, al retirarse, ríen nerviosas.

—No sé qué me está pasando, Anne.

—Yo tampoco —admite la pelirroja—, pero ¡qué coño!

Vuelve a besarla, esta vez con más intensidad. El beso se hace más profundo y las manos recorren el cuerpo de la otra. Anne se encuentra los pechos vendados de Mary y gruñe de frustración.

—Espera —dice Mary, retirándose jadeante—. ¿Qué pasa con Jack?

—Jack... —Anne sabe que de alguna forma tiene que arreglar esto—. Jack es mi compañero, Mary. No puedo dejarle al margen. Lo comparto todo con él.

Sonríe insinuante y Mary le devuelve la sonrisa.

—Lo entiendo.

—¿Y te parece bien?

Mary asiente. Jack es un hombre muy atractivo, y uno de los capitanes pirata más conocidos. El único en activo actualmente, con Barbanegra muerto y Vane encarcelado. Quién no estaría de

acuerdo. Así que Anne decide preparar una sorpresa para Jack. Esa noche, Mary y ella se visten de mujer, llevan la cena al camarote del capitán y le esperan bebiendo vino. Cuando Jack aparece, tarda un poco en procesar lo que está viendo, pero en seguida se da cuenta de la jugada, y sonrío ampliamente. La luz de las lámparas hace brillar sus dientes.

—¿Es mi cumpleaños y no me he dado cuenta?

Anne se levanta, riendo, y echa los brazos al cuello de Jack.

—Algo así. Ven, cenemos.

Corre el vino y fluye la conversación. Después de cenar continúan bebiendo y riendo. Hace mucho calor y las pieles brillan por el sudor a la luz de los candiles. Pasan al lecho: Anne besa a Mary, luego a Jack. Jack se acerca a Mary, sujeta su barbilla con la mano y la besa también. Pronto son un caos de brazos y piernas y bocas y piel que sabe a mar. Duermen los tres entrelazados. A la mañana siguiente, Mary se vuelve a poner sus ropas masculinas y se escabulle del camarote sin que nadie la vea. Y así es como Anne se ve envuelta en la relación más extraña, intensa y satisfactoria que ha tenido nunca, donde la generosidad y el afecto priman sobre todo lo demás. Si alguien lo descubre es algo que ella no sabe ni le importa. La moralidad en la mar es difusa y los piratas tienden a no juzgar a sus semejantes.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Port Royal, Jamaica. 8 de abril de 1721

Anne está tendida en su camastro, con la mirada perdida en algún lugar del techo. Sin Mary no tiene fuerzas para continuar, ni por ella, ni por su bebé, ni por nadie. Tiene ganas de rendirse y dejar de sufrir. En su corta vida ha perdido ya demasiado.

La comadrona entra en la celda, le habla, pero Anne no escucha. No sabe qué dice y tampoco le importa. Intenta quitársela de encima cuando le coge el brazo, pero ella insiste. Al final, a regañadientes, tiene que volver al mundo, centrarse y prestar atención.

—Debes salir, Anne —dice—. No puedes estar aquí, el ambiente es insalubre. Come, por Dios, aliméntate y sal a que te dé el aire. Morirás, tú y tu hijo, si te quedas aquí.

—Hija —responde. La mujer está confusa.

—¿Cómo dices?

—Es una niña —dice Anne, tocando su barriga. Ya está muy grande, y sobresale de forma grotesca de su cuerpo, que ha perdido mucho peso en los últimos días. Tiene la cara demacrada, con los pómulos salientes y ojeras oscuras y profundas. La herida que le hizo Barnet ha curado bastante bien, pero una fina cicatriz le cruza la mejilla. El pelo está sucio, enredado y sin brillo. Su legendaria belleza se ha esfumado, parece simplemente una reclusa a la espera de dar a luz y ser ejecutada. La comadrona mueve la cabeza, impotente.

—Pues hazlo por ella, Anne. Te alimentarán a la fuerza si tú no lo haces. Cuídate, no puedes dejarte morir.

Anne se encoge de hombros, desdeñosa.

—No tengo motivos por los que vivir.

La buena mujer se planta frente a ella con las piernas separadas y los brazos en jarras. Su tono de voz sube y se endurece.

—¡Tonterías! Qué egoísta, qué absurda estás siendo no queriendo aceptar la realidad. Tus acciones te condujeron aquí; esto sólo es resultado de tus decisiones. Si quieres morir tú sola, ¡adelante! Al fin y al cabo, es el futuro que te espera. Pero tu hija es inocente, Anne. Lo único bueno que puedes hacer en tu vida, traer un alma nueva a este mundo, un alma pura, y tú quieres echarlo a perder. Nunca imaginé que de verdad serías tan despiadada como cuentan las historias, Bonny. Pero si estás dispuesta a dejar morir a tu propia hija, no eres digna de lástima. Ni siquiera de respeto.

Se da la vuelta y se va, sin decir una sola palabra más. Anne vuelve a quedarse inmóvil, pero pronto suspira, se incorpora, acerca la bandeja con comida y, despacio, comienza a masticar.

El Revenge, algún lugar del Caribe. Mayo de 1720

Una mañana, Patrick baja a gritos desde el palo mayor.

—¡Es Barnet, capitán!

Rackham suelta una sonora maldición y coge el catalejo que le tiende el joven.

—¿Es él? —pregunta Anne, preocupada. Jack asiente.

—Sí, es su fragata. ¡Maldito sea! Pensaba que lo habíamos perdido.

—¿Desde cuándo nos viene persiguiendo?

—Hace tres días que lo vi por primera vez —confiesa Jack—. No dije nada por no preocupar a la tripulación, pero por eso Patrick se pega el día allí arriba oteando.

—Yo no soy sólo parte de la tripulación, Jack —responde Anne. A su lado se encuentra Mary, con semblante preocupado—. Debiste habérmelo dicho.

—Lo sé —admite Jack, bajando la mirada—. Debí decírselo a las dos. Pero preferí callármelo y esquivarlo sin dar explicaciones. Fue mi decisión como capitán.

Ninguna dice nada. El capitán tiene la última palabra.

Jack da las órdenes pertinentes y hace virar el barco para dirigirse hacia las Caimán, alejándose así de Barnett, que viene de Jamaica. El corsario ha debido verlos, porque avanza más rápido de lo previsto, y pronto Jack no puede ocultar a su tripulación que están siendo perseguidos por un cazapiratas. Algunos sugieren ir a su encuentro y atacarle, pero Jack sabe que es un suicidio. Barnett gobierna una fragata de guerra de tres palos, dos cubiertas y más de treinta cañones, además de una tripulación muy superior en número a la suya. El *Revenge* es un pequeño balandro de un sólo palo y apenas doce piezas de artillería. Su ventaja radica en su velocidad, pero en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, estarían perdidos. Además, su tripulación quedó muy mermada tras la batalla contra Edward James, y no han estado en puerto el tiempo suficiente como para reclutar nuevos piratas. Los gobernadores del Caribe se han puesto muy serios en la lucha contra la piratería y cada día cuelgan a más hombres acusados de atacar buques ingleses. Ni siquiera Cuba es un puerto seguro, ya que los españoles están igual de hartos que los ingleses de su presencia en esos mares. Así que sus planes de desembarcar para poder ver a su hijo han quedado anulados una vez más. Sólo quedan unos pequeños reductos, como isla Tortuga, aunque para llegar a ella desde su posición tendría que pasar demasiado cerca de Haití y Cuba con el peligro que eso conlleva, o dar un gran rodeo pasando por todas las Antillas, Puerto Rico y Dominica. No, se quedarán donde están y se conformarán con pequeños altos en puertos francos para pasar una o dos noches de asueto, repartir y gastar el botín y abastecerse. En el mar estarán más seguros, aunque deban dar esquinazo a ese insufrible corsario.

Aprovechando su menor tonelaje y el viento a favor lo pierden de vista en unas horas. Jack imagina su frustración y lo celebra con Anne y Mary a solas en su camarote. Mary se marcha sin quedarse a pasar la noche y, al poco de que abandone el camarote, fuertes voces les hacen salir de la cama de un salto, calzarse los pantalones y salir descamisados y descalzos a la cubierta. Allí se encuentran a Mary enzarzada a gritos con otro marino, que bracea y brama muy enfadado.

—¡Si tienes algo que decir acerca de con quién comparto la cama, dímelo a la cara!

—¡Vaya con el señorito, qué selectivo! No le valemos los humildes marineros, no, él tiene que follarse al capitán.

—¡No tendrías una oportunidad conmigo ni aunque me bebiera todo el alcohol de la bodega, patán!

—O tal vez te tires a su mujer, quién sabe. Vaya zorra, ¿no le vale con un hombre en su cama?

—¡Cierra el pico o te lo cierro yo de un disparo, cabronazo! —Mary está fuera de sus casillas y busca ya la pistola con una mano.

Jack interviene, rápido. Los duelos a bordo están castigados con la muerte y quiere frenar esa discusión.

—¿Qué ocurre aquí? —ruge, con los brazos en jarras y las piernas separadas.

El pirata, un escocés borracho y medio loco llamado Noah Harwood lo mira y se calla, ceñudo. Jack mira a Mary, que cierra la boca con decisión y niega con la cabeza.

—En este barco están prohibidos los duelos a bordo. Si cualquiera de los dos saca un arma contra el otro, será lanzado por la borda con un buen peso atado a los pies.

El resto de la tripulación va congregándose en cubierta. Por los murmullos que llegan a oídos de Anne, Noah lleva persiguiendo a Mary casi desde que llegó a bordo y esta noche ha bebido más de lo recomendable. Anne casi siente ganas de reír. Mary tiene un aspecto tan delicado, a pesar de su fuerza y de su temple, que es un imán para algunos hombres que siguen creyendo que se trata de Mark. Llevan demasiado tiempo sin poder desahogarse a gusto. Quienes no encuentran divertimento a bordo acaban pagando su frustración y malhumor con los compañeros. Sabe que Jack se da cuenta de eso y está valorando el riesgo que supone atracar en algún puerto por unos días, a cambio de paz a bordo una temporada. Mira a ambos.

—¿Queréis continuar con esto?

Noah se encoge de hombros, pero Mary asiente.

—Está bien. Todos a dormir. Si alguien usa la violencia esta noche, no llegará a mañana con vida. Calculo que al atardecer podremos pisar tierra en las Caimán. Si todo está despejado, habrá un duelo en tierra, y luego repartiremos el botín y tendremos una semana libre.

Los hombres gritan, aplauden, silban y patean. ¡Una semana! Eso son unas vacaciones como Dios manda.

A la mañana siguiente avistan la primera de las islas de las Caimán. Jack, sin embargo, después de meditarlo, decide pasar de largo y seguir hacia Gran Caimán. Es más peligroso, pero también ofrece mayores posibilidades de ocio y esparcimiento. Conoce una cala escondida para ocultar el *Revenge* de miradas indiscretas. Quedan muchas millas y el viento sopla indolente, así que aún tardan un día en llegar. A la mañana siguiente, el timonel dirige al barco hacia la ensenada que Jack le indica. El barco puede llegar casi hasta la orilla y luego lo remolcarán. Aprovechando la parada quiere carenar y calafatear el casco, pues ya nota que la velocidad punta ha disminuido y, con los cazapiratas al acecho, necesita estar en plena forma por si hay que salir huyendo. Una vez en la arena, el *Revenge* es casi invisible para cualquiera que no sepa exactamente qué buscar. La abertura para llegar a la ensenada es estrecha y está totalmente rodeada de árboles. Desde tierra, el barco está oculto por tres colinas que rodean la playa de forma estratégica. Por si fuera poco, tienen la selva a un paso en caso de necesitar refugio si hay un ataque imprevisto. Sí, ese lugar es perfecto. Charles Vane le hizo un gran favor descubriéndoselo, el mamonazo.

Una vez desembarcan, bajan también el botín para contarlos y repartirlos. Pero antes, lo que todo el mundo espera. Mary ha estado muy callada todo el día anterior. Prácticamente no ha dicho ni una palabra, y Anne sabe que está pensando en algo importante. Los hombres preparan el terreno. Hacen las marcas y se colocan en círculo alrededor. Noah y Mary se colocan frente a frente, y entonces aparece Jack, con una biblia en la mano. Lee un par de pasajes acerca del perdón, y pregunta a ambos si quieren seguir adelante. Cuando los dos asienten, lee entonces otro pasaje del Antiguo Testamento sobre la venganza. Todos murmuran un Amén, antes de que Jack cierre el libro y lo entregue al intendente.

—Tenéis dos pistolas. Podéis dispararlas ambas y, si ninguno de los dos cae, continuaréis con la espada. Con la primera sangre, el duelo terminará y no habrá rencillas entre vencedor y vencido. ¿Está claro?

—Está claro —dicen ambos, sin dejar de mirarse.

—Bien. —Jack los coloca espalda con espalda y revisa las armas. No hace ningún gesto a Mary, nada que pueda indicar ningún tipo de favoritismo—. Todo correcto. Harwood, Read, sea cual sea el resultado, ha sido un honor teneros en mi tripulación. ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Ya!

Comienzan a andar a grandes pasos. Mary tiene una extraña sonrisa en la cara, y sujeta la pistola con una sola mano. Cuando dan los pasos oportunos y se giran, ella desgarró su camisa con la mano izquierda y deja sus pechos a la vista. Una exclamación surge de la garganta de toda la tripulación. Noah se queda mirando sin dar crédito, y Mary aprovecha la sorpresa para descerrajarle un tiro que impacta en su hombro y lo lanza contra la arena, sangrando. Jack entra en el terreno con un brazo en alto antes de que Mary saque la otra pistola.

—¡Alto! Se acabó la fiesta.

El cirujano se acerca a atender al herido, mientras Mary se gira mirando a sus compañeros con la camisa todavía abierta y el pecho sin cubrir.

—¿Alguien más quiere batirse conmigo? Todavía me queda un arma cargada, sin hablar de estos —dice palpando sus cuchillos—. ¿Alguien más?

Nadie dice nada. Nadie se atreve apenas a mirarla, pues temen su furia tanto como temen su experiencia con las armas.

—¿Seguro? ¡Qué lástima! —Mary guarda su pistola y se anuda la camisa como puede, lentamente, sin vergüenza.

Aunque nadie levanta la voz, Jack oye los murmullos entre la tripulación. Pasaron por alto una mujer, sobre todo una como Anne, que es un valor excepcional en cualquier barco pirata. Pero dos... no se trata de que Mary no sea buena pirata: ha demostrado su valía con creces y los hombres se sienten seguros con Read cubriéndole las espaldas. Aunque se sienten engañados.

Jack oye los comentarios de estupor, las voces contra el capitán que lo sabía y no dijo nada. Los hombres están agotados, todavía con la moral tocada por haber tenido que despedir a tantos camaradas y amigos. Han pasado ya un par de meses, pero perdieron a la mitad de la tripulación: una catástrofe excepcional. Mira los hombres que le quedan: no llegan ni a veinte, están sucios y muchos de ellos arrastran secuelas de las heridas de la batalla. Los golpes que han dado después de eso han sido pequeñas escaramuzas a embarcaciones de pescadores que apenas les han permitido sobrevivir. Necesitan sentirse vivos, necesitan algo que les de confianza en su capitán y les anime a seguir adelante. Y sentirse defraudados no es bueno. Sabe que el descontento es el primer paso hacia la insurrección. Tiene que hacer algo. Se adelanta y entra al círculo.

—¡Compañeros! —grita—. ¡Por favor, prestadme atención un momento!

Poco a poco se callan y se quedan mirando. Antes de que se haga el silencio, sólo roto por los quejidos de Noah mientras es atendido por el cirujano, oye comentarios acerca de su egoísmo al acaparar a las únicas mujeres a bordo. Va a ser complicado.

—Todos necesitamos un respiro, amigos, soy consciente de ello. Hemos pasado por mucho, hemos despedido a muchos amigos y compañeros en los últimos meses y estamos con los ánimos algo alterados —Jack ve a algunos hombres torcer el gesto—. Sé que ha sido una sorpresa para todos lo que se ha visto aquí. —No dice a qué hace referencia, no hace falta nombrarlo y, además, decirlo en voz alta sólo servirá para calentar más los ánimos—. Os juro sobre la biblia que yo lo ignoraba hasta hace no mucho. Pero, ¿sabéis qué? No me importó cuando me enteré.

—¡No te importó porque se metió en tu cama! —grita alguien sin poderse contener. Los murmullos vuelven a aparecer.

—¡Silencio! —ruge, enfadado. Hay veces en que hay que ser condescendiente, y otras en que hay que ser, sencillamente, el capitán—. No olvidéis quién es quién aquí. No me importó porque

Read es uno de los mejores hombres de mi tripulación, mejor que muchos de vosotros, escoria ingrata. Daría lo que fuera por tenerla luchando a mi lado en cualquier contienda. ¿Alguno de vosotros piensa diferente, panda de meapilas? ¡Se escandalizan las viejas beatas, no los piratas! ¡Y qué, si bajo su calzón no hay una polla! —dice, poniendo una mano sobre su propio miembro—. Ya está Boon con nosotros. ¿En qué cambia que Read no sea lo que esperábamos? —Los piratas guardan silencio, pero Jack ve que el enfado remite en las caras de muchos de ellos—. En la mar, como en tierra, cada hombre y cada mujer elige a quién se tira o quién se mete entre sus piernas. Lo siento, amigos, ahí no puedo hacer nada. —Abre los brazos en un gesto de disculpa arrogante y camina alrededor del círculo, para que todos puedan verle frente a ellos—. Si os disgusta no ser los elegidos, no volquéis vuestra frustración en mí, no tengo la culpa de haber nacido con esta cara. —Se escuchan unas tímidas risas que le demuestran que va por buen camino. Sabe que siempre puede confiar en su carisma—. Y si alguien no está de acuerdo con todo esto, si alguien quiere decir algo más, ¡que me lo diga ahora! —grita—. Que tenga los cojones de dar un paso al frente y decirme que pone en duda mi autoridad y mi valía como capitán. ¡Vamos! —Da una vuelta sobre sí mismo, buscando un gesto retador entre sus hombres, pero no lo encuentra. La mayoría se encoge de hombros aceptando sus palabras—. Bien, veo que habéis entrado en razón y sois conscientes de que nada ha cambiado. Nada, salvo que vamos a tener una semana en la que beber, comer y follar hasta reventar. ¡¿Tenéis ganas?! —se oyen entusiastas afirmaciones entre los hombres, que palmean y dan con los pies en el suelo para mostrar su conformidad—. Y os prometo, ¡sí, os prometo!, que cuando volvamos a navegar encontraremos la presa que merecemos, la que hará que todo lo que ha ocurrido hasta ahora valga la pena. ¡¿Estáis conmigo?!

—¡Sí, capitán! —el grito salió como uno solo de las gargantas de sus hombres.

—Pues entonces, ¡a celebrar se ha dicho!

Y eso es todo. No se vuelve a hablar de los pechos de Mary, no se cuestiona su pertenencia a la tripulación. Todos entienden, tras el enfado inicial, qué es lo importante ahí. Sigue siendo Read, el pirata, y su valía como guerrero está fuera de toda duda. Por lo demás, lo que no se nombra no existe.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Jack organiza turnos. Unos podrán acudir a George Town, a apenas dos horas a pie de la ensenada, para correrse las juergas que quieran. Otros deberán limpiar el casco, remendar velas y hacer las tareas que sean necesarias, y los hay que vigilan el entorno, pescan en el mar y cazan en el bosque para alimentar a la tripulación. Anne y él van a la ciudad más a tantear el ambiente que a beber, aunque celebran comprobar que todo parece tranquilo. Aun así, dejan instrucciones de que, si alguien sospecha de una trampa, desaparezcan discretamente y lleguen al barco asegurándose de que no los siguen.

Mary rechaza ir a la ciudad y acude a ver a Noah al camastro donde se recupera del disparo. Se le ha pasado el enfado y Noah, de hecho, se disculpa por sus groseras palabras culpando al alcohol. Vuelve a visitarlo al día siguiente, y al otro, y al otro, y pronto es obvio para Anne que ahí ha surgido algo totalmente inesperado.

—¿Conque ni aunque te bebieras todo el alcohol de la bodega, eh, Read? —Le dice riendo una tarde en que ambas aprovechan la relativa tranquilidad del océano para darse un baño, nadar y cazar tortugas para la cena.

Mary ríe, enrojece y desaparece bajo el agua. Cuando vuelve a emerger, lleva una tortuga en las manos que echa al saco que flota a su lado, amarrado a una piedra.

—Ha resultado no ser tan patán como yo pensaba.

Anne asiente. Mary se acerca y la coge por la cintura. Besa sus labios salados con suavidad.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Pues claro! —Anne no parece triste ni enfadada. Le devuelve el beso y después se aparta—. Hemos pasado buenos ratos juntos, los tres. Me alegro mucho de que hayas encontrado algo más.

De forma natural, Mary deja de pasar las noches con ellos. Sin embargo, la amistad que une a ambas mujeres se hace aún más fuerte si cabe.

Port Royal, 20 de abril de 1721

Anne se sienta en un banco que han puesto para ella en el patio de la prisión. Es una pena que los muros sean tan altos que casi no deje entrar el sol, pero al menos el aire no está tan viciado como en las celdas. Los dos guardias que siempre la acompañan están a poca distancia, de pie, esperando. Anne bufa; le parece absurdo que la sigan a todas partes, como si pudiera irse volando en cuanto apartaran la vista. Y menos ahora, que está tan torpe y pesada que ni siquiera puede levantarse del suelo de un salto. Ve aparecer por la puerta este del patio al director. Es un tipo bajito y regordete, bien vestido y con pinta de preferir estar en cualquier lado antes que allí, pero no cree que sea mala persona; en las pocas veces que lo ha visto le ha parecido educado y respetuoso.

Se sienta a su lado, aleja a los guardias con un gesto de la mano y pasa los dedos por su bigote, mirando al frente.

—¿Cómo te encuentras, Anne?

Ella se encoge de hombros. Nota como él la observa. Su aspecto ha mejorado desde que volvió a levantarse de la cama, a moverse y a comer con normalidad. Su pelo ha recuperado algo del brillo y ha ganado peso. Además, ahora la alimentan mejor y le dan comida más nutritiva para asegurarse de que el bebé se desarrolle bien.

—Me alegra ver que te estás recuperando.

—No había mucho más que pudiera hacer, si no quería terminar como Mary.

El director carraspea.

—Siento mucho lo de Mary, Anne. —Ella se gira y lo mira, escéptica—. Lo digo en serio. La pérdida de vidas siempre me entristece, aunque parezca mentira. Me enorgullezco de tratar bien a las presas embarazadas, y de que traigan al mundo niños sanos que puedan ser ciudadanos respetables en el futuro. —Anne ríe entre dientes—. Me ocupo de ellos, Anne. Les busco buenos hogares, donde los quieran y los traten bien. Me gustan los niños. Mi esposa y yo... —carraspea de nuevo—. Mi esposa y yo nunca pudimos tener niños. Así que adoptamos a los gemelos de una presa que murió hace unos años, y nada nos ha hecho más felices que poder criar a nuestros hijos sabiendo que los hemos salvado de un futuro incierto.

—¿Qué quiere?

Anne sabe que no ha ido allí sólo para contarle su vida. El director medita unos instantes, y luego habla.

—Quiero darte una oportunidad, Anne. Quiero que puedas ser tú misma la que críe a tu hijo, y que puedas hacerlo en libertad. Pero para ello, necesito que colabores conmigo.

—Quiere que le diga dónde está el botín del *Revenge*.

—Sí, eso sería un buen comienzo. —El director ríe bajito, como si estuviera haciendo un chiste—. Nos vendría bien algo de ayuda, no voy a negarlo.

—No lo haré, director. No voy a darle a Barnet esa satisfacción, así me cueste la vida.

El hombre suspira.

—Es una lástima.

Anne idea un plan. Ya tenía los esbozos, pero allí, en ese banco, y en apenas unos segundos de silencio, planea cómo salir de esa prisión que la ahoga.

—Podríamos llegar a otro tipo de acuerdo.

El director la mira, sin decir una palabra. Ve cierta confusión en sus ojos.

—No pienso revelar a Barnet la situación del botín, pero yo sé dónde está, por supuesto. Si pudiera salir de aquí... si alguien me ayudara a salir, podría compartir con él parte del botín.

—Eso que me propones es totalmente ilegal, Anne.

No levanta la voz, pero no le gusta la idea. Su cuerpo se ha tensado y el tono rezuma desaprobación. Es un hombre íntegro. Puede ser difícil de convencer, pero si lo consigue, será un socio de fiar.

—Lo sé. Pero ya sabe cómo son estas cosas —continúa Anne, sin dejar de mirar al frente—. La vida no es justa. Nos empuja a algunos a pasar al otro lado de la ley para conseguir vivir una vida libre de ataduras, y nos cubre de cadenas por eso mismo. Y a los que están a este lado, a los buenos, tampoco les va mucho mejor. Aun quienes tienen más suerte que otros y llevan una vida más acomodada —dice señalando ligeramente al director—, incluso ellos son sólo esclavos. ¿De verdad le gusta este trabajo, director? ¿Se siente bien aquí, rodeado de tanta miseria y tanta muerte?

Él guarda silencio, pero Anne sabe la respuesta.

—Si alguien me sacara de aquí... si alguien me ayudara a salir, podría escapar de esa rueda infernal. Con el dinero que yo le diera, con sólo una parte del botín, podría comprarse una bonita casa en su lugar favorito del mundo, dejar un trabajo odioso y trasladarse con su familia allí. Podría comprarle preciosos vestidos a su mujer y enseñar a sus hijos que la vida puede ser hermosa. ¿Se lo imagina, director? ¿Cómo sería eso?

—¿Y qué garantías tendría esa persona, en el hipotético caso de que accediera a ayudarla? — pregunta el director con voz débil.

—Mi palabra. —Anne se gira ligeramente hacia él—. Seré una pirata, pero nunca, jamás, he faltado a mi palabra. No puedo ofrecer otra cosa como garantía.

El hombre mira al frente. Frunce el ceño, pero luego se relaja. Incluso cierra brevemente los ojos, tal vez permitiéndose imaginar una vida luminosa lejos de toda esa sordidez. Sacude la cabeza, se levanta del banco y se va, sin decir nada. Anne se queda pensativa. No tiene ni idea de cómo se ha podido tomar su oferta. Es un buen hombre, de los que todo lo hacen según las normas. Pero al mismo tiempo... Bueno, no tiene sentido preocuparse. Ya se enterará. Anne se levanta y continúa el paseo, con sus guardaespaldas a apenas dos pasos de ella.

Gran Caimán, Islas Caimán. Septiembre de 1720

El botín se gasta, los hombres vuelven a quedarse sin blanca, y el *Revenge* está limpio y engalanado como si estuviera recién botado. Una semana después de llegar a Gran Caimán, parten de nuevo en dirección norte, con la esperanza de interceptar algún galeón español que haga escala en Cuba antes de partir a la metrópolis cargado de las riquezas del continente americano. Pero justo al salir de su refugio se topan, casi proa con proa, con la nave de Barnet. Está claro que de alguna manera se han enterado de su escondite e iban a capturarlos. Por fortuna, la sorpresa es mutua, pues Barnet no esperaba que estuvieran ya en marcha. En el revuelo que se monta, Jack trata de alejarse lo más posible y virar para no ofrecer su flanco a Barnet. Si pierde tiempo cargando y disparando su artillería, le dará tiempo a él para hacer lo mismo y pueden acabar muy mal parados. Así que despliegan todas las velas, rezan a todos los dioses y disparan las piezas de popa mientras huyen. Cuando suenan las mechas enemigas, todos se encogen. Catorce cañones disparan en su dirección, aunque por suerte los artilleros no han tenido tiempo de apuntar y la mayoría de proyectiles caen a su alrededor. Apenas dos o tres impactan en el *Revenge*, pero no parece que hagan grandes destrozos. Astillas de madera saltan por los aires, pero no tocan los palos ni abren vías de agua.

Jack suelta el aire imperceptiblemente. Todavía no están a salvo. Se alejan veloces; saben que aún pueden lanzar otra andanada desde la fragata. Por suerte, Jonathan Barnet no se contenta con hundirlos. Quiere capturarlos, así que olvida los cañones y vira en su dirección para empezar la persecución. Anne se yergue orgullosa en la popa, mirando la figura en la proa del otro barco, que sin duda es Barnet.

—¡Que te jodan! —grita al aire, levantando la mano derecha con el dedo del medio erguido. Imagina que no llega a oírle, pero quien si la oye es Jack, que ríe a carcajadas. La coge por la cintura y le planta un beso en los labios. Hay un destello desde el otro barco, y Anne espera que el capullo de Jonathan estuviera mirando por el catalejo en ese momento.

El *Revenge* es más rápido y ligero, y pronto es evidente que conseguirán escapar. Pasadas unas horas en las que de forma progresiva van aumentando la distancia con Barnet, este da fin a la caza. Lo celebran brindando y bebiendo y durante unas semanas disfrutan de relativa tranquilidad, aunque Jack no baja la guardia. Cada vez que ve una vela a lo lejos se acerca con prudencia antes de decidir atacar.

Una tarde, Mary se acerca a Anne y le dice que Noah y ella han pensado casarse. Anne está encantada. Hace tiempo que no tienen algo bonito a bordo, desde el último *matelotage* que ofició Jack, y la tripulación está necesitada de distracciones ante la amenaza constante de Barnet. Jack también aprueba esta boda y dos días después, por la mañana, cerca de Santiago de Cuba y con un sol radiante de lo alto del cielo, Noah y Mary se dan el sí quiero. Mary se ha puesto un vestido y lleva conchas en la corta melena. La tripulación silba y patalea cuando la ven. También Anne lleva falda, y el pelo desenredado y bien peinado. Dios sabe las horas que le ha costado quitarse los nudos. El novio ha lavado su camisa para la ocasión y Jack ha sacado la chaqueta de terciopelo rojo que tanto le gusta y el sombrero verde de plumas, que le da un aspecto regio. Coge la biblia que guarda con celo envuelta en un paño y comienza a hablar.

La ceremonia es breve y muy bonita. A Anne siempre le ha sorprendido lo religiosos que pueden llegar a ser los piratas, cuando su respeto por todas las demás normas establecidas es poco más que nulo. Pero como siempre que el capitán saca la biblia, todos rezan juntos, se perdonan los pecados y limpian sus almas. Por si acaso. En esta ocasión Anne ve por el rabillo del ojo a más de uno de aquellos individuos, gente curtida en el combate que no duda en destripar a otros hombres ni en matarlos a golpes, secarse con disimulo una lágrima que escapa por la esquina del ojo. Noah mira a Mary con adoración absoluta y Mary responde con una sonrisa deslumbrante. A partir de ese momento se cuidarán el uno al otro en combate, se cubrirán las espaldas y, si uno muere, sus bienes pasarán al otro. Al terminar, todos disparan sus armas al aire y brindan y bailan. Sacan a cubierta los instrumentos que llevan a bordo y, cuando los recién casados deciden retirarse, el capitán les cede por esa noche su camarote. Jack y Anne dormirán en sendas hamacas bajo cubierta. La fiesta continúa hasta después de ponerse el sol, pero cuando ya está oscuro Jack manda apagar las lámparas y seguir la juerga en la bodega. En alta mar es peligroso dejarse ver y más en sus circunstancias. Aun así, Jack y Anne suben a cubierta con una botella. Se apoyan en la borda, mirando al mar en calma, en cuya superficie reflejan los destellos plateados de la luna llena de principios de septiembre, que ilumina lo suficiente para no necesitar luz adicional.

—¿Qué crees que va a pasar? —pregunta Anne. No hay miedo en su voz, sólo curiosidad.

—No lo sé —también la voz de Jack es tranquila, tal vez un poco turbia por el ron, la cerveza y el grog que lleva bebiendo todo el día—. Esta vida es corta. Nadie que no acepte un indulto llega a viejo, pero eso nunca me ha interesado. Un indulto te pone bajo control del gobernador, y ya no vuelves a ser libre jamás. Esto... —Señala a su alrededor, al cielo, al mar, a Anne—. Esto merece la pena. Prefiero unos pocos años vividos en libertad.

—Entonces, ¿no crees que tengamos posibilidades?

—¡Claro que sí! Sólo Barnet nos persigue con tanto ahínco. Hornigold y el resto son viejos compañeros: nos darán caza si nos ponemos a tiro y, si no, no nos molestarán. Pero Barnet se lo ha tomado como algo personal.

—Es algo personal —murmura Anne.

—Bien, y eso sólo lo hace más persistente. Pero así es más divertido. —Jack hace una mueca con la boca—. Cuento con darle esquinazo durante unos meses. Buscaremos una buena presa, una

lo suficientemente grande para podernos retirar, y nos iremos a Cuba a recoger a nuestro hijo. ¿Qué te parece? Podremos navegar cuando nos apetezca un poco de acción, para divertirnos.

—Me parece una gran idea... si lo logramos.

—Espero que lo consigamos —dice Jack—. Aunque hay que estar preparado para cualquier desenlace. Si fracasamos, si Barnet nos captura... lo único que digo es que habrá valido la pena.

Anne asiente. No le da miedo la muerte. No más que el miedo que le daba una vida aburrida y monótona como esposa y madre en Charleston. Pero espera escapar de las garras de Jonathan y poder hacerse vieja con Jack en alguna hacienda en la que poder ser ella misma y no lo que la sociedad espera que sea. Cuánto ha envejecido en unos pocos años. Jack la observa atentamente, intentando adivinar sus pensamientos. Se acerca a ella y acaricia su cara. Anne rodea su cuello con los brazos. Acaban tumbados en la cubierta, haciendo el amor bajo la luna llena.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Port Royal, 25 de abril de 1721

Anne lleva seis meses en esta prisión. Seis putos meses en los que apenas ha respirado aire fresco o sentido los rayos del sol en su cara. Seis largos meses en que todo aquel que le importaba ha muerto. Su mano se posa sobre su vientre, que se siente enorme. Todos no. Ella sigue ahí, y por ella Anne sabe que hay que hacer sacrificios. No está segura de si el director entrará al trapo o no. Parece abierto a negociar, pero aún no ha dado una respuesta. Se le nota triste por la muerte de Mary. «¿Y a él qué le importaba Mary?», se pregunta Anne. Mary es, era, una chica muy lista. Tal vez se hizo querer por ese hombre, aunque no le sirvió para recibir un trato lo bastante bueno como para no morir de fiebres.

Anne comprende que no debe jugar todas sus cartas a que el director acceda a ayudarla. Debería volver a escribir a su padre. Decirle que acepta sus condiciones, o tal vez intentar librarse del convento prometiendo algo que la convierta en una buena chica a ojos del viejo. Siempre ha creído que la libertad es lo más importante, más incluso que la muerte. Pero ahora que ve la muerte tan cerca, piensa que tal vez la libertad está sobrevalorada. Ya la ha saboreado, ya ha vivido más que la mayoría de la gente en el doble, el triple de años. Está cansada. Tal vez es momento de replantearse las cosas; la idea de una vida tranquila cuidando a su hija no se le hace tan extraña.

Anne se sienta en el pequeño escritorio de su celda. Las condiciones han mejorado desde la muerte de Mary. Sale al patio cuando le apetece, la comida es mucho mejor y dispone de un escritorio, papel y pluma para comunicarse con el exterior. No sabe cómo ponerse; la barriga le impide llegar con comodidad a la mesa, pero se acomoda como puede y moja la pluma en la tinta.

«Querido padre:».

Anne para. Deja la pluma y se queda un largo rato mirando al infinito. Suspira, vuelve a coger la pluma y la acerca al papel. En seguida, en un arranque, la vuelve a dejar, arruga el papel y lo arroja al otro lado de la celda, con un grito. Se levanta y pasea de un lado a otro agitando las manos en un diálogo interno. Pasado un rato se vuelve a sentar. Toma otro papel, moja la pluma de nuevo y escribe de corrido, sin una pausa, con el ceño fruncido y expresión de concentración. Cuando termina vuelve a suspirar: no le gusta lo que acaba de hacer, pero qué supone una pequeña concesión comparada con salir de allí. Espera que sea suficiente para su padre.

El Revenge, algún lugar del Caribe. Octubre de 1720

Anne está de nuevo embarazada. Ya lo sospechaba en la boda, pero hoy está totalmente segura. Cuando se lo dice a Jack, este guarda silencio. Ahora, lo que trata de arrebatar de las garras de Barnet no es solamente su vida sino la de toda su familia. La idea de retirarse cobra entonces una

mayor importancia. Mary se echa a llorar cuando se entera; resulta que ella también está embarazada y sabe que no puede parir y criar a un hijo en un barco pirata. Noah está como loco por dar un último golpe y poderse retirar y a ella le llena de alegría poder compartir esto con Anne. Y una vez más, la fortuna les sonríe. La gran presa que Jack anhelaba ha hecho su aparición.

Tras escapar de Barnet dos veces más, una cerca de Kingston cuando iban a aprovisionarse y otra en mitad del mar tras un pequeño ataque, la tripulación se siente eufórica e invencible. Así que cuando ven ese galeón español dirigirse hacia La Habana desde Veracruz, saben que va repleto de tesoros: plata, oro, cacao, gemas preciosas... Es su gran oportunidad. En La Habana se reunirá con el resto de la flota de Indias para emprender el viaje de regreso a España, y entonces serán demasiado fuertes. Pero ese viaje tan corto no entraña en principio demasiados riesgos: el galeón confía en su tamaño y su fuerza de ataque para disuadir a los piratas, y ni siquiera debe llevar muchos hombres a bordo. Los justos para maniobrar la nave y atender a la artillería, y tal vez algún soldado, pero muy lejos del número que recogerán en Cuba hasta completar los cien hombres que deberían ser al menos para cruzar el océano. No cuentan con que ese pequeño balandro que muestra también pabellón español y se les acerca amigablemente pretenda abordarlos. Es una locura, pero la tripulación de Rackham se sienten los favoritos de esa zorra caprichosa que es la suerte. Así que cuando el barco se acerca desde la proa, el galeón no hace nada. No aminora, no se comunica, no trata de aumentar la velocidad. El coloso de los mares sigue su marcha, imperturbable, seguro de su supremacía, confiando en que ese pequeño barco se apartará de su camino si no quiere ser arrollado. Pero entonces, cuando están realmente cerca y el capitán español se asoma a la proa para señalarles que se quiten antes de que sea demasiado tarde, el pequeño David vira bruscamente, se pone al costado de Goliat y enarbola la bandera pirata, lanzando una andanada de cañonazos. Su artillería no hace un gran daño al buque, pero la Jolly Roger inspira temor. Si están tan locos como para atacarlos, tal vez no tengan piedad si consiguen abordarlos. Jack se asoma mientras su tripulación ya comienza a disparar contra los artilleros que se dirigen a los cañones y los demás aprestan los ganchos y las chinchetas. A través de la bocina, grita:

—¡No carguéis los cañones! Soy Jack Rackham, y mi tripulación está sedienta de sangre. ¡Defendeos y os juro por Dios que alzaré la bandera roja y no habrá cuartel para ninguno de vosotros!

—¡Os arrancaremos el corazón del pecho y nos los comeremos estofados! —grita uno de los artilleros, enseñando una atroz sonrisa de dientes afilados, huecos negros y piezas de oro.

El resto de los piratas gritan y patean. El capitán español está atónito. Nunca se había encontrado en una situación así. Su intendente le susurra algo al oído. Desde la distancia a la que están Jack ve que el capitán apenas cuenta con veinte años de edad. Probablemente su padre sea algún ricachón español que haya exigido la capitanía para su hijo, que no está preparado para enfrentarse a este tipo de situaciones. Jack espera que haya entre los tripulantes algún superviviente de otro ataque pirata y pueda convencerlo. Si cargan los cañones y disparan, el daño será irreparable. Aunque ven a su gente tan segura, tan fiera y su fama se ha extendido tanto que no quieren arriesgarse a que ondee la bandera roja. Si consiguen llegar hasta la cubierta española, puede ser una orgía de sangre y muerte. El español se muerde los labios, indeciso, pero al final asiente y con un gesto ordena algo al intendente, que corre hasta el pie del palo mayor, saca una bandera blanca y la ondea desde la borda, frenético. Los piratas ya han lanzado los ganchos y están a punto para el abordaje. No hace falta disparar; todos los marineros se sientan obedientes en el centro de la cubierta, con las armas a distancia en un montón, y bajan la mirada

tratando de que los atacantes no se sientan desafiados. Estos saltan a bordo entre alaridos y risotadas. Cuando registran el barco y llevan a cubierta todos los tesoros, se abrazan y gritan, emocionados: las maravillas que ven sus ojos los harán ricos de por vida. Las piedras preciosas reflejan la luz del sol en mil arcoíris multicolores, las barras de oro y plata se desparraman en montañas informes y los sacos de cacao y especias son multitud. Hasta Jack es incapaz de evitar que un grito de triunfo salga de sus labios, y abraza a Anne, enfervorecido.

Pasan todas las riquezas al *Revenge*, lanzan al mar la munición de los cañones y se quedan con todas las armas españolas. Desarmados y sin carga, devuelven el barco a su capitán. Los dejan a todos maniatados para tener tiempo de escapar. La fiesta a bordo es apoteósica. Al día siguiente, bajo los efectos de la resaca, o directamente borrachos todavía, debaten qué hacer con el botín. George no levanta la vista del libro de cuentas, contando, anotando, dividiendo. Sin embargo, cuando están haciendo el reparto, la voz de Patrick llega desde lo alto del palo mayor.

—¡Barnet a babor, capitán!

Jack se levanta de un salto y corre a la borda. Anne le alcanza el catalejo.

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder! —Jack está tan enfadado que casi no le salen las palabras—. ¡Mierda! ¡Ese puto Barnet no tiene el menor sentido de la oportunidad! ¡La madre que lo parió! ¡Se acabó el reparto! —grita a la tripulación—. ¡Todos a sus puestos!

Jack grita órdenes, despliegan todas las velas, ruegan a los cielos por fuertes rachas de viento y tratan de alejarse de la fragata, que por lo pronto parece ganarles terreno. Ellos son más rápidos, pero ahora mismo van muy cargados. Durante unas horas la persecución no se decanta a favor de ninguno de los barcos. Jack ordena tirar por la borda todo el cacao y las especias; al fin y al cabo, son el oro y las piedras preciosas lo que de verdad les vale. Poco a poco, gracias al viento y a las corrientes, el *Revenge* va ganando ventaja. Al anochecer, parece que Barnet abandona, pero Jack sabe que no se va a dar por vencido tan fácilmente.

—Tenemos que buscar un lugar donde desembarcar el botín —comenta a la tripulación. Nadie dice nada. El capitán tiene razón—. No podemos seguir con este peso o nos atraparán por la mañana. Ese fantoche hijo de las mil putas no anda lejos. Estamos a su alcance todavía, y seguro que nos tiene localizados. Pero yo conozco bien la zona y puedo guiarme por la luna, mientras que Barnet no sabrá por dónde ir. Estamos cerca de El Racimo.

—El Racimo es muy peligroso —dice Anne, preocupada.

—Jack tiene razón, Boon —interviene otro pirata—. Es una locura, pero es lo único que puede salvarnos. Si no nos movemos ya, nos cazarán como a ratas. Y yo no quiero tirar todo este tesoro por la borda. No ahora. Si salimos bien de esta, con mi parte del botín podré retirarme y casarme con Sarah.

Anne sonríe. Los encantos de Sarah, la fulana de la calle de Anne, nublan la razón de más de uno de sus compañeros. Pero ella tampoco quiere renunciar al botín y, desde luego, no quiere acabar sus días al final de una soga, y mucho menos ahora. Su mano acaricia en un gesto apenas perceptible su tripa y nota la mirada de Jack fija en ella. El Racimo... Como su propio nombre indica, es un racimo de islas, islotes y cayos que se encuentran entre Jamaica y Cuba y que son conocidas apenas por un puñado de hombres. Están fuera de las rutas comerciales y son un buen sitio para fondear y reparar el barco cuando se necesita discreción. Algunas son simples bancos de arena, pero otras tienen palmerales, colinas y playas más extensas. Sería una buena opción, si no fuera porque allí las corrientes son traicioneras, los bancos de arena pueden hacer encallar a un barco poco atento y algunos pasos son demasiado estrechos para naves mayores que un balandrín. Sólo un timonel experto, que conozca la zona, y un capitán competente pueden asegurar que el

barco saldrá del Racimo tan entero como entró. Ellos sólo han estado un par de veces, aunque Jack frecuentaba la zona cuando navegaba con Charles Vane. De noche es una completa locura. Suspira y asiente.

—Si nadie tiene ninguna otra objeción, nos dirigiremos allí —dice Jack—. Iremos al Racimo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Los hombres se preparan para lo que les espera.

—Conozco un islote cubierto de palmeras donde podremos enterrar el tesoro —dice Jack—. Una vez estemos ligeros, intentaremos escapar de ese puto Barnet de una vez por todas. Habrá que estar una temporada fuera de esta zona, si el cabrón no nos deja en paz.

Los marineros asienten y, en el mayor silencio posible, tratan de alejarse. Hay luna menguante y la luz todavía es suficiente para navegar, aunque Jack duda que Jonathan se atreva a seguirles. Lo más probable es que se huela una trampa y crea que le dirigen a una zona de bancos de arena o rocas. Al fin y al cabo, él lleva apenas tres años por esa zona mientras que muchos de ellos han nacido y crecido aquí. Así pues, se alejan sin que nadie los siga y poco después se ven en la sombra las siluetas de los primeros relieves sobre el mar. Jack releva al timonel. Sólo él conoce lo suficiente el Racimo como para arriesgarse entre esos pasos e islotes. Toda la tripulación guarda un silencio sepulcral. Timonel, segundo oficial y carpintero están asomados a babor y estribor calculando las distancias a la luz de la luna para avisar si se acerca demasiado a alguna roca. Mary está en la proa, encaramada al bauprés, forzando la vista todo lo que puede. Anne está al lado de Jack, ofreciendo su silencioso apoyo a un capitán que se muerde el labio con una concentración mayor de la que Anne le ha visto nunca. Su frente está perlada de sudor y mira adelante como si tratara de reproducir en su mente un plano que los salve del desastre.

Sólo se oye el lento batir de las olas contra las rocas, y el sonido del casco deslizándose sobre las aguas. En un momento dado, el barco roza una roca y parece que va a encallar. El chirrido agudo hace que todos contengan la respiración y, cuando un ágil movimiento de timón por parte de Jack les permite continuar la marcha, sueltan el aire en un suspiro de alivio. Los islotes se suceden a ambos lados. Un banco de arena blanca lanza destellos abriéndose paso por entre las aguas negras en la noche. Jack gira a babor y bordea el banco, para entrar en una zona un poco más abierta, como un gran lago marino, en cuyo centro destaca la silueta de una isla más grande, cubierta de palmeras. Jack la bordea hasta una zona en que se acerca tanto que casi pueden saltar a tierra directamente. Ordena echar el ancla y bajar las barcas al agua.

Cargan el botín y, a golpe de remo, salvan el último tramo hasta llegar a la orilla. Nadie queda a bordo; Jack no quiere que algún arrepentido decida intentar salir de allí con el *Revenge* y venderle a Barnet. Entre todos acarrear los baúles y bolsas hasta llegar a un pequeño claro que puede servirles. El capitán apunta el camino hasta allí y deja señales para no perderse cuando decidan volver. Los troncos de las palmeras esconden discretas flechas grabadas en sus cortezas, invisibles para todos salvo para quienes sepan qué buscar. Hacen turnos para cavar, lo más deprisa que pueden, un hoyo donde guardar todos los tesoros que por un momento han tenido en sus manos. El sol comienza a despuntar cuando terminan de volcar las últimas paletadas de tierra sobre el botín. Aún les da tiempo de aplanar la tierra y colocar piedras y ramas por encima para que, en el improbable caso de que alguien pase por allí, nadie note que la tierra ha sido removida.

A Jack se le pasa por la mente el pensamiento de que alguno de estos hombres sea capaz de traicionar a sus hermanos y quiera quedarse el trofeo para él solo. Pero se preocupará de eso más tarde, cuando hayan escapado de la furiosa persecución de Barnet y puedan volver a recuperar lo que es suyo. De momento, lo prioritario es contar con todas las manos posibles para acabar el trabajo cuanto antes.

Vuelven a las barcas y de ahí al *Revenge*, que los espera solitario y orgulloso bajo la incipiente luz del nuevo día. Jack decide salir por el otro extremo de la laguna salada. No pudieron usar ese paso anoche porque hubieran perdido demasiado tiempo en llegar hasta allí, pero es más ancho y fácil de atravesar. De día y por ese camino, el timonel retoma su puesto y Jack dirige las maniobras para volver a mar abierto. Todos miran cómo se aleja la isla donde guardan sus esperanzas de un futuro mejor. Todos esperan volver algún día.

Entonces, cuando ya ven el océano frente a ellos, cuando el pasaje se ensancha tanto que ya se puede dirigir el barco sin apenas prestar atención y el sol ya brilla en lo alto, entonces aparece la silueta de otra nave recortada contra la salida. Una sonora maldición surge de la garganta de Jack; un grito de frustración de la de Anne. El paso es lo suficientemente ancho para que no les puedan cortar el paso y Barnet aún está lejos, pero deberán pasar demasiado cerca de sus cañones, pues no hay duda de que los han visto. Por suerte su artillería está cargada también y ahora van ligeros.

Alcanzan la salida antes de que Barnet llegue hasta ellos y, en cuanto dejan el resguardo del Racimo, el viento les impulsa, poniéndose de su parte. Sin embargo, el barco corsario está cerca y dispara sus cañones contra la embarcación pirata en cuanto los tiene a tiro. Ellos responden, pero su artillería tiene menos alcance y todos los proyectiles caen en el agua.

El *Revenge* recibe un gran daño. Unos cuantos disparos impactan y astillas, maderas y cabos vuelan por los aires actuando como metralla. Caen varios de sus hombres, algunos muertos y otros, gravemente heridos. Uno de los proyectiles se cuele por la puerta de las bodegas y Jack manda a Patrick rápidamente abajo a comprobar los daños. El chico asoma la cabeza casi de inmediato con buenas noticias: la santabárbara está a salvo y tampoco hay vías de agua.

Jack decide tratar de escapar, sin embargo, al desplegar las velas descubre dónde ha ido una de las balas encadenadas. El palo está seriamente dañado. Se mantiene en pie, pero las velas están destrozadas. Jirones de paños blancos ondean al viento donde debería estar la cangreja y les dejan en muy mala posición. El capitán ordena desplegar todas las velas que quedan e intentar reparar de cualquier manera las dañadas. El segundo oficial duda. El palo está en condiciones nefastas y, si despliegan el velamen que queda, Richard cree que es posible que no resista la tensión y se parta en dos. Pese a ello, Jack insiste; es su única oportunidad. Así que el *Revenge* surca las aguas a una velocidad menor de la habitual, aunque algo mayor que la de su perseguidor. Es suficiente, de momento.

Barnet lanza una andanada que ya no los alcanza, y acto seguido vuelve la proa y se mete de lleno en la persecución. Jack está un poco cansado de sentirse una presa; quiere dejar atrás a ese puñetero Barnet, volver lo más rápido que pueda a por su tesoro y retirarse con Anne, William y el pequeño que está por nacer a alguna aldea de Cuba. Si todo va bien, espera no tardar más de unos pocos días en lograrlo. Pasan las horas y parece que van dejando atrás al cazador cuando sopla una fuerte racha de viento que les empuja aún más rápido. Entonces, un fuerte crujido los paraliza a todos. Ante su mirada atónita, el palo se parte en dos y cae sobre la cubierta, arrastrando a varios hombres con él.

El silencio se extiende por la nave. Rackham se acuclilla en cubierta, sujetando su cabeza con las manos. Nadie dice nada: saben que todo ha acabado. Es cuestión de tiempo que Barnet los alcance, y entonces...

Una lágrima asoma a los ojos de Mary. Noah le pasa el brazo por los hombros y besa su cabello. Los hombres se sientan, o simplemente se quedan parados, mirando a la lejanía. Han estado tan cerca, tan cerca... Pero ya nunca más disfrutarán de la libertad que hasta ese momento ha sido su compañera. Anne se acerca a su hombre y se agacha a su lado. Pone una mano en su

espalda.

—Has hecho lo que has podido, capitán.

Jack asiente y se incorpora. La tarde va cayendo y el otro barco se acerca, inexorable.

—La partida ha terminado, compañeros. Barnet no atacará de noche, pero nos abordará por la mañana.

—¡Lucharemos! —responde Anne. Jack sacude la cabeza, abatido.

—No, Anne. Apenas quedamos quince hombres y en ese barco van casi cincuenta. Soldados entrenados, veteranos de guerra y piratas arrepentidos. No son mercaderes asustados; no tenemos ninguna posibilidad.

Cuando cae la noche casi los han alcanzado. No tiene sentido seguir intentando escapar a la desesperada, ambas naves saben que Jack Rackham no tiene escapatoria. Arrían las velas y se quedan flotando suavemente en la balsa de aceite que es ahora mismo el mar Caribe, esperando la mañana y, con ella, la inevitable captura. Ni siquiera apagan las lámparas: ya da igual. En el *Revenge*, los hombres sacan todas las reservas de alcohol y deciden pasar su última noche en libertad bebiendo y cantando. Anne se enfada.

—¿De verdad vas a desperdiciar tu última noche emborrachándote? —le pregunta a Jack en su camarote. Él se encoge de hombros.

—No había pensado sólo beber. —La coge de la cintura sonriendo y la sienta en sus piernas. De pronto, se queda serio—. Siento mucho haberte puesto en esta situación, Anne. De verdad que lo siento. —Esconde la cabeza en su cuello y Anne se da cuenta de que, bajo ese manto de indiferencia, está destrozado—. Dile al tribunal que estás embarazada, eso te dará tiempo. —Pone sus manos sobre la barriga de Anne—. Cuánto siento no poder ver crecer a nuestros hijos. Espero que tú puedas hacerlo. Sabes dónde está el tesoro, negocia con ello.

—No pienso darle a esos cabrones ni una satisfacción —susurra Anne con los dientes apretados. No soporta ver así a Jack. Mataría a Barnet con sus propias manos si pudiera, maldito hijo de puta. Pero tampoco se va a engañar: Jack y sus hombres no tienen la más mínima posibilidad ante cualquier tribunal del Caribe. Mary y ella, tal vez. Puede ser, pero ellos... ellos no.

—Te amo, Anne —dice, levantando la cabeza y mirándola a los ojos. Ella ve el sufrimiento en su mirada enturbiada por las lágrimas no derramadas. No por él, no por su vida, sino por la familia que al final no pudo formar.

—Yo también te amo, Jack.

Se besan con ternura, y se abrazan por un largo rato. Después, ella se levanta, y tira de él.

—Vamos —ordena—. Ve a beber con tus hombres. Te necesitan.

—¿No vienes?

Anne niega con la cabeza.

—No, yo no. Aunque no tengamos ninguna oportunidad, no voy a darle a Barnet la satisfacción de cogerme sin lucha. Prefiero morir.

—Pero ya no eres tú sola, Anne —dice Jack, señalando su barriga.

—Si me capturan, esta criatura no tendrá la más mínima posibilidad. Respeta mis decisiones, como yo respeto las tuyas.

Jack asiente, levanta la cabeza, compone la sonrisa arrogante de quien desprecia la vida y sale del camarote a beber con la tripulación.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Anne y Mary han pasado por la fiesta. Han cantado canciones con sus compañeros y han brindado, pero sin beber apenas. Ninguna de las dos quiere pasar su última noche tan borrachas que no recuerden nada, ni estar al día siguiente confusas y con la mente envuelta en una niebla pastosa. Quieren recordar con claridad cada minuto, quieren guardar en la memoria cada una de las experiencias vividas, incluso esa. Read ha mandado a Noah a beber con los demás y las dos piratas se sientan en la borda, con las piernas sobre el agua, mirando al barco de Jonathan cogidas de la mano.

—¿Cómo crees que será? —pregunta Mary. Está asustada, aunque lo disimula. A una mujer como ella no le da miedo la batalla, ni la muerte, pero sí lo desconocido, el no saber a qué se van a tener que enfrentar.

—Imagino que nos llevarán a Port Royal. No conozco al nuevo gobernador. Mejor así, al anterior no le caía muy bien. —Resopla divertida al recordar cómo le arrancó los dientes de un tablonazo a su insoportable hermana. Le parece que han pasado décadas, pero no hace ni tres años que estaba en Jamaica acompañando a su entonces amante—. Nos juzgarán y nos condenarán.

—¿Tan segura estás?

—No tengo ninguna duda —dice Anne con una risa amarga—. Vas a enviudar por segunda vez, Mary. Es mejor que te vayas haciendo a la idea.

—¿Cómo puedes estar tan entera sabiendo lo que nos espera? —dice Mary, incrédula. Anne se encoge de hombros.

—¿Qué otra opción tengo? Sabía quién era Jack, sabía qué vida me esperaba cuando me embarqué. Y ha superado todas mis expectativas. Estos años han sido maravillosos, y ahora hay que pagar el precio. Hemos estado tan cerca... Pero así son las cosas.

—¿Y qué será de nuestros hijos? —Mary acaricia su barriga, más abultada que la de Anne.

—En el juicio, nosotras tenemos una oportunidad. No cuelgan a mujeres embarazadas. En realidad, nunca han condenado a una mujer por piratería. Quién sabe. Sea como sea, tenemos unos meses. Cuando demos a luz, podemos solicitar un aplazamiento para amamantar a nuestros hijos.

—Y después, nos colgarán.

—Tal vez —dice Anne, como si estuviera hablando del tiempo—. Pero tenemos tiempo de margen. Algo se me ocurrirá, espero.

Mary suspira y aprieta la mano de Anne, que le devuelve el apretón. Ven pasar las horas en silencio. El jaleo en el otro extremo del barco se va apagando poco a poco, cuando los hombres van cayendo fuera de combate por el alcohol. La luz cambia, de manera casi imperceptible al principio, más rápido después. Jirones rosados, magenta y azules comienzan a cruzar un firmamento cada vez menos negro y ambas mujeres van a pertrecharse. Anne lleva seis pistolas cargadas, prestas para disparar, cruzadas en dos bandoleras sobre el pecho. «A Barbanegra no le sirvieron de mucho», piensa Anne, pero se llevará a seis cabrones por delante, al menos. También coge varias hachas pequeñas que poder lanzar a distancia, dos cuchillos de distintos tamaños, un machete y un sable. Se coloca su sombrero de ala ancha y sale a cubierta. Mary se ha armado de forma similar. Ambas van hacia la multitud de cuerpos desparramados sobre la cubierta. Tal como cayeron se durmieron y apenas ninguno da señales de vida. Anne busca a Jack. Duerme relajado, como si no le esperara el presidio y la horca. Tiene cara de niño, y sus labios dibujan una pequeña

sonrisa. Anne suspira, se agacha y le da un suave beso en los labios. Jack murmura algo y busca su cara con la mano, sin abrir los ojos.

—Duerme, amor mío —susurra Anne, antes de incorporarse y buscar a Mary con la mirada. Ella también se está despidiendo de su marido.

Ambas van hacia estribor, desde donde se ve el barco de Barnet, que va botando las barcas con las que llegarán hasta el *Revenge*. Corren hacia las culebrinas y los cañones, cargándolos como pueden y apuntando entre las dos. Les da tiempo a disparar varias de las piezas y consiguen impactar directamente contra una de las barcas ya llenas de hombres, que se va a pique tintando el mar de rojo sangre, desperdigando miembros humanos a su alrededor. Anne ríe entre dientes. Ha sido pura suerte, pero se alegra de haberse cargado a algunos de esos traidores hijos de puta. El resto de disparos o no dan en el blanco o no hacen apenas daño. Las barcas han llegado ya hasta el *Revenge*. Anne y Mary se plantan frente a la borda de estribor, esperando el abordaje. Comienzan a disparar cuando las primeras cabezas asoman, y casi todas las balas encuentran un objetivo.

—¡No disparéis, queremos vivos a tantos como podamos atrapar!

La voz que se oye desde abajo hace sonreír con furia a Anne. Es Jonathan, que quiere capturarlos con las menos bajas posibles, para tener un gran juicio, ejecuciones masivas y un gran éxito en su cruzada contra la piratería. Pues le va a dar el gusto, porque no piensa dejarse matar. Saca una pistola, dispara y tira el arma remachada a la cabeza de otro invasor. Sigue disparando y lanzando y cuando se le agotan los disparos, lanza hachas. Los corsarios los abordan desde babor y estribor. Algunos hasta trepan por la popa. Ríen burlones cuando ven que los hombres están borrachos como cubas y apenas pueden ponerse en pie al verse atacados. Los apresan sin apenas resistencia. Pero la risa muere en sus labios cuando ven a las dos furias que, espalda contra espalda, empuñan sables y cuchillos con una ira desatada y retan a los hombres a que vayan a por ellas. Jonathan asoma la cabeza y esquiva un hacha por los pelos. Cuando echa la vista al frente, su mirada queda prendida de la mirada de Anne. Por un momento, recuerda los buenos momentos pasados y siente lástima de cómo han acabado las cosas. Pero entonces ella lanza otra hacha, él tiene que resguardarse tras la borda, y la melancolía se disipa. Coge impulso y salta a cubierta. Anne está tan guapa como siempre, con el pelo alborotado, la camisa medio desabrochada y los brazos moviendo furiosamente las armas. A sus pies, yacen muertos no menos de cinco hombres. Lucha en pareja con un joven que no es Jack. Cuando se fija con atención, ve que es otra mujer y suelta una carcajada, atónito. Deja a sus hombres ocupados con ellas y se dirige a donde están capturando a los prisioneros. Un halo de alcohol sobrevuela la zona. No hay duda: bebieron hasta reventar la noche anterior. Barnet divisa a Jack y se acerca a él. Lo sostienen dos hombres por los brazos, y la cabeza le cuelga sobre el pecho. Apenas puede abrir los ojos. Cuando la sombra de Barnet le tapa la cara, alza el cuello con esfuerzo y entorna los párpados, tratando de reconocerlo. Jonathan le cruza la cara con un bofetón.

—¿Me reconoces, Calicó? ¿Sabes quién soy?

Jack tarda en enfocar la vista, pero lo consigue. Sacude los brazos para liberarse y se planta frente a Barnet. Le escupe a la cara. Él se limpia con el puño y sonríe.

—Veo que sí me reconoces. He ganado, Calicó. He ganado. Tú y tu puta colgaréis de una soga en cuestión de días.

Jack consigue reír, pero la voz le sale rota y rasgada por el alcohol y las tristes canciones de la noche anterior.

—Has ganado puntos como perra del gobernador, sí. Pero he sido yo quien ha vencido. —Gira la mirada hacia Anne, que lucha con denuedo junto a Mary—. ¿No es la mujer más increíble que

hayas conocido jamás? Me das pena, Barnet. Tú nunca sabrás lo que es vivir mi vida.

Su mirada se llena de orgullo, antes de que un puñetazo certero dirigido a su sien lo deje inconsciente. Con un gesto, Barnet ordena que lo lleven a su barco, saca el sable y se dirige hacia el centro de la acción. Sus hombres las atacan con prudencia. Ellas son auténticos diablos, demonios salidos de los infiernos que se defienden con todas sus fuerzas mientras les insultan y gritan su furia al aire. Llevan cortes por todas partes y se mantienen en pie sostenidas por un ciego orgullo que les impide rendirse. Espalda con espalda, se mueven en círculos y su filo alcanza a quienes quieren atraparlas. Barnet ha sido muy claro: las quiere vivas y en buenas condiciones, así que nadie se atreve a disparar. Y en la lucha cuerpo a cuerpo son imbatibles.

Coge la pistola de uno de sus subalternos, apunta y la lanza contra la cabeza de Mary. Le alcanza de lleno y ella se desploma en el suelo. Aunque trata de incorporarse, tres hombres se le echan encima y la sacan de allí a rastras. Mary ha caído. Anne deja de notar su espalda apoyándole y en un rápido giro de cabeza la ve pataleando y chillando, tratando de zafarse de su agarre. Grita su nombre, desesperada, pero tiene que volver la vista al frente. No puede despistarse. Lucha contra dos hombres a la vez y ahora la rodean también por detrás. Pero de repente, todos se quedan quietos y dan un paso atrás, bajando las armas, y Anne se encuentra frente a frente con Jonathan, que le sonrío con desprecio sorteando los cuerpos caídos que le separan de ella.

—Por fin volvemos a encontrarnos, Anne.

Anne aprovecha el intercambio de palabras para bajar las armas. Está agotada y le parece que no podrá volver a levantar los brazos nunca más. Los cortes le escuecen y sólo quiere tumbarse en el suelo y dormir. Pero no puede permitírselo. Sonríe también a Jonathan y le hace una reverencia burlona.

—Hola, Jonathan. No puedo decir que me alegre de verte.

—Te veo bien. Si obviamos los cortes y la suciedad física y moral.

Barnet levanta el sable y lanza un golpe sin demasiado afán. Anne lo desvía con su espada.

—¿Ahora te parece que mi moral es sucia? No recuerdo que antes eso te molestase, cuando tú eras el elegido.

Anne mantiene la posición erguida y la barbilla alta, pero cualquiera que la conozca mínimamente reconoce en sus hombros echados hacia adelante la derrota y, en sus ojos, una furia y una pena que la embargan. Y Jonathan la conoce. Ha pasado los tres últimos años recordándola, analizándola, echándola de menos primero y odiándola después. Capturarla no le está proporcionando el placer que él esperaba. Titubea.

—Entrégate, Anne —dice suavizando el tono—. Hablaré con el juez, buscaré clemencia para ti. No sigas con esto.

—¡Y una mierda! —Anne se recupera y se pone en guardia de nuevo—. No voy a darte las gracias, hijo de puta. Prefiero morir a entregarme voluntariamente.

Barnet suspira y se pone en guardia también. Anne ataca y él se defiende. Enlazan varias estocadas que no llegan a ningún sitio. Él no quiere herirla y ella ya no tiene fuerzas. Con un pequeño golpe, la desarma. Su sable cae al suelo con estrépito. A su alrededor, los compañeros capturados que aún quedan en el barco la animan, aunque eso les cueste un buen puñetazo de sus captores.

—¡Vamos, Boon! ¡No te vengas abajo!

Anne saca otro cuchillo, pero es más corto que el sable y apenas sirve para defenderse. Barnet sigue presionando. Le hace un corte en la mejilla. Es suave, casi una caricia, y la sangre tarda en

aparecer. Anne se chupa los labios y nota el sabor salado del sudor. Sólo entonces se da cuenta de que está llorando, y las lágrimas de impotencia se mezclan con el sudor y la sangre. Un nuevo golpe de Jonathan manda el cuchillo a varios metros. Anne echa mano de su cinturón, pero ya no le quedan más armas que el pequeño machete que lleva en la mano izquierda. Un nuevo grito de frustración rompe el silencio en que todo el barco se ha sumido como un reconocimiento a su valor. Anne lanza el machete contra Barnet, pero él lo esquivo con un simple movimiento de hombros. Entonces, a un gesto suyo, dos hombres se acercan por detrás y la agarran. Ella se retuerce como una posesa, le da una patada en la espinilla a uno de ellos y consigue soltarse. Comienza a dar patadas y puñetazos y lanza mordiscos a quien trata de sujetarla. Pero llega Barnet de nuevo, con su sable desnudo y manchado de sangre y le apunta bajo la barbilla. Ella lo mira, despeinada y salvaje, con el pecho agitado por la respiración entrecortada. Alguien por detrás le da una patada justo bajo el muslo, y Anne cae de rodillas al suelo. Por un momento, cree ver en los ojos de Jonathan dolor por verla en esa situación. Pero ella ya no puede más. Cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia adelante. Cuando la vuelven a agarrar, ya no se resiste. Al ponerse en pie, Jonathan se acerca. No dice nada, pero la sonrisa que adornaba su rostro al abordarlos ya no está allí.

—Llevala con los demás —ordena.

Desembarcan en Saint Jago de la Vega, Jamaica. La mitad de la guarnición de la isla les escolta hasta prisión. Tras un día entero de viaje, la resaca ha desaparecido y Jack ha conseguido situarse al lado de Anne. Han permanecido sentados en la bodega, atados y con la espalda apoyada contra la pared, dándose la mano todo lo que las ataduras les permiten. Permanecen allí un par de semanas, todos juntos en la misma celda, y Anne aprovecha esos momentos porque sabe que serán los últimos. Mary y Noah también. El resto de la tripulación trata de dejarles cierta intimidad, dadas las circunstancias. Nadie lamenta su suerte. Nadie se arrepiente. Así es la vida del pirata, y todos lo aceptan cuando hacen el juramento antes de subir a bordo por primera vez.

Una mañana, los guardias entran en la celda en la que están hacinados y los hacen ponerse en pie. Los meten en carros blindados y los trasladan a Port Royal: el juicio es inminente. A su llegada a la ciudad, la población se congrega a los lados del camino para ver pasar a los famosos piratas. Quieren ver a Jack Rackham, el Calicó, con sus coloridas y lujosas ropas apagadas, marrones por la suciedad y la sangre. Quieren ver a la infame Anne Bonny, la adúltera que abandonó a su marido para seguir la senda de la piratería y de quien han oído tropelías sin nombre. Quieren ver a Mary Read, la mujer que vivió toda su vida como un hombre y que, tras ganar la gloria combatiendo por Su Majestad en Flandes, se unió a la tripulación de Rackham, y de quien cuentan que gusta de arrancar el corazón de sus víctimas mientras aún están vivos y comérselo delante de ellos. También se dice que los tres son amantes, que hacen ritos satánicos y que invocan al diablo en orgías salvajes que duran días. Ellos entran en Port Royal encadenados pero en pie, dignos y orgullosos, con la barbilla alta y la mirada firme. El populacho los observa aunque, entre la indignación y los insultos, muchos los miran con admiración y comprensión. Porque ellos son piratas, son los vagabundos del mar, pero también aquellos que se rebelaron contra un sistema que explota y humilla al que está debajo, quienes dijeron «¡Basta!» y se lanzaron a vivir su vida bajo sus propias normas. Quién no ha soñado alguna vez con ser uno de ellos, con pasar las noches bajo las estrellas en alta mar, con no tener que responder ante nadie. Y así, vilipendiados y envidiados, odiados y admirados, entran en la prisión de la que no cuentan con volver a salir.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Port Royal, 30 de mayo de 1721

Anne abre los ojos. Algo, no sabe qué, la ha despertado justo cuando por fin había conseguido quedarse dormida. No puede apenas moverse. Deben quedarle pocos días para parir y la niña no hace más que aplastarle el hígado y el estómago. Su vejiga no tiene apenas capacidad y cada vez le resulta más difícil acuclillarse sobre el orinal. La comadrona la visita a diario, le palpa la barriga, habla con ella y le dice que cree que le queda todavía, pero Anne se siente a punto de reventar. El director no le ha dicho nada, ni siquiera ha tenido la oportunidad de volver a conversar con él, y su padre no ha contestado a su carta. Anne imagina que le tocará dar a luz en ese agujero maloliente e insalubre, y cruza los dedos para que la comadrona sea de esas que al menos se lava las manos antes de atender el parto. No es la primera vez y no tiene miedo. Ya sabe qué esperar y cree que será rápido, pero le frustra no haber sido capaz de sacar de ahí a su pequeña para que naciera en libertad.

Intenta girarse en el camastro y le cuesta un esfuerzo considerable. Bufa entre dientes. Se siente mucho más gorda y torpe que en su primer embarazo, aunque aquella vez dio a luz mucho antes. Se incorpora, harta de removerse en su cama sin poder pegar ojo. Se asoma a la ventana de la celda. La noche todavía no se ha retirado, pero ya se adivina la aurora entre la oscuridad del firmamento, deslizándose sibilina, tiñendo el cielo de diversos tonos de azul y rosa, segura de su triunfo, segura de que, como cada día, vencerá a la noche y traerá de nuevo la luz a este mundo.

La pequeña da una nueva patada, tan fuerte que dobla a Anne por la mitad. Jadea y ríe entre dientes. Tendrá su carácter. Pobre de aquel que tenga que criarla.

De pronto ve una figura asomar por la puerta que comunica el patio con las oficinas. Anne entrecierra los ojos. A la tenue luz previa al alba, reconoce la silueta bajita y rechoncha del director, que mira hacia su ventana. Debe intuir que ella está mirando, porque se queda inmóvil observando. Entonces, muy despacio, hace una reverencia hacia ella, se gira y se aleja, haciendo tintinear las llaves de la prisión en su mano.

Las llaves de la prisión.

Llevada por un presentimiento repentino, Anne se acerca a la puerta y posa la mano sobre ella. No se atreve a probar; no quiere asumir la decepción cuando la puerta permanezca cerrada.

—Joder, Anne —murmura, enfadada consigo misma—. ¿Cuándo te volviste tan cobarde?

Inspira. Espira. Inspira.

Contiene el aliento, y empuja.

La puerta se desliza suavemente sobre sus goznes, revelando un pasillo oscuro y desierto. Anne siente que se le para el corazón. Asoma la cabeza, ojea a un lado y al otro. No hay nadie a la vista. Entra de nuevo a la celda y mira a su alrededor. No hay nada que quiera llevarse consigo, nada que merezca la pena conservar, salvo una cosa; toma su viejo y ajado sombrero y se lo pone en la cabeza. Se yergue, levanta la barbilla y sale de la celda. Si es una trampa, pronto lo averiguará, pero no se quedará allí como un cordero esperando el sacrificio.

Camina por el pasillo lo más rápido y en silencio que puede. Conoce el camino; lo ha recorrido mil veces antes. La puerta de acceso al patio también está abierta, y este se encuentra desierto. Lo cruza a la carrera, sujetando la barriga con las dos manos, aunque ella se siente como

un pato con el peso de la tripa. Nadie debe verla, nadie debe saber lo que está ocurriendo mientras los demás todavía duermen.

Llega al portón por el que hace ya tantos meses entró, sin esperanza alguna de volver a salir. Está ligeramente abierto y ningún guardia lo custodia. De nuevo se asoma con cautela: no ve más que un carruaje negro y sin ninguna identificación aparcado un poco más abajo, al otro lado de la calle. Anne se desliza por la abertura y corre pegada a la pared, al amparo de las sombras que empiezan a ser cada vez menos densas. Se acerca al carruaje. La puerta lateral se abre y un hombre embozado le tiende la mano. Ella duda por un momento, pero no tiene nada que perder. Toma la mano del desconocido y sube al carruaje, que se pone en marcha. Dentro van dos hombres. Ninguno dice nada y ella no pregunta. Ya se enterará de dónde van. Tampoco puede ver nada a través de las ventanas cubiertas por gruesas telas, supone que para que nadie pueda verla. Anne calcula que llevan más de una hora de marcha cuando el carruaje frena al fin. Un olor a salitre, brea y mar penetra por los resquicios de las puertas y el corazón le da un vuelco cuando reconoce los ruidos que llegan a sus oídos.

La puerta se abre desde fuera. Ya es de día y Anne, casi con lágrimas en los ojos, se ve de nuevo en un puerto. La acompañan hasta un barco no muy grande que está preparando los amarres y las mercancías para zarpar. Nadie le presta atención. Sus acompañantes se paran en la pasarela que conduce a bordo. Le hacen un gesto con la cabeza para que suba. No tienen que repetirlo. Tras ella levantan la pasarela y, a gritos, sueltan amarras y zarpan. Anne no sabe dónde va y tampoco le importa. Está en casa de nuevo. Se asoma por la borda y respira hondo, llenando los pulmones con la salada brisa del mar, que tanto ha echado de menos. Disfruta del viento en la cara, y de los primeros rayos de sol que la acarician como un amante que vuelve de un viaje a un lugar lejano. Anne oye pasos que se aproximan a ella. Nota una presencia silenciosa y abre los ojos, sin girarse.

—Hola, Anne.

Se da la vuelta con lentitud, conteniendo la respiración. Anne mira al hombre que está frente a ella, con expresión de cautela en el rostro y las manos un poco adelantadas, como si quisieran ir por su cuenta a tocarla, como si quisieran comprobar que de verdad está allí. Ha envejecido en estos años. Demasiado para el poco tiempo que ha pasado, pero Anne entiende que ha sido duro para él. No le abraza, ella no es así. Pero una cálida sonrisa se extiende por su rostro.

—Hola, padre.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

23 de abril de 1782. Algún lugar de Carolina del Sur

La anciana coge la mano de su hija y sonrío sin abrir los ojos. Está cansada y sabe que ha llegado su hora. Tiene ochenta y dos años, pero en su mente vuelve a tener veintidós y surca los mares en compañía del amor de su vida y de su más grande amiga.

—Mary... —susurra apretando la mano de su hija mayor, que sonrío y responde.

—Aquí estoy, mamá.

—Jack...

Un hombre de unos cincuenta años se adelanta y toma la otra mano. Está triste, sin embargo, consigue componer una sonrisa en su rostro.

—Estoy aquí, madre. Todos estamos aquí.

Pero no es en sus hijos en quien piensa la anciana. Su hija mayor acaricia la leve marca blanca que recorre su mejilla. Su madre nunca les ha dicho cómo se hizo sus cicatrices, ni esa ni otras que recorren su cuerpo, ahora ajado y arrugado, aunque todavía fuerte. A su alrededor, sus ocho hermanos, sus hijos, sobrinos y nietos velan a la matriarca del hogar. Desde que quedó viuda hace ya veinte años ha dirigido la familia con mano de hierro. Nunca fue una madre muy cariñosa, pero siempre defendió a su prole con uñas y dientes de cualquier amenaza y trató de inculcarles un afán de libertad que sus hijos no saben de dónde viene. ¿Qué va a saber una mujer de su edad, casada y dedicada a su familia, lo que es la libertad?

Y, sin embargo, a veces... a veces la han sorprendido asomada a la ventana, con los ojos cerrados y la nariz levantada, como si tratara de captar algún olor desconocido en el aire. A veces han visto gestos y actitudes de quien es más que un ama de casa acomodada pero corriente, de quien sabe defenderse de ser necesario. A veces la han visto pasear por la orilla del mar, entre el viento y la sal, mirando a lo lejos, como si esperase ver aparecer en cualquier momento una vela en el horizonte. A veces se preguntan si su madre es más de quien dice ser.

Pero ella nunca ha dicho nada. Tampoco su padre abrió nunca la boca, más allá de admitir que su mujer estuvo casada antes y que Mary es el fruto de aquella unión. Mary no recuerda nada de su vida anterior. Joseph la adoptó y le dio su apellido, y pocas veces han hablado del tema.

Tal vez su abuelo... de su abuelo sí se acuerda. Un hombre rechoncho y afable que siempre la colmó de atenciones, a ella y a sus hermanos. Era un rico terrateniente y su madre heredó su riqueza. Aunque antes ya vivían bien. Mary siempre se preguntó de dónde salía el dinero que los mantenía, pues vivían mucho mejor que los vecinos sin que hubiera una explicación. Cuando era cría, jugaba a que su padre había encontrado un tesoro pirata escondido y por eso el dinero nunca faltaba en casa. Cuando lo decía en voz alta, su madre reía a carcajadas y cambiaba de tema.

La anciana tose y le falta el aire. Una lágrima solitaria recorre su mejilla.

—William, hijo mío... —susurra—. Nunca pude volver a por ti. No me dejaron...

Sus hijos se miran unos a otros, confusos. ¿Qué dice del abuelo? Pero ella vuelve a toser.

—Llegó la hora —dice, con voz apenas audible.

Cuando exhala su último aliento, todos guardan silencio. Se abrazan, y Jack cubre su cara con la sábana.

Vivió una vida larga y feliz. La echarán en falta, pero la vida sigue.

25 de abril de 1782. Algún lugar de Carolina del Sur

El entierro llega a su final. Los hijos han querido que suenen las gaitas, en honor al origen irlandés de su madre. La han enterrado junto a su padre y ya todos se marchan. Todos excepto Mary, la mayor. Siempre fue la favorita, y la que tenía una conexión más especial con su madre. Ella se queda de pie, en silencio, frente a la tierra removida y la lápida recién grabada.

Un hombre mayor, de unos setenta años, se acerca apoyado en un bastón y se pone a su lado. Va vestido con traje y sombrero, y una fina barba blanca adorna su rostro.

Mary lo mira. Está segura de que no lo conoce de nada.

—Joseph y Anne Burleigh —lee el anciano entre dientes. Mary gira levemente la vista hacia la lápida, antes de volver al extraño.

—¿Conocía a mi madre?

—Yo no —dice—. Pero mi padre sí. Siempre dijo que le debíamos nuestra fortuna.

—No entiendo.

Mary está confusa y entrecierra los ojos. A sus sesenta años, se cansa con facilidad. El anciano sonrío y de repente aparenta menos edad.

—Parece que su madre era mucho más de lo que usted creía. Hace muchos, muchos años, cuando yo era apenas un niño, mi padre era director de una cárcel en Jamaica. Tuvo a su cargo una de las tripulaciones piratas más famosas que ha habido, la de Jack Rackham.

—¡Lo recuerdo! —dice Mary—. Yo no había nacido, pero he oído las historias.

—Algo pasó, no recuerdo bien, aunque se habló de la fuga de una pirata famosa de esa tripulación. Sea como fuere, unos meses después, mi padre recibió una carta acompañada de dos cofres. No sé qué había en ellos, pero debía ser muy valioso, porque mi padre dejó el trabajo, nos cogió a mi madre, mi hermana y a mí y nos marchamos. Vinimos a Carolina y nos establecimos aquí, y el resto de su vida vivió como un hacendado. No volvimos a preocuparnos del dinero.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi madre?

—Poco tiempo antes de morir, mi padre me contó una historia. Fue su madre quien envió ese dinero por un trato que hicieron tiempo atrás y que él no esperaba ver cumplido. Gracias a ella, vivimos siempre bien y fuimos muy felices. Él me dijo que su madre se había casado, me dio su nuevo apellido y me pidió que nunca dijera lo que sabía. Era algo que le debía, proteger su anonimato. Pero ahora ella ya está muerta, ¿no es cierto? Y yo puedo darle las gracias a usted, ya que no pude dárselas a ella.

—Todo esto es apasionante, pero mi madre no pudo hacer algo así. En esa época ella ya estaba casada y vivía aquí. —Mary se siente cada vez más abrumada.

—Qué poco sabemos sobre nuestros padres, ¿verdad? Sobre sus vidas antes de llegar nosotros, sobre sus sueños, sus anhelos o sus secretos. Simplemente son esas personas que siempre están ahí, hasta que un día, antes de que nos demos cuenta, dejan de estarlo. —El anciano se coloca el sombrero de nuevo, coge la flor que lleva en el ojal y se agacha trabajosamente para depositarla sobre la tierra fresca. Se incorpora y se da la vuelta para marcharse—. Su madre era una mujer muy especial. Espero que parte de su espíritu se haya transmitido a sus hijos.

—¡Espere! —grita ella para detenerlo—. Dígame al menos cómo se llamaba.

El hombre se detiene y gira la cabeza.

—Su nombre era Anne Bonny y, según mi padre, fue la mujer más valiente que conoció jamás.

DE REALIDAD Y FICCIÓN

Nota histórica

Aunque parezca mentira, muchos de los hechos que ocurren en este libro ocurrieron realmente. La realidad siempre supera a la ficción, dicen, y desde luego en esta época y en este lugar, así fue.

Anne Bonny existió realmente, así como Mary Read y John «Calicó Jack» Rackham. También casi todos los demás personajes que aparecen en la historia, pero centrémonos en nuestra protagonista y en sus dos compañeros. Anne y Mary tienen el dudoso honor de ser las dos únicas mujeres de las que se tiene noticia condenadas por piratería y, desde luego, son las piratas más famosas de la historia (con permiso de Ching Shih).

Los datos sobre la vida de Anne son pocos, y muchos pertenecen a la leyenda. La mayoría de los datos que damos por ciertos provienen, como los de muchos otros compañeros piratas, de un libro titulado *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*, del capitán Charles Johnson, que ahora sabemos que es el pseudónimo detrás del cual se ocultaba nada menos que Daniel Defoe. Lo escribió en 1724, lo que lo hace la fuente más cercana en el tiempo que tenemos sobre el tema.

Gracias a este libro, sabemos que nació en Cork, Irlanda, en 1698, hija de William Cormac, un abogado, y la criada de la familia, Mary. Descubiertos y avergonzados públicamente por la esposa legítima de William, éste acabó cogiendo a madre e hija y huyendo a América, donde se instaló en Carolina del Sur e hizo fortuna como terrateniente. Anne era por tanto una «niña bien», pero de carácter difícil y violento. La historia del joven que la intentó forzar y acabó en el hospital, así como la de la criada que acabó muerta tras una pelea de la que no se conoce el motivo aparecen en las biografías.

Con dieciséis años se casó con James Bonny, un piratilla que por lo que parece buscaba más la fortuna de su padre que otra cosa, pero éste, enfurecido, la desheredó, así que ambos se marcharon a Nueva Providencia, en las Bahamas, a buscarse la vida. Allí Anne se vio inmersa en la vida que siempre había deseado, rodeada de ambiente pirata, aunque su marido pronto la decepcionó al comenzar a trabajar como confidente del gobernador ayudándole en la captura de piratas.

En Nueva Providencia Anne pronto se hizo famosa, no sólo por su belleza, sino también por su carácter fuerte, por su lengua de marinero y porque, según se dice, no le guardaba las ausencias a su marido, que pasaba fuera de casa largos períodos de tiempo.

En algunas fuentes aparece la historia de Chikdley Bayard y de cómo Anne acabó convertida en amante de una de las mayores fortunas del Caribe. La doy por buena y por eso la he incluido en la novela. Parece que la relación acabó cuando Anne se peleó con la hermana del gobernador de Jamaica, quien acabó sin dientes y Anne a punto de ser detenida.

Pero cuando la historia se pone interesante es cuando conoce a John Rackham, al que todo el mundo conoce como Jack Rackham, «Calicó» Jack o simplemente Calicó. Este calicó es un tejido de algodón, teñido por una cara con vistosos colores. Al parecer, Jack Rackham era conocido por vestir de esta manera y combinar los colores de una forma un tanto peculiar. Ambos se enamoraron rápidamente, y pronto Anne se fugó con él y subió a bordo disfrazada de hombre. No se sabe con seguridad cuánto tiempo piratearon juntos, pero sí parece que durante un breve tiempo ella volvió con su marido, antes de regresar con Rackham. Entonces él amenazó con hacerla azotar por adúltera, lo que la terminó de convencer de huir definitivamente con Jack.

En la primera ocasión, no hay dudas de que se hiciera pasar por hombre: en esta segunda (que en algunas versiones no existe porque no hablan de esta interrupción) hay quien dice que vestía de hombre, pero que la tripulación conocía su identidad. Teniendo en cuenta que tuvieron un hijo en ese tiempo, esta opción es la más probable. Tras dejarlo en Cuba siguieron pirateando, hasta que se cruzaron con una nave holandesa, en la que iba Mary Read, disfrazada también de hombre. Por supuesto, el hecho de que fuesen amantes, aunque muy repetido por las historias y leyendas, carece de base histórica. Pero como este libro no pretende ser una fuente histórica fidedigna, sino una novela de aventuras, me ha parecido que resultaba interesante. Respecto a su captura, hay algunas cosas confusas. Parece que hay por medio algunos pescadores a los que invitaron a beber ron, y que también fueron juzgados. Sea como fuere, aquí me he dejado guiar más por mi imaginación. En lo que sí está de acuerdo todo el mundo es en que la tripulación estaba borracha en el momento de la captura, y que sólo Anne y Mary, junto con otro hombre desconocido, se mantuvieron en pie luchando contra Barnet (con quien no hay constancia de que Anne tuviera ninguna relación previa) y sus hombres.

Hubo muchos testigos presentes en el juicio, por lo que se conoce bastante bien lo que en él aconteció. Se sabe que todos fueron condenados a la horca, pero que Anne y Mary consiguieron un aplazamiento por encontrarse en estado. La tripulación fue separada y los colgaron en dos puntos de Jamaica: Port Royal y Kingston, pero yo he preferido mantenerlos juntos. Las últimas palabras que Anne le dirigió a Jack se dan por válidas como parte de la leyenda: «Lamento verte así, Jack, pero si hubieras luchado como un hombre no te verías ahora colgado como un perro». John Jack Rackham fue después descolgado, embrearon su cadáver y lo colgaron como advertencia en un cayo jamaicano que después pasó a llamarse cayo Rackham. Poco después, Mary moría de fiebres en prisión. De Anne se perdió la pista: se sabe seguro que no fue ejecutada, pues su nombre no aparece en los registros. Pudo morir en la cárcel, o tal vez su padre, que era rico e influyente, movió los hilos para sacar a su hija de su encierro. Nada se sabe, pero hay quien dice que se volvió a casar (cuando su primer esposo, John Bonny, pereció ahogado en una tormenta) y murió ya muy anciana, habiendo tenido ocho hijos más con su marido. Por razones puramente románticas me he decantado por este final.

Jack Rackham permanece en la memoria colectiva como uno de los capitanes pirata más famosos, no sólo por llevar en su tripulación a estas dos mujeres que fueron leyenda, sino por ser el autor del diseño más conocido de la Jolly Roger. Esta es la bandera negra que enarbolaban los piratas, y que tenía distintos diseños, cada capitán pirata el suyo propio. Sin embargo, el diseño de Rackham, la calavera con dos sables cruzados bajo ella, es el que ha perdurado a través del tiempo y en el que todos pensamos cuando nos viene a la mente la palabra pirata.

La bandera roja que aparece en una de las escenas es otra de las que usaban los piratas, pero sólo la enarbolaban en circunstancias excepcionales: significaba que no habría cuartel, que no se harían prisioneros y que no se concedería clemencia.

El discurso que da cuando capturan el buque holandés se dio en realidad casi igual, pero no fue él quien lo pronunció: el autor fue, supuestamente, el capitán Charles Bellamy, que lo utilizó en 1716 tras la captura de un mercante.

La historia de Mary Read, tal y como se la cuenta ella a Anne, es todo lo que conocemos de ella: una vida apasionante y llena de aventuras y desventuras, que acabó antes de tiempo. Hay investigadores que dicen que Anne y Mary ya se conocían cuando se echaron a la mar, pero me gusta más la versión de Daniel Defoe de que se conocieron cuando capturaron su barco.

Los nombres de las naves también me dieron algunos quebraderos de cabeza: según las fuentes

se mezclan, se cambian o directamente ni se nombran. Parece seguro que el barco de Charles Vane, el que Rackham pasó a capitanear, se denominaba Ranger, pero no se sabe con seguridad el nombre del, o de los, barcos con los que navegaron Anne, Jack y después Mary, aunque sabemos que era una balandra, pequeño, ágil y ligero. Revenge es un nombre que ya usaron otros piratas, con Stede Bonnet, me gustaba y es una de las opciones que se barajaba en las fuentes, así que los he hecho surcar los mares en el Revenge.

Todo lo que Jack le cuenta a Anne cuando se conocen en la playa es cierto. Aunque parezca mentira, existió la República Pirata, y durante unos meses Vane y otros piratas tomaron Nueva Providencia e hicieron su ley en ella, hasta que Woodes Rogers regresó con una flota y los expulsó. También es cierta la historia del Kingston y sus maravillosas riquezas, que tuvieron que abandonar en lo que después se conocería como Isla de los Pinos para escapar de los ingleses. Lo que es producto de mi imaginación es la captura del galeón español y el enterramiento del tesoro en El Racimo (que no existe, al menos que yo sepa).

Tal vez a alguien le haya llamado la atención una costumbre que nombro muy por encima en el libro: el *matelotage*. Los piratas de los siglos XVI, XVII (y es de suponer que perduraría un poco más allá, hasta el XVIII) tienen el honor de ser los primeros en legalizar el matrimonio homosexual. El *matelotage* era una institución que deriva de la palabra *matelot*, marinero u hombre de mar en francés, mediante la cual dos piratas se unían de por vida de manera formal y permanente. Unían sus propiedades, se cuidaban el uno al otro en caso de enfermedad, se protegían en combate y heredaban los bienes del compañero en caso de muerte. Aunque no siempre el *matelotage* comprendía una unión de índole sentimental, en la mayoría de los casos es de suponer que sí lo hiciera. Hay casos famosos, como los del pirata Henry Morgan con su cirujano o Bartholomew Roberts con uno de sus marineros. Lo usual en esta unión es que uno de los dos fuese el *matelot*, el más joven e inexperto, siguiendo el patrón de la antigua Grecia.

Como veis, este mundo es apasionante y me faltan páginas para tratarlo. En el transcurso de la novela no me he extendido mucho, ya que no era mi intención ralentizar el ritmo con este tipo de explicaciones, pero me ha parecido sugerente dejar aquí estas pinceladas para que a quien le pueda interesar encuentre algo más de información.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Díaz, Carolina, *Mujeres piratas: Anne Bonny y Mary Read*, *Revista de historia* (en línea), <https://revistadehistoria.es/mujeres-piratas-anne-bonny-y-mary-read/>.

Defoe, Daniel, *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*, Madrid, Valdemar, 2001.

J. Robertson, Stuart, *La vida de los piratas*, Barcelona, Crítica, 2010.

Woodard, Colin, *La república de los piratas. La verdadera historia de los piratas del Caribe*, Barcelona, Crítica, 2008.

Estrela, A., *Anne Bonny, la más apasionante vida de película jamás contada*, Nautical News Today (en línea): <https://www.nauticalnewstoday.com/anne-bonny-apasionante-vida-pelicula/>.

Zu Mondfeld, Wolfram, *Piratas*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1978.

AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que podría llegar a escribir mis propios agradecimientos. Soñaba con ello, claro, cuando terminaba de leer una novela y devoraba esta sección, leyendo hasta los nombres de los primos segundos de los autores. Y aquí estoy ahora.

Quisiera empezar dando las gracias a mi familia. He tenido la gran suerte de crecer en un entorno en el que la cultura, el arte, la lectura, la Historia y los debates interesante estaban muy presentes, y eso, sin ningún tipo de duda, ha influido en mi personalidad. No todo el mundo tiene la suerte de caer en la familia correcta: a mí no se me ocurre una mejor.

Gracias a Reyes y David, mis editores, que apostaron por mí y cuya ilusión ha hecho que yo me ilusione más, si cabe.

Gracias a Silvia, porque sin ella y su desparpajo no sé si este libro hubiera visto la luz.

Gracias a mis preciosas betas: Lorena y sus sugerencias; gracias por tus tachones, tus anotaciones en boli y tu paciencia cuando me volvía monotema con un par de vinos encima. Judith y su dedito acusador; gracias por creer en esta historia desde el principio sin ningún género de dudas, y por las interminables conversaciones de WhatsApp sobre el tema. Gracias a Susana por sus opiniones, a Nika por sus correcciones, a Sheila por su labor detectivesca corrigiendo mi descontrol con las comas, a Israel por aportar la visión masculina. Gracias, papá, porque tus sugerencias acabaron de convertir esta novela en lo que es ahora. No puedo agradeceros bastante el haberme dedicado vuestro tiempo, el haber buscado los fallos y el haber aportado vuestras ideas de forma tan generosa. Gracias a vosotros esta historia ha llegado a ser lo que es.

Gracias al grupo de escritores de Discord, por las interesantes charlas sobre escritura y por compartir cosas como concursos, recursos y enlaces que me han servido muchísimo. Sé que todos vosotros acabaréis publicando, y espero verlo en breve.

Gracias, sobre todo, a Nando, por sus consejos cuando no sabía cómo enfocar un capítulo, por entender que tuviera que aislarme de vez en cuando para escribir, por decirme que esta obra valía la pena, por leer las escenas sueltas que le pasaba, aunque eso significara que iba a enterarse del final antes que del resto de la historia. Lo siento por los *spoilers*, te quiero.

Y gracias a ti, lector, lectora, que me has dado un voto de confianza y has dejado que entre en tu vida aunque sea por unas horas. Espero que disfrutes de la lectura.